

Su alma al **diablo**
Artur R.



SU ALMA AL DIABLO

Artur Rodríguez

kind books

@ Artur Rodríguez, 2017
Todos los derechos reservados
Foto de la cubierta: Aleshyn Andrei
www.arturrodriguez.com

Por mis huevos.

*«Lo simple es el sello de lo verdadero»
Sendivogius, Nueva luz química*

WINTER TERM
(Primer trimestre)

London Calling

Miro al espejo, cojo aire, y estrujo el maldito grano. El disparo deja un rastro de pus sanguinolento en el cristal. La tocha me queda roja como un tomate, pero al menos el furúnculo ya no está. Podría ser peor. Podría llevar gafas. Colonia en la herida. Listo. Me giro hacia la puerta de mi habitación en la destartalada residencia de estudiantes. El *college* donde sobreviví está situado en Bloomsbury Square. Hoy es el primer día de clase.

Colega, ya sé qué piensas: ¿qué culebras hace en Londres un charnego petagranos como yo? No lo sé. Todo este experimento es la consecuencia de un desgraciado asunto familiar —del que, te jodes, no me apetece hablar— y de la genialidad de mi viejo, que pensó que sería bueno para mí escapar de todo. Esto significa que me pasé el verano practicando inglés cuatro horas al día con Ms. King, una encantadora abuelita adicta al té y al azúcar. Créeme, no quieres oír la historia.

Por lo general no soy quejica, pero, verás, en este caso creo que debo —como mínimo— hacer notar que mi mala suerte es considerable. Se supone que tendría que estar en Barcelona, a punto de empezar tercero de BUP, rodeado de mis colegas, sorbiendo nenuco y vacilando con las bulmas. En lugar de eso, me dispongo a unirme a un grupo de bárbaros norteños para estudiar lo que ellos llaman doceavo. No lo sé, pero yo todo lo que conozco de las inglesas es Margaret Thatcher y, la verdad, apesta.

Corto el rollo. No querrás que llegue tarde el primer día de clase, ¿no?

Salgo a la calle. Un viento helado me maquilla las mejillas de rojo, sombra aquí y sombra allá; genial, debo parecer una muñeca rusa. Por suerte el *college* queda a escasos doscientos metros de la residencia de estudiantes, así que llego en un momento. El edificio es de ladrillo, tiene varias plantas y es jodidamente viejo. Muy distinto de mi insti de toda la vida. Siento no poder darte una descripción mejor.

Como es el primer día, nos reúnen en la sala de actos para inaugurar el curso escolar. O al menos eso me dijo mi tutor, Mr. Miller, con quien me reuní

ayer. Mientras ando por el viejo pasillo de madera, tengo la sensación de que todo el mundo me está mirando. Supongo que tendré que acostumbrarme, al menos los primeros días. Soy el puto guiri. Y, además, novato.

Entro en la sala de actos. Está llena de gansos y gansas de todas las edades y pintas posibles. Miro a mi alrededor. ¿Dónde se supone que debería sentarme? Todo el mundo parece conocerse. Vaya mierda. Peor me lo pones: por la puerta lateral que da al estrado, empiezan a entrar los profesores. Entre ellos reconozco a Mr. Miller, mi tutor (ya te lo dije). Suben al escenario y se sientan ordenadamente en una hilera de sillas. Los gansos y las gansas bajan el tono de voz. Esto debe estar a punto de empezar. Mal, muy mal. Debería sentarme, pero ¿y si me veo, de golpe, rodeado de maricas? Eso sería un principio terrible.

Por la puerta lateral entra, ahora, un venerable anciano calvorota. Se trata de John Cummings, el director del instituto. Su inolvidable foto ocupa la segunda página del appestoso *Manual del estudiante* que me llegó por correo a Barcelona a finales de agosto. Es un tipo de un metro ochenta, con la cabeza en forma de huevo, la nariz descolgada y los labios anormalmente rojos. Anda despacio, con calma, seguro de que a un gesto de su mano el mundo se detendrá; el mundo que encierran estas cuatro paredes lo hace, puedes estar seguro.

Mierda: los que todavía hablaban han dejado de hacerlo. Estoy solo, de pie, a la vista de los demás. Mi viejo me dijo que tratara de no aislarme, supongo que se refería a esto.

—*What the fuck are you doing?* —me pregunta un tío de cara ancha y pelo lacio peinado con la raya a la derecha (creo que voy mejorando con las descripciones, ¿no?). Trato de farfullar una respuesta, pero mi inglés se atasca por completo—. *Sit down* —añade el tío mientras me tira de la manga.

Aterrizo en una silla justo a tiempo. Mr. Cummings llega al centro del escenario, se sitúa detrás de un atril y mira a la platea. Sonríe orgulloso. Esta vez me he salvado.

—*Dear students, welcome to Burton College.*

Colega, no te preocupes; a partir de ahora, traduzco.

—Gracias —le digo al tío que me ha echado un cable (Ms. King me dijo que en Inglaterra siempre hay que dar las gracias por todo).

—De nada —me responde este, ofreciéndome la mano—. Robert Hamilton, pero todo el mundo me llama Rob.

—Cacho. —Se la estrecho.

—Obviamente, el estudiante español.

—¿Tanto se nota?

—Lo llevas escrito en la cara y, además, eres el único que ha llegado tarde.

—¿Tarde? ¿Qué quieres decir? Solo pasan dos minutos.

—Ahí lo tienes, tarde.

Los ingleses son unos tocapelotas, eso ya lo sabía. Pero nunca imaginé hasta qué extremo.

—No soy inglés, soy americano. —Me ha leído el pensamiento.

Mientras gruño, Mr. Cummings comienza una arenga acerca de lo excelente que es la institución que dirige. Al parecer, somos unos privilegiados. Rob suelta un tremendo bostezo, creo que le aburre el discursito. Luego me mira.

—Y tú, ¿qué quieres ser de mayor? —me pregunta.

Me encojo de hombros.

—Todavía no lo sé. ¿Y tú?

—Playboy. —Se le escapa una risa; se estaba cachondeando. La bulma que tiene a su derecha le mete un codazo en los riñones—. No, en serio —rectifica—, veterinario.

—Por cierto, hola —dice la bulma inclinándose hacia delante. Hago el escáner de turno: labios carnosos, nariz un poco grande; pelo negro, cortito (a duras penas la llega al cogote). Es de esas tías que no dirías que están buenas, pero que te las harías al instante—. Soy Issie Graham —se presenta.

—Encantado —digo con una reverencia.

Nos interrumpe el horrible careto de un pavo de la fila de enfrente:

—¡Silencio! —susurra con un terrible acento francés.

Se nos queda mirando. Tiene los ojos de sapo y el pelo rizado, pringado de gomina. Se me escapa la risa. El borbón me replica con una especie de gruñido afeminado. Ahora es Rob el que se parte, pero Issie nos lanza una mirada asesina; así que nos callamos. El franchute, satisfecho, inicia el movimiento de retorno cuando, de pronto, su pelo (oh, maravilla) emprende el vuelo a lo alfombra mágica. Esta vez es Issie la que se parte y Rob quien tiene

que pararla poniéndole la mano en la boca.

Cuando conseguimos volver a conectar con Cummings, este arenga acerca de lo mucho que se espera de nosotros. Su perfecta dicción rebota por las paredes de la sala de actos. A ratos parece un actor recitando un soliloquio.

Después de un tiempo prudencial, Rob me susurra:

—¿A qué asignaturas te has matriculado?

—Química, Biología, Mates y Psicología.

—Coincidimos en todas menos en Psicología —dice Issie.

—¿Sabes cocinar? — otra vez Rob.

—¿Cómo?

—Si nos haces una buena paella, te ayudamos con las Mates.

—Trato hecho.

Issie y Rob hacen chocar sus manos en el aire con mucha complicidad. Deben estar liados. He obviado el hecho de que mi única especialidad culinaria es lo que en Sant Andreu se conoce como *hacer un Joni*. O sea, pan Bimbo con paté y atún en conserva con olivas.

Cummings nos deleita ahora con el elevado número de estudiantes del Burton College que ha conseguido entrar en *Oxbridge* en los últimos años. Por si no lo sabes, hay una leyenda que dice que, si logras acceder a Oxford o a Cambridge, te esperan allí setenta y dos vírgenes con las piernas abiertas. Por suerte o por desgracia, no compito en esa carrera. En cualquier caso, si lo consiguiera, eso solo sumaría setenta y tres vírgenes. Mis modestas pretensiones académicas se resumen en pasear mis huesos por Bellaterra de aquí a un par de años. Aunque es una universidad fea de cojones, parece ser que las farras no están mal del todo.

Cuando Cummings acaba, nos levantamos haciendo un gran follón. El curso 91-92 ha quedado oficialmente inaugurado y, a partir de ahora, la pelota está en nuestro tejado. Habrá que hacer algo con ella. Empiezo por sacar la fotocopia con los horarios que me pasó mi tutor.

—Biología. Síguenos —dice Rob dándole un manotazo a la hoja.

Avanzamos por el pasillo de madera hasta las escaleras.

—Creo que el aula está en la primera planta —dice Issie.

—¿Creo? —musito—. Pero ¿no es vuestro *college*?

—No.

— Pensaba que os conocíais.

—Algunos hemos coincidido antes, pero aquí solo se vienen a estudiar los dos últimos cursos; doceavo y treceavo.

Así que, en realidad, no soy el novato. ¡Esto sí que son buenas noticias! Solo soy el *spaniard*. La partida empieza de cero para todos. O casi de cero.

—¿No es igual en Barcelona?

—Sí, solo que no solemos cambiar de *college*.

Llegamos al aula y nos metemos dentro. Está completamente vacía; así que, como ratas en un experimento, comenzamos a ocupar los pupitres. Son los clásicos de dos plazas. Y, como no espabile, me va a tocar delante de todo.

—Venga —dice Rob mientras me empuja hacia una mesa de la penúltima fila.

—Pensaba que querías sentarte con Issie.

—Nunca le prestes demasiada atención a la chica que te quieres tirar.

Trataré de recordarlo. Issie nos mira desde un pupitre de la tercera fila. Se ha sentado al lado de otra bulma, bajita y sonrosada como un cerdito; escocesa, creo. Saco una libreta y un Bic. El aula es agradable. A mano derecha tres grandes ventanales desparraman la fría luz inglesa por el espacio. Las paredes de color blanco roto contribuyen a una buena difusión. Todo parece colocado en el lugar adecuado. Todo está pensado, nada al azar.

De pronto, una tranquila voz de ratón proveniente de la entrada interrumpe mis pensamientos:

—Buenos días.

Me giro. La puerta enmarca una pequeña mujer con la piel más blanca que puedas imaginar.

—Soy Ms. Low —añade la voz. Y avanza, pasito a pasito, por el pasillo central hasta su mesa. Rob me da un codazo.

—Parece una muñeca de porcelana —dice.

Tiene razón, es tan frágil que podría romperse con el eructo de una oruga. Cuando llega a su mesa, saca una hoja y empieza a pasar lista. «Samuel Ackerman». Aprovecho para hojear el libro de texto. «Lisa Bailey». Lleva por título *Biología*. «Michael Benton». Qué gran imaginación.

—Martín Cacho.

Levanto la mano.

—Bienvenido. Si tienes algún problema con el idioma, por favor, no dudes en preguntar al final de la clase.

—Gracias, Ms. Low. —Joder, parezco salido de una novela de Dickens. Si me oyera Miranda, mi hermana, fliparía en colores.

Al acabar la clase, salimos al pasillo. El cuerpo me pide calle, pero tendré que conformarme con un respiro en el cagadero.

—¿Qué nos toca ahora? —pregunta Issie.

—Química. —Es Rob.

—Pues hay que bajar; el aula queda delante de la sala de actos.

—Id tirando, voy al baño.

—Te guardo sitio —Issie.

—Vale.

Qué maja.

El lavabo queda al final del pasillo. Lo primero que noto cuando entro es que es raro. O sea, igual que el de mi insti, pero sin urinarios. Da igual. Me meto en uno de los cagaderos y cierro el pestillo. Salvado. Saco la nutria y hago lo mío. Qué descanso. Enfundo y subo la cremallera con cuidado, no sería la primera decapitación de la historia. Me giro, abro la puerta y salgo. ¡Culebras! Mis partes impactan —oh, suave maravilla— con el trasero en pompa de una bulma que bebe a morro de una de las picas. Una carpeta con diseños se desparrama por el suelo. Sus hoyuelos de venus me saludan. La nutria besa el cielo. Doy un paso atrás. La bulma se incorpora y, con el dorso de la mano, hace desaparecer unas sanguijuelas de agua que se aferraban a sus carnosos labios. Me mira. Tiene los ojos azul zafiro; el pelo como un disco de oro de los Cream y los pómulos de titanio. Con los incisivos se dobla la punta de la lengua hacia dentro en un gesto de una lascivia imposible de decir. En mi cabeza suena «Sunshine of your love».

—Pantone 364. —Además, tiene la voz rasposa.

—¿Cómo?

—El color de tus ojos.

—Ah.

Lleva el primer botón de la blusa desabrochado.

—¿Te cueles siempre en el lavabo de chicas?

¿El lavabo de chicas? Mierda.

—Me he equivocado.

—Ya. Tú debes ser el *toreador*, ¿verdad? —lo ha dicho tal cual, en castellano, y las erres han sonado muy raro.

—¿Cómo?

—El estudiante español.

—Sí.

—Encantada —dice, ofreciéndome la mano. Si os pensáis que las inglesas dan dos besos a las primeras de cambio, estáis muy equivocados. Nanay de la China.

—Cacho.

—Moore, Gina Moore.

Le estrecho la mano y me largo para no cagarla más.

Vaya Bollycao.

Cuando llego al aula de Química ya están todos dentro. Miro a través del cristal de la puerta y veo a un tipo delgado —pero con papada— que habla acompañando sus palabras de ampulosos gestos. El pelo, largo, medio rizado, le llega casi hasta los hombros. Va vestido con camisa blanca, chaqueta negra y corbata a rayas. Empujo la puerta con la punta de los dedos y asomo el careto.

El tipo se detiene y me señala con un dedo.

—Martín Cacho, ¿me equivoco?

Las miradas se concretan en mí.

—Lo siento, no encontraba el aula... —improviso.

—Si iba a tirar de manual, al menos haber escogido una excusa que no fuera del primer capítulo.

Qué cabrón. Además, tiene un acento muy raro.

—Siéntese.

Miro a mi alrededor. Como están todos de espaldas no reconozco a nadie. Joder. Alguien gira la cabeza; es Rob. Se ha sentado en la tercera fila, al lado de una bulma de nariz respingona que no conozco.

—¿O prefiere quedarse de pie el resto de la clase?

Otra bulma levanta la mano en el extremo derecho de la primera fila.

Estiro el cuello; es Issie. Menos mal. A grandes zancadas cruzo el desierto del Kalahari que nos separa y deposito mi torpe culo en la silla.

—¿Quién es este pedazo de cabrón? —le susurro.

—Un compatriota tuyo.

—No jodas.

—Si Cacho es tan amable, procederemos con la clase.

—Sí, sí —farfullo.

Saco los horarios de mi bolsillo. Abajo vienen los nombres de los profesores. Química: Ramón Ramírez. Vaya, no hay lugar a dudas.

—El temario es largo y complejo —prosigue Ramírez—. Tendrán que trabajar duro. No vengan luego diciendo que no les advertí. —Ramírez hace una pausa dramática. Luego añade—: Las clases teóricas se combinarán con experimentos prácticos en el laboratorio. No cometan el error de pensar que en ellos tendrán la oportunidad de relajarse o, como dijo una vez un estudiante, «pasarlos bien». Si quisiéramos pasarlos bien, estaríamos en el cine o en nuestras casas comiendo chorizo. ¿No es así?

Un imbécil de la segunda fila comete el error de decir que «sí».

—Aleixandre, ¿no le enseñó su madre a reconocer una pregunta retórica?

Me giro para verle la cara: es el franchute pelanas que nos mandó callar durante la presentación del curso.

—*Je suis désolé...* —murmura.

—Si pretenden aprobar mi asignatura, deberán usar toda su inteligencia y, aún, todavía un poco más.

—«Mi nombre es Iñigo Montoya, tu mataste a mi padre, prepárate para morir» —me susurra Issie al oído.

Me parto. Realmente, a Ramón solo le falta la espada.

—El eminente alquimista Theophrastus Phillippus Aureolus Bombastus von Hohenheim, también conocido como Paracelso, llevaba escrito en su escudo de armas «Sé quién eres». Señor Cacho, ¿sabe usted quién es? —Me quedo en blanco—. Lo temía, menos que una ameba.

Alucina vecina. Y la cosa sigue por ahí.

Luego toca *lunch time*, o sea, hora del papeo. ¿Te lo puedes creer? Y no es ni la una del mediodía.

Bajamos hasta el sótano, que es donde está la cantina.

Se trata de un espacio rectangular, sin luz natural y mal iluminado. Colega, al que inventó el fluorescente deberían de arrancarle los pelos de las pelotas uno a uno.

Entregamos nuestros tiques del día y cogemos unas bandejas de plástico naranja. El restaurante es tipo *self-service*, así que arrastramos las bandejas hacia los compartimentos de metal que contienen la comida. Es jodido cuando hay un montón para elegir, pero todo apesta. Rob e Issie se montan un plato combinado a base de estofado y judías en salsa. Yo me decido por una especie de sopa de verduras y rosbif con patatas fritas. De postre, fruta.

Nos sentamos en una mesa para cuatro. El sitio libre lo ocupa la bulma de naricita respingona que estaba al lado de Rob en clase de Química.

—¿Os conocéis? —pregunta Issie.

—No —digo.

—Entonces haré las presentaciones. Judy, Cacho; Cacho, Judy.

La bulma se levanta. Es menudita, delgada, con la naricita que te conté y unas largas pestañas; lo que se diría una muñequita, vaya. Voy para darle dos besos. Me choco con su mano. Todos ríen.

—Qué fogoso, ¿no? —dice Judy.

Se la estrecho. Estoy más rojo que un Ferrari Testarossa.

—Lo siento.

—No te preocupes.

Nos sentamos a la mesa. La sopa está mejor de lo que esperaba.

—¿Qué asignaturas haces? —le pregunto a Judy.

—Química, Mates, Física e Informática.

—Entonces quieres ser...

—Ingeniera Química, ¿y tú?

—Todavía no lo sabe —suelta Rob socarronamente.

—Puedo esperar al año que viene para decidir.

Dejo la sopa a un lado y ataco el rosbif.

—Y tú, ¿Issie?

—Médico.

La carne no sabe a nada, pero me la como igual.

—¿Te gusta Londres? —Es Judy.

—Llegué ayer.

—Claro. Ya tendrás tiempo.
—¿Qué tal por la residencia? —me pregunta Rob.
—No está mal.
—Nos veremos las caras.
—¿Estás ahí?
—Claro.
—No jodas.
—A la que llegues borracho y no te puedas defender.
—Delicioso —protesta Issie.
—¿Qué habitación? —continúa Rob.
—La 3-2.
—La 1-7. Mejores vistas, cabrón.

Un estruendo de platos rotos nos interrumpe.

Nos giramos en dirección al ruido. En el suelo, Aleixandre trata de reprimir una lágrima. Delante de él, un tipo con el pelo a lo cepillo y cara de pillastre se ríe. Se parece al cantante de Madness.

—Te lo dije, estaba yo primero.
—¿Quién es ese? —pregunto.
—No es verdad —protesta Aleixandre.
—Francis Bacon, de treceavo.
—Un encanto —Issie.
—Está bueno —Judy.

—Capullo —dice Bacon mientras pisa el flan de Aleixandre (la única cosa que se había salvado del desastre)—. Lo siento —añade sarcástico—, no lo había visto. —Y se larga hacia una mesa repleta de chicarrones risueños.

Aleixandre se levanta, recoge el estropicio que hay en el suelo, lo coloca en la bandeja, lo tira a la basura y se vuelve a poner al principio de la cola.

—Tique —demanda la camarera.
—Te lo he dado antes.

—Y te hemos servido tu ración de comida. Has cogido todo lo que has querido, ¿verdad?

—Me la han tirado.
—Pero eso no es culpa mía, ¿no, cariño?
—Tengo hambre.

—Igual que todo el mundo: un tique, una comida; si no, no quedará para los otros. El siguiente, por favor.

—Pobre —dice Issie.

Aleixandre baja la cabeza y se aparta de la cola. A su lado unas chicas ríen. No me gustaría estar en su piel. Cuando sale del comedor, le cae una lluvia pesada de patatas fritas proveniente de la mesa de Bacon. Todo el comedor ríe. Sabía que Inglaterra y Francia tienen sus diferencias, pero no pensaba que el borbón pagaría por todo. Al final, el profesor de Alemán —o eso deduzco de su acento— nos hace callar; así que terminamos de comer en silencio.

Por la tarde toca estudio autodirigido. O sea, tiempo libre para empollar. O, haz lo que te salga de la nalga. Issie, Rob y Judy van a la sala de estudio. Yo decido dar una vuelta; tengo ganas de explorar el *college*; y así, de paso, localizo las aulas en las que tendré que sudar estos próximos meses.

Descubro que, en el sótano, aparte de la cantina, hay un pequeño gimnasio con vestuario. Por ahí, no me van a ver el pelo. En la planta baja, la secretaría, la sala de actos y el aula de Química. En el primer piso, el laboratorio y las aulas de Biología y Mates. En el segundo, la biblioteca, la sala de estudio y el aula de Psicología. Arriba de todo, en el tercer piso, están los despachos de los profesores y la sala donde se reúnen.

Cuando lo tengo todo controlado, voy a la biblioteca.

El silencio es tan profundo como un plato de sopa de mi abuela.

Me acerco a la sección de literatura española: *El Quijote*, *La vida es sueño* y *La casa de Bernarda Alba*. Muy original.

No hay sección de literatura erótica.

Reconozco a Aleixandre, sentado en una mesa cercana al mueble de los diccionarios. Está muy concentrado en lo que parece su diario. Paso por su lado y trato de ver qué anota. Nada muy elevado: ha dibujado la cara de Bacon y, debajo de esta, ha escrito «morirás». Debe odiarlo mucho, no le culpo.

Me siento en una mesa vacía, cerca de la ventana, y hago los deberes de química y biología. Qué peste. Solo me alegra el rato algún culo que va del mostrador a la sección de geografía o alguna cinturita que avanza desde los diccionarios de latín hasta el lavabo.

Cuando finalmente salgo a la calle, hace tanto frío que casi me da por

volver a entrar, pero un silbido me detiene. Es Rob que, desde el parquecito que hay delante del *college*, me hace señas para que me acerque. Está escondido detrás de un árbol.

Voy para cruzar. Un frenazo y un Ford Escort azul me queda a dos dedos de las piernas. Joder. Me aparto. Estoy temblando. El conductor acelera mientras me dedica un extraño insulto. Creo que me ha llamado «agujero del culo». ¿Dónde mierdas hay que mirar en este país al cruzar la calle? Al lado opuesto del que te sale. Si quiero seguir con vida, tengo que recordarlo.

Consigo reunirme con Rob.

—¿Fumas? —me pregunta.

Poco, pero no es cuestión de pasar por un gallina.

—Claro.

Saca un paquete de Mayfair y me ofrece un pito.

—Gracias.

—No te acostumbres, aquí no invita ni Dios.

—¿Y eso?

—Es muy caro, pero no te preocupes, mi viejo está forrado.

—¿De dónde eres?

—Chicago.

Encendemos los pitis.

—¿Cuánto tiempo llevas en Londres?

—Este es el tercer año.

—¿Y qué tal?

—Sobreviviendo. Los ingleses no serán perfectos, pero sirven la birra por pintas.

—¿Y las inglesas? —Es Issie, que ha salido de improvisto de detrás del árbol.

—Cojonudas —dice Rob, y chocan al más puro estilo americano.

—¿De verdad que no estáis juntos?

Por la forma en que me miran, la pregunta ha sido demasiado directa.

—Está al caer —Rob.

—Qué más quisieras —Issie.

Los que se pelean se desean. ¿Cómo se dirá eso en inglés?

—¿Qué te ha parecido el primer día de clase? —me pregunta Issie.

—Jodido, como todos los primeros días. Pero espero sobrevivir.

—Entre todos, lo sacaremos.

—Creo que es hora de largarse —suelta Rob, mientras aplasta la colilla contra el suelo.

Nos despedimos de Issie y emprendemos el camino hacia la residencia.

A la entrada nos topamos con Mellor, el conserje. Se esconde detrás de un amarillento periódico. Es un tipo calvo, de mirada viciosa y con uno de los peores alientos con que me he topado en la vida.

—Buenas tardes, Mr. Smellor —suelta Rob. *Smell* significa ‘apestar’. Reprimo una risa.

—Buenas tardes, chicos —responde Smellor. No tiene el oído muy fino que digamos.

Dejamos las cosas en las habitaciones y luego vamos a la sala de juegos. Sí, tenemos sala de juegos, pero tampoco te flipes; solo hay un par de mesas para cartas, un pimpón y un futbolín. Hubiese molado un billar, hay que joderse. Jugamos un rato al futbolín y después vamos al comedor para cenar. No es que tenga mucha hambre, solo son las siete, pero tengo que hacerme a las costumbres autóctonas, ¿no? Comemos verdura y salchichas. Al salir me pillo una chocolatina en la máquina, por si me entra hambre más tarde.

Luego, vamos a la habitación de Rob a fumar otro Mayfair. Tiene el detector de humos trucado, o sea que ningún problema.

Después me las piro a mi cuarto. Entro y cierro con llave. Miro a mi alrededor. Este es mi único espacio privado, mi sola guarida. Es simple: a la derecha, la cama; a continuación, un armario; luego, un grifo, una pica y un espejo. Delante del armario, una mesa de formica, una silla dura como la piedra y una luz de escritorio. El suelo, de moqueta, por supuesto. Un potente radiador de agua lo inunda todo de calor.

Me quito la ropa, me tumbo en la cama y me sacudo la nutria un rato pensando en la bulma del lavabo. Qué boca.

Cuando termino voy al baño común, situado al final del pasillo de mi planta, y me ducho.

Después me pongo el pijama y me meto en la cama. Lo más raro de todo es que los ingleses no utilizan sábanas y mantas, sino una especie de edredón ligero que se llama *duvet*. Leo un rato a Monzó. Cuando se me cierran los

ojos, apago la luz.
Me duermo.

¡Toc, toc!
Abro los ojos, desorientado, y giro la cabeza hacia la puerta.
No se oye nada.
Los vuelvo a cerrar.
¡Toc, toc!
Enciendo la luz, sobresaltado.
—¿Sí?
—Abre. —Es Rob—. Buenas noticias.
Le dejo entrar.
—¿Qué mierdas pasa?
—Ford Fiesta —dice con una sonrisa de oreja a oreja.
—¿Ford Fiesta?
—Es el cumpleaños de Gina.
—¿Gina?
—¿Piensas repetir todo lo que diga?
Trato de acelerar mi cerebro.
—¿Por qué no me lo has dichos antes?
—Hasta hace poco, no estabas invitado.
—¿Tú vas?
—Sí, Judy nos ha colado.
—¿Nos?
—A Issie y a mí.
—¿Judy?
—Sí, es amiga de Gina.
Mi cabeza empieza a funcionar con normalidad.
—¿Y yo también estoy invitado?
—Ha llamado Gina para decir que nos traigamos al torador. Ese eres tú,
¿no? ¿De qué la conoces?
—Me colé en el lavabo de tías.

—No jodas.

—Por error.

—Ya. No es mala táctica; me la apunto.

—No podemos salir. Smellor cierra la puerta de la calle por la noche.

—Es verdad, no podemos salir.

—¿Entonces?

Rob tuerce la cabeza.

—Tendremos que escapar.

Lo siguiente pasa rápido. Me visto a toda prisa —jersey de lana, tabardo militar, Kickers— y bajamos a la habitación de Rob. Su ventana da justo encima de los contenedores de la basura. Con la sábana hacemos una especie de cuerda para descender. Apenas son un par de metros, pero, a la vuelta, borrachos, nos vendrá bien para trepar. Antes de bajar, Rob me pregunta si traigo nenuco. Le digo que no. Me dice que no me preocupe, que tiene de sobras, y me enseña un litro de Absolut que lleva camuflado debajo de la chaqueta.

Nos descolgamos por la ventana y salimos al aire helado de un Londres invernal.

La noche es nuestra.

Cumpleaños total

Andamos a toda prisa en busca del metro, tratando de que el frío no nos cale, hasta que cogemos la Picadilly line en Holborn. Es la parada más cercana. Antes de subir al vagón, una cavernosa voz nos recuerda que «vigilemos el agujero». Creo que se refiere a la separación entre el coche y el andén, pero lo tomo como un augurio de lo que pueda pasar esta noche. Al fin y al cabo, Gina y, supongo, la mayoría de sus amigas son de treceavo.

El interior del metro es viejo y destartado, pero tiene un algo que mola. Nos sentamos en unos asientos raros que parecen forrados de moqueta.

—¿Y las chicas? —pregunto.

—Nos esperan a la salida.

—Genial.

Por delante de nosotros pasa un tipo con turbante, lo flipas.

—Espero que Issie no me eche la bronca, vamos un poco tarde —murmura Rob.

¿Echarle la bronca? Lo de estos dos no se entiende.

—Pero ¿cuánto hace que os conocéis? —suelto.

—Ah, eso —dice Rob distraídamente—. Ya te lo dije, este es mi tercer año aquí; la conocí en secundaria, en la escuela anterior.

—¿Fuisteis juntos dos años?

—Sí.

—¿Y no os habéis enrollado nunca?

—Qué va, no he llegado ni a primera base.

—¿Primera base?

Rob me mira.

—«Besar sin lengua», así lo llamamos mis colegas y yo en los States. Pero no sé qué me pasa; con Issie me bloqueo.

Quizás debería darle ánimos o algo así, pero la curiosidad me puede.

—¿Y qué es llegar a segunda base?

Rob sonríe.

—Beso con lengua y tocar tetas.

—¿Y tercera base?

—Hacerle un dedo o que te estruje la minga.

—Joder.

—Eso es un *home run*.

—¿Y sexo oral?

—También vale como *home run*.

Se hace un silencio embarazoso. Al final es Rob el que lo rompe:

—No sufras, se ve a la legua que no has pasado de primera base.

Al menos no lo he tenido que decir en voz alta.

—¿Y tú?

—Tercera base, pero no se lo digas a Issie.

—Seré una tumba.

El metro se detiene en King's Cross St. Pancras (no me invento el nombre, te juro que se llama así) y cambiamos a la Northern line. Al rato llegamos a Belsize Park, nuestro destino final.

A la salida del metro nos esperan Issie y Judy. Escáner rápido: superan el estándar español de prendas rosa, pero compensa lo corto de sus faldas. ¿Cómo no tienen frío?

—Tarde —nos regaña Issie.

—A esta hora hay menos metros —murmura Rob.

—Yo ni siquiera sabía que venía —añado.

—No pasa nada —es Judy—, lo de esta noche va a ser muy grande.

—¡Ford Fiesta! —suelto con euforia.

Issie me mira con sorpresa y me hace un guiño.

—¿Vamos? —Rob se impacienta.

Enfilamos por Haverstock Hill hasta Lyndhurst Road. No hace falta ser una lumbrera para ver que se trata de una zona de guita. Mire donde mire, grandes casas con jardín y piscina se desparraman sin problemas de espacio. Casas de esas que salen en las películas. Siempre me he preguntado cómo deben ser por dentro, hoy lo sabré.

—¿Tiene mucha pasta la familia de Gina? —suelto en voz alta.

—¿No sabes quién es su viejo? —pregunta Issie.

—Ni idea.

—Brian Moore. —Me quedo igual, así que prosigue—: Es el presidente de la GAM. —Otro silencio por mi parte. Judy resopla—: La farmacéutica.

—Ah. —No tengo ni idea de lo que me está hablando.

—Además estuvo metido en política muchos años; con el partido conservador. O sea que, sí, maneja un poco de pasta.

Ya puestos, sigo con el interrogatorio. Según como vaya la noche me puede ser de ayuda un poco de información extra.

—¿Y la vieja de Gina?

—Murió.

—Vaya. —Eso me pasa por preguntar demasiado—. Muy interesante la vida de Brian. —Nadie me ríe el chiste—. Solo espero no cruzármelo por la casa.

—No te preocupes, Mr. Moore está de viaje; todo controlado.

—Menos mal.

—Es aquí —dice Issie señalando con el dedo.

La verja está abierta de par en par, dejando a la vista un largo sendero rodeado de verde y de árboles. Al fondo, la mansión, imponente que te cagas. Aunque no te imagines un edificio terrorífico en plan *El misterio de Salem's Lot*: la casita en cuestión es gansa de morir. En lugar de tener muchos pisos, se desparrama por el espacio como si flotara por encima del césped. Las paredes son de color teja, las puertas de madera maciza. Todo guay. Todo adecuado. Si tuvieran caseta del perro, me quedaba a vivir.

Avanzamos por el camino hasta la entrada. Una imponente escalinata, de por lo menos cinco metros de anchura, nos lleva hasta el acceso principal. Nos situamos delante de la gruesa puerta de madera y Judy toca el timbre.

Al poco se abre y, de entre una bruma de humo, aparece Gina. Lleva un vestido corto, de color verde, y sus labios sostienen un gastado cigarrillo.

—¡Felicidades! —gritamos todos a la vez.

—Ei, que todavía no son las doce —dice Gina, sonriendo.

—¿Cómo va? —pregunta Judy.

—Genial, pasad.

Primero entra Judy, después Issie y Rob, y, finalmente, el menda.

—Habéis traído al *toreador*, perfecto.

—Esperemos que dé la talla —Judy.

—Cacho es el puto amo —Rob en mi defensa.

—Sí —digo tratando de sonar chachi.

Pasamos a una especie de recibidor (el triple del tamaño del comedor de mi casa) desde el que suben unas escaleras de mármol a las plantas superiores. Supongo que arriba estarán las habitaciones. Pasamos de largo y nos metemos por un amplio pasillo que nos lleva hasta la sala de estar. Es un espacio rectangular, forrado de madera clara y repleto de sofás gordos. Cuelga del techo una gigantesca lámpara de cristal, aunque no está encendida. La única luz viene de un potente fuego (que quema en una descomunal chimenea) y de varias lámparas de pie desparramadas por ahí. El resultado es un espacio acogedor y misterioso a la vez; ideal para meter mano. Se me pone la piel de gallina.

La gente, repartida en pequeños grupitos por todas partes, fuma y bebe con ansia. Suenan los Ramones por el estéreo.

—Os traigo vasos —dice Gina, y desaparece.

Dejamos los abrigos encima de un mueble y nos apalancamos en uno de los mullidos sofás. En un rincón hay patatas y refrescos, pero no veo por ningún lado la mesa del nenuco.

—¿El alcohol dónde se deja? —pregunto—. ¿En la cocina?

—¿Quieres dejar el alcohol? —Issie parece sorprendida.

—Claro.

—¿Y para qué ibas a hacer eso? —pregunta Judy.

—Para que todos podamos coger.

Parece que mi idea les hace mucha gracia.

—No, no, tío —me dice Rob—. Aquí la cosa no va así. La priva es muy cara y cada uno se bebe lo que se trae.

—No jodas, qué raro, ¿no?

—Si lo piensas bien, no está tan mal.

—Pero yo...

—No te preocupes, te lo dije, puedes beber de lo nuestro —dice Rob sacando la botella de vodka. Luego mira a las chicas—. ¿Qué habéis traído?

—Vitamina R —dice Judy sacando una botella de Havana.

—Genial.

Al poco aparece Gina con los vasos. Pillamos Fanta de limón y Coca, y

nos preparamos unos cubatas. Me decanto por el vodka-limón. Dos hielos. Un sorbo. Chachi. Por los altavoces empieza a sonar una música que no había oído nunca. Supongo que aquí no pinchan a Duncan Dhu, ni a los Hombres G.

—¿Qué es eso? —le pregunto a Judy.

—Bowie, ¿lo conoces?

Ni puta idea.

—Ah... Sí, pero este disco no me suena.

—Es un recopilatorio, *Changesbowie*, salió el año pasado.

—Mola —digo, pegando un trago de mi copa.

El estribillo de la canción grita «*rebel, rebel*».

—Vamos a bailar —dice Judy mientras me agarra del brazo.

Nos unimos a un grupo de gente que ya va bastante *bolinga*: una bulma gordita, aunque con los ojos bonitos (pero no lo suficiente), dos tiarrones (uno con pelo pincho, el otro con greñas) que —seguro— juegan a *rugby*, y otra bulma que no está nada mal. Bailo toda la canción con el *paso de pie quebrado* (un movimiento de mi propia invención) que triunfa como la Coca-Cola.

Luego pega *Young americans*. Cuando suenan los primeros compases, Rob salta del sofá y se une a nosotros. Subidón. Bailamos como si fuera el fin del mundo. Luego nos terminamos las copas de un trago y preparamos otras. Sigo con el vodka-limón. Funciona. Rediós si funciona. Se me sueltan las articulaciones y aparece una sonrisa. Creo que es la primera vez que me siento feliz desde que murió mi madre. Seguimos bailando. Esto es una locura. Ahora suena *Heroes*, qué puto temazo. ¿Por qué nadie me habló de Bowie antes? Cuando termina, alguien cambia el CD. Se hace un breve silencio y, de golpe, una guitarra eléctrica distorsionada lo barre todo. Tiene una potencia descomunal. Luego la cantante pega un grito desgarrador. Se me ponen los pelos de punta: «Aaaaaaaaah».

—¿Qué es esto? —le grito a Rob.

—Transvision Vamp, la puta caña.

Nos lanzamos a bailar y cantar como posesos. *Baby I don't care*. Me dejo llevar por la música y me pierdo. Los temas se siguen como si estuviera pinchando el mismísimo demonio. *Pump up the Jam*. Las chicas mueven el culo. *Should I stay or should I go*. Saltamos como animales. *Vogue*. Me uno a

una coreografía marica. *Enjoy the silence*. Nos ponemos épicos. *Ice Baby*: dum-dum-dum-du-du-dum-dum. *Everybody dance now*. Trato de ligar con una bulma india. Fracaso. Pues que te den, Kama Sutra. Ja, ja. Se me cae el cubata por el suelo. Me preparo otro. Vuelvo a la pista. Cada tema es mejor que el anterior. Y a cada minuto que pasa, más adrenalina en las venas. Y, cuando ya parece que la cosa no puede subir más, llega el éxtasis: *U Can't Touch This*.

Flipante.

La ponen otra vez.

Seguimos así hasta perder la noción del tiempo.

Cuando me quiero dar cuenta, me meo a muerte. Salgo cagando leches en busca de un lavabo. Mientras me alejo, guipo al cachas de pelo pincho que trata de besar a Judy; como mínimo le saca dos palmos. Me largo.

La emprendo por un pasillo lleno de lucecitas doradas y repleto de cuadros, pero ninguna de las puertas que veo me parece que tenga que ser la del lavabo: esto va a ser más difícil que ganar un mundial.

El pasillo tuerce, ahora, a la derecha, así que penetro en la profundidad de la casa; luego, a la izquierda hasta que, al fondo, veo una puertecita entreabierta. Me acerco. Bingo. Es un pequeño lavabo, de apenas tres metros cuadrados, sin duda para el servicio; pero servirá.

Entro y, automáticamente, se abre la luz; debe haber un sensor. Qué moderno. Hago lo mío y me arreglo un poco el pelo. Me veo guapo, o sea que debo ir bastante taja.

Salgo dispuesto a darlo todo, pero alguien ha apagado las lucecitas doradas del pasillo. Como no sé dónde está el interruptor, ando a tientas; tratando de no romper nada. Aparte de los cuadros, antes me he cruzado con algún que otro jarrón, y no quiero cagarla. Sigo avanzando a oscuras —no se ve una mierda— hasta que me doy con la pared en todo el careto: al parecer, el pasillo ha torcido a la derecha. Esto no puede volver a pasarme nunca. Me sale sangre de la nariz, pero, por suerte, no me ha caído el cubata. Saco un pañuelo y me limpio. No se ve nada. Solo se oye, de fondo, la música que llega de la sala de estar. Y algo más... Como un rumor de agua. Me dejo guiar por el sonido. Esta vez ando con las manos por delante, por si las moscas. El ruido me lleva hasta una puerta. La toco; está más caliente de lo normal. La

empujo y entro.

Alucinante. Delante de mí, una cojonuda piscina romana aparece como por arte de magia. Es rectangular, con mosaico de peces al fondo y columnas de mármol a los lados. Está iluminada por dentro. Además, debe estar climatizada, porque emana un vapor calentito que invita a meterse en bolas.

En el extremo opuesto al mío, un tritón escupe agua, provocando el ruido que me ha atraído.

—Toreador.

Me giro a la derecha, Gina está estirada en una tumbona roja.

—¿Otra vez colándote donde no debes?

—Me he perdido.

—Pues yo creo que te sabes orientar muy bien.

—Lo siento.

—No te preocupes, has llegado justo a tiempo.

Risas. Detrás de mí, se abre la puerta y entran tres chicas que no conozco (de treceavo, supongo), los cachas que antes bailaban, Francis *Madness* Bacon, Judy, Issie y Rob.

—Pero ¿qué diablos haces aquí? —me pregunta Judy.

—Ha encontrado nuestra pequeña *fiesta secreta* —dice Gina.

—¡Venga, que son las doce! —exclama el cachas con el pelo pincho.

—Sí —se le une el de las greñas, mientras inicia la cuenta atrás—: ¡Doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero!

—¡Feliz cumpleaños! —gritamos.

Botellas de champán que se abren. Tapones que vuelan. Espuma que se esparce por el suelo como lava fresca. Nos vamos pasando la botella. Bebemos a morro, como si fuera el fin del mundo.

—Diecisiete años, por fin —suspira Gina.

Qué envidia, quien pudiera tenerlos. Qué mierda los dieciséis.

—Los regalos —grita una de las chicas.

Enseguida se forma un pequeño montón encima de la tumbona roja. Luego, un estruendo de papeles rasgados a toda prisa y de risas histéricas a medida que Gina va abriendo los paquetes. De dentro salen una camiseta, unas All Stars, un CD, unos pendientes y un libraco de diseño (regalo de Issie y Rob).

Judy ha quedado la última.

—De los dos —dice señalándome mientras le entrega un paquetito envuelto en papel púrpura. Qué amable que me haya incluido.

—Gracias —dice Gina mientras desenvuelve el paquete con cuidado.

En el interior hay una cajita de madera, muy bonita. En la tapa lleva el dibujo de una diosa de color azul con cuatro brazos y la lengua roja.

—Oh, gracias —exclama Gina.

—Es para la Kali Mist.

—Claro.

—¿Kali Mist? —murmuro.

—Es un tipo especial de marihuana. La llaman la madre del *sexo espiritual*. Si no has hecho el amor bajo sus efectos, no has hecho el amor.

Rob me guiña el ojo, pero no es tan hijo de puta como para revelar que no he mojado nunca.

—¿La probamos? —pregunta el cachas de las greñas.

—Ni de coña —dice Gina, guardando la cajita—, esto es solo para ocasiones especiales.

—¿Cómo una orgía? —suelta Rob. Cosa que le hace ganarse un codazo en los riñones por parte de Issie.

—Tengo una idea mejor —suelta una de las amigas de Gina mientras se va quitando la ropa—. ¿Un bañito?

En un santiamén se queda todo el mundo en ropa interior. Así que hago lo propio. Suerte que antes de venir a Inglaterra tuve la feliz idea de hacerme con un par de Abanderados nuevos. Salto a la piscina con todas mis fuerzas. Mientras vuelo, rezo para que mi brújula no señale el norte antes de la zambullida. Chof. Salvado. ¿Cuál es el tiempo mínimo entre ver a una tía en ropa interior y estar palote? Seguro que lo acabo de batir.

Lo pasamos en grande en el agua, primero jugando a ahogarnos, luego improvisando un interminable partido de waterpolo. Hemos dejado las botellas al borde de la piscina para no tener que salir cada vez, así que, lo flipamos mientras dura el nenuco.

Cuando se termina, salimos.

El baño y el ejercicio me han sentado de maravilla, y me siento más vivo que nunca. Quizás mi padre no tuvo tan mala idea al mandarme a Inglaterra.

Nos secamos con unas toallas más suaves que un lindo gatito y nos

volvemos a vestir. Llevo los calzoncillos húmedos, pero ha valido la pena. Después, desfilamos por el pasillo detrás de Gina, que nos conduce de vuelta a la sala de estar.

Cuando llegamos se las ha pirado todo el mundo. Joder, el tiempo ha pasado volando. Por todas partes hay vasos y botellas vacías. Nadie se ha preocupado de parar la música. Ni de poner los cojines en orden. En la chimenea, el fuego murió.

—La fiesta se ha acabado, supongo —dice Bacon.

—¿Estás de coña? —replica Gina—. Ahora viene la mejor parte.

—No queda priva —digo.

—Entonces, debemos recurrir al plan de emergencia.

—¿Plan de emergencia?

—Sí —dice Gina sacándose una llave del bolsillo y abriendo un armario bajo, empotrado en la pared.

Tengo la misma sensación que debió tener Alí Babá cuando entró en la cueva de los cuarenta ladrones: un sinfín de botellas de todos los tamaños, formas y colores refulgen a la luz de las lámparas de la sala, cegándome momentáneamente.

—Dios mío —se le escapa a Rob.

—Bien, sírvanse ustedes mismos —dice Gina.

Nos quedamos quietos admirando tanta belleza; como el niño que, tras largos meses de espera, acaba de conseguir el preciado cromo de Maradona del Barça y se aguanta antes de pegarlo al álbum, para prolongar el placer.

—Nosotras nos vamos —ha hablado la que parece ser la representante de las tres bellezas que se bañaron con nosotros en la piscina—. Es muy tarde.

Los dos cachas se miran. Creen que hay alguna posibilidad si las acompañan a casa. Y, probablemente, tienen razón.

—Vamos con vosotras.

Gina mira nuestro grupito.

—¿Alguien se queda?

Nos miramos. No seré yo quien diga «miedo».

—Me apunto —dice Rob.

—Claro —Issie.

—Ford Fiesta —Judy.

—¡A casa nunca! —un servidor.

Nos servimos las copas (en esta ocasión me decanto por un clásico ron-cola) y nos disponemos por el suelo, alrededor de una mesa baja, formando un círculo. La alfombra es tan gruesa que actúa de colchón improvisado, aunque algunos pillan cojines para estar más cómodos. Estamos colocados en este orden: Gina, Judy, Rob, Issie, Bacon y yo.

Gina, de rodillas, sobresale. Tiene una baraja de póquer en la mano y ha colocado una jarra vacía en el centro de la mesa.

—Vamos a jugar a El anillo de fuego —dice como si fuera una sacerdotisa—. ¿Conocéis las reglas?

—No —digo tímidamente. Parece que soy el único.

—Judy, ¿puedes escribirlas?

—De acuerdo.

Mientras Judy escribe, Gina coloca las cartas bocabajo, haciendo un círculo alrededor de la jarra: el anillo de fuego. Cuando terminan agarro el papel y le echo un vistazo:

Ring of fire

A- Contribution

2- 2 sips

3- 3 sips

4- is Whores

5- Pass a clap

6- is Dicks

7- A ship came in...

8- Miss a turn

9- Busta Rhyme

10- Toilet

J- Thumb

Q- Rule

K- Rule

—Me vais a ayudar, ¿verdad? —digo, apurado.

—Es muy fácil, solo tienes que coger una carta y hacer lo que te marque el número o la letra.

—Vale. —No estoy muy convencido, pero bueno.

—Empezaré yo —añade Gina mientras destapa un 2—. Dos sorbitos, fácil. —Y pega dos tragos de su copa (algo que se parece a licor de café).

Ahora le toca a Judy. Saca un 8.

—Qué mierda, me salta el turno.

Es lo que tienen los juegos de beber, en el fondo todo el mundo quiere que le toque la peor parte. Al menos, al principio.

El siguiente es Rob. Destapa un 7.

—Vale —dice arrugando la frente—. «Un barco llegó»... cargado de marcas de tabaco.

—¿Y ahora qué hay que hacer? —pregunto, desesperado.

—Cada uno tiene que decir una marca, quién se quede sin, bebe.

—Royals —empieza Issie.

—Pall Mall —Bacon.

Me toca, mierda.

—Ducados.

—¿Qué coño es eso? —suelta Bacon.

—Una marca de tabaco español.

—Y yo soy la reina de Escocia. Bebe —dice, y me suelta una galleta en la cabeza.

—Vale, vale —refunfuño. No hay manera de demostrárselo. Qué mierda. Además, qué burro, podría haber dicho Marlboro.

—Me toca —dice Issie.

Saca un 4. *Four is Whores*. O sea, ‘putas’. Sí, ya sé lo que piensas, pero en inglés rima.

—Y eso, ¿qué quiere decir?

—Que beben las chicas —suelta Madness.

Las niñas obedecen. Esto mola.

Continuamos. Es el turno de Rob. Le sale un nueve. *Nine, nine: busta rhyme*. O sea, que tiene que rimar. No se lo piensa mucho y suelta un pareado que no entiendo. Debe ser tan malo que lo obligan a beber. Rob pega un trago de su *gin-tonic*.

Ahora me toca a mí. Levanto una carta. Es un 10: *Toilet*.

—¿Qué mierdas significa?

—Que no puedes ir al baño hasta que se acabe el juego —dice Issie con cara de pena.

Rediós. Solo me faltaba esto.

Es el turno de Gina. Saca una Q. *Rule*. Esta es jodida, inventarse una regla. Pero Gina parece tenerlo claro:

—Que Judy bese en los labios a la persona que más le guste.

Silbidos, risas y palmadas. Judy nos mira, uno a uno, con cierta lascivia y empieza a avanzar hacia delante. Fijo que el suertudo es Bacon. La pose (con las manos apoyadas encima de la mesa) hace que su escote deje entrever unas nada despreciables peras. Mi sable láser desenvaina por su cuenta y tengo que recolocarlo con un discreto gesto. En el último momento Judy interrumpe su recorrido, gira la cabeza hacia su izquierda y le pega un carnoso morreo a Gina. Esta, en lugar de incomodarse, parece disfrutarlo. Cuando Judy se aleja su labio se estira; Gina lo tiene mordido por la puntita. Cuando lo suelta este vuelve a su sitio como si se tratara de un muelle. Trago saliva.

—Me toca —dice Judy.

Saca un 3, tres sorbos. Luego va Rob. Saca un as. *Contribution*. Al parecer, debe poner algo de su vaso en la jarra de en medio.

—No entiendo esta regla —digo con la lengua pastosa.

—Amigo —me dice Rob—, los tres primeros ases son la contribución, el cuarto as se bebe la mezcla de las contribuciones.

—De acuerdo —murmuro. Joder, que no me toque.

A Issie le sale un 6. *Six is dicks*. O sea, ‘pollas’. Otra rima shakesperiana.

—A beber, cariños —nos dice a los tíos.

Pego un trago corto; lo que bebí antes se me está mezclando con lo de ahora y empiezo a ir crujido de verdad.

Bacon levanta otra carta. Segundo as. Contribución. Le echa medio vaso de Sambuca a la jarra. Me cago en todo.

Me toca. Un 2. Dos sorbos más de mi cubata.

Gina hace lo propio. Una J. *Thumb*.

—¿Sabes de qué va, Cacho?

—Ni la más remota idea.

—En algún momento pondré mi ‘pulgar’ en la mesa sin que nadie se entere. Los demás, cuando lo descubráis, tendréis que hacer lo mismo, tratando de que nadie os vea. El último en poner el pulgar, bebe. ¿De acuerdo?

Asiento.

Ahora le toca a Judy. Contribución. Otro medio vaso de vino tinto que se va para la jarra.

Rob levanta un 4.

—«Un barco llegó»... cargado de marcas de condones.

—Durex —Issie.

—Prime —Bacon.

—Control —Al menos esta vez no hago el ridículo.

—Life Styles —Gina.

Todos miramos a Judy, que se ha quedado muda. «Bebe», gritamos al unísono.

Es el turno de Issie. Le toca hacer una rima. Esta sí que la entiendo: *The rain in Spain stays mainly in the plain*. ‘La lluvia en Sevilla es una pura maravilla’. *My fair lady*. Una de las pelis preferidas de mi tía. Una vez intenté verla y casi vomito.

Bacon. *Toilet*. Otro que se queda sin hacer un río.

Mi turno. Giro una carta: *El as de espadas*. Rob empieza a tararear la canción de los *Motorhead*. Voy para meter mi contribución, a ver si vacío la copa y me libro de seguir bebiendo. No creo que aguante mucho más.

Bacon me detiene:

—Tío, es el cuarto as. Te toca.

—¿Cómo?

Coge la jarra del centro y me la pasa. Dentro, un líquido, negruzco y con tropezones, apesta. Solo olerlo ya me dan ganas de vomitar. Trato de decir que no puedo, pero todos esperan que lo dé todo.

Alzo la jarra.

—¡Eh, eh, eh, eh! —gritan al unísono.

Me meto la jarra en los labios y empiezo a beber. Los tres primeros tragos saben a colonia; los dos siguientes, a gasolina; el último, a rabo. Dejo la jarra encima de la mesa con un golpe. Pero pasa algo raro. En lugar de aplaudirme, están callados, mirando hacia abajo. Medio desmayado, bajo la vista. Cinco

pulgares descansan encima de la mesa. Cinco pulgares que yo no he visto. Cinco pulgares que me delatan.

A la mierda. Cojo mi vaso y bebo lo que queda en él.

Me desmayo.

Cuando recobro la consciencia, estoy en el sofá. Los otros siguen alrededor de la mesa, charlando alocadamente. Todas las cartas están boca arriba, o sea que el juego ha terminado. Me levanto para ir al baño. Supongo que ahora *ya puedo*. Esta vez no estoy dispuesto a hacer una excursión por la casa, así que le pregunto a Gina.

—Esa puerta de ahí —me indica con la mano.

Vaya, había uno en la sala de estar. Me cuelo dentro. El Danubio amarillo fluye con felicidad. Cuando acabo me lavo las manos y la cara. Ya me encuentro mucho mejor.

De pronto, la puerta se abre detrás de mí y entra Judy. Voy para decir algo, pero me interrumpe:

—Chsss, estamos jugando al escondite. Ven, aquí. —Me coge de la mano y me arrastra hasta detrás de la cortina del baño.

—¿Quién para?

¿A que soy un genio de la seducción?

—Bacon.

La tengo tan cerca que temo que note que *me he alegrado de verla*. Hago un paso atrás. Con tan mala suerte que le doy con el culo a un extraño mando. Un chorro de agua nos cae del techo. Voy para gritar, pero Judy me tapa la boca con la mano. El movimiento provoca que resbale hacia abajo y, para no partirse la crisma, se agarra de mí. Nos precipitamos los dos al suelo de la bañera. Quedo encima de ella. Sus labios a escasos milímetros de los míos. Las hormonas hacen el resto. ¿Quién decía que las inglesas son frías? El día que me muera, en el repaso de los grandes éxitos de mi vida, saldrá este beso. Aunque no os equivoquéis, no es una cosa fina, sino un morreo bestial. Al poco nos estamos metiendo mano como posesos. Le arranco la camiseta y aparecen dos tetas con forma de pera. Ni siquiera pregunto, me amorro como si fuera un lobatillo recién nacido y, por sus gemidos, mis experimentos con la lengua son —por lo menos— parcialmente aceptables. Tienen gusto de fresa. Me gusta más la derecha que la izquierda. Le desabrocho los pantalones. Pero

una mano de hierro me detiene.

—Pueden entrar —me susurra a la oreja. Su aliento caliente todavía me excita más—. Y tenemos que secarnos.

Supongo que tiene razón. Paro el agua. Nos miramos. Y empezamos a reír como locos. Entra Bacon.

—Pillados.

Cierro la puerta de una patada. Por suerte Bacon no insiste.

Nos secamos como podemos y salimos a la sala de estar.

—¿No era suficiente el primer baño? —pregunta Gina.

—Un accidente —la corta Judy.

—Paráis —dice Bacon.

Pero Issie y Rob ya se están poniendo los abrigos.

— ¿Os vais? — les pregunta Judy.

—Sí. —Rob se encoge de hombros.

—¿Ya? —añado.

—Son casi las tres, Cacho. No está mal para tu primera fiesta inglesa, ¿no?

—Cojonuda —digo con resignación.

—¿Y vosotros? —pregunta Gina.

—Supongo que podría tomar algo caliente —responde Judy.

—No podría haberlo expresado mejor —dice Madness mirando el culo de la anfitriona de la casa.

Gina hace caso omiso al gesto y nos acompaña hasta la puerta.

—Buenas noches, chicos.

—Buenas noches —respondemos a coro.

Issie, Rob y yo compartimos un taxi. Uno de esos negros, como en las películas. Por dentro es inmenso que lo flipas, y el conductor va a la derecha. Están chalados, estos ingleses.

Bajo un par de dedos la ventana para que me toque el aire. Todavía llevo una cogorza considerable.

En algún lugar que no podría precisar, dejamos a Issie. Luego Rob da instrucciones al taxista para que nos acerque a la residencia. Nos deja en la esquina. Mientras andamos por la calle, Rob me pregunta:

—¿Todo bien?

—Sí.

—¿Y esa sonrisa estúpida?

—Nada.

Rob suelta un silbido, luego dice:

—¿Ha pasado algo en el lavabo?

La sonrisa se acentúa con el recuerdo.

—Segunda base.

Un plan

Jueves. Han pasado tres días desde el fiestón. Debido a la resaca monumental, que se alargó todo el martes y todo el miércoles, he estado fuera de juego; tratando de sobrevivir a las clases. No te has perdido nada.

Me levanto de un salto, feliz ante la perspectiva del fin de semana que cada vez está más cerca. Ducha refrescante y desayuno en el comedor de la residencia. Luego salgo con Rob en dirección al *college*. Vamos tarde, como siempre.

Por el camino nos cruzamos con Judy. Está apoyada en una farola; me parece que espera a alguien. La saludo amistosamente con la mano, pero me responde con una fría mueca. Creo que se arrepiente de lo que pasó porque casi no me ha dirigido la palabra en lo que va de semana. Debe ser la maldición de los Cacho.

—Qué mierda —murmuro mientras nos alejamos.

—¿Por qué? —pregunta Rob.

—Joder, nos liamos a saco y ahora pasa de mí.

—No ha pasado de ti, te ha saludado.

—Pero es muy fría.

Rob se encoge de hombros.

—Tío, creo que no te enteras; aquí la gente es así. Puedes haber compartido la noche más loca de tu vida con alguien, pero al día siguiente no esperes que te salude con demasiada efusividad. A menos que le intereses de verdad, claro.

Nos paramos en un semáforo. El tono de rojo es un poco distinto del de Barcelona.

—Qué mierda —murmuro.

Rob trata de animarme:

—No te preocupes, unos cuantos días por aquí y tus calores sureños se irán enfriando.

—Espero.

El semáforo cambia a amarillo, y luego a verde; también tienen un color raruno. Cruzamos la calle.

—Tampoco te creas que porque una titi hable contigo un rato en una fiesta eso signifique que le interesas.

—¿Ah, no? —No puedo dejar de sorprenderme.

—Qué va. Siempre te dan un rato de coba, es lo que yo llamo «el cuarto de hora de cortesía». Aquí la gente es muy educada.

—Pero, entonces, ¿cómo sé si una tía quiere algo conmigo?

Rob me mira como si fuera una piltrafa.

—Lo sabrás —me dice—, tranquilo. En este sentido, las inglesas son como tíos; si quieren meter un *home run*, simplemente se acercan y te lo dicen.

—No jodas.

—A la que pueda.

—¿En serio?

—En serio —prosigue Rob—, las inglesas son cuatro partes de princesa y seis partes de gorila: buscan lo mismo que nosotros. —Enmarca la frase con un movimiento de cejas a lo Groucho Marx.

—¿No hay que cortejarlas?

Rob se para en seco. Luego suelta:

—Creía que estábamos hablando de *introducir a Charley*.

—¿Introducir a Charley?

—Sí, ya sabes; *hanky panky, making whoopee, ñaca-ñaca, boom-boom*, ahogar la salchicha.

Suelto una media carcajada.

—Deberías dedicarte a la poesía.

Ahora es Rob el que se ríe.

—En serio —dice—, si quieres *salir* con una titi no te vas a librar de currártelo. Como te decía, también tienen su parte romántica. Oye, ¿no te habrás enamorado de Judy?

Me sonrojo, maldita timidez.

—Qué va.

Proseguimos el resto del camino en silencio.

Cuando llegamos a la puerta del *college*, una fina lluvia empieza a caer. Miro hacia arriba; ningún rastro del sol. Ya llevamos tres días así.

Entramos a toda prisa en dirección al aula de Biología, pero nos topamos con una pizarra. La han colocado en medio de la entrada, casi cortando el paso. Convoca a todos los estudiantes a la sala de actos.

—Qué raro, ¿no? —digo.

—Algo pasa —musita Rob.

Recorremos el pasillo de ruidosa madera y entramos en la sala. Ya está casi llena de soñolientos gansos y gansas. Issie nos hace señas con la mano, parece nerviosa. Nos sentamos a su lado.

—¿De qué va esto? —pregunta Rob.

—Ni idea. Pero debe ser importante, si no, no nos hubieran convocado a todos.

Mientras los estudiantes rezagados acaban de entrar, por el lateral de la sala aparece John Cummings. Va seguido de Ramírez, Porcelana Low, Miller y otros profesores que no conozco. Se coloca delante del atril de madera. Su compleja expresión me provoca un escalofrío helado que me baja por la espalda. Es una sensación espantosa que ya he vivido.

Cummings se aclara la garganta y se hace el silencio.

—Queridos estudiantes, muy a mi pesar, debo anunciar una desgraciada noticia. Esta madrugada se ha producido el fallecimiento de uno de nuestros más ejemplares estudiantes.

Se oye un «oh» generalizado; mitad tristeza, mitad sorpresa. Luego el aire se detiene en la sala y empezamos a mirarnos de reojo: quien no esté, puede ser el muerto.

Cummings prosigue:

—Hemos creído oportuno informarles antes de que oyeran el caso a través de los medios de comunicación. Este también ha sido el deseo expreso de la familia.

Un sudor congelado me baja por la frente. Busco a Gina con la mirada, pero no la encuentro.

—Aquellos que necesiten atención psicológica, no duden en acudir a sus tutores. En estos momentos estamos organizando una unidad especial de ayuda.

Issie coge de la mano a Rob. Como no lo diga ya, nos va a estallar el corazón.

—Para el personal de esta institución y para mi propia persona es de la

más extrema dureza anunciar que esta noche ha fallecido el estudiante de treceavo curso Francis Bacon.

Se produce un gran alboroto. Una chica empieza a chillar histéricamente. Otros se agitan con inquietud en sus asientos. A un lado, veo a Gina; solloza. Menos mal: está viva.

Cummings espera, pacientemente, a que se produzca un cierto silencio. Luego prosigue:

—Como es natural, se deben estar haciendo un millar de preguntas. —Carraspea—. No se preocupen, como decía, la familia, el claustro de profesores y yo mismo hemos resuelto contarles lo sucedido. El objetivo es evitar que sus *jóvenes imaginaciones* arremetan con especulaciones o teorías extrañas. —Se oye un leve rumor de culos recolocándose en la silla—. Como muchos de ustedes sabrán, los pasados martes y miércoles, Bacon estuvo enfermo a causa de una severa gastroenteritis. Enfermedad que le impidió asistir a clase. Su familia ha confirmado que, ayer noche, ya recuperado de la fiebre, salió de casa para respirar un poco de aire fresco. Al parecer, había quedado con uno de sus mejores amigos, Vincent Aleixandre que, amablemente, le traía los apuntes de los últimos dos días. Aleixandre fue la última persona que lo vio con vida. —Rob suelta un gruñido—. Un vecino de la zona encontró el cadáver de Bacon ensartado en una valla de protección de un edificio cercano; a sus pies un perro salvaje arremetía contra sus restos. —De nuevo un murmullo. La chica que lloraba histéricamente sale corriendo de la sala. Detrás de ella va Miller a toda marcha. Cummings nos calma con un gesto de la mano. Luego prosigue—: No deben preocuparse más de lo necesario: el animal está ya en manos de la policía y, con toda seguridad, será sacrificado este mismo fin de semana para analizar el contenido de su estómago. La conjetura más plausible es que Bacon alcanzara su terrible final huyendo de sus ataques. Por suerte, si es que es posible hablar de suerte en un caso así, el empalamiento produjo una muerte inmediata.

Lisa Bailey, de Biología, levanta la mano. Es rechoncha, escocesa, creo. Está totalmente congestionada por el llanto.

—¿Sí? —pregunta Cummings.

—Pero, entonces... —Casi no puede ni hablar—. ¿El perro no dejó nada de Bacon?

Silencio.

Luego una risotada. Gina se las pira. La tragicomedia de la vida en estado puro.

—Bailey, *detención*. Quiero verla en mi despacho cuando termine este encuentro —dice Cummings con la voz más severa que yo haya oído jamás. Luego, se aclara la garganta y prosigue—: Las clases quedan suspendidas durante el día de hoy. Aprovechen sabiamente el tiempo. Aquellos que necesiten ayuda, pídanla. Mañana [LMP1] se retoma el curso con normalidad. Muchas gracias por su atención.

Nos levantamos poco a poco, como si el aire pesara más de lo normal. Algunos de los estudiantes se acercan a sus tutores, otros enfilan el pasillo hacia la salida. Issie, Rob y yo salimos en silencio en dirección al parquecito que hay delante del *college*. Mientras cruzamos la calle, la lluvia nos moja el pelo. Nos detenemos al amparo del árbol de la otra vez.

—*Joder* —se me escapa en castellano.

—Esto es absurdo —dice Rob.

—¿Y ahora qué? —Es Issie.

—Putas vallas —añade Rob.

Nos quedamos callados por lo menos por un minuto entero, mirando al suelo.

—Tengo una idea —dice Issie.

—¿Qué? —Rob parece estar falto de paciencia.

—Conozco un café muy bonito cerca de aquí.

—¿Quieres ir a tomar un café?

Issie no responde.

—A mí me iría bien calentarme un poco —digo con timidez.

Los dos me miran.

—De acuerdo —accede Rob.

Issie se pone a andar enseguida. Salimos del parque sin decir nada, con cara de mala leche; debemos parecer una procesión de Semana Santa.

Al poco, enfilamos por Theobalds Road y andamos hasta que llegamos a Red Lion Square. Es una plaza con árboles, completamente empapada por la lluvia. Desde allí, bajamos por Dane Street. Es pequeña y fea. Nos movemos hasta que Issie se detiene delante de una vieja y desgastada puerta de color

naranja. Miro el cartel que hay encima: Machen Coffee House. Entramos dentro.

Es un café pequeño, pero muy acogedor. El suelo es de moqueta, para variar, limpia; las mesas de color verde, y las paredes decoradas con antiguas fotos de paisajes, de esos que hacen que se te estrangule un poco el estómago.

Nos sentamos en un compartimento para cuatro, como los que salen en las películas.

Al poco, llega una viejecita. Tiene el careto lleno de arrugas, los labios ligeramente pintados de rojo y la mirada profunda. Ah, y los cabellos blancos como finos hilos de lana. Ya ves, colega, ahora sí que parezco un poeta.

La señora coge aire, sonrío, y dice:

—Jovencitos, ¿ya sabéis qué vais a tomar?

—Café —Rob.

—Té —Issie.

—Café —Yo.

—Perfecto —dice la viejecita. Luego mira a mi amiga y le dice—: ¿Todo bien, Issie, querida?

—No mucho, Ms. Machen.

—¿Y eso?

—¿No ha oído las noticias?

—¿Noticias? ¿Qué noticias?

—A muerto un...

—Ah, claro; que tonta; el estudiante atacado por el perro.

—Cuesta de creer.

—¿Era muy amigo vuestro?

—Realmente no, solo hace una semana que empezaron las clases, pero...

—La muerte siempre es espantosa.

Amén a eso.

—Os traeré unas galletas de jengibre que hice ayer por la noche, seguro que os gustan.

Las abuelas creen que todos los problemas del mundo se pueden solucionar comiendo algo cocinado con amor.

—Gracias, Ms. Machen —decimos.

—Oh, pero llamadme Janet, queridos, no soy tan mayor.

Primero llegan las bebidas, humeantes, como debe ser. Vienen servidas en estas tazas tan grandes que usan aquí. *Mugs*. El café es estilo aguado, lo habitual, pero ya me estoy acostumbrando. Al poco, nos trae las galletas: son redondas y gruesas, de color tierra. Cojo una con desgana y me la acerco a los labios. La superficie es rugosa, más bien dura. Hincó el diente y una buena porción entra dentro de la boca. Mientras mastico se deshace como si fuera mantequilla. ¡Está que te cagas! Pego un sorbo del café y trago. La milagrosa mezcla desciende por mi cuerpo dejando un rastro de placer.

Las galletas parecen obrar un efecto similar en mis amigos.

—Todavía no me lo creo —dice Issie.

—Es que es muy difícil de creer. —Rob lleva el ceño fruncido desde que Cummings nos dio la noticia.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta Issie.

—¿Bacon huyendo de un perro? Imposible. Si algo era Bacon, es un chulo.

—Yo he pensado lo mismo —digo.

—Pero, de acuerdo con Cummings, se trataba de un perro callejero —objeta Issie—. Un animal agresivo en medio de la noche puede asustar al más valiente. Y, además, Bacon estaba todavía convaleciente, ¿no?

Rob hace una mueca de desacuerdo. Luego coge otra galleta. Issie y yo le imitamos. Masticamos en silencio, tratando de que duren mucho.

—A mí hay otra cosa que tampoco me cuadra —digo con poca voz.

Issie y Rob me miran.

—¿Bacon quedó con su *amigo* Aleixandre para que le pasase los apuntes?

—Trato de ilustrar mi desconcierto con un gesto de manos.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Rob.

—Aleixandre *no era su amigo*.

—Ya.

—¡Y además es de doceavo!

Rob se lo piensa.

—Tienes razón, no podían ser los apuntes de Aleixandre. Debió obligarle a pedírselos a alguien de treceavo.

—Quizás sí —concedo—, pero me sigue pareciendo raro que quedasen ese día por la noche, y más si Bacon había salido solo «a tomar el aire».

Miro a través de la ventana. La lluvia cae ahora con fuerza. Sin noticias

del sol. *Hace falta calor.*

—¿Insinúas que Aleixandre puede haber tenido algo que ver con la muerte de Rob? —Issie arruga la frente.

—Ni idea —digo—, pero le tenía ganas.

—¿A qué te refieres, tío? —Rob.

—¿Ya no os acordáis de lo que pasó en la cantina?

Mientras mis amigos recuerdan, doy un sorbo largo de café. Rob es el primero en hablar:

—Lo siento, pero no veo a Aleixandre atacando a Bacon —dice con seguridad—. Además, Bacon era mucho más fuerte.

—La fuerza no lo es todo —protesto.

—Sí, ya lo sé —dice Rob con aire cansado—; yo también estuve en la clase de Porcelana. Pero, de todos modos, creo que se te está yendo la olla. ¿De dónde has sacado esta idea?

—Bueno —balbuceo.

—Bueno, ¿qué?

Supongo que no tengo más remedio que decirlo:

—El otro día pillé a Aleixandre en la biblioteca con su diario.

—¿Su diario? ¿Lo espiaste? —Rob está desconcertado.

—Sí, no; bueno, fue de casualidad.

—¿Y qué viste? —pregunta Issie, más animada.

—Había hecho un dibujo de la cara de Bacon y, debajo, había escrito: «morirás».

—¿Y qué? —interrumpe Rob.

—Pues que lo odiaba.

—Eso no significa que lo haya matado.

Las palabras de Rob caen en la mesa y se me quedan mirando. Pego otro sorbo de mi taza.

—Debe ser un diario muy interesante —dice Issie.

Pego un respingo.

—Mucho. Deberíamos echarle un ojo.

Lo he dicho sin pensarlo, pero Issie parece alarmada:

—Lo decía en broma.

—¿Así podríamos descartar Aleixandre como sospechoso! —suelto con

entusiasmo. La culpa de ese *entusiasmo* la tienen, posiblemente, las obras completas de Sherlock Holmes, editadas en tres tomos marrones, que me regalaron mis padres al cumplir los catorce.

Creo que Rob está flipando:

—¿Esto de qué mierdas va?

—Nada, solo que la muerte de Bacon me parece misteriosa; eso es todo.

—Tío, si hay algo raro, seguro que la policía ya está investigando.

No sé si debería insistir más, no quiero que me tomen por un paranoico.

—Tenéis razón, debe ser el día —concedo.

Rob asiente. Issie se me queda mirando como si tuviera monos en la cara.

Cuando estoy por decir algo, suelta:

—Igual no sería tan difícil leer el diario de Aleixandre.

—¿Cómo? —Casi le daría un beso.

—¡Por favor! —Rob parece exasperado.

—No tiene amigos. Si nos presentamos en su cuarto con la excusa de animarle, igual podemos descubrir algo.

—¿Traigo la lupa, entonces? —resopla Rob.

—Podríamos emborracharlo —digo.

Las manos se nos van hacia las últimas galletas. Masticamos como si estuviéramos en la posguerra. Mi abuela estaría contenta, hemos dejado el plato limpio.

—Emborrachar a Aleixandre... —murmura Rob—. Eso sí podría ser divertido.

Issie hace una mueca.

—Pero ¿cómo le entramos? —pregunto.

—Si vamos todos juntos se olerá algo —dice Issie, pensativa. Luego añade—: El lunes podría tratar de camelármelo en clase.

—¿Camelártelo? —A Rob no parece que le haga mucha gracia la idea.

—Le diré que mi familia está planeando un viaje a París por Navidades, y que me gustaría quedar con él para que me recomendara sitios a donde ir.

—Puede funcionar —digo.

—¿Pretendes que te lleve a su habitación? —Rob.

—Sí —dice Issie, tratando de tranquilizarlo—, y luego, os presentáis vosotros *de casualidad*. Como vivís en la residencia, no tiene por qué

sospechar.

Rob nos mira mientras se frota los labios con la mano.

—Está bien —dice finalmente—. Me haré con un par de botellas de Pastis.

Seguro que le pirra el Pastis.

—¿Y eso qué es?

—Tu confía en mí, fijo que le gusta.

—Vale.

Nos miramos.

Parece que tenemos un plan.

En busca del asesino

Viernes, último día de la semana. Por fin. Me levanto a toda prisa: hoy toca Mates y Psicología, y luego seré libre. Bajo al comedor y me encuentro con Rob. Acaba de dar buena cuenta a un gigantesco bol de cereales y parece igual de animado que yo ante la cercanía del finde. Me tomo un café con leche y un bollo, y salimos a toda prisa hacia el *college*. Para variar hace un día estupendo; esto significa que sigue haciendo el mismo frío de cojones, pero que, al menos, luce el sol. El aula de Mates está en el primer piso, al lado de la de Biología. Vamos tarde (creo que le estoy pegando a Rob lo peor de mi carácter mediterráneo), así que enfilamos las escaleras subiendo los peldaños de dos en dos. Ahora ya sé dónde están casi todas las cosas, incluso los lavabos de tíos. La sorpresa es que, cuando llegamos, la gente todavía no ha entrado; sino que hacen barullo en la puerta. A la derecha, en un pequeño grupo, están Judy, Aleixandre e Issie. Parece que esta última ya ha empezado a extender su red alrededor del francés. Rob se mete entre los dos.

—¿Cómo te encuentras, Vincent? —dice mientras le pone una mano en la espalda.

—Bien, gracias; todavía un poco impresionado —responde este con timidez. No está acostumbrado a que nadie lo trate con gentileza.

—Es normal —añade Issie—, todos estamos un poco confusos todavía.

Aleixandre le sonrío. Rob suelta un gruñido, casi imperceptible. Voy a decir algo, pero nos interrumpe una aterciopelada voz:

—¿Qué diablos sucede aquí?

Nos giramos. Delante de nosotros, una mujer nos mira con cara de perplejidad. Debe ser la profesora.

—La puerta está cerrada —dice Judy.

—¿Podrías ir a buscar al conserje para que la abra?

—Claro —murmura, y desaparece escaleras abajo.

—Gracias.

Colega, espero que no creas que soy un enfermo, pero a pesar de ser una

mami —debe tener unos treinta—, la profe me pone. Mira: pelo (negro) como despeinado, aunque no por falta de interés, sino creando un efecto salvaje muy guay; ojos verdes, grandes y dulces; y pañuelo rojo alrededor del cuello. No sé, tiene un algo muy moderno, muy diferente del de los otros profesores.

Cuando, finalmente, el conserje abre la puerta; entramos todos en desbandada. Me siento al lado de Rob. Issie se las apaña para hacerlo junto a Aleixandre: sigue el plan que preparamos para él. Rob va a protestar, pero la dulce voz suena de nuevo:

—Soy Katherine Taylor y, durante este curso, seré vuestra profesora de Matemáticas. Me gustaría poder deciros que es una asignatura fácil, pero no lo es. Deberéis esforzaros al máximo. No quiero mentiros; estáis en un momento crucial de vuestras vidas. Lo que hagáis durante este año y el siguiente va a determinar, en gran medida, vuestro futuro.

—Al menos es sincera —murmura Rob.

—Si tengo suerte —prosigue Taylor—, conseguiré que os enamoréis de las matemáticas.

—O de tus ojos —se me escapa. Rob me da un codazo.

—¿Perdón? —Es Taylor, que además me mira.

—Nada —musito.

Taylor sube una ceja.

—¿Nombre?

—Cacho.

—¿El alumno de Barcelona?

—Sí.

Taylor sonrío.

—Estudié un año allí gracias a una beca. Conozco muy bien la ciudad. —Soy incapaz de comentar nada interesante, así que Taylor prosigue—: ¿Y cómo demonios has acabado aquí? ¿No prefieres el sol?

Arrugo la frente.

—Es una historia un poco larga.

—Seguro —dice Taylor, y luego suspira—. Sé cuáles son los problemas de estudiar en el extranjero; si necesitas una mano, cuenta conmigo.

Vaya, qué simpática. No como el viejo Meléndez, mi profe de Mates del insti, que tuvo los huevos de catearme con un 4,75.

Taylor decide que ya hemos perdido suficiente tiempo:

—Empezaremos por un tema apasionante: el álgebra.

Apasionante no es, exactamente, la palabra que yo usaría.

—El álgebra —prosigue Taylor, entusiasmada— es la rama de las matemáticas que estudia estructuras, relaciones y cantidades. En cierto sentido, se podría decir que es una extensión de la aritmética, en la que se desconoce el valor de una de las cantidades con las que se opera.

«Kitt, te necesito». Pero no viene. Así que me toca aguantar la hora de clase como puedo. Este va a ser un hueso duro de roer.

Al terminar, Issie se nos acerca muy excitada: ha conseguido embaucar a Alexandre para que la invite esta tarde. Ella llegará a la habitación del francés alrededor de las siete; nosotros deberíamos presentarnos por allí una media hora más tarde.

Perfecto.

Me separo de mis amigos y subo al segundo piso. Ahora me toca Psicología, la única asignatura que ellos no hacen. Echo un vistazo al aula: es más pequeña que las otras, aunque eso le da su encanto; como si fuera el comedor de casa. Las mesas y las sillas, más antiguas también que en las otras clases, contribuyen a ese efecto acogedor. Me meto en el primer sitio que veo libre. Al poco, se sienta a mi lado una bulma con el pelo recogido hacia arriba. Lleva tatuado un infinito en la nuca. Su acento es bastante cerrado y me cuesta entenderla, pero es muy simpática. Me dice que es de Yorkshire, como los perros. Añade que se llama Daniela; no sabía que ese nombre podía ser femenino. Es maja. Nunca pensé que, estando fuera de casa, uno apreciaría tanto la amabilidad.

Al poco, entra Miller, mi tutor. Hace una semana tuve una charla con él, así que se podría decir que casi es un viejo conocido. Imagínatelo muy delgado, con el pelo hacia atrás —pero no engominado, más bien a lo *clown*—; la nariz un poco de patata y los labios grandotes. El conjunto resulta curioso.

—Buenos días, soy Daniel Miller —dice con una voz bastante estilosa.

Luego se queda en silencio un buen rato, mirándonos. Nadie dice nada.

—¿Lo soy? —pregunta finalmente—. Quiero decir, ¿podría ser que hubiese dicho una mentira?

Como nadie abre la boca, agarra la lista con nuestros nombres y elige uno

al azar:

—¿Podría ser, Mery?

Una bulma de la segunda fila se sonroja.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Porque eres el profesor.

—¿Y cómo sabes que soy el profesor?

La bulma duda.

—Podrías ser un impostor, sí —admite finalmente.

Creo que es el *principio de clase* más raro que he visto nunca.

—«La mentira», un tema apasionante; sin duda —prosigue Miller, bueno, si es que es Miller; quizás lleva engañándome todo este tiempo. Luego añade—: ¿Cómo podemos saber si alguien miente?

Levanto el brazo.

—Ah, Cacho, adelante.

—Por su lenguaje corporal.

—Abrid vuestro libro de texto por la página quince, por favor.

Ruido de páginas girando con precipitación. Leo: «Psicología cognitiva», qué mierda significará eso. Miller ataca de nuevo:

—Detectar la mentira, y con ella al mentiroso, es más difícil de lo que la gente cree. Si observáis el estudio que sirve de introducción al capítulo, veréis que los indicadores más obvios no son fiables. Por ejemplo, el lenguaje corporal al que se refería Cacho. Por cierto, ¿qué entendemos por lenguaje corporal?

—Lo que no se dice —contesta Daniela.

—Exacto. Entonces, por un lado, tenemos la información oral y, por el otro, la información visual; o sea, lo que *el cuerpo* nos dice. Pero ¿qué nos dice?

—Que quizás el mentiroso está nervioso porque miente... —observa Daniela mientras se arregla una greña rebelde que le tapaba el ojo—. Y que alguien experto podrá leer eso en su cuerpo.

—Exacto, aunque, como os decía, los indicadores más obvios no son fiables. Del estudio que aparece en vuestro libro de texto, se desprende que ni *el movimiento de la cabeza* ni *el movimiento de las manos* varía en el

mentiroso.

—Pero los mentirosos evitan el contacto visual —suelta un tío con papada a lo Alfred Hitchcock.

—Otro falso mito. El mentiroso mira igual que quién dice la verdad. Además, tampoco se le puede distinguir por un *mayor o menor titubeo*.

—¿Entonces? —digo, desconcertado.

Miller alza la mano derecha y junta la punta del pulgar con la del índice. Luego dice:

—*La fluidez*, esta es la cuestión.

—¿La fluidez?

—Exactamente. O para ser más precisos, su falta. La persona que miente fluye menos, es decir, hace más pausas. Por muy integrada que tenga la mentira, la tiene que ir recordando e incluso construyendo al momento. Eso le resta agilidad. Trata de no sustituir esa lentitud con el titubeo, ya que piensa que su interlocutor creerá que duda. Así que tiende a hacer más pausas.

Vamos anotando en nuestros cuadernos.

—El segundo modo de detectar la *falta de fluidez* será mediante los parpados: el mentiroso parpadea menos. Es capaz de mantener la mirada a su interlocutor para no delatarse, pero no puede hacerlo de forma natural; cosa que se traduce en esa disminución del parpadeo.

Daniela me mira de reojo. Estoy tomando los apuntes medio en castellano medio en inglés, y creo que está flipando.

Miller prosigue con la clase:

—Aunque, claro, ahora que ya lo sabéis; eso os da la posibilidad de camuflar esas señales y convertirlos en unos excelentes mentirosos; lo que nos lleva a mi primera cuestión. —Miller se detiene un segundo para sonreír. Luego suelta la dichosa preguntita—: ¿Quién soy?

Suspiramos con desespero. Miller parece complacido, así que se dedica a amenizar lo que queda de clase con juegucitos del estilo.

Me pasa la hora volando.

Es un profesor cojonudo.

Luego comemos y estudiamos un rato en la biblioteca.

Por la tarde Rob no me acompaña hasta la residencia. Me dice que tiene

que ir a por el nenuco de esta tarde. No sé de dónde lo va a sacar, pero no se lo pregunto. Debe tener algún colega con dieciocho.

Tengo un rato solo para mí; así que me meto en mi habitación, pillo una cinta de Duncan Dhu, y me tumbo en la cama con mi Aiwa. Es autoreversible, la puta caña. Le doy al *play* y me dejo llevar. La voz de Mikel Erentxun me hace pensar en mi casa, en el Kadett GSI de mi padre, en Miranda, en mis amigos. Lloro como una niña. Colega, como se lo digas a alguien, te mato.

Después de este baño de nostalgia, me lavo la cara. Mucho mejor. Miro el Casio que tengo en la mesita de noche: son casi las siete. Decido montar guardia en la ventana de mi habitación. Al poco veo llegar a Issie, tal como habíamos planeado. Lleva una bolsa del supermercado repleta de sándwiches, patatas chips, chocolatinas y otras guarradas: la noche promete. En la entrada, Smellor le hace varias preguntas, pero parece que Issie lo convence con sus explicaciones, porque enseguida entra de nuevo para reunirse con su amarillento periódico.

Diez minutos más tarde llega Rob. Supongo que trae el nenuco en la mochila, ya que se le viene abajo del peso. Smellor le sale al paso y señala la bolsa. Es perro viejo. Rob parece dudar un rato. Por lo que puedo oír, se excusa diciendo que ha pasado por la biblioteca para pedir prestados unos libros de álgebra. Smellor parece satisfecho con las explicaciones. Le da unos golpecitos en la espalda y le aconseja que no afloje, que se está labrando un buen futuro.

Finalmente, logra llegar hasta mi habitación.

—Casi te pillas, ¿no?

—Ya ves.

—¿Traes la priva?

—¿Tu qué crees? —dice Rob mientras abre la cremallera de su mochila.

Delante de nuestros ojos aparecen dos botellas preciosas. Agarro una. La etiqueta, de una delicadeza brutal, lleva escrito «Pastis» en letras blancas. Tiene un 45 % de alcohol. Bestia. Volvemos a meter las botellas en la mochila e iniciamos un 21 con una bola de Albal y la papelera. Se trata solo de ganar un poco de tiempo, pero Rob no logra concentrarse. Creo que la idea del francés tratando de meter mano a Issie le está matando. Le pego una paliza.

A las siete y media bajamos al primer piso. Aleixandre tiene su habitación a tres puertas de la de Rob. Golpeo la chapa con los nudillos. ¡Toc, toc! Al poco se abre y aparece el francés. Creo que le ha metido extra de gomina a su pelo, porque refulge más que la nieve de Baqueira Beret. Me echa una mirada de decepción con sus ojos azules de sapo.

—El español —dice.

—Y el americano —añade Rob, saliendo de detrás de mí.

Esto empieza a parecerse a un chiste malo.

—¿A qué debo el honor? —dice el francés—. Estoy ocupado.

Rob me guiña el ojo, luego suelta:

—Nos ha parecido oír ruido de motor.

—¿Ruido de motor?

—Sí; Ford Fiesta. ¿Verdad, Cacho?

—Exacto.

—Y hemos ido a por un poco de nenuco.

—No, no, no, *merde* —arremete Aleixandre, mientras trata de cerrar la puerta.

—¿Rob, Cacho? —suena una voz desde el interior.

—¿Issie? —pregunto.

—¡Sí! Oh, Vincent, déjalos pasar; son mis amigos.

Aleixandre nos mira con cara de odio. Creo que pensaba que su encanto francés había embelesado a la bulma; que hoy sacaría a pasear a la marmota. Qué se joda.

Rob empuja la puerta y entramos. Echo un vistazo rápido: aparte de unos pósteres de artistas franceses (mal colgados), su cuarto es exactamente igual que el mío. A pesar de eso, la impresión que tenemos es completamente diferente, ya que un cálido ambiente lo envuelve todo: el jodido de Aleixandre ha iluminado el cuarto con velitas. Además, ha perfumado el espacio con una barrita de incienso de canela (afrodisiaca, bien jugado). Para más inri, de un viejo radiocasete suena una romántica música francesa. Solo entiendo que habla del *amour*.

—Voy al baño —murmura Vincent. Y enfila el pasillo dejando la puerta abierta.

Nos sentamos en el suelo, alrededor de un par de libros con fotos de París.

—Pensaba que no ibais a venir nunca —suspira Issie.

—Pero si hemos llegado antes —protesta Rob.

—Pues se me ha hecho eterno.

—Vamos, no habrá sido para tanto —digo sonriendo—. Te ha puesto hasta música romántica.

—Ya lo sé. Y, ¿no oléis como apesta a canela?

—¿No te habrás puesto?

La pregunta le merece a Rob un puñetazo en la barriga; que tiene como respuesta un pellizco en el brazo; seguido de una patada en el saco de nueces. La cosa acaba en un enredo de hostias y risas hasta que regresa Aleixandre.

Parece que se ha preparado un discursito:

—Chicos, ha habido un malentendido; esto no es ninguna fiesta. Las fiestas están prohibidas, y si Mr. Mellor se entera... Prefiero ni pensarlo.

Rob pasa a la acción:

—Pues claro que no es una fiesta, es una *pequeña reunión de amigos*.

Vincent se acaricia el pelo.

—¿Somos amigos?

—Indudablemente.

—Pero es la hora de la cena —argumenta—, debemos ir al comedor.

—No te preocupes —dice Issie acercando la bolsa del súper—. He traído esto.

Aleixandre mira la bolsa con desconfianza mientras Issie vierte su contenido en el centro del corro que hemos formado. Las porquerías van cayendo una detrás de otra. Vincent las contempla con recelo.

—Venga, ánimo —le jalea Issie.

El francés no responde. Parece estar librando una batalla interna. Al final ganan los buenos:

—No puedo ofrecer nada para beber —dice, tristón—. Pero podéis quedaros un rato.

Casi me da pena.

—Ahora es cuando la cosa se pone seria. —Rob arrastra hasta él su mochila—. Aquí están —dice, extrayendo con cuidado las botellas del interior.

Aleixandre abre tanto los ojos que creo que se le van a caer rodando como

canicas de diez pesetas.

—*Mon Pastis...* —susurra emocionado. Y se va a por vasos. Creo que le ha caído una lágrima.

Le doy un codazo a Rob. Este me mira.

—Bien hecho —le susurro.

Aleixandre abre una de las botellas y nos sirve en tres vasos de cristal. El líquido que cae tiene un color muy extraño, entre amarillo y tierra.

—Parece agua sucia —murmura Issie.

Vincent la mira, censor. Luego coge el vaso y lo alza para que se pueda apreciar mejor su contenido.

—El color del pastís es, *naturellement*, el ámbar.

Voy para pegarle un sorbo, pero Aleixandre me detiene con un severo gesto.

—El pastís se sirve diluido en agua —dice, lacónico.

Se levanta de nuevo y trae una botella de agua mineral. Luego se pone de rodillas, con la espalda muy recta, para proseguir con el ritual de preparación; se arremanga y vierte el agua con delicadeza. Joder, esto es más lento que la ceremonia del té de mi padre. Al final de la mezcla, el brebaje ha adquirido un tono lechoso, casi inofensivo. Me acerco el vaso a la nariz. Tiene un profundo olor a anís.

—*¡Santé!* —exclama Aleixandre alzando el vaso.

—*¡Santé!* —gritamos todos mientras hacemos chocar el cristal.

Nos lo pimplamos de un trago. El gusto es jodidamente fuerte, aunque con un punto dulzón, como esas bolitas de anís que me daba la abuela.

—Entonces, ¿vamos a comer algo, o no? —suelta Rob, animado.

Issie abre uno de los sándwiches, yo hago lo propio con una especie de Bollycao inglés. Mientras masticamos, el *borbón* prepara la segunda ronda. Cuando la tiene lista exclama:

—*¡Vive la France!*

Issie, Rob y yo nos miramos con resignación y, con todo el entusiasmo del que somos capaces, gritamos:

—*¡Vive la France!* —Si me oyera el yayo me capa.

La bebida nos abre el apetito, así que durante un rato nos dedicamos a engullir.

Luego viene la tercera ronda.

Y después otra ronda de comida basura.

Al poco nos soltamos. Es lo que tiene el nenuco. Un francés, un americano, un español y una inglesa borrachos de pastís en Londres; es hasta bonito.

Para cuando terminamos la primera botella, Vincent nos está haciendo aprender la letra de *La Marsellesa*. Rob parece tener un talento especial para pronunciar la palabra *enfants*.

—Es curioso —dice Aleixandre—, pensaba que os caía mal.

—Eres un tío cojonudo —suelta Rob.

—¡Por Aleixandre! —añado yo alzando mi vaso.

Brindamos a su salud.

—Lástima que no se pueda fumar aquí dentro —murmura Vincent.

Rob y yo nos miramos. Un minuto después ya se ha subido a la silla del escritorio para sabotear la alarma anti humo.

Vincent nos ofrece cigarrillos de un paquete azul.

—¿Qué son? —pregunta Issie.

—Gitanes —responde este modulando la voz para que suene más grave. Luego añade—: Solo fumo Gitanes; como Gainsbourg.

Nos metemos los pitos en la boca y los encendemos. Esta mandanga sabe endemoniadamente fuerte, pero mola.

—¿Quién es Gainsbourg? —pregunta Rob.

Vincent se levanta y, dando tumbos, se acerca al estéreo para cambiar la cinta. Resulta que es un cantante. Luego nos lanza la tapa del casete para que podamos verla. Es de color negro, bastante antigua. Arriba está escrito *Jane Birkin/Serge Gainsbourg*. Debajo, una rubia con los labios entreabiertos nos mira sensualmente. Debe ser la tal Jane. Vincent le da al *play* y suena el primer tema: *Je t'aime... moi non plus*. Madre mía, no sé qué dice la letra, pero parece que estén follando. La puta caña de canción. Bautizamos la sensualidad como «Gainsbourg-Birkin». Y luego brindamos por la ocurrencia.

Después del trago, la piel de Aleixandre se vuelve blanca como la nieve.

—Me encuentro fatal, tíos —farfulla.

Issie lo apoya contra la cama y le moja las sienes con agua.

—No te preocupes, colega, tengo la solución perfecta —dice Rob.

Luego, abre una bolsa de cacahuetes y propone jugar a *básquet-cacahuete*.

Gran solución. Las reglas son muy fáciles: uno abre la boca y el otro trata de encestarle un cacahuete dentro; si falla, bebe. Huelga decir que nadie encesta una mierda.

O sea que seguimos bebiendo.

A la mitad de la segunda botella, Aleixandre se desploma.

Nos miramos, emocionados: esta es nuestra ocasión. Estiramos al francés en el suelo, de costado, por si le diera por vomitar, y saltamos hacia su escritorio.

Removemos todos los papeles, pero no hay nada.

—Su mochila —dice Issie, señalando con un dedo hacia el suelo.

La registramos de arriba abajo. Solo hay libros de texto y un cuaderno; nada que valga la pena.

—Mierda —murmura Rob—. ¿Dónde lo habrá metido?

Me encaro al armario. Abro las puertas; miro y remiro el interior, pero no encuentro nada. Luego los cajones. Quizás lo guarde entre los calzoncillos. Habrá que removerlos, qué putada. Me aplico a tan desagradable tarea. Si encuentro el diario, la recompensa valdrá la pena.

Pero no hay suerte.

—Mira en los bolsillos de las chaquetas —dice Rob.

Hay dos en el armario. Las registro como si fuera napolitano, pero nada. Nos queda la que está colgada detrás de la puerta. Issie se precipita hacia ella y examina minuciosamente todos los bolsillos. Vacíos.

—¿Seguro qué tenía un diario? —pregunta Rob.

—Mira que si hemos hecho todo esto por nada —Issie.

—Segurísimo —digo frunciendo el ceño.

Me siento encima de la cama. Joder. ¿Dónde lo habrá metido? Me echo para atrás, sosteniéndome con las manos en el colchón. La izquierda me queda encima de la almohada. Y es entonces cuando noto un bulto extraño. Levanto la almohada de un tirón. Debajo hay tres cosas: el pijama, una pegajosa revista porno y el maldito diario.

—*¡Brilliant!* —exclama Issie.

Mis amigos se lanzan encima de la cama, y se me sitúan uno a cada lado. Sostengo el cuaderno encima de las piernas, de modo que puedan verlo.

—Está en francés —gruñe Rob.

—Claro, ¿cómo no lo hemos pensado antes? —dice Issie, decepcionada.

—Tranquis tíos, creo que puedo entender algo de lo que pone aquí.

La parejita me mira con cara de sorpresa.

—¿Sabes francés? —pregunta Rob.

—No, pero sé castellano y catalán. O sea que, más o menos, puedo deducirlo.

—¿Catalán?

—Sí.

—¿Qué es eso?

—La lengua de los catalanes.

—¿Y el castellano?

—También.

—¿Tenéis dos lenguas?

—Más o menos.

—Nos va a ir de perlas —concluye Rob.

—¿Puedes decir algo en catalán? —pregunta Issie.

—*Ves a cagar*.

—*Ves a cagar* —repite con un adorable acento—. Me gusta. ¿Es algo bonito?

—¿Nos centramos en lo nuestro?

Volvemos los ojos al diario. Busco la entrada correspondiente al pasado lunes. Básicamente, son tres páginas de Aleixandre relatando el episodio de la cantina en el que Bacon le tiró la bandeja al suelo. Está claro que lo odia con toda su alma. Luego está el dibujo que vi en la biblioteca. Se lo muestro a mis amigos. Issie murmura las palabras que escribió el francés: «morirás».

—Y encima lo escribió en inglés —exclama.

—¿Lo veis? —digo triunfal—. No os engañé.

Rob parece tener sus dudas:

—Puede ser una rabieta.

—Busca el día de la muerte de Bacon —dice Issie con la voz trémula.

Voy pasando las páginas, una a una. *Martes*: ninguna mención al inglés, solo pensamientos sobre su mamá y su papá, y de cuánto les echa en falta. Todo bastante patético. Me juro a mí mismo que no mantendré nunca un diario. *Miércoles*: al parecer, Aleixandre ha soñado con que Bacon le obligaba a

pasearse desnudo por el *college*. *Viernes*.

—Un momento, ¿qué mierdas pasa aquí? —exclama Rob.

—Del miércoles salta al viernes —musito.

—No lo entiendo.

Nos miramos estupefactos. Al final es Issie la que habla:

—Alguien ha arrancado la página del jueves.

Los Tres Salmones

A los dieciséis ya se sabe casi todo de la vida, aunque el sábado al mediodía aprendo una cosa nueva: la resaca de pastís es dolorosa.

Me levanto de la cama como puedo y me arrastro a la ducha. Estoy una hora debajo del agua, hasta que el dolor de cabeza se relaja. Luego me bebo un litro de agua y bajo al comedor. No hay casi nadie, pero, por suerte, todavía sigue abierto. Pasta, salchichas, pan, queso y más agua.

Después me echo una *siesta*. Curiosamente, los ingleses conocen la palabra y el concepto. No deben ser tan bárbaros, al fin y al cabo.

Por la tarde me despierta Rob. Al parecer se celebra en la residencia un campeonato de pimpón por parejas. Decidimos presentarnos juntos a tan importante evento. Quedamos los últimos.

Ceno una sopa de tomate.

No me cruzo con Vincent en todo el día. Una de dos, o ha muerto o su resaca es todavía peor que la mía.

Me meto pronto en la cama; ni siquiera saco de paseo a la nutria.

No sé cuánto rato he sobado, lo único que está claro es que me despierta un rayo de sol, oh, oh, oh. Es domingo. Me levanto de un bote, como succionado por la vibración de la ciudad. Al fin y al cabo, tengo delante de mis narices un mundo nuevo por descubrir, y no estaré en Londres toda mi vida. Así que me calzo las Kickers, me pongo el tabardo militar, me enredo la bufanda alrededor del cuello y salgo a la calle.

Si vives en Londres y, al salir de casa en invierno, crees que no hace frío; espérate a llegar a la esquina. Aun así, el día es soleado. Frío y sol; extraña combinación al principio; como la salsa agridulce. Luego le acabas encontrando el punto.

Saco un mapa de bolsillo Nicholson que me regaló mi profesora de Inglés,

Ms. King. Tiene señalados algunos lugares de interés: «No debes dejar de visitarlos, querido».

Decido empezar por Covent Garden.

Se trata de un antiguo mercado reconvertido en centro comercial. Es un sitio acogedor, con una luz muy suave; casi como si fuera el decorado de una de esas películas inglesas que tanto le gustaban a mi madre.

Deambulo un rato por los extravagantes comercios hasta que me entra hambre. Me compro una *jacked potato*, con queso y beicon, y me voy a la plaza adoquinada que queda delante del mercado para comerla. Me siento al borde de una gigantesca columna de piedra. La patata es contundente y arde por dentro, pero entra de cojones.

Luego me acerco hasta Piccadilly Circus. No sé, colega, tanta polla con la plaza esta y es solo una especie de rotonda con un angelote en el centro. Lo que me mola más son los anuncios luminosos de los edificios que hay alrededor, sobre todo el de Sanyo.

Inspecciono un poco la zona. No muy lejos de la plaza, me topo con el Teatro Piccadilly. Me llama la atención el cartel de la obra que están dando: *The Rocky Horror Show*. Las letras del título, de color rojo, derraman sangre encima de una inocente rubia. Mola que te cagas. Me acerco a la taquilla y miro los horarios. La sesión matinal empieza en cinco minutos. Sin pensarlo, pago y entro.

Cuando estoy acomodado me doy cuenta de que es la primera vez que voy al teatro. También soy virgen en eso. Puto pringado. Encima la entrada me ha costado un dineral, y aún suerte del descuento de estudiante; tengo que aprender a controlar mis impulsos.

Una bulma me pasa el programa de mano. Le echo un vistazo: es el mismo diseño molón del cartel. Le doy la vuelta y alucino en colores: Gina Moore en *shorts* y camiseta de tirantes golpea un balón de vóley. Es una foto doméstica que capta un momento de felicidad real. Mola Pepsi cola. La han utilizado para la publicidad de unos campamentos de verano para adolescentes. Los organiza una tal Moore Foundation; todo claro, entonces. Tengo un *flash* de nuestro primer encuentro en el lavabo de chicas. Pero antes de que pueda proseguir con mis pensamientos calenturientos, se apagan las luces y una voz femenina nos recuerda que no está permitido hacer fotos. Decido relajarme y

disfrutar del *show*.

De pronto, un foco ilumina a la tía que daba los programas de mano: es una actriz. Ya me parecía a mí que vestía raro. La bulma se pone a cantar. Cojones. Es un musical. Mi primera obra de teatro y me voy a tragar un jodido musical. La de birras que he perdido pagando esta entrada. Qué peste. En fin, ya es demasiado tarde; esto ya no hay quien lo pare.

Me lo trago entero.

Culebras. A veces, el instinto nos lleva por el camino correcto. Y esta es una de esas veces. La obra es una puta locura molona con una protagonista travesti y un montón de tías enseñando las piernas. ¡Y al final resulta que son todos extraterrestres!

Salgo transformado por la experiencia.

Colega, si no has visto *The Rocky Horror Show*, te lo recomiendo.

Bajo andando hasta Westminster. Es un buen rato, pero me va bien airearme un poco. Echo un vistazo a la abadía y al palacio; Ms. King estaría orgullosa de mí. Cuando me topo con el Big Ben me parece estar en *Mary Poppins*; esta ciudad ha salido en demasiadas películas para ser completamente real.

Luego me acerco al Támesis. Es más grande de lo que pensaba. De hecho, es una pasada. Decido que, a partir de ahora, diré que me gustan más las ciudades con río. Lo cruzo por el puente de Westminster. A mitad de camino me detengo para ver los barquitos que nos pasan por debajo. Mola mucho.

Al otro lado de la orilla, improviso y me meto por el laberinto de calles que tengo delante, a ver qué descubro. Me lo paso bomba durante media hora. Quizás no sean las calles más bonitas del mundo, pero a medida que me alejo del centro, se borran los turistas y aparece la ciudad más auténtica. Fantaseo con la idea de quedarme a vivir aquí, de no regresar nunca a Barcelona, de casarme con una inglesa de ojos azules y rostro pálido, de leer cada mañana *The Guardian* mientras desayunamos. Interrumpe la fantasía un cartel de los Dire Straits pegado en una vieja pared de ladrillo. Me detengo en seco. ¿Un concierto? Lo repaso de arriba abajo y se me caen las canicas al suelo: tocaron ayer viernes en Wembley. Su última gira. Y yo sin enterarme. Ya ves.

Me meto a andar sin coger el volante con las manos, entristecido por la

noticia, y me pierdo. Mierda. Nunca hay que bajar la guardia. Saco el Nicholson de bolsillo, pero no sirve de nada: no cubre esta zona. Trato de orientarme. No tiene que ser tan difícil, solo tengo que deshacer el camino hecho. Aunque está empezando a oscurecer y, cada vez, las calles se parecen más las unas a las otras. Mientras ando, me entretengo dando patadas a una lata de cerveza de medio litro que encuentro por el suelo. El ruido me hace compañía un buen rato, hasta que la lata desaparece debajo de un Citroën 2CV de color naranja. Qué le vamos a hacer. Geniales, estas latas de medio litro, a ver si llegan a Barcelona algún día.

Giro a la derecha y paso por debajo de un puente. Luego cruzo al otro lado de la calle (por poco no me atropella uno de esos gigantescos autobuses rojos de dos plantas) y ando un par de manzanas más. Esto no me suena nada. Cruzo la calle de nuevo y vuelvo a girar a la derecha. Inspecciono. Podría ser cualquier lugar. Ando hasta que llego a una rotonda. De esta enfilo por una calle ancha, avanzo un par de manzanas más y giro emocionado: ahora sí, claramente, he estado en esta calle. Aprieto el paso, contento, hasta que me topo de nuevo con el 2CV naranja. Vuelvo a estar en el punto de partida: no soy más tonto porque no me entreno.

Reanudo la marcha. Esta vez, pero, empiezo girando a la izquierda y no es hasta la segunda travesía que tuerzo, de nuevo, a la derecha. No estaba tan equivocado. Al fondo de la calle se vislumbra, lejano, el río. Nunca ha estado muy lejos. Me meto por una callejuela oscura; si me sale bien, me servirá de atajo. Avanzo un buen trozo hasta que me doy cuenta de que la calle dobla a la derecha y que es imposible llegar al río desde aquí. Continúo andando. Me he metido en una zona un tanto extraña; medio plaza, medio descampado. No se ven comercios por ningún lado, ni ningún signo de vida. Por si las moscas, decido apretar el paso; esto me da mala espina. Tengo razón: al fondo, una pareja de *homeless*, apoyada en una despintada farola, me señala con el dedo; les debo parecer una presa fácil. Sigo andando, tratando de no pensar en nada malo, pero ya se están moviendo en mi dirección. Creo que van muy curdas. Giro a la derecha por un oscuro pasaje que me esconde en sus sombras. Se llama Blind Row. No hay nadie. Me meto en un portal y espero. Se ha hecho de noche. El silencio es casi anormal. Por suerte, los *homeless* pasan de largo. Buf. Me quedo un rato quieto y salgo del portal.

Salvado.

O no: alguien me agarra por la espalda. Me giro con violencia, dispuesto a vender caro el jeto; pero lo que me encuentro no es lo que esperaba: un tipo misterioso me observa. Tendrá unos treinta, ojos azules (con ojeras), nariz larga, pelo al cuatro y barba de tres días. Como único abrigo lleva una chaqueta negra, mucho más fina que la mía.

—Kétchup —dice con voz grave. Luego sube la ceja derecha hasta una altura imposible. Me lo quedo mirando como un pasmarote: ¿un imbécil más? Londres está llena de tarados.

El tío sonríe. Tiene un montón de dientes blanquísimos, o quizás sea que la noche es más negra en el norte.

No respondo.

—Sé que eres Kétchup —insiste el tipo con una seguridad pasmosa—. Te llevo siguiendo todo el día.

Qué peste. Parece que he salido del fuego para caer en las brasas. Se debe tratar de un loco, o peor todavía, de un perverso.

—*DI* Werber —me dice en un tono tranquilizador, mientras se saca del bolsillo la identificación.

—¿*DI*?

—*Detective inspector*.

Es un madero. Me quedo callado, contemplándolo de los pies a la cabeza. Llevo una semana en Londres y Scotland Yard ya viene a por mí. Aplauso.

—¿Estoy detenido? —trato de que no suene muy peliculero.

—En realidad, no —dice el poli—. Pero me gustaría hablar contigo.

—¿De qué? —farfallo.

—Aquí, no.

Claro, qué idiota. Aunque la perspectiva de ir a una comisaría inglesa no me hace la menor gracia, la verdad. Por suerte, el poli habla de nuevo:

—Al final de la calle hay un *pub*, allí estaremos tranquilos.

—Pensaba que los menores no podíamos entrar —digo con miedo. Harry resopla. Me apresuro a añadir—: Eso me dijeron en el *college*.

—Si vas con un adulto, puedes; cojones.

—Ah. —Le ofrezco la mano—. Por cierto, es Cacho.

Werber la mira con desprecio.

—Pues eso —dice poniéndose en marcha—, Kétchup.

No me queda más remedio que seguirlo. Sus pasos resuenan por las oscuras paredes como el metrónomo que usa mi hermana para estudiar piano. No decimos nada.

Al final de la calle, se encuentra el tugurio.

—Los Tres Salmones —murmura Werber.

Alzo la vista. En el mal iluminado cartel que cuelga encima de la entrada puedo apreciar el despintado dibujo de tres peces saltarines. Muy bonito. El poli empuja la puerta y entramos. Es un local viejo, oscuro y lleno de humo. En la barra, un tipo con abrigo mugriento, de pana, ni se inmuta; entre sus dedos sostiene un humeante cigarrillo del que parece haberse olvidado. A la izquierda una pareja de cincuentones está absorta en la contemplación de sus *bitter* de medio litro. No se dicen nada; como maniquís de cera. A la derecha un tío joven escribe con una letra incomprensible en un bloc negro; parece que tiene mucho por decir y muy poco tiempo.

Werber saluda al camarero con un gesto de la cabeza. Este le devuelve el saludo con otro movimiento parecido. Luego me conduce al fondo del local, y me hace sentar en un compartimento.

—¿Qué te apetece? —me pregunta.

—¿Lo que quiera?

El poli hace un gesto cansado con los ojos. Luego dice:

—Té o café, cojones.

Me decanto por una Coca, más que nada por tocárselos. Mientras espero a que vuelva con las bebidas trato de analizar la situación, pero por más vueltas que le dé no consigo entenderlo. Debe de haber un error.

Werber llega enseguida.

—Tu Coca —dice mientras golpea el vaso de cristal contra la mesa de madera. Solo que no es una Coca, es una pinta.

—Gracias —digo, sorprendido.

—De nada.

Tendré que ir con cuidado, si me emborracha estaré en desventaja.

—¿Cuál es el problema, agente? —pregunto con trémula voz.

—¿El problema? —dice Werber, y estalla en risas—. Cojones. —Parece que es su palabra preferida—. El *problema*, como dices, es que alguien te ha

denunciado.

—¿A mí?

—Y a tus amigos. —Saca un viejo bloc de notas y lo consulta—. Son Robert Hamilton e Issie Graham. ¿Correcto?

Asiento con la cabeza, pero sigo sin entender nada.

—¿Y de qué se nos acusa? —digo de la manera más dulce que soy capaz.

Werber contrae las sienes como un perro.

—Kétchup, será mejor si vamos al grano.

Parece que se está impacientando, así que decido enseñarle donde está la bolita:

—Honestamente, no sé de qué me hablas.

—¿No estuviste, anteayer, en la habitación de Vincent Aleixandre con tus amigos?

Hostia, el francés. Claro. Ahora lo entiendo. Ni siquiera nos molestamos en volver a ordenar sus cosas.

—Ah, sí —farfullo, tratando de sonar casual—. Estuvimos tomando unas copas con el bueno de Vincent. Y escuchando música francesa. Lo pasamos en grande.

Werber se pimpla un cuarto de su pinta de un trago.

—Cojones —musita para sí. Luego me mira y suelta—: Puedes seguir con esta mierda, Kétchup. O podemos arrancar la cebolla de una vez. Sé que lo emborrachasteis hasta dejarlo sin sentido, y que luego estuvisteis husmeando en sus cosas.

Mierda, el hijo puta de Vincent se lo ha contado todo. Aunque es su palabra contra la nuestra.

—Es cierto que se emborrachó mucho —admito, pero nadie le obligó a nada—. Todos bebimos; tengo un recuerdo un poco confuso de la velada.

Werber vuelve a mostrarme las teclas blancas. Esta vez su sonrisa es diabólica.

—No te preocupes, no hace falta que recuerdes nada: está grabado.

Se me encogen las canicas.

—¿Cómo? —musito.

—Aleixandre colocó una videocámara encima del armario.

Mi vesícula suelta un chorro de bilis.

—Qué cerdo —digo con ganas.

—¿Cómo dices?

—Me refiero a Aleixandre.

—¿Qué pasa con Aleixandre?

Werber se queda esperando una respuesta. Mierda, supongo que no tengo más remedio que delatarme contándole la verdad:

—Le hicimos creer que tenía una cita con Issie.

—¿Issie Graham?

—Sí. Supongo que quería grabar el encuentro para tener un *recuerdo* de la velada. Por eso nos pilló. Puto casca nueces.

Werber anota algo en su bloc. Ahora soy yo el que le pega un buen trago a la cerveza. Mi primera cerveza inglesa. No está nada mal. Tiene menos gas que la Estrella, pero más gusto.

—Entonces, admites que teníais un plan para emborrachar al francés, ¿no?
—Werber me ha pillado.

—Sí —concedo, pero era para una buena causa.

—¿Una buena causa? —repite con sorpresa—. Más te vale, o ya puedes empezar a comprar el billete de vuelta a casa.

Lo mandaría a parir panteras, pero no puedo. Mi padre se vendió el Kadett para costearme el viajecito; si vuelvo antes de tiempo, me mata.

Cojo aire y me lanzo.

—Con nuestro plan, queríamos obtener *cierta información*.

Werber vuelve a alzar la ceja; casi le toca la raíz del pelo. Al menos he acertado a atraer su atención.

—¿Información relacionada con qué tema?

Ahora viene cuando me tiro por las cataratas del Niágara.

—La muerte de Francis Bacon.

Werber no dice nada. Pega otro sorbo de la pinta y se me queda mirando.

—Francis Bacon —repito, tratando de pronunciar mejor el nombre. No me puedo creer que no conozca el caso. Hasta salió en las noticias.

Werber se termina la cerveza con parsimonia, y se limpia los labios con la mano. Cuando acaba el ritual, me pregunta:

—¿El filósofo? —Se me cae la mandíbula. Werber estalla en risas—. Cojones, claro que he oído hablar de Francis Bacon: el tío empalado.

¿Se supone que eso fue una broma divertida? Cágate lorito.

—Bien —prosigo con la lengua un poco pastosa—, tengo motivos para pensar que Vincent puede estar relacionado con su muerte.

Werber suelta un silbidito burlón.

—¿Y cuáles son esos *motivos*?

El tipo me intimida. Trato de decir algo inteligente, pero no me salen las palabras. Por desgracia, no soy Dirk Benedict.

—Bacon puteaba a Vincent —digo al final, haciendo acopio de todas mis fuerzas.

—Ya.

—Y lo humilló el primer día de clase delante de todo el mundo.

—Qué penita.

Creo que no voy a derribar el muro de Werber con tanta facilidad, a menos que no ataque con todo.

Resoplo.

—Vincent odiaba a Bacon, y tengo pruebas: pude ver que lo había dibujado en su diario y, debajo, había escrito «morirás». Además, Vincent fue la última persona que le vio con vida.

Werber se pasa la lengua por detrás de los dientes.

—Eso no significa casi nada —dice finalmente.

No lo he convencido, pero parece que he avanzado un poco. Decido cambiar de táctica.

—Solo queríamos asegurarnos de que el asesino de Bacon no estaba entre nosotros.

—Ya, y no se os ocurrió nada mejor que emborrachar al francés y luego hacerle confesar, ¿no?

Supongo que eso es lo que habría hecho un tipo duro como él, lo nuestro fue más de aficionados.

—No. Queríamos ver qué había escrito en su diario el día de la muerte de Bacon.

Werber enciende un cigarrillo. Da una calada y me señala con el dedo.

—O sea, que el españolito cree que Bacon no murió empalado tratando de huir de un perro, sino que fue asesinado de algún modo por Vincent Aleixandre.

Vaya, yo no lo hubiese resumido mejor.

—Exacto.

Werber aspira de su pito.

—Incorrecto —Sus palabras salen mezcladas con el humo.

—Pero...

—La página que faltaba en el diario es esta —dice mientras se saca del bolsillo un papel resguardado dentro de una bolsa transparente de plástico—. Es lo que buscabais, ¿no?

Lo deja encima de la mesa y lo arrastra hacia mí.

No doy crédito.

—¿De dónde ha salido? —pregunto.

—Vincent la arrancó después de escribirla. Estaba en la papelera, junto al escritorio. Se os olvidó mirar ahí.

Con la papa que llevábamos, me sorprende que llegáramos a encontrar el diario. Buscar la página arrancada ni se nos ocurrió.

Werber prosigue:

—Como fuisteis tan inútiles de dejar el diario tirado por ahí, a la mañana siguiente, Vincent dedujo que era lo que buscabais. Trajo las dos cosas a comisaría. No hay trampa: la forma de la página arrancada coincide con lo quedó en el diario, y el diseño y la letra son iguales.

La tengo delante de las narices. La tentación es demasiado grande como para morderme la lengua.

—¿Puedo?

—Adelante.

Cojo el trozo de papel y leo atentamente. Vincent escribe, con mano temblorosa, que le fue a llevar los apuntes a Bacon y que, luego, este se disculpó y le dio las gracias. Un momento. ¿Bacon se disculpó?

—No puede ser —murmuro.

—¿Tu teoría se desmorona? —Werber está disfrutando de lo lindo.

—Bacon tenía que seguir bajo los efectos de la fiebre para disculparse con alguien.

—Seguro.

Vuelvo los ojos la hoja arrancada. En la parte final, un emocionado Vincent escribe un sinfín de gilipolleces sentimentaloides. Básicamente, que

sigue añorando a su mamá y que a partir de ahora Francis será su gran amigo.

—Vincent y Bacon se reconciliaron esa noche —dice Werber, satisfecho.

—Pero esto no significa nada —protesto mientras agito el papel en el aire—. Puede ser una mentira.

Werber resopla.

—Cojones. Recapitulemos: tienes una teoría errónea que se basa en una prueba que no existe, ¿correcto?

—Visto así.

—Sin olvidar que te han denunciado y que Aleixandre, aparte de ser el sobrino del embajador de Francia, sí tiene pruebas en tu contra.

¿Sobrino del embajador de Francia? Bravo, Cacho. Te mereces el premio al imbécil de año.

—Quizás me he precipitado —digo con vocecita—. Pero sigo pensando que mi teoría puede ser cierta, mientras no se demuestre lo contrario.

Werber pega un puñetazo encima de la mesa.

—Cojones. Tenemos la grabación de las cámaras de seguridad de la casa donde murió Bacon.

El estómago se me contrae como la antena de un caracol.

—Créeme, Ketchup, Bacon murió empalado huyendo de un perro. Una muerte espantosa. Nadie estuvo allí para ayudarlo.

Debo admitir la derrota por goleada. Werber enciende otro cigarrillo. Parece satisfecho.

—Ahora te diré lo que haremos.

—De acuerdo —digo como un corderito.

—Vamos a convencer al señor embajador y a su sobrino de que no vale la pena seguir adelante con la denuncia ya que tú y tus amigos estáis muy arrepentidos.

—Gracias.

—Eso, a cambio de un pequeño favor.

Apuro lo que me queda de birra. ¿Voy a colaborar con Scotland Yard?

—¿Qué favor? —pregunto con miedo.

Werber da otra calada y lanza el humo a través del polvoriento espacio.

—¿Conoces a Gina Moore?

¿Gina? ¿Qué tendrá que ver ella con todo esto? ¿Y de qué la conoce

Werber?

—Sí —respondo, lacónico.

—Estuviste en su fiesta de cumpleaños el pasado lunes, ¿cierto?

—Sí.

—En casa de su viejo.

—Sí.

Nos quedamos mirando a los ojos. Colega, si lo piensas bien, la situación es tan surrealista, que entiendo que puedas estar flipando.

—¿Sabes quién es Mr. Moore?

—Tengo una idea, sí.

Werber abre los ojos y pone la expresión más seria que le he visto hasta el momento.

—Esto que voy a decir ahora es estrictamente confidencial, ¿lo entiendes?

—Sí.

Aunque cada vez me acojono más.

—A Mr. Moore le han desaparecido unos pendientes.

—¿Mr. Moore usa pendientes?

Werber da un puñetazo encima de la mesa.

—No te pases de listo.

—Perdón.

—Es una joya de la familia, una antigüedad de valor incalculable.

—Entonces, ¿somos todos sospechosos?

—No.

Me estoy perdiendo. Por suerte, Werber prosigue:

—Mr. Moore no sospecha de los invitados de su hija, sino de...

—¿Gina?

—Cojones, sí.

—Pero no tiene ningún sentido.

—Gina odia a su viejo. Haría lo que fuera por joderlo.

—Pero si se lo da todo.

Werber chasquea la lengua.

—También se lo quitó todo.

—¿Cómo?

—Se largó con otra cuando ella tenía siete años. Su madre se suicidó.

Apuro la última baba que me queda en el vaso.

—¿La ha denunciado?

Es la primera vez que veo dudar al detective.

—No. Quiere saber si, realmente, ha sido ella; solo eso. En dicho caso, no presentará denuncia. En caso contrario, sí. —Werber hace una breve pausa. Mira al techo, como si buscara las palabras adecuadas. Finalmente, dice—: La cuestión es que no puedo hacer ningún movimiento directo, ya que eso me delataría.

Empiezo a comprender.

—O sea que quieres que intente averiguar si Gina ha robado los pendientes.

—Digamos que averigües todo lo que puedas.

—Y, entonces, quedaremos en paz.

—Hasta lo podremos celebrar con otra pinta.

—De acuerdo —digo, ofreciéndole, de nuevo, una mano por encima de la mesa.

Werber me mira con sorpresa. Debo parecerle un idiota. Aunque, esta vez, decide estrechármela.

—Tienes hasta el sábado.

Menos de una semana. Me levanto y empiezo a andar. Tengo flojas las piernas. Una semana. No tengo ni idea de cómo lo voy a hacer. Tendré que pedir ayuda a mis amigos. Al fin y al cabo, estamos metidos juntos en esto.

Justo cuando estoy saliendo por la puerta, la voz de Werber interrumpe mis pensamientos.

—Por cierto, cuando salgas, tuerce a la izquierda y luego a la derecha; seguro que encuentras la calle que lleva al metro.

Cojones.

Tirando del hilo

Lunes. Un banco en el parque. Solo.

Lo peor de ayer no fue el movidón con Werber; lo peor de ayer fue tener que contárselo a mis amigos. No fue fácil, colega. Y menos convencerles de que tendrán que espiar a Gina, conspirar a sus espaldas, traicionarla; aunque sea por su bien. Qué peste.

Al final, acordamos que cada uno tratará de averiguar lo que pueda por su cuenta y que, a finales de semana, lo pondremos en común.

Me he largado del *college* después de Química, poniendo como excusa una jaqueca más grande que las tetas de Sabrina. Ni siquiera me han dado ánimos. Ni siquiera saben quién es Sabrina.

Y ahora, ¿qué? Supongo que lo suyo sería husmear en la vida de Gina, comprobar la historia de Werber y avanzar desde ahí; pero no tengo fuerzas.

Miro a mi alrededor: en el parque, nadie se da cuenta de mi *chofismo*.

Buf.

Me lío un cigarrillo.

Justo cuando voy a darle a la cerilla, alguien se sienta a mi lado.

—Cacho. —Es Daniela.

—Hola.

—¿Qué haces?

—Ya ves.

Enciendo el pito y le doy una calada.

—¿Todo bien?

Suelto el humo.

—Más o menos. ¿Y tú?

—Más o menos.

Echa a llover.

—¿Conoces alguna biblio por el barrio? —pregunto.

—¿Tiene algo malo la del Burton?

—Sí. Que todo el mundo me conoce.

Daniela levanta la cara hacia el cielo y cierra los ojos. El agua rebota contra su piel. En pocos segundos se cubre de una película brillante.

—Daniela —murmuro.

—La biblioteca Holborn no queda muy lejos —dice, volviendo a la realidad—. Y seguro que no te cruzas con nadie.

—¿Está cerca?

—Menos de diez minutos.

—*Great.*

Nos levantamos. Daniela saca un paraguas verde de su mochila. Lo abre y me invita a meterme debajo. La cojo del brazo como en una de esas pelis en blanco y negro (solo que aquí los papeles se han invertido) y echamos a andar por Theobalds Road.

Al rato, se detiene.

—Es aquí —dice.

Echo un vistazo. Se trata de un edificio de ladrillo, con varias plantas y muchas ventanas.

—Perfecto —murmuro.

—¿Quieres que me quede? Podemos estudiar juntos. —Empiezo a morderme las uñas, incapaz de decir nada. Al final, Daniela lo pilla—: Prefieres estar solo, ¿no? ¿Te dejo mi carnet?

—¿Lleva foto?

—Sí.

—No tenía previsto travestirme esta semana.

Se parte.

—Tienes razón.

—De todos modos, no quiero sacar ningún libro.

—Como quieras, pórtate bien.

—Lo mismo digo.

Observo como se aleja. Luego entro en la biblioteca.

Por suerte la calefacción está a todo trapo, así que enseguida me quito el tabardo y la bufanda. El silencio es sepulcral.

Me acerco al mostrador de información. Una sesentona con pañuelo en el cuello y repeinada hacia atrás me inspecciona de arriba abajo.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Buenas tardes. Busco revistas... Revistas y periódicos...

—La sección de prensa está...

—Antiguos —la corto.

—¿Cómo de antiguos?

—De principios de los ochenta.

La sesentona arruga la frente.

—No tenemos. Solo guardamos la prensa de un mes.

Mierda.

—¿Qué puedo hacer?

La sesentona se acaricia el pañuelo.

—Tendrías que ir a la British Library. Allí lo tienen todo.

—¿Dónde está?

—Da igual, no te dejarán consultar nada a menos que tengas dieciocho años. ¿Los tienes?

—No.

Joder.

—Lo siento.

—No se preocupe.

Salgo a la calle sintiéndome el mayor gilipuetas de la humanidad. Y, encima, esta vez, no hay ningún maldito paraguas plegable que me dé cobijo.

Me abrocho el tabardo, me pongo la capucha y echo a andar a toda prisa hacia la residencia de estudiantes.

Colega, mis días de investigador privado han acabado antes de empezar.

En la garita de entrada, Smellor me saluda desde detrás de su amarillento periódico. Sin dejar de andar, levanto una mano para devolverle el saludo.

Me detengo. Un momento. Me giro y doy dos pasos atrás.

—Mr. Mellor —digo—, el periódico que lee, ¿de qué año es?

—1971.

—¿1971? ¿Está seguro?

—Compruébalo tú mismo.

Agarro el periódico, tiene razón.

—¿Por qué culebras está leyendo un periódico de hace veinte años?

Smellor sonríe.

—Oh, verás, es por mi pequeña pasión: la historia.

—¿La historia?

—Sí. El pasado siempre me ha parecido más interesante que el presente.

—¿Por eso lee periódicos antiguos?

—Sí.

—Y, ¿por qué no lee *libros de historia*?

—La mayoría hablan de cosas demasiado antiguas. A mí me interesa el pasado reciente. El que he vivido. Entender qué es lo que me ha llevado hasta aquí. —Smellor, orgulloso, señala su garita como si fuera el Partenón. Tengo que reprimir una risita—. Pero para entender hace falta perspectiva. Hace décadas empecé a guardar la prensa diaria; tres periódicos cada día. Más algunas revistas. Solo cosas serias, nada erótico. Por si las moscas. Algo intuía. Y, a medida que la montaña de papel se iba haciendo más y más grande, me iba seduciendo. Casi me hablaba. Me susurraba: «Mellor, si quieres entender, bebe de mí». «Mellor, ven, acércate. Mellor». Hasta que un día decidí hacerle caso, abandonar los periódicos del día, y volver a empezar desde el inicio. Voy por los años setenta.

—¿Conserva los ochenta?

—Claro.

Trago saliva.

—¿Podría ver esa colección?

A Smellor se le encienden los ojos.

—¿En serio?

Asiento. Smellor comprueba que nadie nos esté observando y abre la puerta de su garita.

—Sígueme.

Penetro. Me siento extraño, como si fuera un ladrón y estuviera entrando en casa de alguien. Smellor cuelga un cartel y cierra la puerta.

—Por aquí —me indica.

Al fondo del cuarto, en el suelo, hay una raída alfombra. La enrolla. Debajo, una trampilla. La abre. Me asomo: hay una escalera de madera en forma de caracol. La cabeza de Smellor aparece por encima de mi hombro.

—Poca gente se acuerda de este sitio —musita. Su aliento sigue oliendo a muerto.

Abre la luz y empezamos a descender. Él va delante. La madera cruje por

nuestro peso. Me empieza a emborrachar una especie de olor a papel viejo y humedad.

Cuando llegamos al final, Smellor le da a otro interruptor y se abre una ristra de bombillas que cuelgan del techo. Echo un vistazo. Es un espacio completamente desangelado, lleno de largas pilas de periódicos y revistas. En el centro, debajo de una de las desnudas bombillas, hay una mesa de madera.

—¿Qué te parece, muchacho?

—Increíble.

—¿De verdad? —Creo que le está cayendo una lágrima.

Cojo un periódico del primer montón. Es el de hoy. Smellor se tapa los ojos.

—Sin *spoilers*, chico. En veinte años, sabré lo que dice.

Lo dejo con cuidado. Smellor respira aliviado y empezamos a andar. Me explica que los tiene ordenados por año, mes y día; para que no se pierda nada. Las pilas son tan altas que se puede andar entre ellas como si fueran palmeras.

—¿Puedo quedarme un rato? Me iría bien para...

—No tienes que darme más explicaciones. Entiendo el llamado. Solo deja que el río de tinta se te lleve a una realidad más real.

Asiento.

—¿Quieres empezar por algún año en concreto?

Venga, Cacho, piensa. Gina nació un año antes que yo, o sea, en el 74. Su madre murió cuando ella tenía siete años. O eso dijo Werber. Entonces...

—El 81.

—¿Qué mes?

—Enero.

—Muy bien.

Smellor cierra los ojos, creo que para concentrarse mejor. Al poco, me indica una pila, a un lado. Me acerco y la examino. En efecto, son periódicos de hace diez años. Cojo unos de *The Guardian* y me siento en la mesa.

—Pásatelo bien —dice, mientras empieza a subir las escaleras de madera.

—Gracias.

La trampa se cierra con un tétrico ruido. Clap.

Quizás me haya raptado y se me vaya a ir comiendo poco a poco. O quizás

simplemente me vaya a abandonar aquí.

Espero unos cinco minutos, pero no pasa nada. Así que me pongo a trabajar.

Al poco, me doy cuenta de que es una locura. Trescientos sesenta y cuatro días al año significan trescientos sesenta y cuatro días de interminables periódicos, más las revistas, por suerte mensuales o quincenales.

La necesidad hace que me espabile: desarrollo una técnica que bautizo como *torbellino Cacho*. Se trata de batir el récord del mundo en pasar páginas de diario sin romperlas e intentando cazar al vuelo la palabra «Moore».

A base de meterle horas, me voy volviendo bueno con el tema. Lo primero que hago es descartar las secciones de deportes, internacionales y espectáculos, y concentrarme en política y sociedad. De vez en cuando encuentro algún hilo y voy tirando de él. Es casi como buscar oro en una mina.

Regreso el día siguiente y el otro. Hasta me coloco un vasito de agua al lado para ir humedeciendo el dedo. Al final, Smellor me da un duplicado de la llave de su garita, por si quiero quedarme un rato por las noches. Incluso me deja preparado un termo con café encima de la mesa. Genial. Debo parecerle el nieto que no tuvo.

Poco a poco, las horas de trabajo intensivo van dando sus frutos. Voy anotando todo lo que encuentro que me parece interesante. No me lo paso mal. Igual tendría que planteármelo y hacerme reportero...

Al cuarto día, decido que me merezco un respiro. Así que convengo a Daniela para hacer campana e irnos de paseo a Hyde Park.

Entramos por Speakers' Corner, que es un sitio donde cualquiera puede subirse a una caja de frutas y soltar un rollo. Hoy hay poca gente, solo un hombre que habla de Jesús. Dice que se equivocaba. Un corrillo le increpa. Pasamos por su lado sin detenernos y seguimos caminando.

Al poco, nos sentamos debajo de un árbol inmenso para comer el *lunch*.

—¿Encontraste lo que buscabas? —me pregunta Daniela, mordisqueando su sándwich de atún.

—Más o menos.

Le enseño la enmarañada libreta donde lo he ido apuntando todo.

—Guau.

—Te lo dije, llevo dos días a tope.

Daniela se arregla el flequillo.

—Cacho, ¿se puede saber en qué lío te has metido?

—¿Qué lío?

—Nos meten deberes, pero no tantos.

Pausa.

—Prefiero ser sincero: no puedo contártelo.

—Mejor. Si mintieras, te descubriría.

—Seguro.

—¿Y esto? —dice señalando la punta de un papel que sobresale de la libreta.

Lo estiro. Aparece el programa de mano de *The Rocky Horror Show*. Daniela lo examina.

—Dicen que está bien, ¿la has visto?

—Sí. Lo guardé porque... Mira.

Le doy la vuelta y le enseño la foto donde sale Gina.

—Caray.

—Yo me quedé igual.

—La Moore Foundation es bastante *mierder*. Una manera de desgravar, supongo.

—¿Has estado?

—Sí, una vez entré con mi madre.

—¿Dónde?

—En Yorkshire, pero hay oficinas por todas partes.

—¿Alguna cerca?

—De camino al *college*.

—¿Podemos ir?

—¿Ahora?

—Me ayudaría mucho.

—Estamos comiendo.

—Por favor.

Daniela se encoje de hombros.

—Vale.

Dicho y hecho: nos levantamos y nos ponemos en marcha. La pobre se tiene que terminar el sándwich por el camino, pero no se queja. Le tendré que

hacer un monumento.

Al rato, se detiene y señala una puerta de cristal.

—Es aquí.

—¿Qué decimos? —pregunto.

—¿Qué quieres saber?

Frunzo el cejo.

—Qué hacen, cómo funciona el tema.

—Déjame hablar a mí —suelta Daniela, empujando la puerta.

El interior está repleto de fotografías y propaganda de los cursos que organiza la fundación; es casi gaudiniano.

—¿En qué puedo ayudaros, cariños? —nos pregunta una mujer de unos cuarenta con el pelo teñido de rubio platino.

Daniela se acerca al mostrador.

—Estábamos pensando en hacer algo distinto estas vacaciones de Navidad... Para tener la oportunidad de estar juntos...

La rubia abre mucho los ojos. A Daniela no le ha hecho falta ni guiñarle el ojo.

—Oh, claro, cariños —responde—. Muy bien, muy bien. Nuestros campamentos son mixtos, claro. Y quién volviera a ser joven. Para estas Navidades solo tenemos un campamento, muy interesante, aun así, y muy bien de precio, ya sabéis, desde el incidente la demanda ha bajado un poco, aunque, quizás no debería decirlo, aunque, bueno, tampoco es un secreto, y sois tan majos, una pareja adorable, seguro que os va bien beneficiaros del descuento...

—¿Qué incidente? —pregunta Daniela.

—Oh... —La rubia se muerde los labios—. Ya sabéis, cariños, la trágica intoxicación...

—¿Intoxicación?

Por detrás de la rubia, entra un hombretón con el pelo blanco, repeinado hacia atrás.

—Doris, querida, ¿no es tu hora del *lunch*?

La rubia platino se queda petrificada.

—Oh, sí, claro.

El tipo la aparta.

—Los campamentos de Navidad, ¿entonces?

Daniela me mira con cara de póquer. Tiene razón, esto empieza a ser surrealista. La agarro por la mano y nos largamos a la calle dejando al tipo con la palabra en la boca.

—Qué raro —murmuro.

—¿Qué debió pasar?

—Ni idea, pero no creo que sea muy difícil de averiguar. Tengo que irme.

Daniela abre la boca de par en par.

—No me lo puedo creer, ¿me vas a dejar colgada?

—¿Te importa?

Pausa.

—No, pero me debes una campana como Dios manda. Ya sabes, cervecitas, un cine, algo.

—Prometido.

Me esfumo a la garita de Smellor y me entierro debajo de una montaña de periódicos del pasado verano. Mañana es viernes, así que no puedo perder ni un minuto.

—¿Después de clase en el Machen?

Issie trata de abrir la puerta del aula de Mates. Afuera, llueve de mala manera.

—Buenos días —me reprocha.

Genial. Olvidé los buenos modales.

—Buenos días —intento sonar amable.

—Supongo que no hay más remedio —añade—. De acuerdo, en el Machen a las seis.

—Sin problema, colega —dice Rob.

La curiosidad me puede.

—¿Habéis averiguado algo?

—Algo —responde Issie con cara de asco.

Trato de ganármela:

—Issie, a mí todo esto me jode tanto como a ti.

—No lo creo.

—Y, además, yo soy el que va a tener que dar la cara delante de Werber.

—Aun así.

Me estoy empezando a calentar y suelto lo primero que me viene a mano:

—Te recuerdo que el plan de seducir al francés fue tuyo.

—Y la absurda idea de que era el asesino de Bacon, tuya.

—Bajad la voz.

Es Rob, está alarmado porque alguien nos pueda oír; y tiene razón: por las escaleras sube un grupito de alumnos capitaneado por Judy. Esperamos en silencio.

—Hola, chicos —dice esta cuando llega. Lleva una minifalda y un jersey que le marca las tetas. Le botan como flanes a causa del vaivén de las escaleras. ¿Por qué no habré sabido seducirla?

—Hola —Me pongo rojo.

—Hola.

En lugar de detenerse, entra en el aula. La maldición de los Cacho. Issie se va detrás de ella y se sientan juntas. Al poco, parecen estar divirtiéndose.

Voy con Rob.

—No te preocupes. —Me da unas palmaditas en la espalda—. Ya caerán.

—¿Algún progreso con Issie?

—*Na*.

—Parece muy enfadada, pero todo esto no es culpa mía.

—No está enfadada contigo. —Rob trata de consolarme—. Solo agobiada por la situación.

Vincent entra de los últimos.

—Mira, el puto francés —murmura Rob.

Nos hemos estado evitando durante estos días. Habría que partirle la cara, aunque no nos convenga.

Saco un pie para hacerle la zancadilla, pero Rob me detiene con un gesto. Nos pasa por el lado. Por su carita de ángel, se diría que no ha roto nunca un plato. Qué desgraciado.

Al poco entra Katherine Taylor, la profe molona de Mates.

—Pero ¿qué son esas caras? —Tiene la capacidad de hablar y sonreír a la

vez—. Vamos, chicos, es viernes.

No entiendo tanto optimismo. Debe tener un novio que la espera para pasar el fin de semana. Nosotros, deberes. Nunca pensé que estudiar en Inglaterra sería tan duro.

Nos zambullimos en una clase interminable.

Cuando me separo de mis amigos tengo la cabeza hecha un lío y me ha entrado un hambre canina. Aunque tendré que esperar a manducar, ya que, antes, me toca Psicología.

Por el camino me encuentro con Daniela y subimos juntos.

—¿Encontraste algo? —me pregunta.

—Sí.

—¿Y?

—Mejor de lo que esperaba.

Miller nos recibe con una sonrisa, la tele encendida y el mando a distancia del VHS en la mano.

—Hoy nos divertiremos —dice.

Nos sentamos con un poco más de ganas. Ver un vídeo en clase no es hacer clase, ni siquiera para el profesor, o especialmente para el profesor. Aunque en este caso es un poco distinto. Nos pone una peli ñoña que se llama *El club de los poetas muertos*, aunque sale una rubia que está muy buena. Y mola Nuwanda. Y «tuve una visión, descubrí el Congo, negra intensidad, cruza un largo río que se va hacia el mar». Y «ser siempre un Dios».

Luego ya no es tan divertido, porque tenemos que analizar cada uno de los personajes. Aunque el capitán Miller y sus pelos a lo *clown* siempre logran que estemos atentos.

El *lunch* lo tomo solo.

Después paso un rato en la biblioteca del *college*, ordenando toda la información que he recabado esta semana sobre Gina y su familia.

Cuando salgo a la calle, sigue lloviendo. No sé si en algún momento paró; no que yo me haya enterado. Camino a toda prisa por el suelo mojado. No llevo paraguas —nunca me han gustado los paraguas, tienen algo de abuela—, así que cuando entro por la puerta del café, tengo la cholla ligeramente empapada.

Issie y Rob me esperan en el compartimento de la otra vez.

—Hola —digo mientras me quito el abrigo que se mea.

Mis amigos me devuelven el saludo con un gesto de la cabeza, están sentados uno al lado del otro.

—¿Cómo ha ido Psicología? —me pregunta Rob.

—Bien, creo que es la asignatura que más me gusta. —Me siento delante de él—. ¿Qué teníais, vosotros?

—Física —dice Issie con cara de aburrimiento.

—Qué palo —murmuro.

—Ni que lo digas.

—¿Cómo? —Rob mira al techo—. Si te encanta.

—Eso no quita que sea un palo.

Por suerte aparece Ms. Machen. Nos acoge con su profunda mirada y una sonrisa pintarrajeada de rojo.

—Bienvenidos, queridos. ¿Cómo estáis?

Respondemos que bien.

—¿Qué os pongo para beber?

Esta vez, los tres coincidimos en el café.

—¿Y para acompañar? —pregunta Janet, picarona.

—¿Hay algo recién hecho? —recojo la provocación.

—Uh, un delicioso *plum cake*.

¿*Plum cake*? ¿Qué diablos debe ser eso?

—Perfecto —dice Rob—. Tres raciones. Generosas, por favor.

—Muy bien —Janet parece más que satisfecha.

—Pensaba que veníamos a currar —murmura Issie.

—No hay por qué reñir el trabajo con el placer —Rob me guiña un ojo.

Al poco se presenta Ms. Machen con los cafés y los tres trozos de *plum cake*. La verdad es que la apariencia es un poco decepcionante. Se trata de una especie de bizcocho de color marrón oscuro, casi negro. Como un pedazo de tierra. Pero no me dejo asustar por el aspecto y le pego un mordisco. Inmediatamente, como fuegos artificiales, una mezcla de sabores explota en mi boca: fruta, mantequilla, bizcocho, almendras, azúcar. Puro Peta Zetas.

—Delicioso —exhala Issie.

Rob levanta el pulgar en dirección a la barra donde habita Machen. Yo le

dedico una mirada agradecida. Janet encaja los elogios sonrojándose algo.

—¿Qué os parece si empezamos? —digo mientras me acerco la taza de café a los labios. Le pego un sorbito, ya que está muy caliente—. Así acabaremos antes.

—Buena idea —dice Issie; parece que el pastel la ha relajado un poco.

—¿Quién comienza? —pregunto.

—Creo que lo mejor será que empiece yo —dice Rob adoptando una actitud seria—. Tengo que admitir que no he podido averiguar nada muy importante; así que, por si vosotros habéis descubierto algo bueno, no quiero robar mucho tiempo.

—Seguro que tienes algo que vale la pena —digo para animarle.

—No, no; en serio.

—¿En qué te has centrado? —pregunta Issie

—En seguir a Gina por el *college*.

La colega arruga la frente.

—¿La has seguido por el *college*? Pff.

—Eso es lo que hacen los detectives, ¿no? Seguir a las personas.

No se puede negar que no tenga razón, pero, aun así, en este caso, estoy de acuerdo con Issie en que parece un poco estúpido.

—Estuve pendiente de sus movimientos, por si hacía algo raro —trata de justificarse Rob.

—¿Algo raro? —Issie sigue flipando en colores.

—Sí, bueno, yo que sé. Consultar libros extraños en la biblioteca, verse con alguien sospechoso, ese tipo de cosas.

—Pues tampoco te he visto mucho por la biblio. —Issie pega un sonoro sorbo de su café.

—Bueno —dice Rob con satisfacción—, es que tengo una *pequeña informadora*.

—¿Pequeña informadora?

—Sí —añade bajando la voz—. Gibbons, la bibliotecaria.

—Un momento, rebobina. —Alucino—. ¿Has conseguido que Ms. Gibbons sea tu confidente?

—Nada, estaba chupado. Solo tuve que flirtear un poco con ella.

Rob pega un alarido. Se gira hacia Issie. Le ha metido un codazo en los

riñones.

—¡Pero si es una abuela, tiene por lo menos cuarenta años! —protesta Rob.

—Es juego sucio —Issie.

—¿Y qué has podido averiguar? —pregunto, tratando de mediar entre los que se pelean y se desean.

—Aquí traigo un pequeño resumen de sus movimientos. —Rob saca un arrugado papel de su chaqueta y lo deja encima de la mesa—. Por lo que respecta a los libros que ha consultado, nada anormal ni que tenga que ver con los pendientes o algo por el estilo.

—Claro —dice Issie—. Aun suponiendo que los hubiera robado, que no creo que sea el caso, no sería tan imbécil como para consultar libros de joyas en la biblioteca del *college*, ¿no crees?

—Pero había que comprobarlo, ¿no? —protesta Rob.

—Sí, bien hecho —digo.

—Tengo también un cuadro de sus entradas y salidas del *college*; y tampoco parece que haya nada anormal. Excepto el martes, que salió media hora antes de lo previsto con rumbo desconocido. No la pude seguir porque tenía tutoría.

—Impresionante —suelta Issie—. Un comportamiento muy sospechoso, ¿no?

—Eso creo —dice Rob, contento de poder aportar algo.

Issie resopla.

—El martes salió antes porque había quedado conmigo para ir al dentista. Deberían darte un premio al investigador del año.

—Está bien —Rob arruga el papel—. Nunca dije que sirviera para esto.

Parece muy decepcionado, así que trato de animarlo:

—No pasa nada, es un área que había que cubrir.

—Y tú a ver si bajas los humos, Inspector Gadget —explota Issie—. Si todavía te petas los granos.

Trato de encajar el golpe bajo con deportividad.

—Joder, qué carácter —murmuro.

No consigo frenar una lagrimilla. Soy muy sensible, tú.

Cuando la ve, creo que Issie se da cuenta de que se ha pasado. Y no solo

hoy, toda esta semana.

—Lo siento —dice—. Me he portado como una idiota.

A ella también se le escapa el llanto. Demasiada tensión acumulada. Aunque, si seguimos así, de aquí a poco esto parecerá *Mujercitas*.

Al final hacemos las paces.

—Lo único que quiero es que Werber nos deje en paz; en serio.

—Lo sé —dice Issie sonándose los mocos—. Perdona.

—Hecho.

—Venga, que seguro que tú sí que has descubierto algo interesante. —Rob siempre tan amable.

Me alegro de que hayamos recuperado la normalidad. Para celebrarlo doy un mordisco al *plum cake* y pego un trago del café. Delicioso.

Y ahí voy:

—He averiguado algunas cosas normales, y luego algo un poco *raro*.

—¿Raro? —Rob sube la ceja derecha.

—Por catalogarlo de algún modo; pero empecemos por lo normal.

—*Okay* —dice Rob alargando un poco las vocales.

—Todo lo que me contó Werber acerca de Gina y sus padres es cierto: Judith Lambert y Brian Moore se casaron en 1973 y tuvieron a Gina solo un año después. Un matrimonio perfecto y la unión de dos grandes familias. Todo era ideal hasta que Brian se enamoró de una ejecutiva de la GAM. Gina tenía entonces siete años. El desenlace no pudo ser peor: Brian pidió el divorcio y Judith entró en una tremenda depresión que acabó de la manera tan terrible que os conté.

—Qué espanto —susurra Issie.

—Ni que lo digas —añade Rob.

—Gina, desde entonces, vive a solas con su viejo. Lo debe querer y odiar a partes iguales.

La frase se hunde como una piedra en lo hondo de un lago.

Es Rob quien rompe el silencio:

—Oye, ¿y de dónde has sacado todo eso?

—De la prensa —digo con satisfacción—, he pasado mis ratos libres consultando revistas y periódicos atrasados. Brian Moore es un personaje conocido; hay toneladas de cosas escritas sobre él. El asunto arruinó su

carrera política y tuvo que retirarse de forma discreta de la primera línea. Y eso que solo hacía dos años que su partido había llegado al poder.

—Qué desastre —murmura Rob.

—No le fue tan mal —aclaró—. Acabó de presidente de la GAM. Ya me entendéis.

—Una cosa por la otra.

Issie y Rob se toman unos segundos para asimilar la información.

—¿Y la amante? —pregunta, finalmente, Issie.

—Después de la muerte de Judith, se largó. Cosa que puedo entender.

—Pobre Gina.

Por unos segundos mis ojos se van a las fotografías de extraños paisajes que hay colgadas en las paredes del café Machen: oscuras y lejanas montañas que me llaman a perderme, a desaparecer.

—¿Y lo de los pendientes? —Rob me saca de mi despiste.

—Existen. Zafiro azul y diamantes blancos. Son de la época Victoriana, si es que alguien sabe que mierdas es eso.

—La época en la que gobernó la reina Victoria —aclaró Issie como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—¿Antiguos, entonces?

—Como mínimo cien años.

—Los llevó Judith el día de su boda, salió en las revistas del corazón.

Tenemos todas las cartas encima de la mesa y la jugada parece clara, aunque no nos guste admitirlo. Finalmente, es Rob quien corta el bacalao:

—O sea que Werber tenía razón: Gina tiene todos los motivos del mundo para ir jodiendo a su padre.

Issie se muerde el labio, parece que tiene algo en la cabeza.

—No nos precipitemos —dice.

—Estoy de acuerdo.

—Además —añade—, falta que nos expliques qué es eso tan raro que habías descubierto.

Resoplo. Luego digo:

—En realidad no sé si tiene mucha relevancia, pero me parece un dato curioso.

—Si tardas un segundo más en decirlo, empezaré a morderme las uñas

—suelta Rob.

Miro a mis amigos. Tienen los ojos como platos.

—Está bien, no sé si servirá de algo, pero ahí voy.

Saco el programa de mano del musical que vi en Picadilly.

— *¿The Rocky Horror Show?* — musita Issie.

—No. Sí. Bueno, otro día os lo cuento. Lo interesante es esto.

Le doy la vuelta para que puedan ver el anuncio protagonizado por Gina. Mis amigos lo estudian con cuidado.

—No negaré que es curioso, pero no consigo ver ninguna relación con lo nuestro —dice Rob.

—Y con la pasta que tiene su viejo, ya podría contratar a una modelo —añade Issie.

—Supongo que una modelo nunca podrá dar el morbo de la espontaneidad, ¿no?

—Lo que quieras, pero sigo sin ver nada en esto.

—La foto es de este agosto, de los campamentos de verano que la Moore Foundation organizó en Malvern.

—Sigo sin ver el interés —Issie.

—Pues voy al grano: murió un tío. Un tal Adam Lynch.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—¿Y de qué?

—Intoxicado. Encontré una foto en el periódico. Mirad —digo sacando una fotocopia en blanco y negro—. Es este.

Es la típica foto de grupo, solo que los del periódico han oscurecido los demás alumnos, dejando a Adam bien expuesto dentro de un circulito. Que se vea bien el muerto.

Issie y Rob agarran la foto y se la acercan. Después de un rato, mi amiga se encoge de hombros.

—Muy bonita, pero sigo sin ver la relación.

—Fíjate bien.

A pesar del truco con la luz para dirigir la atención, los alumnos a derecha e izquierda de Lynch todavía se intuyen.

—Ostras —murmura.

—¿Qué pasa? —Rob aún no se ha dado cuenta.

—La que está al lado del muerto —farfulla Issie.

—¿Qué?

—Es Gina.

Nos miramos entre nosotros.

—Pero, no lo entiendo —Rob agarra la fotocopia—. Están cogidos de la mano.

—¿Exacto, no os parece un poco raro?

—¿Qué quieres decir? ¿Que eran novios o algo así?

—Supongo.

Issie se ha quedado blanca como el mármol.

—¿Te pasa algo? —le pregunto.

Nuestra amiga no responde, parece que está como catatónica. Rob la rodea con el brazo.

—¿Conocías al tal Lynch? —tartamudeo.

—No —murmura Issie.

—¿Entonces? —Es Rob.

Antes de responder, Issie apura su café.

—Todo esto, tiene algo que ver con lo que yo he descubierto.

Tragamos saliva, expectantes. Pero Issie se toma su tiempo antes de responder.

—Traté de sonsacarle algo a Judy acerca de la noche del robo.

—¿Qué? Habla, ¡por Dios! —Rob ataca la uña de su dedo pulgar.

—Parece ser que después de que nosotros nos fuéramos de la fiesta, Bacon y Gina se las piraron a su habitación y se enrollaron.

—¿Se enrollaron? —No doy crédito—. ¿Qué quieres decir con que se enrollaron, ¿que lo hicieron?

—Claro, Gina no es una niñata, tiene diecisiete.

Rob y yo bajamos la cabeza.

—O sea que Bacon se salió con la suya —murmuro para mí.

—Sí.

—¿Y qué problema hay? —pregunta Rob.

Issie chasca la lengua.

—Está claro, ¿no?

—Pues no lo veo.

—Muy fácil —añade, bajito, casi como si estuviera rezando—. Que yo sepa, los últimos dos tíos que Gina se ha metido en la cama están muertos.

Las Flores del Mal

Sábado. Me despierta la rasposa voz de Smellor. Al parecer me llaman por teléfono. ¿Qué hora debe ser? En la mesilla de noche, mi viejo Casio me da la respuesta: las doce del mediodía. He dormido como un tronco. Seguramente los dos litros de cerveza que me pimplé ayer con Rob hayan tenido algo que ver. Había que celebrar algo, creo.

Salgo en pijama al pasillo de la residencia de estudiantes y bajo hasta la garita de Smellor. Al lado hay un pequeño cubículo con un teléfono en el que los estudiantes podemos recibir llamadas personales. ¿Quién mierda será? Mientras me acerco, Smellor me dedica una mirada llena de curiosidad. Luego se parapeta detrás de uno de sus viejos periódicos. Sigo pensando que necesita un buen afeitado.

Descuelgo el auricular.

—¿Diga?

—¿Kétchup? —Mierda. Werber—. ¿Te has olvidado de nuestra cita?

—No. Pero a ti se te olvidó decir el dónde y el cuándo.

No estoy para monsergas a estas horas de la mañana.

—Cojones, es verdad.

Bostezo con toda el alma.

—Lo haremos así —dice Werber—. Ahora mismo te vas a dar una buena ducha de agua fría para que se te pase la resaca.

—¿Resaca? ¿Qué resaca?

—Ket, concéntrate.

—Está bien.

—Después te vistes y sales cagando leches para Los Tres Salmones. Comeremos allí.

—Pero... —trato de protestar.

—Espero que la información que me traigas sea buena —dice Werber—, y cuelga.

¿Buena? Se va a cagar.

Agua helada, café y un Donuts.

Ya me siento mejor.

Salgo a la calle. Decido extremar las precauciones para que no me atropelle ningún coche. Cuando estás de resaca, Londres es un peligro. O más bien tú eres un peligro para Londres. Por suerte hoy no llueve. Tampoco diría que hace un día espectacular, pero, por lo menos, el sol me da algunos lametazos calientes en la cara. Se agradece.

Como voy bien de tiempo, bajo en Westminster y me doy el gusto de cruzar el puente de nuevo. Me detengo por un segundo en el centro y brindo un escupitajo a un grupo de turistas alemanes que me saludan desde un barco. Qué se jodan.

Al otro lado del puente, me oriento de forma bastante aceptable. Es curioso cómo cambia la ciudad cuando hay luz: la semana pasada todo me parecía peligroso, ahora más bien normal; incluso vulgar. Tardo menos de diez minutos en llegar a Blind Row; el callejón donde está Los Tres Salmones. Es la única cosa de por aquí que me sigue oliendo a coño de vieja. Como si alguien lo hubiese arrancado de un barrio apestoso y lo hubiese puesto aquí; como si tuviese una pierna en esta dimensión y otra en el más allá.

Cuando abro la puerta, un escalofrío me recorre la espalda. A pesar de la hora, el local ya está cargado de humo y de fracaso. Hago un esfuerzo para abrirme paso hasta la barra. Antes de que pueda preguntarle, el camarero me indica con la mirada que me siente en el compartimento de la otra vez. Al lado de los tiradores de birra, el tipo con abrigo mugriento de pana sigue sosteniendo su humeante cigarrillo; parece que no se ha movido desde la semana pasada.

Me siento y observo a mi alrededor. Un cura con los dientes amarillentos desayuna un café con tostadas, mantequilla y mermelada de frambuesa. Se le ha pringado la sotana. No le importa; supongo que ya ha hecho los deberes de esta mañana. Cuando termina de comer, levanta un poco la nalga derecha. No puedo oírlo, pero por la cara de apretar y el subsiguiente gesto de placer, deduzco que se ha tirado un cuesco silencioso. Lo ha hecho con poco disimulo. Qué asco.

Decido contar de diez a cero. Si al terminar Werber no ha aparecido, me

largo. Con la mirada, busco la puerta del local. Ni siquiera es legal que alguien de dieciséis esté en un lugar como este.

Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco (me rasco la nariz), cuatro, tres, dos.

Se abre la puerta del local. Es Werber. Le lanzo una señal con la mano, pero no me ve. Lo primero que hace es acercarse a la barra. Mientras habla con el camarero, este le sirve dos pintas; luego le indica que estoy aquí, sentadito. Harry se gira, me mira, sonrío maliciosamente y se acerca hasta el compartimento. Sigue llevando la barba de tres días, o sea que debe ser marca de la casa.

Se sienta delante de mí y plantifica las birras en la mesa.

—Pensaba que siendo español llegarías con retraso —dice mientras se quita la chaqueta.

—Los tópicos no siempre son ciertos.

Werber gruñe.

—He pedido *fish and chips*, espero que te guste.

O quizás sí, lo son.

—No lo he probado nunca —digo.

—Aquí lo preparan muy sabroso.

Werber sube la ceja derecha, parece que está tratando de formular una idea.

—Bien —suelta al poco—, ¿qué has podido averiguar?

Pego un largo trago de mi cerveza. Luego me aclaro la garganta. Aun así, me sale voz de canario:

—Pues...

—¿Vas a hablar o no? —trona Werber.

Lo suelto de golpe:

—Creo que me has engañado. —Se hace un silencio horrible. Me tiemblan las manos y casi me hago pis. Ya sé lo que estás pensando, pero, colega, no es tan fácil enfrentarse a un poli de Scotland Yard. A pesar de todo, prosigo—: Creo que lo único que querías era información sobre los últimos movimientos de Gina, y que pensaste que lo mejor sería contactar con sus amigos. Solo hacía falta asustarnos un poco. Sí, eso sería mucho más discreto que interrogarla en comisaría. Más discreto y, sobre todo, evitaría problemas con el todopoderoso señor Moore.

A Werber se le cae la mandíbula por lo menos un palmo.

Luego se recompone.

—Parece que eres más listo de lo que pensaba —dice del tirón.

No puedo evitar sonreír. Ahora es Werber el que se aclara la garganta antes de proseguir.

—Supongo que, además, también debes tener una teoría de *por qué* estoy interesado en la pija buenorra, ¿me equivoco?

Antes de que pueda responder, llegan dos raciones de *fish and chips*. A primera vista uno no diría que es un plato muy elaborado. Es eso: pescado frito y patatas fritas; sin florituras, un poco como todo lo inglés. ¿Qué tipo de pescado será? Ni zorra. Decido empezar sobre seguro y ataco una patata. Es un poco grasienta, pero entra; y el gusto, aceptable. Werber va más a saco y se mete un cacho de pescado mezclado con tres patatas en la boca.

—Excelente —dice expulsando pedacitos de comida.

Habrá que comprobarlo. Me meto un trozo raquítrico en la boca y mastico despacio. Se parece al [\[LMP2\]](#)bacalao. No es una hamburguesa del Pokin's, pero se puede comer. Pillo otro cacho más grande y lo mezclo con patatas, como lo ha hecho Harry. No está mal. Me pongo otro trozo en la boca. Si mi madre me viera comiendo pescado, se partiría de la risa. Pensaría que me estoy haciendo mayor.

—¿Decías? —Werber hace un gesto con las manos, indicando que sigue esperando mis explicaciones.

Antes de hablar, bebo.

—Es cierto, tengo una teoría que explicaría tu interés por Gina.

—Ya.

—Aunque creo que es equivocada.

—Vayamos por partes. —Werber parece estar perdiendo la paciencia—. Primero, la teoría. Luego, las opiniones.

—De acuerdo —digo tembloroso—. En esta teoría aparece un nuevo actor protagonista.

Werber explota:

—¿Un nuevo actor protagonista? Habla claro, hostia.

Me armo de valor y lo suelto:

—Adam Lynch... —Hago una pausa para ver la reacción de Werber, pero

solo me ofrece su careto de póquer, así que prosigo—: Lynch y Gina se conocieron en unos campamentos de verano. Según lo que salió en los periódicos, Lynch murió intoxicado. —Hago una pausa—. Todo esto, ¿te dice algo?

Werber se muerde el labio.

—Sí; que me ha tocado un sabelotodo toca pelotas, eso me dice.

Y que tengo razón, ¡soy el puto amo!

—Pero tú crees que Lynch no murió por intoxicación, ¿verdad? —tanteo.

Werber resopla.

—Te equivocas —dice—, murió intoxicado. Lo que no está tan claro es si esa intoxicación fue accidental o no.

—¿Y sospechas de Gina?

—Barajo diversas posibilidades.

—Pero la muerte de Bacon ha decantado un poco la balanza de su lado, ¿no?

—Quizás —farfulla Werber con la boca llena a reventar.

—¡Pero Bacon murió empalado!

—Así es, cosa que no impide que alguien lo envenenase antes.

—Eso es absurdo.

—¿Te vas a terminar las patatas?

—Gina es inocente.

Werber suelta aire, luego adopta un tono condescendiente.

—No puedes ser objetivo, la pija es amiga tuya.

Ahí, tiene razón.

—¿Y la autopsia?

Pausa.

—¿No se la habéis hecho?

—Claro, pero no en busca de ningún veneno. Como dices, Bacon murió empalado.

Se produce un silencio más frío que la sección de congelados.

—Pero ¿entonces? —farfullo—. No lo entiendo.

—¿Sabes qué pasó con el perro?

—¿Lo sacrificasteis?

—No fue necesario.

—¿Por qué?

—Murió; al parecer, más envenenado que Sócrates.

De un trago sincronizado, vaciamos lo que nos queda de las pintas.

—¿*Al parecer*? ¿Qué mierda de prueba es esa? ¿Tampoco le hicisteis la autopsia?

Werber responde como si nada:

—No.

—Pero entonces... ¿Qué peste de investigación es esta?

Werber sonríe.

—¿Investigación? —dice. Luego pestañea—. ¿Quién ha dicho que haya una investigación?

—Entonces, ¿qué culebras estamos haciendo?

—Que yo sepa, *almorzar*.

Silencio.

No es que haya jugado conmigo: me la ha metido doblada y sin vaselina. Y ni me he enterado.

—Pues hártate a patatas —digo acercándole mi plato.

Estoy enfadado y frustrado. He perdido una semana husmeando absurdidades, y todo el lío casi me cuesta mi amistad con Issie. Y todo, ¿por qué? Porque un idiota tiene una teoría absurda.

Werber eructa.

—Perdón.

—A la mierda —digo, levantándome.

Werber me detiene, cogiéndome del brazo. Su mano, como una garra, me hace daño.

—Ándate con cuidado, Ket; la pija es peligrosa.

—Ya.

—Lo digo en serio.

Me deshago de su zarpa y empiezo a andar. Cuando he dado dos pasos, me viene como un flechazo. Me detengo y me giro.

—¿Y Vincent?

Harry empieza a desternillarse.

—Vino con esa historia absurda, en seguida me di cuenta de que me sería muy útil.

—¿Entonces no es...?

—¿Sobrino del embajador francés? —Werber se descojona de la risa—. Realmente, no.

Me largo a grandes zancadas. Suerte que no llegamos a zurrar al bueno de Aleixandre, al final resultará que es un tipo majo.

Salgo al callejón en el que se esconde Los *malditos* Tres Salmones. No hay nadie, pero, al menos, el aire invernal me refresca el tarro y hace que me sienta un poco mejor.

Lo primero que hago es meterme en una cabina y llamar a casa de Issie; quedamos en eso. Rob está con ella, ha almorzado con sus padres. No sé cómo no le ha pedido ya matrimonio. En fin, les cuento todo lo que ha sucedido. Reaccionan como yo lo hice, con cabreo. Pero luego todos concordamos que lo mejor será pasar página, olvidarse del tema. A otra cosa, mariposa. Werber no tiene absolutamente nada, ni siquiera hay una investigación oficialmente abierta. Caca de la vaca.

Luego les pregunto si quieren hacer algo esta noche, pero el padre de Issie ha sacado entradas para el teatro. Lo que os decía, esto huele a boda; si el bueno de Rob espabila. No me voy a hacer la víctima. Es sábado y estoy en Londres. Además, esta vez me he llevado el walkman conmigo, ¿qué más se puede pedir?

Así que me coloco los cascos, le doy al *play* y encamino mis pasos hacia el Támesis. Por los auriculares empieza a sonar «Ain't Got You», la primera canción del *Tunnel of love*, mi disco preferido del Boss. Ya tiene unos años, pero me sigue poniendo la piel de gallina. Y siempre hace que me acuerde de mi libro preferido: *Querido Bruce Springsteen*. Colega, tienes que leerlo. En serio.

Esta vez no cruzo el río, sino que tuerzo a la derecha y avanzo a su lado. Es un paseo chachi; a la izquierda veo los barcos que pasan y se alejan, y más allá el Londres de las postales; a la derecha edificios grandotes, más modernos: algo que parece un teatro, restaurantes, cosas así. Aunque estoy solo, la música me hace compañía.

Cuando me canso, cruzo al otro lado por el puente Southwark, atraído por la visión de una cúpula blanca. No paro hasta dar con ella. Se trata de Saint

Paul's Cathedral. Entro. Están dando una misa. Me siento en el último banco. Cuando llega la hora del padre nuestro, es muy raro porque todos lo dicen en inglés, y yo me lo sé en catalán. Así nos lo enseñó Marta, la profe de catequesis de tetas blanquísimas y enormes. Mi primer beso. Durante años tuve una erección cada vez que lo recitaba. El padre nuestro, no sé ni cómo lo recuerdo; nos portábamos mal aposta para que nos expulsaran de clase y así poder investigar por la iglesia.

Salgo de la catedral más descansado y con el alma a salvo. Es broma. Pero después de esta experiencia, creo que lo mejor será ir tirando para la resi. Todavía tengo un buen trozo así que, si quiero encontrar el comedor abierto, tengo que pirármelas ya.

Saco el Nicholson para orientarme mejor: lo que más me conviene es subir hasta Newgate, y de allí pillar Holborn. A patear se ha dicho. Debo estar batiendo algún tipo de récord absurdo, seguro, al «adolescente solitario andarín», o algo así.

Al poco me entran ganas de fumar y decido comprar tabaco. Me apetece un montón y, además, me irá bien tener mis propias reservas; no puedo estar siempre gorroneando a Rob. Así que me meto por un callejón y entro en el primer estanco que veo. Está vacío. De repente, me doy cuenta de que va a ser la primera vez que compre tabaco y empiezan a sudarme las manos. Seguramente, me acordaré de este momento; espero que no sea con cincuenta tacos y a punto de morir de cáncer de pulmón.

El tipo que me atiende, un gordo con camisa de rayas, me pide el carné. Cuando le doy el DNI, lo mira como si fuera un jeroglífico. Al final, tengo que acabar mostrándole con el dedo mi fecha de nacimiento. Tarda un rato en convencerse de que tengo dieciséis, pero me da lo que le pido: una bolsa de tabaco, filtros, papel de fumar y cerillas. Me siento un macho. Es cierto que hubiese preferido un simple paquete de Lucky, pero sale más caro y dura menos.

Salgo a la calle.

Voy para hacerme el piti cuando un goterón me impacta en toda la tocha. Levanto la cara al cielo: esto no pinta nada bien. Otro goterón. Antes de que me haya podido subir la capucha ya caen gatos y perros.

Aprieto a correr y la cosa empeora, así que me detengo. Tengo que resguardarme en algún lado, y rápido. Miro a mi alrededor, pero entre la lluvia y la oscuridad se hace difícil ver nada.

De pronto, algo me interrumpe. «Eh». Es una voz femenina. «Pst». «Pst». Tremendamente familiar.

—Toreador.

No puede ser.

—Toreador, ven a resguardarte de la lluvia.

Es Gina. Su voz me llega desde la oscuridad. La busco. Como el agua ha convertido el suelo en un espejo, la veo primero reflejada, titilante, entre las luces de las farolas. Luego, en la realidad. Se resguarda en un portal. Lleva botas de agua y un abrigo negro abrochado hasta el cuello. Sonríe. Los cabellos mojados le han transformado el rubio en amarillo grafiti. Está espectacular.

Me meto en el portal y me sacudo como un perro. Las gotas salen despedidas como proyectiles.

—Gina —farfallo.

Nos quedamos mirando en plan *El regreso del caballero oscuro*. Ojalá fuera Batman.

—¿Tienes un cigarrillo? —me pregunta.

—¿Te importa que sean de liar?

—No, pero tendrás que hacérmelo tú, nunca he sido capaz de aprender.

Me pongo un poco de tabaco en la palma y lo alargo. Luego sitúo el papel de fumar encima y giro la mano con un gesto rápido. El tabaco queda dentro del papel. Coloco un filtro, y lo enrolló tal y como me enseñó una rastas en un interminable viaje de tren a San Sebastián. Para terminar, pego lametazo al pegamento y lo cierro. Listo.

Le coloco el piti en los labios y lo enciendo. Gina aspira poco a poco, retiene el humo, y luego lo suelta. Lo hace como en las películas en blanco y negro, así como entornando los ojos.

Fumarse un cigarro liado por otra persona es una especie de beso a distancia. Lo digo por la saliva. Es necesaria para que el pegamento del papel funcione, claro; pero luego se queda allí. Es un beso fumado.

—Gracias —dice mientras me lo pasa para que dé una calada.

—Eres bienvenida. —Sí, ya sé que en Barcelona no se dice, pero «de nada» empieza a parecerme poco cortés.

—¿Qué haces por aquí?

—Buscaba un lugar dónde resguardarme. No parece que vaya a parar.

—Ya.

Nos quedamos callados, mirando la lluvia. No es una situación tensa; la calle vacía y la semioscuridad del portal nos protegen de todo. Estamos bien. La miro de reojo: su cara, en ligero contraluz, apenas se distingue; a excepción de los ojos: dos vertiginosos aljibes como los de la casa de campo del pueblo. Me sonrío. Pienso en lo que dijo Werber acerca de la mentira: a veces es difícil saber cuándo una sonrisa es de bondad o de maldad.

—Oye —dice de pronto—, conozco un sitio, por aquí cerca. Solo he estado una vez, pero por lo que recuerdo, no estaba mal.

—¿Se puede comer?

—Creo que sí.

—Pues vamos. Me muero de hambre.

Me coge de la mano y me pongo a temblar. Si me pregunta, utilizaré la excusa del frío.

—¿A la de tres?

Asiento. No me da tiempo a nada más: sale como una bala, y yo detrás de ella. Corremos debajo de la lluvia, enloquecidos; con una libertad salvaje; como si fuéramos hombres de las cavernas, o guepardos a la carrera o bailarines de una tribu africana. A pesar de la ropa empapada, me siento tan ligero como un espíritu. Me entra agua por la boca y la nariz, pero no me importa. Empiezo a gritar como un loco. La lluvia es mía, la oscuridad es mía, y la luz también. Esta noche soy Jacques y Mònica Van Campen me va a encontrar. Soy el rey del universo y lo celebro como los locos. ¡Soy un lobo salvaje! Mierda, perdemos pie y rodamos por el suelo. Reímos. Nunca en mi vida había reído tanto. Gina se me sube encima de un salto y me mete la lengua en la boca. Es cálida. Nos morreamos. Gina me muerde el labio. Gina se me queda mirando. Me veo reflejado en sus pupilas. Gina, Gina, Gina. Estamos vivos. El mundo es nuestro.

—Lo siento —dice ella—. Se me ha ido la olla.

La situación me supera tanto, que soy incapaz de decir nada. Solo sonrío.

—Es aquí —añade, incorporándose.

No veo ningún local, pero ella parece muy convencida. Cruza al otro lado de la calle y desciende por unas escaleritas de color negro. La sigo. Son apenas diez peldaños, lo suficiente como para que la entrada no se vea desde fuera. Pronto damos con una puerta maciza de color negro. Un cartelito nos informa del nombre del sitio: Las Flores del Mal.

—Espero que no hayan cambiado la contraseña.

Me encojo de hombros. Golpea la puerta. Esperamos unos segundos, pero no pasa nada. La aporrea. Al poco, se abre un par de centímetros. Gina y yo nos miramos. Por la ranura aparece una nariz puntiaguda y, aunque no te lo creas, el propietario de la tocha se aclara la garganta y comienza a recitar: «Otros usarán la ternura / para ganar tu vida y tu dulzura».

Me quedo pasmado. El tipo espera. Gina se muerde el labio; parece que duda. Al final arremete: «Otros usarán la ternura / para ganar tu vida y tu dulzura / pero yo, yo quiero reinar por el terror».

El narigudo abre la puerta.

—¿Quién diablos te enseñó eso? —le susurro a Gina.

—Judy.

—Mola.

—*Yeah*.

El tipo nos conduce por un pasillo que da a otra puerta. Antes de abrirla, se detiene y saca un tampón de tinta del bolsillo; me agarra la mano y me estampa un sello en el dorso. «¡Ah! Eso ha dolido», le reprocho. Ni me pide perdón ni nada. Agarra la mano de Gina y le mete el picotazo también.

—Ahora ya podéis pasar —dice, y sonrío mostrando una hilera de dientes abatida a cañonazos. Después le da con los nudillos a la puerta y espera hasta que se abre. Del interior sale el sonido de un piano—. Adelante —añade sin mirarnos a la cara. Qué tipo más raro.

Cruzamos el umbral. Detrás de nosotros se cierra la puerta. Bien, ya estamos dentro. Echo un vistazo. Se trata de una especie de café teatro. Algo como El Llantiol, pero más grande y decadente. Al fondo, una tarima desde donde un tipo aporrea el viejo piano que oíamos; delante de esta, unas cuantas mesas y sillas de madera. El local está medio vacío. Nos quitamos los abrigos llorones y nos sentamos en un rincón. Una vela agoniza en el centro de la

mesa.

—¿Mejor?

—Mejor.

Al poco se acerca hasta nosotros una camarera. Viene con un bastón de esos que utilizan los ciegos. Debe ser una broma. Se topa con un abuelo cadavérico que apesta a cerveza barata incluso desde donde estoy. El cachondo le pellizca el culo. La camarera le arrea el bastón entre las piernas. El tipo se larga soltando maldiciones.

—Ya te dije que era un sitio bastante peculiar.

Al final, la camarera logra abrirse paso hasta nosotros. Debe tener unos treinta. Los *shorts* que lleva dejan ver unas piernas deliciosas. El escote tampoco está nada mal. Pero si tuviera que destacar algo, es que va muy sucia. Y, cuando digo que va muy sucia, me refiero a que rebosa mugre. Me lo haría igualmente con ella.

—¿Qué queréis? —pregunta.

—Cerveza —responde Gina.

—Otra para mí, y un sándwich.

—¿De qué?

—¿Tenéis pollo?

—Sí.

—Que sean dos —añade Gina.

—Hecho —dice la camarera y, sin haber apuntado nada, se larga. En su camino hasta la cocina choca con una mesa. Alguien suelta una risotada.

—Bonito lugar —digo.

—¿A que sí?

—Por lo menos, diferente.

En el escenario el pianista termina la canción. Lo aplaudimos sin ganas. Se levanta y se larga. Unos segundos de silencio y, de pronto, comienza una música de acordeón. Al poco, entran dos enanos vestidos de payaso. Uno trae la cara pintada de blanco, el otro la nariz roja. El primero le da órdenes al segundo, que carga con un montón de botellas de vino. Al parecer, son del *cara blanca*, que tiene prisa por llegar adonde sea que vayan. Pero el de la nariz roja no consigue llevarlas todas a la vez porque pesan demasiado, así que cada dos pasos se le caen y tiene que parar a recogerlas. El *cara blanca*,

desesperado, no para de propinarle sopapos. La cosa se anima cuando el narizotas decide empezar a beberse las botellas de vino para aligerar. Al final, se las termina todas. Cuando el *cara blanca* descubre lo que ha hecho, trata de molerlo a palos. Quiere que expulse el vino de su cuerpo apretándole la barriga, pero lo único que consigue es que se tire un pedo. El número es raro de cojones, pero también gracioso, la verdad. Durante los aplausos finales, el payaso se quita la nariz postiza: la que tiene debajo también está roja de tanto vino. Me parto.

—Por ahí llega nuestra comida —dice Gina, que también parece complacida por el numerito.

Echo un vistazo: es cierto, la camarera se acerca; aunque con serios problemas para avanzar y sostener a la vez la bandeja con el papeo y el bastón. Al principio, logra esquivar las dos primeras mesas que hay en su camino, aunque luego no se libra de clavar uno de sus afilados tacones a un señor con corbata. El alarido del pobre tío nos perfora los tímpanos. Con la tercera mesa todavía tiene menos suerte; el choque es neto y un pequeño tsunami de cerveza aterriza encima de la gorra de un tipo con pinta de chaperero, que protesta a gritos.

Cuando llega hasta nosotros la recibimos con un aplauso.

—Menos tonterías.

—Perdón.

—Dos sándwiches de pollo y dos cervezas, ¿verdad?

—Sí.

Lo deja todo encima de la mesa y va para irse, pero se detiene.

—Sois nuevos, ¿verdad?

—Sí —digo con timidez.

—Ya lo pensaba.

—¿Algún problema? —espeta Gina.

—Ninguno, chavala. —Mira a lado y lado. Luego susurra—: Solo recordad que durante el número de Astaroth, *l'occultiste* no se puede ni comer ni beber ni hacer nada. ¿Queda claro?

—¿Astaroth, *l'occultiste*?

—Sí; aunque tampoco creo que pudierais. Y cuidado, no vaya a ser que acabéis como yo.

¿Qué querrá decir con eso? No tengo tiempo de preguntárselo. Se va contoneando el culo hasta que choca frontalmente contra una columna, provocando que la bandeja salga despedida por los aires. ¿Por qué nadie la habrá enseñado a manejarse con el bastón?

Echo un vistazo a los sándwiches: están bañados por la cerveza derramada.

—Sin miedo —me dice Gina. Así que me llevo un pedazo a la boca. Colega, si fuera el capitán Haddock diría que «Mil millares de mil millones de rayos y truenos». Al menos la cerveza está fresca.

Después de un par de bocados, Gina suelta:

—¿No me vas a contar lo del poli malo?

Me atraganto.

—¿Qué poli malo?

—Venga, tío.

Mierda. Pero ¿qué diablos sabe?

—No sé a qué te refieres, la verdad —digo de la forma más inocente que puedo.

—Te lo acabo de decir, a cierto poli que está husmeando en mi vida.

—¿Qué te hace pensar eso? —Sigo con la táctica de *pelotas fuera*.

—Esta semana habéis estado de lo más raro.

—¿Ah, sí?

—No te hagas el tonto —prosigue Gina con toda tranquilidad—. Vuestra actitud me hizo sospechar, así que abrí un poco más los ojos, y solté un par de preguntas.

Vaya, y yo que creía que habíamos sido capaces de llevar el tema con la máxima discreción.

—¿Un par de preguntas?

—Ajá.

Mierda.

—¿Y quién se ha ido de la lengua, si se puede saber?

—Oh, nadie —dice Gina como quien no quiere la cosa. Luego añade—: Judy oyó por casualidad una conversación entre tú y Rob.

Vaya, el bocazas soy yo. Manda huevos.

—Aunque no te preocupes —añade—, no pudo sacar nada en claro. Solo

lo del poli malo.

—No parece que te inquiete mucho.

—¿Debería?

—Supongo que no.

Gina sigue comiendo el apestoso sándwich como si nada; sería una buena jugadora de «el asesino». Al final suelta:

—Solo es curiosidad.

Y me mira en plan «tú también la tendrías, ¿no?».

Decido ser precavido. Sigo sin dudar de la inocencia de Gina, pero está resultando ser más astuta de lo que pensaba. No solo ha tenido la intuición de ver que algo no iba bien, también ha sido capaz de anticiparse a mis movimientos. No creo que sea una casualidad que nos hayamos encontrado hoy.

—Es un asunto desagradable —digo tratando de disuadirla.

—Estás consiguiendo que mi interés crezca por momentos.

Bravo, Cacho.

En fin, abro la boca dispuesto a cantar; pero antes de que pueda emitir ningún sonido, se apagan las luces del garito y empieza a entrar una espesa niebla. Se nos escapa un diminuto «Oh» mientras una misteriosa voz resuena por el espacio:

—Damas y caballeros, den la bienvenida a nuestra estrella más internacional. El único, el irrepetible, el mago de lo oscuro. Un fuerte aplauso para Astaroth, *l'occultiste*.

De entre la bruma aparece un tipo alargado, vestido de negro de pies a cabeza. Lleva el pelo fijado hacia atrás con un montón de gomina, y un monóculo. Me recuerda un poco al Drácula de *Barrio Sésamo*, pero en tétrico.

El tipo pide un voluntario para realizar un truco. El chapero de la gorra manchada de birra se anima a subir.

—¿Quién no ha deseado alguna vez ser otra persona? —pregunta Astaroth con una sonrisa.

Antes de que el chapero pueda responder, lo sienta en una silla, en el centro del escenario. Parece asustado.

—Nunca me han gustado los trucos —digo.

—No seas soso.

L'occultiste empieza a dar vueltas alrededor del tío mientras murmura algo en una lengua extraña. Su capa revolotea con fuerza, creando un efecto de continuidad, casi como si se estuviese volviendo líquida. De pronto, se detiene detrás del chapero y le coloca las manos en la cara.

—¿Quién no ha deseado, por ejemplo, tener la nariz más pequeña?

Con la palma derecha empieza a presionarle la nariz, primero suavemente, luego con brutalidad. Es difícil ver lo que está sucediendo, pero, cuando retira la mano, la nariz casi ha desaparecido. Gina y yo nos miramos; sin atrevernos ni a respirar. Pero ¿cómo diablos ha hecho eso?

Astaroth no se detiene:

—¿O tener los labios más carnosos?

Murmura, entonces, unas horrendas palabras al oído del chapero y, acto seguido, le moldea unos labios como dos flotadores.

—¿O los ojos más achinados?

Le estira, ahora, los ojos hasta que son solo una línea. Entre el público, el silencio es sepulcral. El efecto del número es de un realismo sobrecogedor; Astaroth maneja la carne como si fuera plastilina.

Al final, le da un espejo al chapero.

—*Et voilà!*

Cuando este se ve, empieza a gritar. No es un grito normal, es como de animal degollado. Su rostro de monstruo es la pura encarnación del pánico.

L'occultiste suelta una carcajada.

—Todos quieren lo que no tienen, y cuando lo tienen ya no lo quieren más.

El chapero se ha puesto a llorar, pero tiene los ojos tan achinados que las lágrimas casi no le salen. Es como si eso le provocara dolor.

—Tranquilo, hijito, todo se puede mejorar —susurra Astaroth.

Luego hace unos pases con las manos por delante de su cara; tiene los dedos huesudos, pero eso no le impide moverlos a una velocidad de vértigo. Cuando retira los dedos, aparece una prominente cabeza de cerdo.

«¡Oinc, oinc!», gruñe el tío. Creo que trata de decir algo.

El público se parte de la risa.

—Es bueno, ¿eh? —susurra Gina.

—Demasiado.

El chapero trata, ahora, de arrancarse la cara, pero solo consigue parecer

más cómico. Para más cachondeo, de un lateral del escenario aparecen los enanos y empiezan a dar vueltas a su alrededor, burlándose de él y haciéndole cortes de mangas. El tío, desesperado, pega un salto de la silla y aterriza a cuatro patas en el suelo. Aprovechando el desconcierto, el payaso de la nariz roja le da una patada en el culo, haciéndolo caer de bruces. A rastras, medio oculto entre la niebla, el tío aúlla como un poseído.

De golpe, suena la voz de Astaroth:

—¡Arriba!

Todo se detiene por unos instantes; una pausa perfecta, como la imagen de un vídeo de cuatro cabezales. Cuando el tío logra incorporarse, ha recuperado su cara normal.

Aplaudimos con entusiasmo.

—Gracias —dice Astaroth mientras los enanos acompañan al chapero hasta su sitio—. Y, para terminar, necesitaré una voluntaria. —Se gira hacia nuestra mesa—. ¿Quizás *mademoiselle* quiera acompañarme?

Yo no subiría ahí ni hartado de vino, pero parece que la rubia es más valiente. Se levanta y se agarra de la mano de *l'occultiste*, que la conduce hasta una especie de pedestal. Se encarama con la facilidad de una gata. Luego se queda quieta; como una estatua griega. Astaroth comienza de nuevo con los pases de manos, esta vez alrededor de todo el cuerpo. Es como si la estuviera hipnotizando. De hecho. Un momento.

Diablos.

Gina está... Está empezando a perder densidad. Se está volviendo transparente. Como un fantasma, o un espíritu. Se me vuelve la garganta rasposa. Es el truco más bestia que yo haya visto nunca.

Astaroth se detiene. Abre mucho los ojos y murmura:

—Nos creemos que somos algo, pero no somos nada. Y cuando no somos nada, aflora nuestro verdadero yo. Dinos, Gina, ¿qué ves?

La silueta de mi amiga hace ondas. Es flipante. Al final, responde con una especie de suspiro de ultratumba:

—Un perro, un perro negro. —Habla muy poco a poco.

—¿Y qué hace el perro?

—Come.

—¿Y qué come?

—Carne humana.

El público se está poniendo muy nervioso. Esto empieza a no gustarme nada de nada.

—Muéstranoslo.

—Gina se pone a cuatro patas y comienza a actuar como un perro rabioso. Hace como si comiera.

Me levanto de un bote.

—¡Ya basta!

Gina cae desplomada al suelo. Astaroth se me queda mirando. Luego me señala con el dedo.

—Tú, al escenario.

—¿Yo?

Hay órdenes que no pueden ser desobedecidas y esta es una de ellas. Mientras subo con paso tembloroso, Gina recupera su asiento. Cuando nos cruzamos, la miro brevemente: parece confundida, como si no recordara nada de lo que ha pasado.

—¡Un fuerte aplauso para nuestro gallito! —suelta Astaroth. Y me golpea sin piedad en la boca del estómago.

Me doblo como una cuchara de Uri Geller. Cuando me incorporo de nuevo, algo me obliga a soltar kikirikis de un modo espasmódico. Es horroroso, como un ataque de epilepsia o algo así.

Intento volver a mi sitio, pero lo único que consigo es desplazarme por el espacio con movimientos gallináceos. El público ríe a mandíbula batiente. Para más inri, el desalmado de Astaroth esparce por el suelo un puñado de grano y, de repente, me lanzo a picotearlo con todas mis ganas. No puedo parar de engullirlo. Luego me siento en un rincón y pongo un huevo. Parece que lo peor ya ha pasado. Pero no, Astaroth decide seguir divirtiéndose a mi costa; y todavía le quedan animales en su repertorio.

Primero hago el pingüino; luego, la rata. Este tío debe ser un fanático de la bruja de *Willow*. Termina el número por todo lo alto, con aquí, el menda, transformado en foca y profiriendo gritos y eructos a tutiplén. Luego me desplomo entre aplausos.

Cuando recobro el conocimiento, la camarera ciega me está haciendo bajar a bastonazos del escenario.

—Has estado genial —suelta Gina. Parece que se ha divertido.

—¿Cómo lo hará ese cabrón? —digo, tratando de recomponerme.

—La gracia es no saber el truco, ¿no?

—Ya, pero no mola que te humillen —protesto.

—Te lo has buscado, toreador.

Por defenderla a ella, ¿debería recordárselo?

—Aquí tienes tu premio —añade antes de que pueda decir nada. Y con los ojos me señala dos cócteles que hay encima de la mesa.

—¿Y esto?

—Invita la casa.

—Qué amables; aunque, por una vez, creo que lo merecemos.

Cojo mi copa y la examino. Es baja y ancha, de porcelana, me recuerda una taza de váter. El contenido es de color rojizo, con un fondo más oscuro. Está decorado con una sombrilla hawaiana. Pego un sorbo.

—¿Qué tal?

—Creo que lleva vodka, ¿cómo se llama?

—Heces sangrientas.

Me atraganto.

—Es la especialidad de la casa.

Lo que no mata engorda.

—Entonces, ¿me vas a contar lo del poli? —pregunta Gina con vocecita de ángel.

Estoy en el centro de una telaraña de la que no voy a escapar, mejor asumirlo.

—¿Qué quieres saber?

—¿De qué se me acusa?

—De asesinato.

—Venga ya.

—Te dije que no te gustaría.

—Pero...

Decido ir al grano:

—El tipo tiene una teoría: cree que envenenaste a... Adam Lynch.

Gina se queda congelada en una expresión que no le había visto hasta el momento; el profundo dolor de la pérdida. Una sensación que conozco.

—Adam era mi amor de verano —dice con un hilo de voz—. Me gustaba mucho.

—Lo sé —digo para tranquilizarla—. Pero, al parecer, el poli ha conectado su muerte con la de Bacon.

—¿Bacon? —Gina no da crédito—. Pero lo de Bacon fue un accidente, y lo de Adam, también —protesta.

—Lo sé.

Dos grandes lágrimas, proporcionales a sus ojos, empiezan a descenderle por las mejillas. Se me encoge el corazón.

—Lo siento.

Gina levanta la cabeza y me mira a los ojos.

—¿Por qué colaborasteis con él?

—Nos vendió una historia absurda —trato de justificarme—. Que habías robado unos pendientes a tu viejo y que teníamos que colaborar en la investigación.

—Pero eso no tiene ningún sentido.

—Nos engañó... Nos hizo creer que Vincent era el sobrino del embajador de Francia, y...

—¿Vincent?

Le hago un resumen de lo sucedido. De mis sospechas en el francés y de cómo lo emborrachamos para encontrar pistas en su diario. Así contada, nuestra aventura todavía parece más surrealista de lo que fue. Pero, al menos, consigo devolverle la sonrisa a mi amiga.

—Madre mía —dice con un suspiro—. No te gusta perder el tiempo, ¿eh?

—Una cosa me llevó a la otra.

Gina juguetea con la sombrilla hawaiana.

—Poli de mierda —murmura.

—Quizás se lo podrías contar a tu viejo. Seguro que le abren un expediente.

Gina da un sorbo del heces sangrientas.

—¿Mi viejo? Si le cuento algo así, me muele a palos.

—De todos modos, el tipo no tiene nada. Su última oportunidad la tuvo con nosotros, y le salió mal.

Doy un sorbo al cóctel, la parte oscura del final tiene un regusto extraño,

prefiero no pensar a qué. Levanto los ojos hacia Gina. Ya parece más tranquila.

—¿Sin rencor? —digo.

—Sin rencor.

Pagamos la cuenta y nos largamos del antro. Tengo la cabeza nublada por tanto nenuco, y a saber qué llevaba el maldito cóctel. Por suerte Gina invita al taxi. «La residencia va de camino», dice. No sé si es verdad, pero no alego nada.

Llego por los pelos, antes de que Smellor cierre la puerta de entrada. Le digo que me perdí por el British Museum. Me da unas palmaditas y me dice que debería trabajar menos y divertirme más. Me arrastro como puedo hasta la taza del váter.

Acabo vomitando la primera papilla.

Otro día más.

Tocando fondo

Me despierto. ¿Por qué no bajaría la persiana anoche? Porque no hay persianas. No vas a ver una puta persiana en todo Inglaterra. Qué peste. Imposible abrir los ojos.

—Cacho.

Una dulce voz me llama. Todavía debo estar soñando.

—Cacho, despierta.

—Mi ángel —susurro con dulzura.

Oigo risas. Qué sueño más raro. Abro los ojos. Solo que no estoy soñando. Estoy en clase de Biología. Me he quedado dormido.

—Buenos días —me dice una vocecita de ratón. Me giro; es Porcelana Low.

Pego un salto en mi asiento.

—Buenos días —repito.

Otra carcajada general.

—¿Has dormido bien, Cacho?

Piensa bien antes de responder, idiota, está siendo sarcástica.

—Lo siento, Ms. Low, ayer estuve estudiando hasta tarde. No volverá a pasar.

—Asegúrate bien de que es como dices, de lo contrario te ganarás una detención.

Detención. Curiosa manera de decir castigo.

—Gracias por ser tan comprensiva, Ms. Low.

Porcelana asiente; parece satisfecha con la humillación pública a la que me ha sometido. Así que da por terminada la clase:

—Chicos, no olvidéis los deberes que os he puesto; y seguid estudiando, los primeros parciales están a la vuelta de la esquina.

Todo el mundo se levanta. Intento hacerlo a la misma velocidad que ellos, pero me es imposible. Todavía estoy medio sobado. Un par de filas más adelante localizo a Issie y Rob. Arrastro mis pies hasta ellos.

—Tío, ¿qué te ha pasado? —es Rob—. Tienes unas ojeras más grandes que el delta del Misisipi.

—No sé —digo mientras bostezo—. Estamos durmiendo poco últimamente, ¿no?

—Puede.

—Quizás deberíamos ceñir la fiesta solo a los fines de semana —propone Issie. Tampoco es que haga muy buena cara.

—Sí.

—Sí.

No lo decimos con mucho entusiasmo.

—¿Qué nos toca ahora? —pregunto.

—Química.

—Joder, qué palo.

Salimos de la clase como almas en pena. Me dirijo hacia las escaleras para bajar al primer piso, pero Rob me detiene.

—¿Dónde vas, tío?

—Al aula de Química, ¿dónde sino?

—No, no —insiste Rob—. Hoy toca laboratorio.

—¿Laboratorio? No jodas.

—No eres mi tipo.

Laboratorio implica concentración y habilidad física —la última vez ya lo pasé fatal—, y hoy no estoy muy fino que digamos.

—Intenta no dormirte también —añade Rob—. Puede ser peligroso.

Por el camino nos encontramos con Judy. Está radiante: pestañas a lo muñeca de Famosa, ojos que brillan, sonrisa refrescante de Coca-Cola.

—¿Quieres ser mi pareja de experimento? —suelto sin pensarlo. Estar cansado tiene algunas similitudes con ir borracho.

—Vale —dice ella con naturalidad.

Cojonudo, al menos he sacado algo bueno de esta mañana.

Subimos las escaleras hasta el primer piso y entramos en el laboratorio. Es un sitio pequeño, iluminado por asquerosos fluorescentes, repleto de mesas altas y alargadas, y equipado con un montón de grifos, productos extraños y cosas de cristal.

Ramírez nos está esperando con la mirada perdida en las musarañas

mientras con la mano tamborilea en la tapa de un cartapacio repleto de hojas. Tiene la misma pinta repelente de siempre, solo que ahora está envuelto en una bata blanca. Me recuerda al actor de *El jovencito Frankenstein*[\[LMP3\]](#). Ese sí que sería un buen experimento, revivir un cadáver; me ofrezco voluntario.

Intento que Judy y yo nos coloquemos lo más alejados posible de Fronkonstin, pero ella parece interesada en llegar delante de todo. Acaba ganando, claro; así que nos sentamos en un extremo de la primera de las mesas alargadas, al lado de otras dos parejas. Issie y Rob, en un acto de prudencia que les honra, se sientan en la tercera fila.

Con solemnidad, Fronkonstin rompe su silencio:

—Buenos días —dice sin apenas moverse—. Hoy harán un conjunto de experimentos con el objetivo de entender mejor el funcionamiento de los agentes desnaturalizantes. Les ruego que echen un vistazo al equipo que tienen delante.

Inspeccionamos el set de utensilios que ha dejado para nosotros. Se trata de un montón de cosas raras; productos extraños en bolsitas, vasos para medir, cosas de cristal, un soplete y, sorprendentemente, un huevo. Cada pareja tiene su kit. Qué mono.

—¿Para qué diablos será el huevo? —le susurro a Judy—. Pensaba que estábamos en clase de Química, no de Cocina.

Judy me mira divertida, luego suelta:

—Cuando fríes un huevo, la clara pasa de líquida a sólida.

—Ya —digo perplejo—. ¿Y qué?

—Nada, solo que es un ejemplo clásico de desnaturalización.

—¿Ah, sí?

—Desnaturalización por temperatura.

—Claro, claro —asiento rápido, tratando de disimular mi patetismo—. Con ella voy a estar seguro.

—Lean atentamente la ficha —interrumpe Fronkonstin mientras pasea alrededor de las mesas entregando los papeles—. Antes de que se pongan manos a la obra, deberán estar bien seguros de lo que van a hacer.

—¿Comprobamos el material? —me pregunta Judy.

—Vale.

Echo un vistazo a la hoja: son nombres técnicos en inglés, así que me es

imposible establecer una correlación entre lo que está escrito y lo que tenemos delante. Por suerte, Judy se pone manos a la obra. Cada vez que identifica algo, hace una marquita en la hoja. No tarda mucho en terminar.

—Parece que está todo —dice satisfecha.

—Los cuatro experimentos deberían estar listos en aproximadamente cuarenta minutos —suelta Ramírez, que ha vuelto a recuperar su posición delante de nosotros—. Traten de no demorarse, y recuerden que les estaré observando. Después no digan que no se lo advertí.

Asentimos como corderitos.

—Sí todo sale bien —añade Fronkonstin, sacando un chusco de pan—, quizás acabemos desayunando por segunda vez. ¿Les gustan los huevos fritos? —El desgraciado consigue que sonriamos. Pero no nos deja relajarnos mucho más—. A trabajar —remata con su habitual tono despótico.

Rumor generalizado. Las parejas nos metemos al lío. Para no parecer lerdo, decido tomar la iniciativa y destapar un tarro que tengo delante. Judy lanza la mano de forma impulsiva, tratando de detenerme. «Ah», suelta con dolor mientras una gota de sangre cae de uno de sus dedos. Al tratar de pararme, su mano ha impactado contra una especie de probeta. Los cristales rotos se han esparcido por encima de la mesa.

—Lo siento —digo.

—¡Cacho! —truená Fronkonstin—, se puede saber qué...

—Ha sido culpa mía —Judy sale en mi defensa—. Un mal movimiento.

Fronkonstin me mira con desconfianza. Cuando se cansa del acoso, se dirige a Judy:

—Déjeme ver.

Esta le alarga el dedo ensangrentado.

—El corte no es muy profundo —dice Fronkonstin frunciendo el ceño—. Pero se tiene que limpiar. Vaya a conserjería a que le hagan la cura pertinente.

—De acuerdo —dice Judy, levantándose.

—Cacho, deberá realizar el experimento solo.

—Vale —murmuro, acojonado, mientras veo como mi excompañera desaparece por la puerta del aula—. ¿Qué diablos contendrá el dichoso tarro?

—Todo el mundo, de vuelta a los experimentos —espeta Fronkonstin—. Y, por lo que más quieran, vayan con cuidado.

De nuevo, el rumor generalizado. Agarro la ficha y la analizo con esfuerzo. Colega, no entiendo una mierda. Miro a mi alrededor. La mayoría de parejas ya se han puesto manos a la obra. Quizás podría empezar por lo del huevo frito, eso debe ser fácil. Aunque el desgraciado de Ramírez lo ha dejado como experimento final; supongo que se los quiere comer calientes. En fin, no voy a acobardarme ahora. Se trata de desnaturalizar, ¿no? Miro el material. Lo que me queda más cerca es una bolsita que contiene un polvillo verdoso. Lo vierto una especie de vaso alargado. Bien. Y ya hace rato que le tengo ganas al soplete, así que lo enciendo. Sostengo el vaso con un cachivache y lo pongo encima de la llama. El experimento empieza a coger forma, creo. Añado un poco de agua, eso queda claro en la ficha que hay que hacerlo. La mezcla empieza a volverse un poca grumosa, pero no acaba de pasar nada interesante. Le doy un poco más de intensidad al soplete. Cero cambios. Esto es muy aburrido, así que añado a la mezcla un líquido anaranjado que hay en otro tubo. Al poco empieza a salir un humo con un olor muy curioso, quizás se esté desnaturalizando la mezcla ya. Veo como, alrededor mío, las otras parejas van anotando lo que sucede con sus experimentos. Chaval, tienes que espabilar. Decido jugármela y abrir el tarro que causó el accidente de Judy. Lo hago con cuidado. El olor que suelta es nauseabundo. Lo meto en el vaso con un gesto seco y, de pronto, la mezcla empieza a subir de forma inesperada.

Ramírez suelta un alarido desde el fondo de la clase:

—¿Qué es ese olor? —Todo el mundo se gira hacia mí—. ¡Apague ese bunsen! —retumba.

—¿Bunsen? —balbuceo.

—¡El fuego!

El soplete, mierda, algo no va bien.

—¡Apártense! —grita Fronkonstin pegando un grandilocuente salto.

Os juro que lo intento, pero antes de que pueda hacer nada la mezcla pega un pedo y lanza una especie de masa pegajosa y humeante que se queda incrustada en el techo. Un par de alumnos se caen del taburete.

—¡Cacho! —grita Fronkonstin desde el suelo—. *Detención.*

Me da la risa histérica. Colega, ya sé que no es el mejor momento, pero a Fronkonstin el chusco de pan le ha quedado encima del tarro y parece un Dalí de tercera regional; solo le faltan los bigotes.

Me corta de un tajo:

—Al despacho de Mr. Cummings. —El pan rueda por el suelo—. Ahora. Joder, el director.

Trato de decir algo, pero la mirada de Ramírez no da lugar a la negociación; así que, en silencio, recojo mis cosas y me muevo. Casi puedo sentir su odio traspasándome el cuerpo. Cuando se cierra la puerta detrás de mí, me siento aliviado. Clac. Aunque no sé si acabo de salir del fuego para caer en las brasas.

Enfilo las escaleras en dirección al tercer piso. Ahí es donde los profesores tienen sus despachos y la sala de reuniones. A medida que voy subiendo, tengo la sensación de abandonar mi territorio y de adentrarme en campo enemigo. A pesar de que el rellano es parecido al de las otras plantas, cuando llego arriba, me siento ya un intruso.

Me reciben un montón de puertas, solo que estas llevan escrito, con letras negras, los nombres de los profesores. Los voy leyendo, pero ninguna es la de Mr. Cummings. ¿Quizás comparta despacho? No puede ser.

—¿Qué buscas? —Me sorprende una voz por detrás. Me giro. Es Daniel Miller, mi tutor.

—El despacho de Mr. Cummings.

—¿Detención? —Enmarca la pregunta con las cejas.

—Sí —digo, cabizbajo. Luego añadido—: Ramírez.

Miller hace un condescendiente no con la cabeza.

—Trata de que no vuelva a suceder, ¿eh?

—Claro.

—Es por aquí —dice indicando un extremo del rellano.

Descubro unas estrechas escaleras que me habían pasado inadvertidas, qué curioso. Como si antes no estuvieran.

—Gracias —digo despidiéndome con la mano.

Miller me guiña un ojo.

Subo con paso vacilante. Son diez peldaños exactos. Al final me topo con una puerta de madera oscura. Llamo con suavidad.

Espero.

Al poco, oigo la lejana voz de Cummings.

—Adelante.

Empujo la puerta y me deslizo al interior. Al segundo, tengo la sensación de entrar en un mundo paralelo, en una suave penumbra que difumina el contorno de las cosas y que las pega las unas con las otras: muebles antiguos, cuadros oscuros, gruesas alfombras, objetos extraños.

Al fondo, un fuego.

—Uau —se me escapa.

—Una necesidad, no se crea —me dice Cummings desde detrás de su despacho de madera maciza.

Me encojo de hombros.

—La calefacción no llega hasta aquí arriba, así que no queda más remedio.

—Ah.

—Aunque, en confianza, le diré que el espectáculo que ofrece el fuego dentro del marco de la chimenea es incomparable. Más bonito que cualquier obra de arte. ¿No está de acuerdo?

El marco, de mármol, está decorado con animales mitológicos: centauros, dragones, sátiros, ese tipo de cosas. Lo contemplo durante unos segundos. El reflejo de la danza del fuego hace que parezca que se mueven. Me quedo hipnotizado. Por un rato me olvido del motivo por el que estoy aquí.

—Cacho —Cummings me devuelve a la realidad—. ¿A qué se debe su visita?

—Ramírez —balbuceo.

—Detención, asumo.

—Así es, pero ha sido un accidente, no ha sido culpa mía.

—Chss, chss, chss —me corta Cummings—. No pretenderá aburrirme con los detalles, ¿verdad?

—Yo...

—No hundamos nuestras mentes en el lodo —dice—. Con que no vuelva a suceder será suficiente.

—De acuerdo.

—¿Por qué no se sienta?

Retiro una de las pesadas sillas tapizadas de verde que hay al otro lado del despacho y me acomodo. Mientras espero a que diga algo, dejo vagabundear mi mirada por la mesa. Todo mantiene un orden matemático. Me llama la atención una foto en la que está con su esposa (supongo). Debe ser de

hace tiempo, porque ostenta una gran mata de pelo blanco repeinada hacia atrás y fijada con gomina. Que contraste con su cabeza de huevo.

—¿Cómo le va por aquí? —suelta de improviso—. ¿Se está adaptando bien?

Me rasco la comisura derecha.

—Creo que sí.

El director tamborilea con sus finos dedos encima de un dossier. Me parece intuir mi nombre escrito en él.

—Por lo que me han dicho, empezó con buen pie, pero se está perdiendo un poco por el camino.

—La ciudad ofrece tantas cosas —digo sin pensar.

Cummings saca una pipa de un cajón. Comprueba que está vacía. Luego coge una brizna de tabaco de una bolsita de terciopelo y lo mete en la cazoleta. Con una larga cerilla, enciende el contenido y empieza a pipar. Al poco, sale el humo hacia arriba. Un perfume dulzón nos envuelve por momentos.

—Exacto —dice Cummings con la mirada perdida—. La ciudad ofrece tantas cosas, que es muy fácil perderse. Y más a su edad. No se crea, no es un reproche lo de la edad. —Sonríe para sí—. Solo que no se adentre demasiado en el bosque. No demasiado.

Me remuevo en la silla. Luego digo:

—No, señor.

—Cacho, aunque no se dé cuenta, tiene una gran oportunidad entre manos —añade Cummings, animoso—. No la desaproveche.

Ya tardaba en llegar el sermón. Pongo cara de obediente.

—Lo intentaré.

—Las oportunidades hay que agarrarlas por el cuello. Cuanto antes, mejor. No vamos sobrados de tiempo.

Asiento. Cummings cierra los ojos hasta que son solo dos rayas horizontales.

—¿Ha podido hablar con su familia?

—¿Cómo? —No esperaba este revés.

—Desde que está aquí, claro.

—No. —Hago una pausa—. Mi padre no es muy de hablar.

—Ya veo.

Cummings se queda en silencio, esperando a que añada algo más.

—Con Miranda nos escribimos cartas —digo finalmente.

—¿Miranda?

—Mi hermana.

—Oh, claro, claro. Deben estar muy unidos.

Desvió la mirada hacia el fuego, intuyendo lo que va a decir Cummings a continuación.

—Siento mucho lo de su madre, Cacho.

¿Cuántas veces habré oído esta frase en los últimos meses? Me entran ganas de patearle la cara.

—¿Algo más? —digo mientras me levanto.

Cummings continúa, sin inmutarse.

—¿Cómo se llamaba?

Me da por chillar:

—¿¿Cómo se llamaba quién, coño?!

—Su madre.

Doy dos pasos atrás.

—¿Y qué mierda le importa?

Cummings pega una suave pipada. Sus palabras salen entremezcladas con el humo:

—Me importa.

Pausa.

—Se llamaba María.

—¿De qué murió?

—¿No lo pone en su informe?

—¿Todavía le duele tanto que no puede ni decirlo?

Chillo. Me tiro al suelo y me pongo a darle patadas y a aporrearlo con todas mis fuerzas. Luego empiezan a caer lágrimas por mi cara, sin que pueda controlarlo. El hijo de perra me está haciendo llorar. Ahora mismo, soy unas putas natillas.

Cummings me deja hacer, después de un rato se levanta y viene hacia mí.

—Ya está, ya pasó —murmura mientras me da golpecitos en la espalda.

Colega, espero que no estés vomitando; pero todavía sollozo como una nena un buen rato, no puedo evitarlo. Y, al final, caigo por mis propias

cataratas.

—Cáncer.

Cummings suelta aire mientras mueve la cabeza de lado a lado, como si intentara comprender algo muy complicado. Luego murmura:

—Lamentablemente, también soy miembro de tan exclusivo club.

Silencio.

—Pero no se crea —añade con una sonrisa—, todavía tendrá que soportarme un rato.

Lo miro a los ojos; son profundos, como dos galaxias muy, muy lejanas.

—Lo siento —tartamudeo—, no lo sabía.

Cummings asiente, muy serio.

—Confío en su discreción, claro.

—Por descontado.

Luego me ofrece unos Kleenex. Me sueno los mocos delante de su cara, qué momentazo.

—Gracias —le digo, agradecido.

—No hay de qué.

Los dos nos volvemos a incorporar. Ya me siento más calmado.

—¿Puedo irme?

—Sí —dice resolutivo. Luego añade—: Pero, por el amor de Dios, no salga todas las noches.

—Lo prometo.

Me deslizo hasta la salida, ligero, como si me hubiese sacado una mochila llena de piedras. Cierro la puerta con suavidad y me precipito escaleras abajo. Qué tipo tan extraño, Mr. Cummings.

En el segundo piso me cruzo con Judy. Está al lado de la puerta del laboratorio, sentada en el suelo. Sostiene la ficha con los experimentos. Todo el mundo se ha marchado ya.

—¿Cómo está tu dedo? —le pregunto.

—Bien —dice mostrándome un aparatoso vendaje—. ¿Y tú? ¿No estabas detenido?

—Mr. Cummings me ha dejado marchar.

—Qué bien, ¿no?

—Sí, aunque creo que, si quiero aprobar Química, tendré que aplicarme

más.

—Ni que lo digas.

Me entran ganas de besarla, de cogerla de la mano y de arrastrarla hasta el lavabo. Trato de decir algo irresistible:

—¿Bajamos? —Es lo único que me sale.

—Vale —responde ella.

Bravo, Cacho. Así no vas a mojar nunca.

—Issie y Rob han ido al Machen, me han dicho que te lo dijera.

—Genial —digo con entusiasmo. Nada me apetece más que una buena taza de café—. ¿Te apuntas?

—Hoy no puedo, ya he quedado.

—Vaya.

Bajamos por las escaleras en silencio. Luego salimos a la calle. El frío nos toma por sorpresa.

—Oye —dice Judy, y se muerde el labio—. Si necesitas ayuda con la Química, cuenta conmigo. En serio, no me importaría nada echarte una mano.

Me pongo todo rojo.

—Gracias, muchas gracias —digo mientras trato de enrollarme la bufanda con la habilidad de un actor cómico de cine mudo.

—Llámame cuando quieras —dice entregándome un papelito plegado. Lo desdoble. Ha escrito su nombre y su teléfono en tinta fucsia.

—Oye, ¿seguro que no puedes venir?

—Lo siento, otro día. —Hace un gesto con la mano que me recuerda al saludo de los indios en las películas americanas: «Jau».

—Adiós —digo con resignación.

Mientras se aleja, le miro el culo; suave vaivén. Qué raro es esto de no despedirse con dos besos.

Pongo rumbo al cuartel general Machen, feliz por la perspectiva de reencontrarme con mis amigos. Ando a pasos largos. El viento helado me despeja el tarro y tengo la sensación de haber superado una prueba difícil. Ah, Londres.

Cuando enfilo por Dane Street, me parece sentir ya el olor a café. Abro las puertas de un empujón y busco con la mirada la que ya es nuestra mesa: a la izquierda, tocando al gran ventanal. Mis amigos me reciben con vítores y

aplausos.

—Los rusos están acojonados —dice Rob con sorna—. El *Pedo-Cacho* les parece más terrorífico que la bomba atómica.

Issie se parte de la risa.

—Ya vale, ¿no? —digo con un punto de cansancio.

—De acuerdo, perdona; aunque si querías acabar con Ramírez, la próxima vez apunta mejor.

—Muy gracioso.

Por suerte nos interrumpe la adorable Ms. Machen:

—¿Qué vas a tomar? —me pregunta.

—Lo mismo que ellos —digo señalando con la mano sus *mugs* de café.

Ms. Machen, como siempre, sonrío; pero, de pronto, se queda paralizada mirando mi mano. Ni siquiera me ofrece algo de comer.

—Janet, ¿se encuentra bien? —le pregunta Issie.

—¿Qué es eso? —murmura mientras le cae una gota de sudor por la frente.

Me encojo de hombros.

—¿Eso? ¿El qué?

—Esto. —Me coge la mano y señala el dorso.

Miro confundido. Lo único que veo es el sello que me pusieron al entrar en Las Flores del Mal, el espantoso antro clandestino al que me llevó Gina. Está medio borrado, pero todavía es visible.

—¿De dónde sale? —dice, tocándolo con la punta de la uña.

—Me lo pusieron al entrar en un garito.

Ms. Machen ondula el ceño de tal manera que casi estoy por sacar la tabla de surf.

—¿Qué significa? —pregunta Issie.

Janet recorre con su huesudo índice el contorno del dibujo. Se muerde el labio. Luego murmura:

—*Demonium meridianum*.

Miramos de nuevo el sello. Puedo distinguir una figura medio tío, medio cabra. El diseño no parece muy moderno que digamos.

—¿*Demonium meridianum*? —Rob tampoco entiende nada.

—Vigila tus amistades. —Ms. Machen me mira a los ojos—. No todo lo que reluce es oro.

—No se preocupe —digo para tranquilizarla—, el bueno de Cacho ha decidido colgar los guantes por un tiempo.

—¿Cómo? —suelta Rob.

—Creo que esta mañana he tocado fondo.

—Oh, pero qué tonta —interrumpe Machen, recuperando su tono habitual—. Me olvidé del café. Un momentito.

Observamos cómo se va hacia la barra.

—Creo que la vieja Janet empieza a chochear —suelta Rob.

—Un respeto —le corta Issie.

—Yo solo quiero mi café —añado.

No se hace de rogar mucho: es humeante, negro, largo y me calienta las entrañas. Viene, además, acompañado de sándwiches vegetales.

— Es la hora de la comida — argumenta Machen.

Enseguida nos lanzamos a devorarlos. Son deliciosos y se deshacen en la boca.

Cuando terminamos, les cuento a mis amigos mi propósito de bajar un poco el ritmo. Solo un poquito menos de fiesta para poder continuar con la fiesta. Lo justo para pasar los primeros parciales y llegar con un poco de vida a la Navidad. La Navidad. Por primera vez, me doy cuenta de que, aunque por unos días, tendré que volver a Barcelona.

Judy & Cacho

Viernes, 7:30. He pasado una larga noche luchando con el manual de Química y, ya se sabe, de madrugada y desesperado, siempre hay el riesgo de acabar telefoneando a alguien.

Ya sabes a quién.

Colega, qué nervioso estoy.

Me encierro en el cubículo, descuelgo el teléfono y compruebo que me tiembla la mano. No ayuda nada tener a Smellor al otro lado rascándose la barba. Quiere comprobar que llamo a un número local.

Abro el papelito donde Judy me apuntó su teléfono. Tiene la letra muy bonita. Todas las chicas monas la tienen.

Marco el número del tirón.

Después de tres tonos, alguien responde.

—¿Hola?

No es ella. Me aclaro la garganta.

—Buenos días, ¿podría hablar con Judy, por favor?

—¿De parte?

—Cacho.

Quien sea hace una pausa.

—¿Es eso un nombre?

Ahora soy yo el que se toma un par de segundos.

—Un apellido, en realidad.

—Ajá.

—Todo el mundo me llama así.

—Muy bien, entonces. Cacho. —Lo dice con un acento asqueroso: «Catchouuu». ¿Tan difícil de pronunciar es? Luego añade—: Un momentito.

Me seco el sudor de la frente con el dorso de la mano. Judy no tarda mucho en ponerse al aparato.

—¡Qué sorpresa!

Se agradece el entusiasmo.

—Buenos días —digo tratando de sonar animado—, ¿cómo va eso?

—¡Muy bien! ¿Y tú?

Tardo unos segundos en elaborar una respuesta.

—Bien; bueno, en realidad no tan bien.

—¿Y eso?

Puedo oír su respiración a través del auricular.

—Tengo un problemilla con...

—¿La Química?

—Eres demasiado inteligente para mí.

—No hacía falta ser un genio para adivinarlo.

Reúno todo el valor que se puede tener a las 7:35 de la mañana.

—¿Crees que podrías echarme una mano?

—Claro, ya te lo dije. Pero no hacía falta llamar tan pronto. Has despertado a mi prima.

—Oh, lo siento. Gracias.

—No pasa nada.

Soy un tío con suerte.

—¿Qué te parece si después de clase vamos a hablar con Ramírez? —me pregunta, como si fuera la cosa más normal del mundo.

Trago saliva. No lo he vuelto a ver desde que me aplicó la detención.

—¿Es necesario?

—Claro. Para que nos autorice a entrar al laboratorio. Creo que es lo que te va a venir mejor, y a mí también me irá bien; al fin y al cabo, tampoco pude realizar los experimentos sobre desnaturalización.

—Pero ¿crees que nos dará permiso?

—¿Por qué no iba a hacerlo? Solo seremos dos alumnos que tienen ganas de quedarse un rato después de clase. —Me quedo pensativo. Judy añade—: Y siempre podemos prometerle los huevos fritos.

Se me escapa una risotada ante la imagen de Ramírez rodando por el suelo con su chusco de pan.

—Por intentarlo no perdemos nada —concedo.

—¿Qué tienes esta tarde?

—Psicología. ¿Y tú?

—Informática.

—¿Cómo lo hacemos?

—Cuando acabes, vete para el tercer piso, ¿vale? Nos encontramos delante de su despacho.

—De acuerdo.

Parece que lo he conseguido.

—Perfecto —redondea Judy—. ¡Qué vaya bien el día! *Bye*.

—*Bye*.

Cuelgo y respiro profundamente. Ha ido bien. Ha ido muy bien.

Me pego una ducha, desayuno y me voy para el *college*. Ni siquiera espero a Rob.

Me deslizo por la calle como si fuera en monopatín.

¿Se podría considerar que he conseguido mi primera cita con Judy?

Fuck yeah.

Cuando termina la clase de Psicología, me arrojo al pasillo más contento que un perro con dos colas; aunque no conviene precipitarse: antes de plantificarme delante del despacho de Ramírez, debo hacer un escáner de seguridad. Así que me meto en el baño de la segunda planta.

Me miro al espejo.

Las ojeras son pasables, el pelo correcto y no hay ningún grano escandalosamente espantoso.

Venga, tío, tú puedes. Eres un puto matador.

Salgo con los ánimos renovados en dirección al tercer piso. Me las prometo muy felices, pero cuando llego a la puerta del despacho, compruebo con horror que Judy todavía no ha llegado. Me entra el pánico. Si se presenta Ramírez antes que ella, no sé qué diablos voy a decirle. Por suerte la inglesa solo se retrasa un minuto. La observo mientras sube las escaleras. Mi pequeña sirenita. Borra de tu mente esto último que he dicho.

Cuando llega delante de mí, pestañea.

—¿Qué haces ahí plantado?

Me pilla a contrapié.

—¿Esperarte?

Es lo único que se me ocurre decir.

—¿Está Ramírez?

—No lo sé.

—¿Has llamado?

—No.

Judy se adelanta.

¡Toc, toc!

No responde nadie.

Vuelve a llamar.

—Quizás todavía no ha llegado —digo.

—Qué raro...

—¿Esperamos un rato? —pregunto, apoyándome en la puerta.

—Vale —responde Judy, haciendo lo propio.

Giramos la cabeza el uno hacia el otro, como si fuéramos a decirnos algo. Lo único que no abrimos boca. Solo nos miramos. Por un error de cálculo, hemos quedado demasiado juntos, y eso corta que te cagas.

Pausa espantosa.

Al final lo resuelvo. En la vida, en general, solo hay dos opciones: acercarse o alejarse. Me decido por la primera. Judy no retrocede. Al contrario. También avanza. Esto va a ser inevitable. Como un choque de trenes.

Justo cuando los labios empiezan a rozarse, nos dejamos caer hacia la puerta buscando su apoyo, pero esta cede por nuestro peso y se abre hacia dentro. Hay que joderse. Judy choca con el marco y rebota hacia fuera; yo entro rodando.

La puerta se cierra detrás de mí con un seco plaf.

Me levanto.

Trato de abrir la puerta, pero es imposible.

—¿Cacho, estás bien? —La voz de Judy me llega atenuada.

—Estaría mejor si pudiera salir. Dale, por favor.

—Lo estoy intentando, pero no funciona.

—Mierda.

Lo probamos un buen rato.

—Espera, voy a buscar ayuda.

—Un momento —suelto, acojonado—, no me dejes solo. ¡Si Ramírez me pillas en su despacho me degüella como a un cerdo! —Pausa—. ¿Judy?

Se ha ido. Joder, estoy atrapado. Y solo. Mierda.

Me apoyo en la pared y mi mirada deambula. A primera vista, el despacho de Ramírez me recuerda una farmacia de museo. Por todos lados se amontonan grandes frascos de porcelana con nombres extraños. Además, las paredes están llenas de estanterías repletas de botes de vidrio y libros viejos. Casi todos sobre química. Me levanto y doy unos pasos. Enseguida, un poderoso olor a azufre o a algo parecido, se me mete por la nariz. Hago una pinza con los dedos para tapármela y, con una mueca de asco, me lío a inspeccionar las estanterías.

No hay nada que me llame la atención.

Me doy la vuelta y avanzo unos metros. En el rincón opuesto del cuarto, hay algo medio oculto en la oscuridad. Me acerco. Se trata de un pequeño armario de madera tallada y cristal. Es muy bonito. Su interior está abarrotado de viejos frascos con forma de animales extraños, algunos de ellos etiquetados con una calavera.

Trato de abrirlo, pero no puedo. Está cerrado con llave.

¿Qué habrá dentro de los frasquitos? Igual son drogas. Eso sí que molaría, pillar un colocón a expensas del viejo Ramírez.

Maldita sea. ¿Dónde habrá puesto la llave? ¿Dónde la hubiese puesto yo? En el segundo cajón. Es lo típico, ¿no?

Me precipito hacia el escritorio como un perro hambriento. Lo abro y lo registro. Al fondo de todo, debajo de un montón de papeles, hay una pequeña llave plateada.

Con mano de flan introduzco la llave en la cerradura del armario y doy media vuelta. El dispositivo chirría, como si la artrosis lo estuviera matando, pero se abre con un clac.

Me lanzo hacia los frasquitos que tienen las calaveras dibujadas y agarro uno. ¿Qué contendrá?

Solo hay una forma de saberlo.

Con el índice y el pulgar atrapo el tapón de corcho y empiezo a tirar, pero está muy apretado.

Cojo aire y estiro con todas mis fuerzas.

Justo cuando empieza a moverse, me detiene un estruendo.

¡Bang!

Me giro.

La puerta ha chocado con la pared y, en el marco, Ramírez me observa, congestionado, a punto de estallar.

—¡Deja eso inmediatamente, Cacho!

Mientras abandono el botecito en el armario, Ramírez se mete detrás de mí y me empuja a un lado.

—Eh —protesto.

Cabreado, me coge por las solapas (bueno, no llevo solapas, pero se entiende, ¿no?) y plantifica su cara a escasos centímetros de la mía. Le apesta el aliento a chorizo picante. Debe haber estado comiéndolo a escondidas, por eso tardó tanto en llegar a su despacho.

—¿Sabe qué es lo que tenía entre manos? —Mastica las palabras como si todavía tuviera el chorizo en la boca.

—Ni idea.

—¿Por qué no me sorprende?

Ramírez coge el botecito y lo mira a contraluz, con una ligera satisfacción. En su interior se amontona un extraño polvo.

—Ángel destructor. ¿Alguna idea de qué es?

Me encojo de hombros.

—Una seta. —Es Judy la que ha hablado. Está en el marco de la puerta

—Bravo, Bates.

—Una seta de lo más mortal.

Empalidezco.

—¿Comprende, Cacho? Si llegara a inhalar un poquito de este polvo, acabaría retorciéndose por el suelo. Primero, vómitos; después, espasmos; luego, delirio, convulsiones y diarrea. Hasta llegar a la inevitable muerte.

—No hay antídotos.

—Exacto, Judy, querida.

Luego coloca el botecito en el armario, lo cierra con llave y se la guarda en el bolsillo.

—Bien, ¿qué les parece si, ahora, nos ponemos cómodos? —dice señalando su despacho.

Tanta amabilidad me parece sospechosa, pero igual el viejo ha decidido ser bueno por una vez.

Nos sentamos a un lado de la mesa, él al otro.

Se produce una pausa húmeda, como un segundo antes de que llueva. Ramírez tamborilea en la madera, nosotros observamos los cordones de nuestros zapatos.

—Bien, hagamos un resumen de lo ocurrido —Ramírez me mira fijamente—. Ha forzado la puerta de mi despacho. Se ha colado dentro. Ha husmeado en los cajones de la mesa, ha robado la llave que abre el gabinete de los productos peligrosos, lo ha abierto y le he pillado a punto de intoxicarse con una muestra de ángel destructor. ¿Qué cree que opinará Mr. Cummings? ¿Será suficiente para expulsarlo?

Se me come la lengua el gato. Ramírez parece estar disfrutando con su sadismo.

—¿No dice nada?

—La puerta se abrió de golpe, y luego se atascó... —trata de explicar Judy.

—¿Fue entonces cuando decidió quedarse de guardia para cubrir a su amiguito?

—Traté de buscar ayuda, pero...

No funcionará, así que suelto:

—Soy el único culpable.

—Así me gusta —murmura Ramírez, y comienza a garabatear en un papel, casi con toda seguridad, mi orden de ejecución.

Colega, mis aventuras inglesas acaban aquí.

—Aunque... —murmura Judy. Ramírez levanta una ceja—. Si vamos al despacho de Mr. Cummings, tendremos que contarle lo que pasó con el veneno.

Ramírez sonríe.

—Exacto —dice sin dejar de escribir.

—¿Cree que le gustará?

Ramírez pega un respingo.

—¿Qué insinúa?

—Nada. Solo me preguntaba si le parecerá... *apropiada* su presencia en el *college*. La presencia de un veneno mortal, quiero decir.

Ramírez entorna los ojos. Luego gruñe.

Lo que pasa a continuación es un milagro: arruga el papel que estaba

escribiendo y lo tira a la papelera.

Después se levanta.

—Fuera de mi despacho, ahora.

—Pero... —farfulto.

—Aunque se lo advierto, Cacho —me corta Ramírez—. Una más y le juro por todos mis muertos que le devolveré personalmente a esa apestosa Barcelona a la que pertenece.

—Sí, señor —digo mientras Judy me arrastra al exterior del despacho.

Salvados.

Nos precipitamos escaleras abajo, como locos, chillando a lo lindo, bajando los escalones de dos en dos, eufóricos por habernos librado de una expulsión segura.

No nos matamos de milagro.

Salimos a la calle y nos detenemos en la acera para coger oxígeno. Todavía queda algo de luz y el aire es fresco, así que, enseguida, nos sentimos un poco mejor.

—¿Vamos? —pregunta Judy, mientras me coge de la mano.

Un espasmo agradable me recorre el pecho.

—¿Dónde?

—A tomar algo —dice tirando de mí.

—Vale.

Me dejo llevar, ni siquiera me fijo por qué calles vamos.

Al rato, nos detenemos en un antro a pillar nenuco. Resulta que el retaquito conoce un sitio donde hacen la vista gorda. En esta ciudad, con los contactos adecuados, se puede conseguir lo que se quiera. Nos decantamos por el vodka, que siempre asegura un pedo sostenido, sin excesivas estridencias. También pillamos un par de sándwiches de beicon crujiente; nos vendrán bien para disimular.

Luego vamos hasta una especie de parque que, en realidad, no queda muy lejos del *college*. La entrada está enmarcada por dos enormes columnas cuadradas. Arriba de cada una de ellas hay un águila desgastada que parece vigilar el paso de los que van a entrar.

Un cartel en la reja informa a los curiosos.

—The Walks —leo.

—¿Te gusta?

Echo un vistazo. Se trata de un pequeño parque, muy bien cuidado; con un gran edificio de ladrillo a un lado.

—¿Qué es? —digo señalándolo.

—Gray's Inn, un colegio de abogados.

—Vaya. —Hago una mueca.

—¿Qué pasa?

—Quizás no sea la mejor de las ideas que unos menores se emborrachen delante de los defensores de la ley. No quiero más problemas.

Judy sonrío.

—Al contrario, a nadie se le ocurrirá que seamos tan atrevidos, ¿no crees?

Colega, espero que tenga razón. Claro que tampoco somos idiotas. Antes de entrar, echamos el vodka dentro de una botella medio vacía de Fanta de limón. Cuela que te cagas y, en conjunto, creo que damos el pego como parejita inocente que se va de merendola. De todos modos, pasamos de puntillas entre las gigantescas columnas que dan acceso al parque.

Ya dentro, la sensación es muy agradable. El césped es lo que más me gusta. Me recuerda al del Camp Nou; de una vibración tan fuerte que se te mete por el cuerpo.

Nos sentamos en un rincón, al amparo de unos árboles gigantescos; nos ponemos cómodos y destapamos el vodka camuflado.

Sabe fuerte y dulce. Enseguida me relajo.

—Buena elección —digo, señalando con la vista los jardines.

—Gracias.

—¿Cómo los descubriste?

—Con mi tía.

—¿En serio?

—Sí. De pequeña, durante los veranos, siempre venía a pasar unos días con ella. Le gustaba traerme aquí a jugar.

—Pero ¿entonces no eres de Londres?

—No. De Derby.

Decido hacer pública mi ignorancia.

—¿Por dónde cae?

—Más al norte. A unas dos horas en tren.

Asiento.

Pegamos dos buenos tragos de la botella. Ya empezamos a sonreír.

—¿Es bonito?

—¿El qué?

—Derby.

—Mucho.

Se le encienden los faros.

—Pero, ahora, vives con tu tía.

—No exactamente. Vivo en su casa.

Mi cara dibuja un inmenso interrogante.

—Murió.

—Lo siento.

—No te preocupes. Ya hace un montón de años.

Judy hace una pausa. Luego suelta:

—De hecho, la idea era hacerle un homenaje hoy.

—¿Cómo?

—Es, bueno, sería su cumpleaños. —Como si fuera un dibujo animado, se me cae la mandíbula hasta el suelo—. Quería venir sola, claro. Pero las cosas han ido como han ido...

—¿O sea que estamos de celebración?

—Más o menos.

Pausa.

—¿Me tomas el pelo?

—No.

De golpe me veo, eufórico, levantando la botella de Fanta en el aire.

—Pues, por la tía...

—Becky.

—¡Por la tía Becky!

Bebo y le paso la botella a Judy, que pega un largo trago. Se le han puesto las mejillas a lo Heidi. Eso siempre da mucho morbo.

—Gracias —me dice, poniéndome una mano en el pecho.

—De nada —tartamudeo.

Se produce una pausa cargada de hormonas, que enseguida se encarga de romper:

—¿Comemos algo? Se me ha despertado el apetito.

—Vale.

Atacamos los sándwiches. Por ser industriales no están nada mal. El beicon incluso cruje, tal y como prometía el envoltorio.

Comemos en silencio hasta que, de golpe, una ardilla me salta encima y me saca un pedazo de beicon de la boca. Luego me mira y arranca a correr como poseída por el demonio.

—Eh, ¡mi beicon! —le grito al bicho. Pero es inútil.

Unos abuelos que pasan cerca me examinan, luego señalan los jardines. Judy empieza a partirse de la risa.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Bacon diseñó este sitio. Creo que se han pensado que...

—Bacon, ¿qué Bacon? ¿El muerto?

—No, el filósofo.

—Ah.

Suspendí filosofía.

—Fue el tesorero del colegio de abogados —dice Judy señalando con el dedo el edificio de ladrillos—. O, al menos, eso me contó mi tía.

—Espero que tuviese un final mejor que el de nuestro amigo.

—Creo que murió de neumonía.

Una brisa helada nos ataca por sorpresa. No puedo evitar que un escalofrío me recorra la espalda. Una nube ha tapado el sol.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

—¿Damos un paseo? Al fin y al cabo, esto se llama The Walks.

—Vale.

Agarramos la botella y nos ponemos a andar.

—¿Cómo ves a Gina? —me pregunta.

—Bien. —Pausa—. Supongo que te puso al día del percal, ¿no?

—Sí. ¿Te importa?

—No.

—Nos lo contamos todo.

—No pasa nada. —Hago una pausa—. Yo la veo bien.

—Me alegro. Gina lo ha pasado muy mal en la vida. Es como si atrajera a todos los demonios.

—Ya.

Por un segundo, no decimos nada. Luego mis oídos lo flipan: ¿me he vuelto loco o suena *Once upon a time in the west*? Debe ser la radio de un coche parado en un semáforo. Mis dedos se arrancan a tocar una imaginaria guitarra. Judy me observa como si fuera un marciano.

—¿Te gustan los Dire Straits? —pregunto.

—Los odio.

—Entonces, mejor que pare, ¿no?

—Inmediatamente.

Continuamos andando, en silencio, hasta que la música se esfuma.

—¿De verdad que no te gustan? Mi canción preferida es *Sultans of...*

—Qué te calles.

Al menos consigo que ría.

Seguimos andando hasta alcanzar uno de los muros que rodea el parque. Enciendo un cigarrillo. Pasa de mis labios a los suyos, gran presagio.

Luego apuramos la botella de Fanta.

Colega, es ahora o nunca.

Me acerco mucho a ella. Su cuerpo caliente me reconforta. La abrazo. Nos besamos. Tiene que ponerse de puntillas para llegar hasta mí. Es muy dulce.

Pero luego algo se tuerce. Apoya su mano en mi hombro derecho y me detiene.

—Cacho, no estoy segura de que esto sea lo mejor.

Tengo sus labios a un milímetro de los míos.

—¿Por qué?

—Porque ya sería la tercera vez, y eso podría significar el inicio de algo.

Doy un paso atrás.

—¿Cuentas como segunda vez la del despacho de Ramírez?

—Sí.

—¡Pero si no pasó nada!

—Pero iba a pasar.

—Ya veo. —Reprimo un puchero—. Y tú, no quieres nada.

—No te equivoques, me pareces un tío genial, y muy mono.

—Corta el rollo.

Judy se muerde el labio.

—Está bien. Es solo que ahora no me apetece empezar algo. Lo siento.

—Vale.

Nos despedimos sin tocarnos ni un pelo.

Encamino mis torcidos pasos hacia la residencia de estudiantes. El vodka ya campa a sus anchas por mis venas.

Colega, qué gran pedazo de mierda que es la vida.

Encima, los primeros parciales están a la vuelta de la esquina.

Bajo a la habitación de Rob, con la esperanza de que tenga algo de *whisky* para matar la noche. Lo encuentro llorando encima de la cama con una botella vacía a sus pies. Por la radio suena *Bohemian rhapsody*.

—¿Qué te pasa? —pregunto.

—¿No te has enterado? —dice sorbiéndose los mocos.

—No.

—Freddy Mercury ha muerto.

Hay días en que sería mejor no haber nacido.

Tercera base

Me levanto nervioso. Abro la ventana y enciendo la colilla de la noche anterior. Fuera, una sábana de escarcha lo cubre todo; es blanca y fina, como el papel del cigarrillo que me estoy fumando. Un temblor me recorre la espalda, pero no es de frío, sino de cansancio. Durante los últimos quince días no he hecho nada más que estudiar. Y hoy voy a saber el resultado de mi esfuerzo.

Me pego una ducha y bajo al comedor: he quedado con Rob. Pillo zumo de naranja (no natural, qué peste), bol de cereales con leche, y un café.

Nos sentamos en una mesa solitaria, cerca de una ventana empañada por el frío. O por el calor, según se mire.

—¿Estás preparado? —me pregunta Rob, que parece haberse levantado con mucha energía.

—Más que preparado, acojonado —digo, después de succionar una cucharada de cereales empapados en leche—. No las tengo todas con la química.

—No, idiota.

—¿Entonces?

—Hoy es el último día de trimestre. ¿Sabes qué significa esto?

Ni *flowers*.

—Ford Fiesta.

¿Por qué nunca me entero de nada?

—Genial. ¿Dónde?

—En casa de Wendy Rowlands, ¿la conoces?

—No.

—Estudia diseño gráfico, es amiga de Gina.

—¿Está buena?

—Bastante. —Rob hace una pausa. Luego añade—: En cualquier caso, más que Judy.

Colega, le he dado el coñazo, con la niña, a Rob que no veas. El retaquito

me pirraba más de lo que creía. O quizás es que cuando alguien te dice que no, al momento, te gusta el doble. Apúntatelo, es una ley universal.

—Eso está superado —digo. Y le guiño el ojo.

Por unos segundos me quedo colgado. Luego, de golpe, me acuerdo de que antes de la fiesta, primero hay que ir a clase, así que reanudo con ganas mi ingesta de cereales.

—Tío, pareces un ratón —Rob se parte con su ocurrencia.

—La ansiedad abre el apetito.

—Tranquilo, solo son unos parciales. En realidad, no tienen mucha importancia.

—De todos modos, después del esfuerzo que ha hecho mi padre para pagarme esto, no quiero amargarle las Navidades.

—Tienes suerte.

—¿De qué?

—De que alguien se preocupe de qué notas sacas.

—No sé qué decirte.

La emprendo con el café. Está un poco frío, pero vale.

—Todavía no me lo creo —murmuro.

—¿El qué?

—Que mañana coja un avión a Barcelona.

—Pues vete haciendo a la idea. ¿A qué hora despega?

—Tengo que estar a las 11:00 en Heathrow.

—Cojonudo, podemos compartir taxi.

—Pensaba ir en metro.

—No te preocupes, paga papá —dice enseñándome un fajo de billetes—. Llegó ayer, para los gastos del viaje.

—¿Te he dicho alguna vez que adoro a tu familia?

—Y yo a la tuya. Aunque no sé si podría enrollarme con tu hermana; sería como besarte a ti, pero con el pelo largo. ¿Tiene tetas? Espera, en realidad, igual si podría hacerlo.

—Solo tiene nueve años.

—Ya le crecerán.

—Cerdo.

Rob se termina el café y planta la taza como si fuera un chupito. Luego, ríe.

—Deja la maleta preparada esta noche.

—¿Y eso?

—La fiesta promete ser de larga resistencia.

Llegamos a clase de Mates más que puntuales. Aun así, Katherine Taylor, la profesora buenorra, ya nos espera. Su belleza sigue sorprendiéndome. Es como un sauce, tan honda que uno podría meterse en su interior y pasar ahí el resto de su vida.

Colega, si me pongo demasiado cursi, me avisas.

Nos sentamos delante de todo.

Al poco llega Issie, que se sienta detrás de nosotros.

Judy se ha colocado en la última fila. Por el rabillo del ojo veo como mordisquea un bolígrafo.

Cuando todo el mundo ha ocupado su sitio, Taylor decide hablar:

—Buenos días —dice con entusiasmo—. Supongo que estaréis ansiosos por saber los resultados de los controles, ¿verdad?

Un rumor generalizado, como el de las vacas en el pueblo, da a entender que sí.

—Eso está bien —prosigue Katherine—, pero no os los daré hasta el final de la clase. Espero que así mantengáis la atención.

Ahora el rumor más bien se parece al de una banda de cerdos hambrientos. Pero no queda más remedio: Katherine se da la vuelta y la emprende con la trigonometría. *C'est la vie*. Mientras la araña con la tiza, la pizarra comienza a aullar espeluznantes gritos de miedo. No es para menos: la trigonometría es espantosa y, además, es un sacrilegio que se haya apropiado de la palabra «seno».

En fin, aguantamos el envite como podemos. Más mal que bien. Encima nos manda un montón de deberes para las vacaciones. Pero ¿no se supone que son para descansar? ¿Es que nos hemos vuelto todos locos? No serviría de nada alzar la voz, así que tomo nota.

Después, llega el esperado momento: agarra los exámenes corregidos, se levanta, se acerca a nosotros y empieza a repartir el taco de hojas por el final de la clase. Así que todavía me toca esperar un poco más. Cuando llega a medio metro de mi pupitre, puedo oler ya su perfume afrutado. Después, apoya

las manos en la mesa y baja a mi altura. Las tetas se le comprimen hacia arriba, aumentando la generosidad de un escote ya de sí generoso.

—Cacho.

—Sí —baluceo.

—Teniendo en cuenta que este trimestre es de adaptación, no está mal; pero no bajes la guardia.

Deja el examen encima del pupitre, bocabajo. Y se larga. Me cae una gota de sudor helado. Por unos segundos me olvido de todo. Hasta que Rob me da un codazo.

—Mira —dice mostrándome su control. Ha sacado una A, o sea, prácticamente, la nota más alta.

Giro mi examen con desgana. Está todo lleno de marcas de rotulador rojo. Arriba de todo veo una C.

—Felicidades —me dice Rob, mientras me da unos golpecitos en la espalda—. Tu primer control, pasado.

—No con mucha gloria.

Rob sale proyectado hacia delante. Nos giramos. Issie le ha dado una patada a su silla desde la fila de atrás.

—No te flipes.

Le muestra su examen. A+, o sea, la máxima puntuación.

—Al final, ya veremos quién gana —protesta Rob.

Más o menos por todos lados, se producen conversaciones similares. Se está creando tal revuelo, que Katherine renuncia a hacernos callar.

—Terminó la clase —grita desesperada—. ¡Qué paséis unas buenas vacaciones!

Salimos al pasillo con la violencia de un vómito.

—¿Qué nos toca? —pregunta Rob.

—Biología —responde Issie.

—¡Pues vamos! —exclamo.

Cuando llegamos al aula, nuestra excitación contrasta con la calma de Porcelana Low. Eso no nos impide ocupar los pupitres a lo bruto, como si esto fuera el desembarco de Normandía, pero ella ni se inmuta; por el contrario, espera en silencio a que nos calmemos.

Luego nos da la bienvenida y nos informa de cómo van a ir las cosas. Por suerte, su táctica va a ser diferente de la de Katherine: Porcelana no quiere hacernos sufrir hasta el final de la clase.

Así que nos va llamando, uno a uno, para que nos aproximemos a su mesa a recoger los exámenes. Como siempre, la cosa va en orden alfabético.

A medida que nos vamos acercando a la *c*, me voy poniendo nervioso. Creo que el examen me fue bastante bien, pero uno nunca puede estar seguro. Y luego está el tema del idioma, jamás sabes del todo si estás diciendo lo que quieres decir. Aunque, bueno, eso también me pasa con el mío.

—Cacho —me interrumpe Porcelana.

Me levanto de la silla y encamino mis pasos al matadero. Cuando llego, Ms. Low me tiende el examen.

—Le felicito, la mejor nota de la clase —dice haciendo un esfuerzo con la voz para que todos puedan oírlo.

Mis compañeros empiezan a silbar y aplaudir. Es más un cachondeo que un homenaje, no te creas. Pero, aun así, me mola.

Regreso triunfante al pupitre, olvidando por completo que copié como un degenerado y que el mérito no es mío.

Luego les toca el turno a Issie y Rob. Los dos sacan la misma nota: B. Creo que estudiaron juntos.

Cuando termina, Porcelana nos mete un discursito de final de trimestre y, para no ser menos, también una cantidad brutal de deberes. A pesar de eso, salgo contento de la clase.

Colega, mi madre estaría orgulloso.

—No sonrías tanto —Rob me corta el rollo—. ¿Sabes qué toca ahora?

Me viene como un tiro:

—¿Química?

—Así es, amigo.

—Ánimo —dice Issie, pero no suena muy animada.

Bajamos las escaleras hasta el aula. Ramírez todavía no ha llegado, así que, de momento, no hay peligro. A petición mía, nos aposentamos en la última fila. No tengo ningunas ganas de estar cerca de ese monstruo.

Judy se sienta al lado de Issie. Ella y Rob me hacen de escudo. Trato de sonreír.

Ramírez no se hace de esperar. Entra con un portazo, de la forma más teatral que puede, tratando de darse importancia. Luego se apoya en el marco, y suelta:

—Queridos estudiantes, buenos días.

—Buenos días —respondemos al unísono.

Satisfecho, avanza hasta el otro extremo de la clase y se gira hacia nosotros. Entonces, se mete la uña del meñique en el agujero de la oreja y empieza a hurgar en busca de cera. No damos crédito. Cuando termina se mira la uña, en busca de la presa, pero no ha habido suerte.

Finalmente, suelta:

—Supongo que lo único que les interesa de esta clase es saber la puntuación que han sacado en el control, ¿verdad? —Pausa chulesca—. No hace falta que respondan, era una pregunta retórica. Aun así, antes de empezar, me gustaría darle las gracias a uno de ustedes. No es una cosa habitual en mí, pero, en este caso, creo que es de recibo hacerlo. —Se acaba de producir una pausa expectante. Enseguida la rompe—: Se trata del señor Cacho.

El silencio se densifica. Todo el mundo me mira de reojo. ¿Me saldría, de verdad, bien el examen? Lo reconozco, copié todo lo que pude de Bell, una de las bestias pardas de la clase, pero aun así...

—Cuando alguien supera un límite —prosigue Ramírez—, ya sea por arriba o por abajo, se le debe reconocer el mérito. En este caso, de forma obvia, el joven Cacho lo ha superado por abajo. Aunque decir eso sería ser injusto con el concepto *abajo*. Su examen es tal grado de excrecencia, que, si lo dejáramos en una cloaca, esta se ofendería. Es de un hedor tan repugnante que haría enrojecer al pedo de una rata. De un mal gusto y un bajo tono dignos de una prostituta vieja de Whitechapel. Su falta de conocimientos, de ideas y de expresión le convierten en menos que un mono. Daisy, mi querida iguana, lo habría hecho mejor. Sin lugar a dudas.

Después de este discurso, Ramírez se detiene para coger aire. Luego cruza la clase hasta que llega a mi pupitre y, de un palmetazo, me planta el examen encima de la mesa.

—Se lo he puesto en el sistema de puntuación español. Para que le quede claro. —Entonces abre la boca de modo tan desorbitado que, mientras chilla, se le ve la irritada campanilla—: ¡Zero! —Alarga la *o* durante medio minuto.

Me llena la cara de *jipiajos*. Después da un puñetazo en la mesa, y se larga hacia la pizarra.

Colega, para que contarte más.

Solo resaltar que aguanto el chaparrón con toda la dignidad que puedo. Qué peste. Supongo que me lo he ganado a pulso.

Por cierto, Rob saca una C; Issie, una B, y Judy, una A.

Como comprenderás, salgo de clase hecho puré. Por suerte, ahora tenemos un rato para comer, así que mis amigos y yo nos dirigimos a la cantina. Debo reconocer que tantas emociones juntas me han abierto el apetito, por lo que me zampo un buen plato de salchichas con patatas fritas. Paso de la verdura. De postre, un yogur, y luego, un café y un donut. No está mal.

Luego, salimos al parque que hay delante del *college*, con la excusa de tomar el aire, para fumar un cigarrillo. Issie y Rob tratan de animarme. La verdad es que tienen razón, solo es un control. No es el resultado final, y todavía quedan dos trimestres.

Después nos separamos, ellos para Física, yo para Psicología.

Subo las escaleras hasta llegar al segundo piso y encaro el aula con seguridad. Estar con mis amigos me ha ido bien y ya me siento más animado. Además, esta es la asignatura que más me gusta, y el bueno de Miller no creo que se haya cebado.

Me siento al lado de Daniela, atraído por el infinito que lleva tatuado en la nuca. La vieja silla cruje y ella levanta los ojos de la libreta. Parece que escribía algo personal, porque la cierra y hace una mueca a lo «me has pillado».

—¿Nervioso? —me pregunta.

—Lo justo. La verdad es que, ahora, si de algo tengo ganas es de largarme para la residencia.

—¿Vas a ir a la fiesta?

—Sí.

—Qué suerte. —Por la cara que pongo, decide darme explicaciones—: No estoy invitada.

Cacho al rescate de una bella dama en apuros.

—¿Y si vienes con mis amigos?

Daniela mordisquea el culo del bolígrafo con ansia.

—¿Crees que les importaría?

—En absoluto.

Va a darme las gracias, pero Miller entra como una exhalación.

—Hola, ¿cómo estáis? —Casi no nos deja ni responder—. Supongo que con ganas de largaros ya de aquí. Para mí es peor, ¿os imagináis tener que dar la última clase antes de las vacaciones?

Nadie responde, la verdad es que para nosotros es casi imposible identificarnos con las penas de un profesor. Ni haciendo un esfuerzo, vaya.

—No os preocupéis, solo comentaremos el examen. Cuando terminemos, os podréis largar. —Miller abre su maletín y saca una copia del mismo—. Veamos, la primera pregunta era...

—Pero... —interrumpe un tío con gafas y pelo repeinado hacia atrás— ¿no nos vas a decir las notas?

—Ah, sí, casi me olvido. Una E.

—¿He sacado una E? —repregunta el de las gafas.

—Exacto, ¿podemos seguir?

—¿Y yo? —dice Daniela mientras levanta la mano.

—Una E.

Esto empieza a oler a culo. Así que pregunto:

—¿Y los demás?

Miller hace un gesto teatral, como queriendo mostrar cansancio. Luego añade:

—Todos, una E.

—¿Qué? —exclamamos a la vez. ¡Nos ha cateado a todos!

—Sí, lo habéis hecho muy mal, fatal. Así que, si os parece, vamos a rehacer el control ahora, todos juntos.

—¿Y nuestros exámenes? —pregunta el repeinado.

—En la basura, claro. Mejor empezar de cero.

Todos pensamos lo mismo: ¡qué *hijoputa*! Pero no decimos nada, qué remedio nos queda. Miller no pierde el tiempo, apunta la primera cuestión en la pizarra y no para de preguntarnos hasta que llegamos a la respuesta más inteligente. Luego hace lo mismo con la segunda y la tercera.

Descubro que pensar cansa. Bostezo por lo bajini. Daniela me mira.

—Todavía no lo entiendo —murmura—. Esperaba sacar más nota.

—Yo también.

—Qué rollo.

—Lo hace todos los años —interrumpe el tío que tengo al otro lado. Nos giramos hacia él y lo miramos interrogativamente. La verdad es que da un poco de grima: parece viejo, y me recuerda a Sigmund Freud. Pero es un enteradillo—: Lo hace para acojonar, para que nos pongamos las pilas.

—¿En serio?

—Lo que oyes, colega.

Freud chasca la lengua y luego se sumerge de nuevo en la clase. Daniela y yo nos miramos, resignados. Al menos es una explicación.

Acabamos solo un cuarto de hora antes de lo previsto. Aquí nadie regala nada.

—Pasadlo bien durante estos días, chicos —dice Miller mientras recoge sus cosas—. Y no olvidéis repasar.

La garra de las vacaciones nos pilla de las bolas. No le dejamos ni terminar la frase que ya estamos saliendo.

Pero Daniela me detiene:

—Oye, ¿cómo quedamos?

—Ah, sí. —Pienso—. ¿A las ocho a la salida de la residencia?

—Vale.

—¿Sabes dónde está?

—Sí.

—Pues, ¡hasta luego!

Bajo las escaleras a toda prisa. Un día me partiré la crisma. Salgo a la calle y, medio bailando, me pongo a andar.

Tonight is the night.

Llego a mi habitación con el corazón en la boca. Lo primero que tengo que hacer es la maleta. Mañana por la mañana me largo para Barcelona a pasar las Navidades y, si Rob está en lo cierto, la noche promete ser larga.

Hacer la maleta consiste, básicamente, en empujar ropa sucia hasta que ya no veo nada en el armario. Tardo menos de lo que esperaba, pero me cuesta un huevo cerrarla.

Luego me pego una ducha refrescante. Me enjabono la nutria a fondo,

nunca se sabe. Después me pongo la ropa que he reservado para la ocasión: el jersey azul, los Levi's 501 y las Kickers. Me miro al espejo. Me duele la cara de ser tan guapo.

Voy para la habitación de Rob. ¡Toc, toc, toc!

—Pasa.

Está terminando de peinarse.

—¿Preparado? —me pregunta.

—Con ganas de comerme la noche.

Me examina de arriba abajo.

—¿Te has echado perfume? —me pregunta.

—¿Estás de coña?

—Escúchame, listillo —dice sacando un frasco—. Esta es la llave que te va a abrir las puertas más dulces. —Me encojo de hombros—. Créeme —dice mientras me lo lanza.

Leo la etiqueta. Givenchy Gentleman. Husmeo. No está mal. Rob se me acerca con aire misterioso. Luego dice:

—Madera, miel, canela, bergamota, rosa y limón. Ojito, porque esto no es moco de pavo. Solo un par de gotas. En el cuello y ahí abajo. —Con los ojos me señala el paquete.

—No jodas.

—Confía en mí.

—¿No escocerá?

—No seas gilipollas.

Nos embadurnamos, pues, el cuello y la polla de perfume. Es casi como esos rituales africanos de preparación para la caza que salen en la tele.

—¿Listo?

—Listo.

—Pues vamos, Issie ya debe estar abajo esperando.

Efectivamente, lo está. Su cara es una mueca de asco mientras atiende la perorata de Smellor. Al parecer, está totalmente en contra de que el *college* se haya desentendido, durante las vacaciones, de los horarios de la residencia. Issie trata de hacerle comprender que las clases han terminado y que no somos sus presos, aunque con escasos resultados.

Cuando Smellor nos ve llegar, se mete de nuevo en la garita mientras

refunfuña una maldición en inglés que no logro entender. Desde que no frecuento su guarida, creo que está molesto conmigo.

—¡*Wow!* —exclama Rob.

No es para menos. Issie se ha puesto una falda muy corta y se ha pintado los labios de rojo y los ojos de verde. Me recuerda un poco a Madonna.

—Vosotros tampoco estáis nada mal —nos dice, complacida.

—Hola. —Interrumpe la escena una tímida voz.

Nos giramos. Es Daniela. Va vestida muy distinta, con pantalones y blusa. A su manera, sin enseñar nada, también está muy sexy.

—Hola. —Me vuelvo hacia mis amigos—. Me olvidé de... Es Daniela, compañera de... Amiga, de Psicología. Si no os parece mal...

—¿Te vienes a la fiesta? —pregunta Issie.

—Si no os importa —responde Daniela, sonrojada.

—Al revés, estoy harta de ser minoría en este grupo. Encantada, soy Issie.

—Rob.

—Hola. —Daniela saluda con un gesto de la mano.

—Bien —prosigue Rob—, ahora que hemos acabado con las presentaciones, ¿qué os parece si nos ocupamos de las cosas importantes?

Lo miramos desconcertados.

—El nenuco, idiotas.

Claro, qué burros. Se me ocurre una idea:

—Judy me llevó a un sitio en el que hacen la vista gorda. No está muy lejos de aquí.

—Muy bien, Cacho, la primera cosa sensata que dices esta noche.

Los llevo al antro en cuestión. Parece el típico colmado, solo que el dependiente es árabe. Todo funciona como la seda. Pillamos dos botellas de Absolut, dos litros de Coca y un montón de cervezas. De puta madre.

Luego cogemos el metro. La casa de Wendy Rowlands está en el barrio de Notting Hill, así que no tenemos que hacer ni transbordo ni nada; son solo seis paradas con la Central line. No podemos evitar pimplarnos un par de birras. De todos modos, creo que, aquí, no está mal visto beber en el metro.

Salimos a la calle. De la boca a la casa hay unos diez minutos a pie. Se ha hecho de noche y el frío aprieta más que el pantalón de un *heavy*. Me enrolló la bufanda y sonrío. No me cambiaba por nada en el mundo. Estoy exactamente

en el sitio en el que quiero estar.

—Hemos llegado —anuncia Rob.

Echo un vistazo. Mmm. La casa de la Rowlands es totalmente normal. Me refiero a que no es como la mansión de Gina: pequeño jardincito en la entrada, puerta de madera, planta baja con sala de estar y cocina, y dos plantas con los dormitorios. Ah, y un jardín trasero. Y moqueta, claro.

Issie llama a la puerta. Después de unos segundos, se abre a paso de tortuga, como en una película de misterio. Detrás aparecen Gina y Wendy, con sendos vestidos negros, ajustadísimos, pitillos en la boca y mirada de rayos X. Parecen hermanas gemelas, solo que Gina es rubia y Wendy tiene el pelo más negro que la capa de Drácula.

—Pantone 301 —dice Wendy.

—Ni de coña —rebate Gina—. 294.

—Pero ¿qué coño? —suelta Daniela.

—El azul de mi jersey —aclaro—. Da igual.

Gina suelta una bocanada de humo. Luego añade:

—Muy bien. Adelante, toreador & *friends*.

Entramos en tromba. Cuando paso por el lado de Gina, me pellizca el culo. La nutria responde con un callado saludo de acero. Si algún día me meto en la cama con esta tía, podré morir en paz.

Entramos al comedor. Han movido la mesa a un lado para dejar espacio, y la gente se ha esparcido en pequeños grupos de bebedores. Un par de chicas bailan tímidamente en el centro. Por la hora que es, no se puede pedir más.

Nos apalancamos en un sofá color crema (que también ha sido arrinconado) para preparar las bebidas.

Colega, que ganas tengo de emborracharme.

Daniela me ofrece un Royals en señal de agradecimiento por haberla invitado a la fiesta. Creo. O porque le caigo bien. Mola, aquí casi nadie invita a pitos. Me lo enciende con una cerilla.

Preparamos los combinados bien cargaditos.

—¿No deberíamos brindar? —propone Issie.

—¡Claro! —exclama Rob, golpeándose la cabeza—. ¡Por las vacaciones!

—¡Por las vacaciones! —exclamamos todos.

El choque de los vasos suena como si cayera una lluvia de cristales. Clin-

clin-clin-clin.

Luego nos pasamos un buen rato hablando sobre todo lo que vamos a hacer durante nuestro tiempo libre. A veces te lo pasas mejor planeando que haciendo.

Cuando se terminan las copas, tomo la iniciativa:

—¿Conocéis el juego del duro?

—Cacho, ¿qué coño dices? —espeta Rob.

—Es muy divertido.

—¿No somos un poco mayores para juegucitos?

—Se trata de beber.

—Ah, *okay*.

Los demás también parecen estar de acuerdo. Así que acercamos una mesa baja, y coloco cuatro vasos pequeños llenos de cerveza en el centro, formando un círculo.

—¿De qué se trata? —pregunta Issie.

—Es muy fácil —digo cogiendo diez peniques—. Jugaremos «a la barcelonesa». Se trata de hacer rebotar la moneda en la mesa. Si después del rebote entra dentro de un vaso, la persona que lo tiene delante se lo bebe. Si cae en medio del círculo de vasos, bebe todo el mundo. Si cae fuera, bebe el que ha tirado.

—Parece bastante idiota —suelta Rob—. Me gusta.

—¿Puedo jugar? —interrumpe una voz grave, como de presentador de la BBC.

—Claro —responde Rob.

—Jonathan Costello —dice el tío a modo de introducción. Coloca un nuevo vaso en el círculo y se sienta alrededor de la mesa.

Vamos a comenzar, pero otra voz nos interrumpe de nuevo:

—¿Qué coño sucede aquí?

Nos giramos: es Wendy.

—Se supone que esto es una fiesta, no una reunión de abuelos.

—El españolito, que nos ha liado —espeta Rob.

Todos me miran.

—Es un juego...

—Venga, vamos a probar —suelta Gina, apareciendo por detrás de Wendy.

Se sientan una a cada lado de Costello. Hacen una buena estampa, como si fuera el poster de una película de James Bond.

Se colocan nuevos vasos y empieza la diversión.

La verdad es que los ingleses son bastante malos jugando al duro. Falta de práctica, supongo. Pero le meten muchas ganas, y la cuestión es que las titis se emborrachen. La cosa no tarda mucho en coger ritmo.

Cuando, después de un par de rondas, consigo colar la moneda de diez peniques en el centro del círculo de vasos, se quedan pasmados.

—¡A beber, cabrones! —chilla Rob.

Colega, esto empieza a parecerse a El Abuelo, solo que allí las mesas son más pegajosas y el suelo está lleno de serrín.

—¡*Sant Hilari!* —grito como un poseso.

—¿Hilary? —suelta Costello.

—Es un santo.

—¿Un santo? —Gina.

—Sí —digo. Y me pongo a gritar—: *Sant Hilari, Sant Hilari, fill de puta qui no se l'acabi!* —Lo digo así, en catalán, así que obviamente se quedan todos con las mandíbulas desencajadas—. ¡Tenéis que beberos la copa hasta el final!

De pronto, la tropa de ingleses inicia un coro grotesco y celestial:

—*Sant Hilari, Sant Hilari, fill de puta qui no se l'acabi!*

Vaciamos las copas y empezamos a enloquecer. Alguien se levanta y pone el «Que viva España» en el estéreo. Trato de explicarles que eso no mola nada, pero es en vano. Les parece la mar de gracioso y apropiado. Algunos corean el estribillo, inventándose la letra, claro. Wendy inicia una conga y empezamos a recorrer toda la casa. Primero el comedor, luego la cocina, después el jardín y el primer piso. Cuando intentamos subir al segundo piso, se le parte uno de los tacones. Se produce, entonces, un efecto dominó combinado con bola de nieve que nos precipita a todos escaleras abajo. Acabamos en el recibidor, en una pila de pies, manos y cabezas.

Colega, no sé cómo no se ha matado nadie: por todos lados se oyen quejidos y lamentos.

Daniela me salva tirándome de la manga.

—¿Vamos al jardín a fumar?

—Por favor.

Salimos. La noche está despejada y el aire helado. Me gusta el frío cuando voy pedo, veo las cosas más cristalinas y los olores son más puros. Y también veo mi propia respiración.

Esta vez soy yo el que lía un par de cigarrillos, aunque dejo que ella los encienda con la cerilla. Me gusta como el reflejo de la llama danza por sus mejillas.

Daniela da una calada, con gusto.

—Me encanta cuando el humo baja hacia los pulmones. —Suelta el aire—. Es como un cosquilleo.

—Sí, mola mucho.

Creo que podría liarme con ella. Si se pusiera a tiro, claro.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

—No, nada —titubeo.

Me cuenta acerca de su familia en Yorkshire, yo de la mía en Barcelona. Nos prometemos que algún día nos haremos una visita. Todo marcha sobre ruedas hasta que descubro a Gina y Judy apoyadas en el marco de la puerta de entrada al jardín.

Daniela me cala enseguida:

—¿Pasa algo?

Dudo, pero al final lo suelto:

—Esa de ahí, no tenía muchas ganas de verla.

—¿La bajita?

—Sí.

—¿Por?

—Nada... Solo que...

De pronto me siento un completo imbécil, tratando de explicarle lo que pasó.

—Creo que ya te he entendido —dice Daniela.

—¿Ah, sí?

—Sí. A mí me gusta la alta.

—¿Gina? —Creo que estoy abriendo demasiado los ojos. Pero, diablos, ¿Daniela es lesbi?

—Sí.

—A quién no.

—Pues ya tenemos algo en común.

—Eso y las clases de Miller.

—Exacto. —Daniela da la calada final y aplasta la colilla contra el césped—. ¿Entramos?

—Quizás podríamos esperar a que... —digo señalando la puerta con la mirada.

—Tranquilo, déjame hacer. No hay ninguna necesidad de hablar con todo el mundo.

Me coge de la mano y me arrastra en dirección a las chicas. Cuando pasamos por su lado solo nos saludamos al vuelo, aunque nos escanean de arriba abajo. Por cómo se miran luego, está claro que la cosa no podría haber salido mejor.

—Gracias —le susurro a Daniela.

Me responde con una sonrisa. Luego dice:

—¿Cocina o comedor?

Echamos un vistazo y nos decantamos por la cocina; hay mucho más ambiente que en el comedor y, además, en un rincón, Issie y Rob preparan combinados con el Absolut. Así que nos unimos a tan brillante idea.

Alguien abre una bolsa de Doritos.

Ah, la felicidad.

Nos quedamos ahí un huevo, bebiendo, comiendo y contando cosas tontas y divertidas. Pierdo la noción del tiempo. Todo va bien hasta que Rob, empeñado en imitar a Chewbacca, golpea la última botella de nenuco. Lo hace con tan mala suerte que va a estrellarse contra el suelo y se rompe en mil pedazos. Tampoco es que quedase mucho líquido dentro, pero Issie se cabrea.

—¿Siempre tienes que estar haciendo el imbécil? —le recrimina.

—Relájate, nena, estamos de fiesta.

A Issie no le gusta nada la respuesta, así que se enzarzan en una discusión tremenda. Me cuesta seguir lo que dicen, porque hablan muy rápido y vocalizan cada vez menos. Trato de disuadirlos, pero me siento como un árbitro de boxeo en una película muda. Cuando, por el estéreo del comedor, empieza a sonar *Sweet child o'mine*, Daniela y yo encontramos la excusa perfecta para largarnos.

Colega, qué temazo.

Me lanzo a la improvisada pista con todas las ganas. Empiezo a tener la cabeza liada y el cuerpo muy suelto. Veo a Costello, que también va muy lanzado; aunque baila un poco raro, rollo años sesenta; además, con el índice y el pulgar hace como si tuviera una pistola en cada mano. La verdad es que tiene estilo y no tarda nada en convertirse en el rey de la pista. Como no podía ser menos, Gina se le acerca, contoneándose. Las caderas le van de un lado a otro, movidas por un huracán. No tarda en refregarle el culo por el paquete. Casi diría que no me importa: cada uno tiene que aceptar sus propios límites. Consejo de borracho, vale por dos.

Después suena *Help*, de Bananarama, y ya me ves bailando como un loco. La peña se desata. Aprovecho la dispersión para agarrar, al vuelo, una botella de Jameson de una mesita. Me bebo de un trago lo que queda de ella. Mola. *Heeeelp!* La lanzo a un lado y me arranco a cantar con todas mis ganas. No me sé la letra, pero no importa; si me lo propongo, puedo inventar más que un argentino. Al poco, casi todo el mundo me está mirando, resulta que ellos se la saben como si fuera el padre nuestro. En fin, qué les den. Quizás vaya demasiado borracho, pero creo que Wendy me está mirando. Me acerco hacia ella de forma seductora, pero por el camino piso a una gorda estúpida que me da una bofetada. Le escupo en el escote. Su amiga delgada empieza a increparme. Mejor no traduzco. Justo cuando la cosa parece que se va a poner fea de verdad, alguien tira de mi mano y me hace desaparecer. Es Daniela. Me arrastra escaleras arriba hasta el segundo piso y me mete en el lavabo.

—Cacho, vas muy pedo.

—¿Sí? —balbuceo.

—Iban a partirte la cara.

Sonrío.

—Es la segunda vez que me sacas de un lío.

Me mete la cabeza debajo del grifo de la bañera y le da al agua fría. Un torrente helado me empapa la cocorota. No sé si me sienta bien o mal, pero me da un ataque de risa. Agarro a Daniela y le meto la cabeza debajo del agua. Me araña la cara hasta que la suelto, pero acaba partiéndose también. Acabamos rodando al suelo del baño.

—Voy a mear —dice, como si fuera la cosa más normal del mundo.

Colega, colega, colega.

—¿Te importa?

—No —musito.

Por un lado, me parece asqueroso, pero por el otro lado me da un morbo que te cagas. Espero que esto no me convierta en un perverso de por vida. Se desabrocha los pantalones. Los botones de la bragueta suenan como disparos lejanos. Ta. Ta. Ta. Ta. Se baja los pantalones. Debajo lleva unas bragas de color lila. Me cae un hilo de sudor frío por la sien. En estos momentos mi nutria podría usarse como martillo neumático. Mientras se sienta, se baja las bragas en un gesto calculado que disimula lo que hay que ver. Aun así, mi entrenado ojo rapaz tiene la fugaz visión de una cueva en la que podría perderme. Mientras mea, empieza a sonar *Purple rain*. Son cosas como estas las que te hacen pensar que Dios existe. El sonido de líquido chocando con líquido se mezcla con la voz de Prince. Es casi mágico. Daniela sonrío y sus ojos se iluminan. Coge un trozo de papel de váter, abre un poco las piernas y se limpia. Luego se sube las bragas y el pantalón, y tira de la cadena.

—No podía aguantar más —dice. Y se sienta a mi lado. Noto su cuerpo caliente y dulce pegado al mío. Me pasa la mano por el pelo—. ¿Te he puesto caliente? —No puedo ni contestar—. Si quieres te hago una paja. No me importa.

Si fuera el entrenador de un equipo de básquet pediría tiempo muerto, pero no lo soy. De lo único que soy capaz es de girarme hacia ella y empezar a comer unos labios y una lengua que están más buenos que una nube. El deseo es tan grande que duele. Le desabrocho la blusa y empiezo a magrearle las tetas, luego trato de desabrocharle el sostén, pero no puedo, así que se lo arranco. Aparecen dos amigas pequeñas, perfectas, a las que me amorro con devoción. Gime. Luego más besos. Y más. Y todavía más. Mientras me desabrocha el cinturón, alguien pone *Nevermind*. Y yo voy a por sus pantalones. Y ya nuestras manos bucean en las profundidades de las entrepiernas. Está empapada. Le meto el dedo. La voz de Kurt Cobain revienta las pocas neuronas racionales que me quedaban activas. Ella empuña el *joystick*. Lo demás es puro instinto. Puro placer. Los fuegos artificiales no tardan mucho en llegar. Mientras se corre me pega un mordisco en el cuello. Noto como todo su cuerpo se estremece y cae exhausto y caliente encima de

mí.

Colega, lo he pringado todo.

El momento de limpiarse es cómico. No sé qué decir. Lo único con sentido que se me ocurre es fumar un cigarro, así que lío uno y lo compartimos en silencio.

Durante un rato dibujamos círculos en el aire con el humo. A ella le salen mejor que a mí.

—Pensaba que... —trato de construir una frase con sentido.

—¿Por qué poner etiquetas? —me corta.

—Me ha gustado mucho.

—¿Amigos? —me pregunta ofreciéndome la mano.

Joder, que formal.

Se la estrecho.

—Amigos.

Un ataque de risa.

A veces las cosas son más simples de lo que imagino.

De golpe, aporream la puerta del lavabo.

—¿Sí?

—¿Cacho? —la voz me resulta familiar, pero no logro situarla.

—Tío, deja de cagar y sal, o perderemos el avión.

Es Rob, joder.

—¿Qué hora es? —le pregunto a Daniela.

—Les seis y media.

—¡Las seis y media!

—Sí.

—Mierda.

Me levanto como un resorte y me adecento como puedo. Cuando ya estoy a punto de abrir la puerta la voz de Daniela me detiene.

—Cacho.

—¿Sí?

—Nos vemos el año que viene.

Me giro.

—Tía, no te voy a olvidar nunca —digo con entusiasmo.

Se pone el índice en los labios, para indicarme que no haga ruido. Le hago

adiós con la mano, abro la puerta un palmo y salgo sin hacer ruido.

Fuera, me espera Rob. Esta empapado en sudor, y lleva la camisa medio rota.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí.

—¿Había alguien ahí dentro?

Hago una pausa dramática.

—Tercera base —susurro.

—Felicidades, hermano.

Empezamos a andar. Lo detengo por el hombro.

—Y tú, ¿no tienes nada que contarme?

Se gira.

—*Home run.*

—¿Con Issie?

—Claro.

—Pero ¿no estabais peleados?

Sonríe.

—Ah, qué dulce es hacer las paces. Si se entera de que te lo he dicho me mata.

—Seré una tumba.

Chocamos esos cinco. Y descendemos las escaleras hasta el primer piso.

En una de las habitaciones se oyen gemidos. Alguien está dándolo todo. Apostaría un huevo a que sé quién es. Pero no podemos detenernos. Nos queda el tiempo justo para ir a la residencia, pillar la maleta y largarnos en taxi hacia el aeropuerto. Bajamos hasta la planta baja y de ahí a la calle. El frío nos sorprende como una bofetada necesaria. Más que andar flotamos. Tenemos a la vida agarrada por los huevos.

Creo haber pasado el primer trimestre con nota.

SPRING TERM
(Segundo trimestre)

Una nueva teoría

5 de enero. Me subo al avión de vuelta a la *city*. Han sido unos días muy intensos en Barcelona. Mi padre, el cementerio, Miranda, los amigos. Navidad, dulce Navidad. Polvorones, *neules* y cava. Despegar es casi un alivio, un alejarse para poder acercarse. Me peto la diferencia horaria mirando por la ventanilla las nubes, el cielo y el sol.

Y me duermo.

Y me despierto.

Y bajo del avión.

Londres me recibe con su frío infernal; y en el *college* tienen los cojones de llamar a esto *Trimestre de la primavera*, ya les vale. Mientras deambulo por Heathrow con mi enorme maleta, la ciudad me acaricia con su luz azulada. Casi toda la vida auestas. Qué peste, parezco un caracol de mierda.

Después de un rato, logro encontrar la salida.

Viajo en silencio a lo largo de la Picadilly line. No llega a la hora. Le estoy empezando a coger gusto a los trayectos, a no hacer nada.

Ya en la residencia de estudiantes, en Barter Street, me espera una sorpresa: Issie y Rob sentados encima de mi cama. Cuando los veo, no puedo menos que pegarles un buen abrazo.

—¡Ya estamos todos! —exclama Rob. Parece muy animado.

—¿Cómo ha ido el viaje? —pregunta Issie.

—Bien, hasta me han dado de comer.

—Guay.

—Y tú, ¿cuándo aterrizaste? —le pregunto al americano.

—Hace un par de horas.

—Entonces, ¡acabas de llegar!

—Claro —suelta Rob, luego mira con complicidad a Issie, y añade—: Este tío es un genio.

Le doy un empujón. Él me da una patada en la barriga. Le salto al cuello y nos enzarzamos en una pelea. Acabamos cada uno por su lado, empapados en

sudor.

—¿Acabó el numerito? —Issie parece aburrirse.

—Me ha entrado un hambre de mil demonios —suelta Rob.

—¿Qué os parece si bajamos a cenar al comedor? —propongo.

—Pero yo no puedo —dice Issie, con cara de pena—, no vivo aquí.

—No hay problema. —Rob parece que tiene una idea—. Diremos que preferimos subirnos la comida a la habitación, ¿eh, Cacho? Que estamos cansados del viaje. Se trata solo de que pillemos a saco de comida; para que nos dé para tres.

—Cojonudo.

Acabamos pegándonos una buena cenita en la habitación de Rob: pollo asado, patatas hervidas con salsa y verduras a la plancha. De postre nos tomamos un lingotazo de *bourbon* que el bueno de Rob ha traído escondido en la maleta. Arde como una mala cosa, pero me calienta las entrañas y me pone en el estado perfecto para un sueño reparador.

Así que los dejo en la habitación. Después de lo que pasó en la fiesta de despedida, no sé si se han hecho novios. Aparentemente, no ha cambiado nada. Me da palo preguntar.

Me meto en la cama y estiro del *duvet* hasta que me llega a la nariz. Ajusto el Casio y echo un vistazo a mi habitación. Me gusta. Es mi primera jodida casa.

Duermo como un lirón hasta que me despierta, unos segundos antes que el Casio, el ronroneo del agua de la calefacción. Es como el canto de una sirena afónica.

Me ducho, desayuno con Rob, y salimos a toda prisa hacia el *college*. Hace un frío de la muerte.

Delante de la puerta de entrada, nos encontramos con Issie. Reclinada en nuestro árbol favorito, sostiene un humeante cigarro entre los labios rojos. El frío le ha convertido la piel en mármol blanco. La luz le rebota, explota y tira porque le toca.

Cuando nos ve tira el pito al suelo.

—¿Vamos? —dice mientras lo aplasta con el zapato.

—Qué prisa —protesta Rob.

—Hay algo que no va —musita Issie indicando con la mano un cartel que hay en el *hall* de entrada.

Nos acercamos. Está escrito a mano. Nos invita ir a la sala de actos.

—Qué raro —murmura Rob.

—¿Por qué? —pregunto.

—No suele haber presentación del segundo trimestre —contesta Issie.

—O quizás sí, a Cummings le gusta mucho la pompa. —Rob parece aburrido ya antes de empezar.

Avanzamos por el crujiente pasillo de Suchard y entramos en la sala. Echo un vistazo: el ambiente está un poco enrarecido, aunque quizás sea por el mal recuerdo colectivo de la última vez. O quizás solo sea paranoia mía, pero creo que Issie tiene razón: aquí hay algo que no cuadra.

Nos ponemos en última fila. Algunos gansos repasan las guarradas que han hecho durante las vacaciones. Otros están callados. Cuando entran los profesores al estrado, nos sentamos de golpe. Su actitud es grave, creo que no voy desencaminado. El último en entrar es Mr. Cummings. Va vestido como un figurín, y su actitud es de auténtica severidad.

Se sitúa en el centro del estrado, detrás del atril, y empieza a hablar:

—Queridos estudiantes, bienvenidos al segundo trimestre del año académico. Antes de nada, me gustaría felicitar a los que sacaron un buen resultado en los parciales de Navidad. Estoy seguro de que fue el justo resultado a un esfuerzo importante. Los que no tuvieron el éxito deseado, todavía están a tiempo de mejorar, pero, para ello, deberán trabajar más. Piensen que lo que logren ahora, seguramente, marcará el resto de sus vidas.

—Qué dramático se ha levantado hoy, ¿no? —murmura Rob.

—Ni que lo digas —conuerdo.

—Muy a mi pesar —prosigue Mr. Cummings—, debo anunciar una mala noticia. —Se produce un rumor generalizado que no logra interrumpir a John—. Algunos quizás ya lo sepan, otros simplemente ni se habrán percatado de ello; pero Jonathan Costello no ha venido hoy al primer día de clase. —El rumor se incrementa de tal manera que Mr. Cummings tiene que parar hasta que, con un gesto de la mano, logra calmarnos un poco—. Los motivos de su ausencia son terribles, así que, no los esconderé detrás de una cobarde

retórica. Lamentablemente, debo anunciar que Costello falleció por causas naturales el martes siguiente a la finalización del trimestre.

Nos quedamos tan pasmados que se hace un silencio sepulcral. Esta vez no hay llantos, ni gritos histéricos, ni nada que se le parezca. Busco a Gina con la mirada. La localizo en primera fila, al lado de Wendy. Es evidente que ya estaban enteradas del pastel.

Mr. Cummings prosigue con el parte de muerte:

—Costello tuvo la mala suerte de morir a causa de una intoxicación alimentaria con complicaciones fatales.

—Otro muerto... —murmuro.

—Como esto siga así, al final los profesores tendrán que dar clase solos —farfulla Rob.

Mr. Cummings no se detiene:

—Espero que este desafortunado incidente no turbe demasiado sus jóvenes mentes. La vida continúa y así debe ser. Si necesitan hablar, por favor, diríjense a sus tutores. Estamos a su completa disposición.

Blablablá. Mr. Cummings clausura el encuentro con la retórica habitual, te ahorro el rollo.

Nos levantamos con algún quilo de más en el ánimo. Colega, en lo que llevo aquí ya van dos muertos. Qué fuerte. Aunque, en esta ocasión, Cummings lo ha dejado muy claro: no nos vamos a librar de las clases como la otra vez.

Salimos al pasillo de madera como almas en pena y, poco a poco, nos vamos disgregando en pequeños grupos, cada uno a su rollo.

Issie, Rob y yo entramos en el aula de Biología y nos sentamos en los primeros sitios vacíos que vemos. Porcelana Low ya nos espera, aunque esta vez ha sustituido su sonrisilla de ratón por una mueca.

—¿Cómo han ido las vacaciones? —pregunta.

Nadie contesta.

—¿Habéis tenido alguna complicación con los deberes?

Alguien resopla.

—No os olvidéis de entregármelos al final de clase —dice con un tonillo paternalista. Luego hace una pausa y añade con entusiasmo—: ¡Hoy empezamos tema nuevo!

Luego se gira y escribe en la pizarra: «Las plantas y el medio ambiente».

Colega, ¿se te ocurre algo más jodidamente aburrido? Me remuevo en el asiento y, mientras Porcelana empieza su rollo, descubro a Judy a mi izquierda, una fila más adelante. Me mira y me dedica una sonrisa. Le devuelvo el saludo con la mano. Quién pudiera volver a catar sus tetas.

Después de clase nos toca estudio autodirigido. Así que Issie, Rob y aquí el menda nos agenciamos una mesa en el aula de empollar.

—Qué pocas ganas tengo —murmuro.

—Ya ves —concuerta Rob.

—Venga, chicos —nos anima Issie—. Seguro que nos viene bien repasar un poco los deberes de Química.

—Pff.

—Cacho, no te quejes tanto —suelta Rob—. Además, seguro que tus clases particulares con Judy habrán dado sus frutos.

Lo miro con cara de odio.

—Ya te lo dije, fue un fracaso.

—¿Has estado viendo a Judy? — Issie no da crédito.

—Solo una vez. Antes de las vacaciones.

—¿Y qué pasó?

Parece ser que no habrá más remedio que volver a contar el patético episodio.

—Fuimos al despacho de Ramírez para pedirle permiso para usar el laboratorio, con tan mala suerte que nos quedamos encerrados dentro. Todavía no sé cómo no nos expulsó del *college*.

—Porque le cae la baba con Judy.

—¿Echaros? Pero ¿qué hicisteis?

—¡Chsss! —suenan unas voces nasales.

Nos giramos. Aleixandre.

—Algunos intentamos estudiar —refunfuña.

Prácticamente, no hemos vuelto a hablar con él desde el incidente del diario. Creo que sigue odiándonos.

—Ya bajamos la voz —le dice Issie con su mejor sonrisa.

—De acuerdo. —Aleixandre suelta el aire—. Fuisteis muy cabrones conmigo.

Nos sorprende su ataque de sinceridad.

—Tienes razón —admite Issie—, pero era por una buena causa.

Aleixandre resopla.

—Yo odiaba a Bacon, es cierto, pero no soy un *assassin*.

Rob me da un codazo.

—Pero, si tanto lo odiabas —pregunta—, ¿por qué le llevaste los apuntes el día que la palmó?

Aleixandre suelta una lagrimilla. Al final me va a dar pena y todo.

—Porque me tenía coaccionado, ¿por qué, si no?

—¿Coaccionado?

—Sí. —Ahora la lagrimilla es ya sollozo—. Me obligó a hacerme unas fotos en el gimnasio con ropa de su hermana.

Rob hace un amago de risa. Issie le da una patada en la espinilla. Luego, unas palmaditas a Vincent.

—Está bien. Ya pasó.

—Si no fuera por la muerte de Costello... —lloriquea Aleixandre—, las vacaciones me ayudaron a olvidar, pero hoy ha sido como si me viniera todo de nuevo.

Una idea me atraviesa el cerebro como un puñal.

—¿Qué te pasa? Te has quedado blanco —me pregunta Rob.

—Cuando viste a Bacon —le pregunto a Aleixandre—, ¿qué aspecto tenía?

Vincent se muerde el labio antes de responder.

—Malo, muy malo, la verdad. —Hace una pausa—. ¿Podemos volver a ser amigos?

—¿Cómo de malo?

—Estaba de color amarillo, incluso los ojos. ¿Podemos?

Issie, Rob y yo nos miramos. ¿Cuándo hemos sido amigos de Vincent?

—Sí, sí, claro —nos apresuramos a decir.

—Gracias, amigos.

Hace un amago de abrazo, pero, por suerte, él mismo se censura, se gira y vuelve a lo suyo.

Nos arrinconamos al extremo opuesto de la mesa.

—Oye, ¿a qué ha venido esa pregunta? —A Issie no se le escapa nada.

Estoy radiante, casi voy a estallar; así que lo suelto:

—Creo... Creo que tengo una nueva teoría.

—No jodas, Cacho —resopla Rob—, ya sabes a lo que nos llevó tu *última* teoría, ¿verdad?

—No pienso escucharla. —Issie parece decidida.

—¡Pero es que esta vez creo que he dado en el clavo!

—Cacho. —Issie no va a ceder.

—Además, la culpa es vuestra.

—¿Cómo? —exclaman al unísono.

—Sí, por recordarme lo de Judy en el despacho de Ramírez.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra? —farfulla Rob.

Me aclaro la garganta:

—En el despacho de Ramírez encontramos ángel destructor, por eso no se atrevió a enviarnos a Mr. Cummings.

—¿Ángel destructor? ¿Qué mierdas es eso?

—Una seta.

—¿Encontrasteis una seta? ¿De qué hablas?

—Encontramos un frasco con *polvo* de esa seta. A Ramírez casi le da un infarto cuando vio que lo iba a abrir.

—¿Por qué?

—Al parecer, su ingesta es mortal.

—Ya. Y, ¿qué sugieres?

Bajo el tono de voz.

—No estoy seguro, pero, según lo que dijo Cummings, Costello murió intoxicado; y si Werber tuviese razón, Bacon también habría muerto por envenenamiento.

—Ya, así que los mató Ramírez, ¿no? —Issie estalla—. ¿Te has vuelto completamente loco?

—Solo digo que podríamos buscar algo más de información sobre la maldita seta.

Issie y Rob se miran. Habla ella:

—Pensar que Ramírez se coló en casa de Bacon para intoxicarlo, aprovechando que este tenía una gastroenteritis, es de una absurdidad que raya lo insano. Además, te recuerdo que has estado en contra de la teoría de Werber

desde el primer momento.

—¿Porque me parecía absurdo que Gina lo hubiera envenenado! Pero Ramírez... Eso ya es otra cosa.

—Ya —continúa Issie—, y estas vacaciones ha aprovechado el tiempo libre para pulirse a Costello, ¿no? Y ¿Lynch?

—Pudo haber muerto de una intoxicación realmente fortuita.

—Demasiada casualidad.

—Solo digo que podríamos ir a la biblioteca y buscar un poco de información sobre ese veneno; para descartar a Ramírez como sospechoso.

Silencio incómodo.

—No perdemos nada por mirar —Rob sale a mi rescate.

Issie resopla.

—¿Por qué tengo como amigos a los dos tipos más chalados de todo Londres? ¿Por qué? —pregunta mientras va recogiendo sus cosas.

—No deja de ser estudiar, ¿no?

Me gano un coscorrón en la cabeza. Pero me salgo con la mía.

En la biblioteca nos recibe Ms. Gibbons. Rob se encarga de camelársela, *no problem*. Le pide que nos aconseje algunos libros que hablen de la seta en cuestión. No tarda en aparecer con un volumen de toxicología, otro de biología de plantas y un tercero, más general, sobre la historia de los venenos. Nos dividimos el trabajo, para luego ponerlo en común.

Al cabo de media hora, llegamos a las siguientes conclusiones: el proceso de envenenamiento por ángel destructor tiene cuatro fases; la primera dura unas 24 horas y no presenta síntomas; la segunda dura entre 12 y 36 horas y sus síntomas son náuseas, vómitos y diarrea; la tercera dura un día y se caracteriza por una mejoría aparente; la cuarta y última fase produce una cosa que se llama ictericia y que consiste (flipa) en que los ojos se te vuelven amarillos, también produce delirio, convulsiones y, finalmente, muerte por insuficiencia hepatorenal, o sea, que los riñones y el hígado se van a parir panteras.

Después de esta pequeña tesis doctoral nos quedamos pensativos un rato, agotados por el esfuerzo.

Finalmente, Issie rompe el silencio:

—Tiene razón.

—¿Quién tiene razón? —pregunta Rob.

—Cacho. Cacho tiene razón. En los casos de Bacon y Costello, los tiempos concuerdan.

—Y la teoría de Werber también —añado.

Rob patalea.

—No entiendo nada.

—Bacon murió la madrugada del jueves. Eso sería la fase cuatro: insuficiencia hepatorenal.

—Ya.

—El día antes, miércoles, se encontraba más o menos bien. Fase tres: mejora aparente.

Me añado a la fiesta:

—El martes sufrió la gastroenteritis. Fase dos: náuseas, vómitos y diarreas.

—Y la fase uno nos remonta a la madrugada del lunes, día del envenenamiento: sin síntomas.

Rob se ha quedado sin palabras. Issie y yo nos miramos.

—Además —añade esta—, si Costello murió el martes y la fiesta de despedida de trimestre fue el viernes anterior, eso también suma cuatro días.

Silencio.

—Entonces —musito—, ¿tengo razón?

Rob se rasca la cabeza.

—¿Pero Bacon no murió empalado? —pregunta.

Lo miramos.

—Estrictamente hablando, sí —admito.

—Pues no cuadra, ¿no?

—La cuestión, amigo mío, es que hubiese muerto de todos modos.

—Ya.

—Además —añade Issie—, si la enfermedad le provocaba desvaríos, es factible que la visión del perrazo en medio de la noche le hiciera huir despavorido.

—Bacon no era un tío asustadizo.

—En su delirio, el perro pudo parecerle un demonio del infierno.

—Pff.

—No es imposible.

—Además —añado—, Werber estaba convencido de que Bacon murió envenenado. Y es poli.

Rob procesa nuestro bombardeo durante unos segundos.

—Podría ser —dice finalmente—. Pero ¿por qué preocuparnos por eso cuando podríamos estar privando?

Issie le retuerce la mejilla. Rob suelta un pequeño alarido.

—Eso ha dolido.

—Perdón —suelta Issie. Luego me mira.

—Cacho, quizás deberías contarle tu nueva teoría.

—¿A Werber?

—Sí.

—Tíos, tíos, tíos —exclama Rob—. ¿Soy el único que no ha perdido la cordura? ¿Vas a llamar a Scotland Yard para inculpar a nuestro profesor de Química?

Aleixandre levanta la cabeza. Nos callamos de golpe. Luego nos sonrío. Falsa alarma.

—Solo digo que podría pasarle esa información, y luego él que haga lo que quiera con ella. De todos modos, ¿para qué culebras tiene Ramírez un veneno mortal en su despacho? ¿No es sospechoso?

Rob se encoge de hombros.

—También hay otra cosa —murmura Issie. La miramos—. Quizás esto pueda hacer que Werber abandone su obsesión por Gina.

Creo que empiezo a entender el repentino apoyo de Issie a mis teorías.

Prefiero hacer la llamada solo. Así que mis colegas se quedan fuera de la cabina. Sí, es la típica de color rojo que sale en las películas. Aunque el interior está repleto de tarjetas con dibujos eróticos y teléfonos de putas. Eso no sale en el cine. Arranco un par de anuncios y me los guardo en el bolsillo interior de la chaqueta; me vendrán bien para sacudir a la nutria.

Descuelgo el teléfono e introduzco las monedas. Marco el número de la policía. Hablar por teléfono en inglés es más difícil que cara a cara. Espero que no me tiemble mucho la voz.

—Policía de Londres, ¿qué podemos hacer por usted? —Es una voz femenina, extremadamente grave.

—Buenas tardes. Desearía hablar con uno de sus detectives.

—¿Cuál es el motivo de su llamada?

—Tengo una información que podría serle útil.

—¿Es urgente?

—No.

—¿Cuál es su nombre, por favor?

—Martín Cacho.

—¿Desde dónde nos llama?

—Estoy en la calle, en una cabina.

—¿Con qué detective desea hablar, Mr. Cacho?

—Harry Werber.

Puedo oír como apunta.

—¿Werber no le dio su número personal?

—No.

—¿Sabe a qué comisaría pertenece?

—No.

—Un momento, por favor.

Mis amigos tienen las caras amorradas al cristal, como si quisieran fundirse con él. Rob sube el pulgar hacia arriba. Es su manera de preguntarme si todo va bien. Le hago señas para que tenga paciencia.

—¿Oiga? Sigue usted ahí.

—Sí.

—¿Le dijo Werber que le llamara a este número?

—Me dijo que era detective inspector.

—¿De la policía metropolitana?

—Eso decía su placa.

La voz parece dudar unos segundos.

—Mr. Cacho, le informo de que esta llamada está siendo gravada.

Dicho así, suena fatal.

—De acuerdo, solo quiero hablar con Harry Werber.

—¿Qué tipo de información posee?

—Preferiría dársela a él en persona... —La voz hace una pausa. Esto

empieza a no gustarme nada—. Da igual, ya llamaré en otro momento.

—Mr. Cacho, no tenemos a ningún detective en el sistema que responda al nombre Harry Werber.

Esta vez soy yo el que hace la pausa. La voz continúa:

—Debería venir ahora mismo a nuestras dependencias. La suplantación de la identidad está...

Cuelgo el teléfono. Me apoyo en la pared de la cabina y resbalo hacia el suelo. Mis amigos golpean la puerta para que se la abra. No me muevo. Casi ni respiro. Tengo un único pensamiento en la cabeza.

¿Quién culebras es Harry Werber?

Pero ¿qué hiciste, Costello?

He pasado la noche como un miserable. Dando vueltas en la cama, pensando que soy un pardillo. ¿Cómo me puede tomar el pelo la vida de esta manera? Y, con este lirio en la mano, ¿cómo diablos voy a bañar nunca la nutria en la charca de las delicias? ¿A abrirme camino? ¿A hacerme respetar?

Llego temprano al *college* y subo por las escaleras hasta el aula de Psicología. Todo me sale mal: está cerrada; aunque me aguarda una pequeña sorpresa: sentada en el suelo, Daniela escucha música de su *walkman*. Qué bulma. Cuando me ve, lo para; me mira de arriba abajo y dice:

—¿Qué has hecho esta noche, Cacho? ¿Matar a un perro?

—¿Tan mala cara tengo?

—Podría mejorarse. —Suelto un gruñido—. Siéntate —dice mientras acaricia con la mano el suelo.

—Gracias.

Me ofrece uno de los auriculares.

—Seguro que esto te arregla el día.

Meto el auricular en la oreja. Suena una voz masculina, muy profunda.

—¿Qué es?

—Leonard Cohen.

—Ni papa.

—Mi cantante preferido.

Escucho. La letra mola mogollón. «Primero tomaremos Manhattan, luego tomaremos Berlín». Y luego, Londres.

Nos quedamos acurrucados escuchando, hasta que oímos pasos por las escaleras. Cuando aparecen los otros pringaos nos levantamos a toda prisa. No vaya a ser que piensen lo que no es.

Al poco llega Miller y abre el aula. Mientras nos sentamos, prepara sus papeles encima de la mesa. No sé cómo se lo hace para estar siempre tan radiante. Debe dormir bien, o su chati debe ser una máquina en la cama. O las

dos cosas.

Su voz, un poco nasal, resuena por el espacio:

—Hoy hablaremos sobre la psicología biológica, un tema apasionante.

Todos se lo parecen.

—¿Alguien puede explicarme qué es? —pregunta.

Se oye un pedo en la segunda fila.

—¡Ah! ¡Asqueroso! —exclama una bulma con el pelo rizado, mientras señala con la punta del dedo al tío que te dije que se parece a Freud.

—Una explicación un poco tosca, Mary, debo admitirlo —interviene Miller.

La clase suelta una risotada. Freud está más rojo que el culo de un mandril.

—Pero valdrá como ejemplo.

Freud trata de parapetarse detrás de su cuaderno de apuntes, pero es inútil: está condenado.

—Observen el cuadro que presenta en estos momentos Andrew —continúa Miller—. ¿Qué pueden decirme?

—¡Apesta! —suelta Mary.

—Lo siento —murmura Andrew.

—No te preocupes —trata de tranquilizarlo Miller—. ¿Qué más?

—Aumento del flujo sanguíneo —dice Daniela.

—Exacto, cosa que provoca la rojez cutánea que todos podemos observar.

—Manos sudorosas —añado.

—Perfecto. —Miller da un golpe seco con los nudillos en la mesa de Andrew—. ¿Cómo te encuentras?

Freud baja la cabeza.

—Como la caca, si es que se me permite hablar así.

—Ciertamente.

—¿Y por qué te sientes tan mal?

—Porque se ha tirado un pedo —chilla Mary.

—Esa sería la primera causa, ¿qué más?

Nadie dice nada.

—¡Venga, chicos!

—Se encuentra mal, porque se encuentra mal. —Solo después de decirlo me doy cuenta de la perogrullada. Aun así, Miller parece complacido:

—¡Exacto! Se encuentra mal a nivel psicológico, porque se encuentra mal a nivel físico. Según la psicobiología, los procesos de la mente son procesos orgánicos, y la conducta humana, una propiedad biológica.

Miller se apresura hasta la pizarra y empieza a escribir como un poseso. Como siempre, ha empezado untándonos con vaselina, así que más vale que nos preparemos para lo que viene ahora: un batiburrillo acerca de la genética y el sistema neuroendocrino.

Solo me alegro de no haber sido yo el de pedo.

Aguanto la clase como puedo, aunque estoy a punto de dormirme en un par de ocasiones.

Cuando termina, me apresuro para salir de los primeros; pero Miller me detiene.

—Cacho, si no te importa, querría intercambiar unas palabras contigo.

Daniela me apretuja el brazo a modo de despedida, como si fuera un condenado a muerte. Mientras se aleja observo el infinito que lleva tatuado en la nuca.

Miller me despierta del embrujo:

—Cacho, ¿te sucede algo?

—No.

—Escogí el pedo, pero podría haberme decantado por tus ojeras.

Pausa.

—Hoy no he dormido muy bien.

—¿De verdad?

La ironía me escuece.

—Se me han juntado un par de cosas.

—¿Sí?

No me apetece una sesión de psicoanálisis, y menos contarle lo de Werber. Así que le doy algo de carnaza para que me deje en paz:

—Problemas con las mujeres.

Miller se muerde el labio.

—Si quieres, podemos hacer una tutoría y charlar tranquilamente. Me acaba de llegar un té de la india que promete ser algo grandioso.

—De momento, creo que solo necesito un poco de descanso —digo, dando un paso atrás.

—De acuerdo, pero mi oferta sigue en pie, en cualquier momento en que la necesites.

—Vale.

—Suele ser mejor atajar los problemas cuando son pequeños que cuando se han transformado en paquidermos.

—Gracias —digo mientras me escurro por la puerta.

—Déjala abierta —oigo que me dice desde el otro lado—, aquí todavía huele a pedo. Qué asco.

Bajo las escaleras con una sonrisa. El bueno de Miller tiene razón, no debo dejar que todo el asunto de las muertes se haga una bola. La mierda es que ahora toca Química, en fin, al menos podré estar con mis amigos.

En la puerta del aula me espera una mujer vestida con traje chaqueta. Creo haberla visto en secretaria.

—¿Cacho?

—Sí.

—Te han llamado.

—¿Cómo?

—Por teléfono.

Enseguida pienso lo peor.

—¿De Barcelona?

—No, es un número de Londres.

Respiro aliviado.

—¿Quién era?

—Un tal Harry Werber. Ha dejado su número. Ha dicho que era urgente.

La mujer me entrega un papel donde consta un teléfono escrito con boli.

—Si quieres puedes llamar desde la secretaria.

—Llamaré después de clase.

—Como quieras.

El traje chaqueta resopla y se va. Por detrás de mi hombro sale el careto de Rob.

—Supongo que no vas a esperar a que acabe la clase, ¿no?

—Sería lo mejor.

—Pues yo no puedo esperar.

Issie se añade a la fiesta:

—Si llegamos tarde, nos ganaremos la bronca de Ramírez.

—No si nos apresuramos, todavía faltan cinco minutos para que empiece.

Rob mira a Issie con desesperación.

—Está bien —resopla—. Que decida Cacho.

Me miran.

—Voy a ir ahora. Pero voy a ir solo.

—¿Cómo?

—Necesito aclarar las cosas con ese hijo de puta con un poco de tranquilidad.

—Pero...

—Es comprensible. —Issie pone una mano en el hombro de Rob—. De todos modos, tampoco podríamos hacer nada.

—Está bien.

Rob parece decepcionado.

—Luego os lo cuento.

Issie empieza a arrastrarlo al interior del aula.

—Intenta no alargarte mucho, Ramírez seguro que está encantado de humillarte de nuevo.

Asiento a modo de despedida y salgo por la puerta principal del *college* a toda prisa, no quiero toparme con ningún profesor ni tener que dar explicaciones a nadie. Por suerte la secretaria está desierta.

Entro en la cabina de teléfono que hay al otro lado del parque y me encomiendo a las prostitutas de los anuncios. Las manos me tiemblan. Dejo el papel con el número a la vista y meto un par de monedas. Marco el número y espero.

Al poco me responde una rasposa voz:

—Hola.

Es él.

—Eres un hijo de puta.

Risotada.

—Así que llamaste a la policía.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo se saben las cosas? Porque alguien te las dice, cojones. Habló un pajarito.

—Nos has engañado.

—En eso no puedo decir que no tengas razón.

—¿Quién mierdas eres?

—Y, ya que llamaste a la policía para contactar conmigo, debo deducir que tienes algún tipo de información que podría ser de mi interés. ¿Me equivoco?

—¿Quién eres?

—¿Has descubierto algo acerca de la pija?

—Quizás vuelva a llamar a la policía, pero esta vez para denunciarte. Parecían muy interesados en saber...

—Para el carro, renacuajo. No sabes con quién estás hablando.

—Eso es, precisamente, lo que me gustaría saber: ¿con quién culebras estoy hablando!

Silencio.

—Soy detective privado.

—¿Detective privado?

—Sí.

—¿Cómo Sherlock Holmes?

—Lo único en común que tenemos Holmes y yo es la cocaína.

Risotada.

—¿A cuenta de quién investigas?

—De la familia Lynch ¿O ya no te acuerdas del tío que murió este verano?

—Adam Lynch, claro que me acuerdo.

—Sus padres tampoco olvidan.

—Podrías haberme dicho la verdad desde el principio.

—¿Me habrías ayudado?

—Vete a la mierda.

—Como quieras, pero, según me consta, Costello era amiguito de Gina. Eso la vuelve a meter en la picota. Ya son demasiadas casualidades. Quizás sea yo quien vaya a la policía. Esta misma tarde.

—Solo se conocían, nada más.

—Ya, ya.

Miro a través de los cristales de la cabina de teléfonos. Fuera, unos japoneses se hacen una foto. Van tan abrigados que es imposible saber su edad o sexo. Parecen divertirse.

—No vayas a la policía.

—Esto ya me gusta más.

—He descubierto una cosa que te va a interesar.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Soy todo oídos.

—Por aquí, no. Cara a cara.

Werber resopla.

—De acuerdo, cojones. Mañana, en mi despacho. En el 14 de Clarendon Road.

—¿A qué hora?

—¿A qué hora terminas las clases, canijo?

—A las cinco y media.

—A las seis en mi despacho.

Werber cuelga el teléfono. Qué rabia que lo haya hecho antes que yo.

Colega, la cabeza me va a mil, pero ahora no puedo permitírmelo. Cruzo el parque y la calle y entro a toda prisa en el *college*.

Me plantifico delante de la puerta del aula de Química y rezo un padre nuestro. Llamo suavemente con los nudillos. ¡Toc, toc!

Espero un rato, pero no hay respuesta. Así que abro la puerta lentamente y meto la cabeza por la rendija.

—¡Boooooo!

Caigo de culo al suelo. ¿Qué culebras ha pasado? La puerta ha quedado abierta de par en par y toda la clase se ríe de mí. A un lado Ramírez se parte como el que más.

Gilipuertas.

—Adelante, Cacho, no se asuste.

Me levanto, tratando de recuperar mi dignidad, y entro en la clase.

—Ya que se permite llegar a la hora que le place, he pensado que aceptaría una pequeña broma. —A Ramírez se le sigue escapando la risa—. Siéntese, siéntese. Siempre es un placer contar con su presencia.

Ramírez reanuda la clase, pero me es imposible conectar con lo que dice. Solo trato de aguantar como puedo. Estoy tan cansado que lo normal sería que me durmiese, pero la furia que siento por dentro me sostiene.

De pronto me levanto, como si hasta el momento mis piernas hubiesen sido un muelle comprimido. Estoy a punto de pegar un alarido de rabia, pero Rob me tira del brazo y me hace sentar de golpe. Por suerte, Ramírez estaba de espaldas, escribiendo en la pizarra, y no se ha enterado de nada.

—¿Se puede saber qué mierdas haces? —Rob tiene la cara desencajada.

—Estoy harto.

—Harás que te expulsen.

—Me da igual, quiero volver a Barcelona.

—¿Has hablado con Werber?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Es un detective privado.

—No jodas.

—Trabaja para la familia de Adam Lynch, el tío que murió intoxicado en los campamentos de verano.

Rob resopla.

—Qué cabronazo.

—Ni que lo digas.

—O sea que sigue detrás de Gina.

—Eso creo. Quiere que nos veamos mañana, en su despacho. Pero no pienso ir. Estoy hasta el nabo de todo.

—Cacho, tienes que ir. Por Gina.

—No tiene nada contra ella, estoy seguro.

Ramírez, de pronto, se gira.

—¿Cómo va la tertulia?

Nos callamos en el acto.

—Ah, ¿se cortan? No paren, no paren. Seguro que están debatiendo un tema apasionante. O, ¿quizás necesitan un poco de silencio? Sí, debe ser eso. Les diré lo que haremos. Saldrán inmediatamente por la puerta y se irán a sus casitas. ¿Queda claro?

Nos levantamos sin hacer ruido, mientras Ramírez apunta la expulsión en su cuaderno.

Al salir de clase, me doy el gusto de dar un portazo.

—¿Lo ves? No vale la pena. Preferiría estar en Barcelona, con mis

amigos. Al menos allí, si estás jodido, puedes subir al Guinardó y petarlo todo con los antiaéreos.

—Ya te lo dije Cacho, ahora es el peor momento para hundirse.

—Ya.

Nos enfundamos en nuestros abrigos y salimos.

Maldito frío.

Un momento. Colega, a veces, en medio de la mierda, nace una flor: al otro lado de la calle, apoyada en nuestro árbol favorito, Judy me hace señas.

Me giro hacia Rob.

—Y esa, ¿no estaba en clase?

Se encoge de hombros.

—Pues va a ser que no.

—No me he dado ni cuenta —murmuro—. ¿Qué querrá?

—Si no vas, no lo sabrás nunca.

—No es mi mejor día.

—Las oportunidades no preguntan.

Nos quedamos parados, en silencio, como dos tontos.

—Me las piro —dice Rob—. Estoy cansado.

Me da unas palmaditas en la espalda y se aleja. Vuelvo a mirar a Judy. Me sonrío. ¿Qué querrá?

Cruzo la calle.

Cuando llego delante de ella, me repasa de arriba abajo.

—Pensaba que no te decidirías nunca —dice.

—Es un día complicado.

—¿Hacemos un Machen?

—Vale.

Nos sentamos en nuestra mesa habitual, a la izquierda, cerca del gran ventanal. Las humeantes *mugs* no tardan en llegar. Debe ser el mejor café de la ciudad.

—¿Todo bien, queridos? —Ms. Machen sonrío, complacida.

—Todo perfecto —digo mientras pego un bocado de una galleta de chocolate con trozos de chocolate. Casi se me cae la baba. Sin el casi.

—¿Cómo han ido las vacaciones? —me pregunta Judy.

—Ha sido un poco extraño. Por un lado, me ha gustado ver de nuevo a mis amigos y a mi familia. Por otro lado, tenía ganas de volver.

—¿Y eso?

—Para veros. —Hago una pausa—. Siento que he empezado algo aquí y que, hasta que no lo termine, estaré ligado a este sitio.

Judy pega un sorbito de la *mug* con esos labios tan monos.

—Yo también tenía ganas de verte.

No sé muy bien cómo interpretar esa frase. Judy prosigue:

—Creo que fui un poco borde contigo.

—No te preocupes, no eres la primera.

—No, en serio. A veces, no sé qué me pasa. En realidad, me gustas.

Me pongo como el centro de la bandera de Japón.

—Cuesta admitirlo —dice, con una migaja de timidez—. Pero...

¿Debería levantarme? ¿Morrearla hasta que nos ahogásemos? ¿Gritar?
¿Dar gracias al cielo?

Colega, no hago nada.

—Ahora tengo que irme, he quedado —dice mordiéndose el labio inferior—. Pero, si no es demasiado tarde para ti, podríamos quedar este sábado, ¿qué te parece?

No digo nada.

—¿Cacho?

—Cojonudo.

—Dan *Rebelde sin causa* en un cine cerca de casa, ¿la has visto?

—No.

—Es mi película preferida.

—¡Hecho!

Terminamos el café y nos levantamos.

—Adiós, chicos.

—Adiós, Janet.

Abro la vieja puerta de color verde y dejo pasar a Judy. Es como se hace aquí.

—¿Dónde vas?

—Hackney.

—Yo a la residencia. Te acompaño un trozo.

Andamos hasta el metro.

—Qué pena que tengas que irte.

—He quedado con Gina. Está un poco depre, la verdad.

—¿Entonces nos vemos el sábado? —trato de sonar lo más entusiasta posible.

—A las cinco en Hackney Downs.

—¿Hackney Downs?

—La parada de metro.

—Ah, vale. ¿Qué le pasa a Gina?

—Costello.

—¿Eran muy amigos?

—¿No te enteraste?

—¿De qué?

Judy resopla.

—Gina se hizo a Costello la noche de la fiesta de fin de trimestre.

Me quedo helado.

—Entonces...

—Sí, es terrible: todos los tíos con los que se acuesta Gina acaban muertos.

Una multitud de gente sale con prisas. Debe haber llegado un metro. Nos quedamos quietos, en silencio.

—Dale ánimos de mi parte. Dile que todo saldrá bien.

Metó las manos en los bolsillos.

—De acuerdo.

Judy desaparece de mi vista.

Quizás podría haber intentado un beso, pero no me ha salido.

Private investigations

Clarendon Road no tiene ningún encanto en particular, de hecho, no parece una calle donde un detective privado pondría su despacho; son todo casitas con dos plantas y jardín: demasiado bonito.

Colega, ¿por qué la gente no cuida los detalles escenográficos?

Da igual.

Ando despacio, estoy nervioso, quizás demasiado nervioso. Es raro, porque en realidad no tengo motivos para estarlo.

Cuando llego delante del número 14, me detengo. La casa en cuestión es de color blanco, bueno, digamos blanco por no decir sucio. Qué raro me parece todo.

Abro la portezuela del jardín y camino por encima de la yerba seca. Tengo la sensación de estar en una película de zombis. Como no hay timbre, le doy con los nudillos a la puerta principal.

Espero, pero no sucede nada. Quizás todo esto sea una broma del jodido de Werber.

Cuando estoy por irme, se abre la puerta, y no te vas a creer lo que aparece delante de mí. Es una bulma de unos cuarenta, con el maquillaje corrido, ojos color tabaco y pelo grasiento, despeinado. Va medio en pelotas: bata transparente y ropa interior negra, pasada de moda. Como para no defraudar el estereotipo, fuma un fino cigarrillo.

—¿Tienes una cita? —me pregunta.

—Sí. O sea, no.

La bulma me tira una bocanada de humo en toda la cara.

—Niño, no tengo tiempo para tonterías.

—¿Esto es el 14 de Clarendon Road?

—Sí.

—Entonces no me equivoco. ¿O sí?

—¿Has venido para follar?

—No.

—Entonces, sí, te equivocas.

Cuando estoy por preguntarle cuánto cobra, se abre un ventanuco en la parte superior de la casa. Los dos levantamos la cabeza hacia arriba. Por la pequeña abertura aparece el careto soñoliento de Werber.

—¿Kétchup?

—Sí.

—Llegas pronto.

—Son las seis. ¿Te levantas ahora?

—¿Las seis?

—Entonces, ¿te quedas? —interrumpe la bulma.

—Sí, Mary Jane —responde Werber desde las alturas—. Gracias por abrirle la puerta.

Mary Jane me guiña el ojo.

—Adelante.

Sigo su bulboso culo hacia el interior de la casa. Todas las persianas están bajadas. Solo se cuele un rayito de luz desde la puerta. Apesta a ginebra y a vino barato, de ese que va tan bien para hacer el calimocho. Avanzamos. En medio de la penumbra solo logro distinguir una inmensa cama redonda, desecha. Y, a un lado, lo que parecen restos de cocaína y marihuana.

Mary Jane me señala con el dedo unas empinadas escaleras que conducen al piso de arriba.

—Si quieres, luego, te hago hueco. Para los guapitos jóvenes, hay descuento.

Me guiña el ojo.

—Voy servido, gracias.

—Puedo oler un virgen a la legua.

—No estoy tan desesperado, Dios.

—¿Estás seguro? —Mary Jane apaga el cigarrillo en un cenicero rojo con forma de corazón y me sonrío—. No me despiertes al salir.

—Descuida.

Las escaleras crujen como mis pensamientos. Cuando llego al segundo piso, Werber me recibe con la cara embadurnada de espuma de afeitarse.

—¿Te importa preparar té? —dice indicando una cocinita que está en el mismo comedor.

Me acerco a los cacharros y empiezo con el tema.

—Gracias.

Werber desaparece por una puerta que, supongo, da al baño. Echo una ojeada al espacio: moqueta vieja y descolorida, sofá de ante (diluviano), mesa de madera estilo colonial y algunos libros esparcidos por ahí. Aparte de la del lavabo, hay otras dos puertas. Una está cerrada; la otra, entreabierta. La rendija deja ver una desecha cama de matrimonio con las sábanas más amarillas que un limón.

Al poco, la tetera ya es una máquina de vapor. Vierto su contenido en dos *mugs* y me siento a la mesa colonial a esperar a que Werber aparezca de nuevo.

No tarda mucho.

—¡Esto sí que huele bien! —dice mientras aparca delante de mí.

Pego un trago. Tiene razón, sabe de coña.

—¿*Crumpets*? —añade, enseñado su sonrisa Profidén.

—¿Qué es eso?

—Comida.

—Vale.

Werber se levanta, abre un armario y pilla una especie de panecillos envueltos en plástico. Los saca del envoltorio, los calienta, los unta en mantequilla y los remata con mermelada. Luego los pone en un plato, se acerca, y lo deja encima de la mesa.

—No hay nada mejor que un buen desayuno —dice emocionado.

—Son las seis de la tarde.

—Ha sido una noche muy larga.

—¿Fiesta?

—Sí, pero no del tipo a la que estás acostumbrado. Un tema un poco complicado. La gente infiel cada vez toma más precauciones.

—¿Aceptas casos de infidelidad?

—Solo si la tía está buena. Es broma. Cuando voy corto, acepto lo que sea.

Werber devora uno de esos *crumpets* en dos bocados. Me acerca el plato y me mira. Cojo uno y le pego un mordisco. La textura es peculiar, como de gofre raro; pero no está mal.

—¿Esto es tu despacho? —pregunto con la boca llena.

—¿Tú qué crees?

—Que no.

—Bravo.

—Entonces, ¿por qué me has hecho venir a tu casa? ¿En serio compartes piso con una puta?

—Mary Jane es como mi hermana. Aunque estuviera forrado, creo que seguiría viviendo con ella. Me desvirgó cuando tenía trece años. Quizás no tendría que haber dicho eso. Cojones. Despierta, Harry.

Maldito Werber. Cada vez me tiene más desorientado.

—Entonces, ¿eres un detective sin despacho?

—Tenía una casa decente y un despacho, pero el casero me echó, ¿te lo puedes creer?

—¿Y eso?

—Olvidé pagar alguna semana del alquiler. Minucias.

—Y ahora vives con tu *desvirgadora*.

—Cojones.

—O sea, que vas de duro, pero en el fondo eres un sentimental.

—Cómo te pases de listo, te pego un guantazo.

Bebo para no hablar.

—En fin, al grano. —Werber golpea la mesa—. ¿Qué tenías que contarme?

No tengo escapatoria, así que procedo.

—Ramírez.

—¿Ramírez?

—El profesor de Química.

—¿Puedes articular una maldita frase?

—Mis amigos y yo pensamos que puede ser el asesino de Lynch, Bacon y Costello.

Werber sonrío de oreja a oreja.

—Entonces, admites que murieron asesinados.

—Podría ser —concedo a regañadientes.

—¡Ja! Esto ya empieza a ser algo.

—Hemos estado investigando, y la pauta temporal de sus muertes...

—¿*Pauta temporal*? Déjate de mierdas, Ket.

—Hemos descubierto un veneno que encaja con la forma en que murieron.
Werber engulle un pedazo de *crumpet*.

—Ya —murmura. Y como si nada, añade—: Un veneno que encaja. Manda huevos. Querrás decir ángel destructor.

—¿Lo sabías?

—Claro.

—¿Y no dijiste nada?

—No lo explica todo.

—¡Exacto! ¿Cómo iba Gina a conseguirlo? Y, ¿se supone que luego lo metió en la comida de Bacon y Costello?

—O en la bebida.

—¡Eran sus amigos!

—Para el carro, Ket.

—¡Es que no tiene ningún sentido!

—Si la pija fuera fea, pensarías distinto.

—Ya te dije que no me gusta. Solo somos amigos.

—Ya, ya.

Resoplo y lo suelto con rabia:

—Quizás lo que hemos descubierto te haga cambiar de opinión.

Werber se levanta y se acerca a un ventanal que da a la parte trasera de la casa. Su luz ilumina nuestra conversación. Lo abre unos dedos. El frío invernal pronto me refresca el tarro.

—Soy todo oídos.

—Ramírez.

—Tío, estás obsesionado con ese nombre.

—Por casualidad, Judy y yo entramos en su despacho.

—¿Judy?

—Es una amiga, no tiene importancia.

—Te has puesto rojo.

—No tiene importancia.

—¿Otra que te gusta?

—¡Qué no tiene importancia!

—Picha brava.

—Cabrón.

—Ket, prosigue.

—En el despacho de Ramírez, oculto dentro de una vitrina, encontramos polvo de ángel destructor.

Por una vez he conseguido sorprender a Werber.

—¿Polvo de ángel...?

—Sí.

—¿Seguro que lo era?

—Segurísimo. Cuando Ramírez entró y vio que tenía el frasco en las manos, casi se muere. Estaba tan asustado que no se atrevió ni a mandarnos al despacho del director.

—¿A pesar de haberos pillado husmeando en su mierda?

—Tendría que haber dado explicaciones de por qué tenía el veneno ahí.

Werber cierra la ventana y se vuelve a sentar a la mesa.

—¿El profesor de Química que mata a sus alumnos? ¿Es eso? Demasiado peliculero. Y, además, Lynch y Ramírez no coincidieron nunca. —Werber hace una pausa—. ¿Quieres saber lo que pienso? Creo que Gina se pasó por la piedra a Lynch y que ahora está muerto, que se trincó a Bacon y *kaput*, que se cepilló a Costello y que también la ha diñado. Todos con la misma puta, jodida, *pauta temporal* de muerte.

—Esa era mi expresión.

—Me la quedo.

—Entonces, ¿Lynch también tuvo los mismos síntomas?

—Sí. El informe forense hablaba específicamente de ángel destructor

—¿En serio? ¿Y nadie sospechó nada?

—¿Por qué? Cada año muere un montón de gente por papeo de setas venenosas.

Nos miramos a los ojos como en una peli de Sergio Leone.

—Pero bien vale pensarlo unos segundos, ¿no? —titubeo—. ¡Encontramos polvo de ángel destructor en el despacho de Ramírez!

Werber recoge las *mugs* y los platos, y se pone a lavarlos en el fregadero.

—¿Por qué tienes tanta fe en Gina? —me pregunta.

—Es mi amiga.

Werber resopla.

—Está bien, de momento no iré a la policía con mi cuento.

Me levanto, emocionado.

—Gracias.

—Pero no te prometo nada, solo un par de días. Lo justo para husmear un poco en la vida de ese tal Ramírez. Cojones.

Colega, no le doy un abrazo de milagro.

Bajo las escaleras tan rápido y con tanto sigilo como puedo. Antes de salir a la calle veo de reojo a Mary Jane. Está dormida, con las tetas al aire. El pecho le sube y baja. La respiración es suave. Un hilo de saliva le cuelga de la comisura del labio, como si fuera un bebé. Es como un ángel en el infierno.

Salgo.

El frío de la calle es muy bienvenido. Respiro profundamente mientras encamino mis pasos hacia el metro. A mitad de la calle, me detengo de golpe: encima del capó de un Volkswagen Golf GTI 16 válvulas, Gina se contonea.

—Toreador.

—¿Qué haces aquí?

—Sorpresa.

—¿Cómo sabías que...?

—No entiendes nada, ¿verdad?

Me encojo de hombros.

—Se lo dijiste a Rob. Rob se lo dijo a Issie. Issie a Judy. Y Judy a mí.

¿Capito?

—Eso es italiano.

—Lo que quieras.

—Pues vaya mierda.

—¿No te alegras de verme?

—No es eso.

Gina pega un salto y aterriza en el suelo. El capó del Golf, liberado del peso, rechina.

—¿Vamos?

—¿Dónde?

—A pasarlo bien.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Por qué?

—Te lo debo. Al fin y al cabo, eres mi salvador.

No me deja decir nada más. Me coge de la mano y arranca a correr. Definitivamente, esta bulma está loca.

—Es un lugar clandestino —grita—. La Cueva de los Perros.

El viento nos da en la cara.

—¿Todo tiene que ser clandestino?

—Es más divertido.

De milagro, logramos esquivar una vieja.

—Te gustará.

—Bastardos —grita la abuela.

Le hacemos un calvo y salimos por patas.

El metro se convierte en un refugio natural. Nos sentamos codo con codo, riendo, bromeando. El reflejo en el cristal de delante es una foto que inmortaliza el momento. Aunque se borra pronto.

Cuando salimos, ya no hay sol. Estamos en el barrio de Notting Hill. Me subo la cremallera del tabardo y me enrolló la bufanda. Gina continúa como si nada, con una chaqueta la mitad de delgada que la mía y que no se molesta ni en cerrar.

Me lleva por las calles invernales. Las luces de las farolas dan una luz amarillenta. Me pasa el brazo por la cintura.

No digo nada.

La Cueva de los Perros resulta ser una especie de pub atestado de polvorientos libros. Al parecer son para el uso del consumidor. O sea, que puedes pillar uno y leerlo mientras te tomas algo. Me parece buena idea. Y, si luego el libro te mola, siempre lo puedes comprar, claro. Son libros viejos, viejísimos, y baratos.

El local tiene una distribución muy extraña, está dividido en pequeños espacios separados por planchas de madera. No es que cada cubículo quede aislado, ya que se puede circular de uno a otro por una especie de aberturas; pero el efecto global es como de madriguera.

Mientras Gina va al baño, me hago con dos Guinness. Cuando vuelve nos apalancamos.

—Esto es para ti —dice mientras me entrega un viejo volumen.

—¿Por qué?

—Te lo dije, hoy es tu día. —Echo una ojeada al libro: *The Call of Cthulhu and Other Weird Stories* de H.P. Lovecraft—. Es mi escritor preferido —añade entusiasmada.

—Muchas gracias.

—Espero que no te cagues por las noches. *Cheers*.

—*Cheers*.

Brindamos y pegamos un buen trago de la cerveza. Sabe a regaliz. Qué buena.

Antes de hablar, Gina se muerde el labio.

—¿Qué te ha dicho Werber? No te importa que te lo pregunte, ¿no?

Golpeo con la uña el vaso de cristal.

—De momento no va a ir a la policía, pero si la pista de Ramírez no le lleva a ninguna parte...

—¿De verdad crees que Ramírez se cargó a Bacon y a Costello?

Empiezo a liar un cigarrillo.

—¿Y quién, si no?

—Pero eso sería muy jodido. Y más si llega a sospechar que sospechamos de él.

—¿Qué quieres decir?

—No me gustaría acabar reventada de veneno.

Voy a encenderme el cigarrillo, pero Gina me lo coge de entre los dedos.

—Es un riesgo que tendremos que correr. Al menos hasta que la policía se ponga sobre la pista correcta. ¿No tenía yo un cigarrillo en mi mano?

—¿No podríamos ir nosotros a la policía? Ya sabes que no sé liar.

—Prefiero esperar a que Werber haga sus investigaciones. —Saco un nuevo papel y otra brizna de tabaco—. ¿Te imaginas que denunciarnos a Ramírez a la policía y resulta que, al final, es inocente?

—Prefiero no imaginarlo.

De golpe, alguien nos interrumpe.

—¿Os importa si me siento con vosotros?

Es un tío de unos cincuenta, alto y delgado, con cara de aristócrata. Lleva una bolsa de deportes en la mano.

—De acuerdo —dice Gina, haciéndose a un lado.

—Clark, encantado. —Le ofrece la mano.

—Encantada.

Se dan el apretón.

—Un placer conoceros —dice sentándose.

Estupefacto, me mantengo al margen de la conversación.

—Estoy esperando a dos amigas —añade—, pero esto está más lleno que nunca.

—La librería cada vez es más popular.

—Ni que lo digas.

—¿Qué estáis tomando?

—Guinness. —Gina le muestra las pintas medio vacías.

—Os invito a una ronda.

—No es necesario.

—Por las molestias.

El tío se levanta y se va hacia la barra.

—¿Te parece normal? —musito.

—Sí.

—Podría ser nuestro tío.

—El mío, no.

A decir verdad, el mío tampoco.

Colega, hay que saber adaptarse. Y más cuando te invitan, que aquí el nenuco cuesta un ojo de la cara. El tipo no tarda mucho en volver con las cervezas. Para quedar bien, hago el gesto de querer darle dinero, pero me detiene con la mano.

—Ni hablar. Además, hoy estoy de enhorabuena.

—¿Qué celebras? —pregunta Gina.

—Me he hecho con una gran pieza.

Debemos poner cara de no pillar nada, porque el tío se ve obligado a dar más explicaciones.

—Me dedico a las antigüedades. Mirad.

Alcanza la cochambrosa bolsa de deportes y la abre. Está llena de viejos papeles de periódico. De en medio del barullo, saca un cáliz dorado.

—Uau —se me escapa.

—Bonito, ¿verdad?

—Pero ¿es auténtico? —pregunta Gina.

—*Indeed*.

—Mirad —dice mientras lo voltea—. ¿Veis esta marca? Aquí, en la base.

—Asentimos—. Es una reparación del siglo pasado.

Chasqueo.

—Pues si tiene cien años, eso es casi cinco veces más viejo que yo.

—Eso pensaba el pardillo que me lo vendió, pero es mucho más antiguo.

—Gina y yo nos miramos, sin comprender una mierda. Clark aclara—: La moderna reparación indica que el cáliz es más antiguo. ¿Veis la diferencia?

Nos muestra la base del cáliz. Gina asiente. Yo no veo nada.

—¿Cómo de antiguo? —pregunto.

—Del siglo trece.

—Pero, entonces, tiene un valor incalculable, ¿no? —A Gina le brillan los ojos.

—Sí. He hecho un negocio redondo.

Nos miramos de reajo, incapaces de saber si nos está tomado el pelo.

—¿Puedo? —pregunta Gina, extendiendo la mano.

—Claro.

Clark le pasa el cáliz. Gina lo contempla un rato y luego me lo pasa. Lo primero que me sorprende es el peso. Parece auténtico, de oro. Pero ¿quién culebras se atrevería a traer algo así a un antro como el que estamos?

—¿No tienes miedo de que te lo roben?

—Está asegurado.

Clark enciende un Marlboro con un mechero de plata. Como todavía tenemos nuestros cigarrillos de liar intactos, nos ofrece fuego. Al poco, nuestro cubículo parece una chimenea.

—¿No debería estar en una iglesia?

—¿Por qué? ¿Crees en Dios? —espeta el tipo.

—No —respondo de inmediato—. ¿Y tú?

—Pues claro que creo, solo los estúpidos no creen.

—Pues yo tampoco creo. —Es Gina.

—Creéis, aunque no lo sepáis.

—¿Y tú sí que lo *sabes*?

Clark echa una bocanada de humo.

—Sí, porque me apuesto lo que queráis a que os sentís superiores a los ordenadores.

A Gina se le escapa una risa nerviosa.

—¿Qué tiene que ver la informática con la religión? —aúllo.

Clark sonrío.

—Los ordenadores son la prueba de que Dios existe.

Exasperado, aplasto mi cigarro contra el cenicero.

Clark prosigue:

—Un ordenador es capaz de almacenar y procesar información mil veces más rápido que un cerebro humano. ¿Estamos en 1991, que no podrá hacer en, pongamos, diez, veinte años?

—Cosas asombrosas, seguro.

—Y superiores a la capacidad humana, sin duda. Estamos destinados a ver robots más humanos que los humanos. ¿Estáis de acuerdo?

Respondemos al unísono:

—No.

Bis-bis. Tres marcas de leche.

—Nunca se podrá replicar el toque humano —suelta Gina.

—Estoy de acuerdo. Hay algo que no se puede imitar.

Clark ríe. Tiene los dientes ligeramente manchados de nicotina.

—Entonces, acabáis de darme la razón: creéis en Dios.

Pascual. Ato. Puleva.

—La única manera de definir ese «algo que no se puede imitar» es llamándolo alma. Porque cualquier otra noción de inteligencia o habilidad queda o quedará superada por la máquina, es solo cuestión de tiempo. Y entonces, inevitablemente, si creéis en la existencia del alma, creéis en Dios.

—¡Pero yo no creo en Dios! —protesto.

—Tiene razón —me interrumpe Gina—. Piénsalo.

Clark sonrío. Mientras, en la entrada del garito se oyen unas risas gallináceas. Son dos señoras, horrendamente vestidas y maquilladas que acaban de entrar. Buscan con la mirada hasta que encuentran a nuestro misterioso desconocido.

—Mis amigas ya están aquí —dice el tipo—. Ha sido un placer.

Las *esperpentas* se acercan a la mesa. Son feas como solo puede serlo una inglesa fea. Nos saludan con la mano mientras Clark se levanta. Se le ponen una a cada lado y él las agarra de la cintura. Es como un donjuán de lo horrendo.

—Y si Dios existe —dice sonriendo—, también debe existir el diablo, ¿no?

No nos da tiempo a contestar, apaga el cigarrillo y se larga con el cáliz.

Silencio.

—Capullo —suelto.

—Mira —dice Gina—. Se ha dejado el mechero.

Lo cojo.

—¿Qué hacemos? —pregunto.

—Quédatelo.

El triunfo de Pan

Me levanto con una sonrisa. No es porque tenga a mi lado una bulma y acabemos de hacer el amor, ni nada de eso. Sigo más virgen que el papa. Es que es viernes. Y los viernes molan. Me pego una ducha de agua templada, me lavo los dientes, me visto y bajo a desayunar.

Rob me espera con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Buenos días!

—*Indeed.*

Entorna los ojos.

—¿Lo conseguiste? —me pregunta.

Asiento.

—Ese es mi Cacho.

—Werber no irá a la policía. Al menos, de momento.

Apura su café.

—Entonces, ¿tragó con la «teoría Ramírez»?

Me siento a su lado mientras sorbo mi zumo de naranja.

—Lo suficiente como para darle un par de vueltas.

—¡Genial!

—Tendrían que hacerme *sir*.

—Lo menos.

Rob se chupa la punta del dedo y lo utiliza para pescar las migas que dejó su tostada por la bandeja. Parece satisfecho. Luego, se da cuenta de la hora que es.

—Vamos tarde —dice.

—Vas tarde.

—¿Cómo?

—Yo hoy no tengo clase.

—¿Cómo que no tienes clase?

—El bueno de Miller se nos lleva de excursión.

—Qué culo.

—Ni que lo digas.

—¿Dónde?

—A la National Gallery.

Rob, achina los ojos.

—Es un regalo envenenado.

—Supongo, pero, aunque nos haga currar, siempre será mejor que ir a clase.

Rob hace la bandeja a un lado. Luego suelta:

—Entonces, te saltas Mates, también.

—Sí.

—Qué leche.

—Pero, nos vemos luego, ¿eh?

—Claro, hoy es viernes: toca Ford Fiesta. Y lo vamos a petar.

Sonrío.

—¿Qué tienes en mente?

—El sitio ese al que te llevó Gina.

Un escalofrío me hace temblar los cojones.

—¿Las Flores del Mal?

—¿Sabrías llegar?

—Creo que sí —murmuro—. Pero es un sitio muy raro, no sé si quiero volver. Y podría ser que hubieran cambiado la contraseña.

—Nos arriesgaremos. ¿Quieres traer a Judy?

—No.

—Pensaba que seguías picando piedra.

—No. Sí —titubeo—. Es que hemos quedado para mañana.

—¿A solas?

—Sí.

—Qué calladito te lo tenías. —Me sonrojo—. Bien jugado, bien jugado.

—Rob me da un bofetón—. Por cierto, tengo que irme. Algunos todavía tenemos obligaciones. ¿Dónde quedamos?

Pego un bocado a mi cruasán de plástico.

—Mmm... En Saint Paul's Cathedral. A las siete.

—Hecho.

Mientras me termino el desayuno, Rob se aleja más feliz que una perdiz.

La National Gallery está en Trafalgar Square.

Se trata de una enorme plaza con una fuente a cada lado y un largo pirulo en el centro, encima del cual, a tomar viento, el almirante Nelson lo controla todo. Al parecer, murió en la susodicha batalla de Trafalgar.

Ya ves, no solo me intereso por las tetas y los culos.

Después de patear unas palomas asquerosas, me encaro al museo. Es rollo neoclásico, griego y tal. Inmenso. Para que te hagas una idea: solo para entrar, tienes que pasar a través de ocho columnas de piedra más grandes que la polla de Siffredi. Encima se puede leer «The National Gallery» (‘La Galería Nacional’). Para que andarse con mariconadas.

Nos reunimos en las escaleras de acceso. Miller se ha puesto unas Ray-Ban *Top Gun*. Si aparece Kelly McGillis, aplaudo.

Me pego al lado de Daniela, que me saluda con un pellizco en el brazo.

—Qué tarde, ¿no?

He sido el último en llegar, por una vez el tópico se cumple.

—Ya estamos todos —dice Miller—. Para dentro.

Con el aplomo de un equipo de *rugby*, penetramos en el interior del edificio.

Saco la cartera, dispuesto a que los inglesotes me sableen. Todo por la corona.

—¿Qué haces? —me pregunta Daniela.

—¿No hay que comprar la entrada?

—¿No lo sabes? —Daniela se descojona—. En Londres, los museos son gratis.

—No jodas.

Miller se detiene y saca unas hojas de su maletín.

—Bien, chicos. Aquí tenéis el itinerario que os prometí. Como dije en clase, no vamos a analizar los cuadros desde una perspectiva artística, sino psicológica. —Mientras habla reparte los papeles—. Como podéis ver, he marcado diversos arquetipos que los artistas plasmaron de forma perfecta para nuestros intereses. Sed meticulosos y no dejéis de responder ninguna de las

preguntas.

Estaba claro que esto no iba a ser un paseo por el parque.

Miller prosigue:

—Os recomiendo que vayáis en pareja. Como le gustaba decir a Einstein, dos cerebros ven más que uno.

Creo que se lo ha inventado.

La peña empieza a formar parejitas. Me agarro como un loco del bazo de Daniela, no vaya a ser que me toque con Mofeta Freud.

—Empezaremos por el final —dice Daniela—. Así no nos toparemos con nadie.

—*Oki doki.*

Agarro el papel y le doy la vuelta. Recorro las preguntas con el dedo hasta que llego a la última.

—Sala 32.

—Vamos.

Colega, nos perdemos.

Andamos y andamos, pero todas las salas son iguales: rectangulares y llenas de cuadros viejos. Al final, despertamos a un vigilante que ronca apoyado en la pared. Se molesta. Quién sabe, quizás soñaba con que *La Venus del espejo* le estaba dando un beso.

Entre gruñido y resoplido, nos da las indicaciones pertinentes.

Sala 32.

No nos cuesta mucho localizar la tela. Y vaya con el cuadrito. Para que te hagas una idea: una bulma sostiene una bandeja donde otro tío está a punto de meter la cabeza cortada de un barbudo.

Lo flipas.

Daniela lee la hoja que nos dio Miller:

—*Salomé recibe la cabeza de Juan el Bautista.*

¿Salomé? No sabía que, aparte de *vivir cantando*, estuviera por las decapitaciones.

Nos sentamos en el suelo y nos liamos a responder las preguntas. Un rollo sobre la rabia y la venganza. Daniela es muy lista, y yo tengo buena letra; así que hacemos un equipo perfecto.

Cuando terminamos, me levanto de un bote.

—¿Cuál hacemos ahora?

La Morrisson no se lo piensa.

—La antepenúltima.

—Vale.

Se levanta y me coge la hoja.

—A ver si, esta vez, no nos perdemos.

La sigo hasta las profundidades del museo con un cierto cague; como si fuera Pinocho en la barriga de la ballena. Pero, esta vez, Daniela se orienta mejor; así que pronto llegamos hasta el siguiente cuadro. Y luego el otro y el otro.

Así seguimos toda la mañana, de aquí para allá, pasando de sala en sala, como si estuviéramos en un juego de pistas.

Es agotador.

En un momento dado, Daniela se para.

—Necesito mear —dice.

Me llevo las manos a la nutria.

¿Sabes cuándo alguien dice que tiene hambre y te das cuenta de que tú también? Pues eso.

Buscamos frenéticamente hasta que encontramos un baño.

Mierda: ¿por qué el lavabo más cercano siempre es el que está recién fregado?

Andando a saltitos logramos encontrar otro.

Antes de entrar, nos despedimos como dos enamorados, con la promesa de volvernos a encontrar en la puerta. De buena gana entraría al de chicas con ella. Qué recuerdos.

Meo en un santiamén. Me lavo las manos y la cara, y salgo.

No veo a Daniela por ningún lado, así que me apoyo en la pared. Qué remedio.

Estoy en la sala 19.

Mi vista vagabundea por el espacio hasta que se fija en un cuadro inmenso.

Me acerco.

Me llama la atención una bulma. Está pintada casi desnuda, a lomos de una cabra, y enseña un muslo más delicado que la aguja de un tocadiscos. La sostiene un tipo en bolas. Detrás de ella, otro tío toca una larga trompeta de

metal y, a su lado, otro, le ofrece una panera con flores y hojas verdes.

A la derecha de esta peña, un bujarrón sostiene, bocabajo, un Bambi encima de su hombro. No parece tener muy buenas intenciones.

Una mano me toca la espalda.

—¿Te gusta?

Me giro. Miller.

—Es raro.

—¿Por qué?

—¿Qué demonios hacen?

—Míralo otra vez.

Observo el centro del cuadro. Una bulma con las mejillas sonrosadas lucha por sostener una jarra. En sus esfuerzos, le ha resbalado la túnica y se ve el contorno de su rotundo culo.

—Ese tipo le quiere quitar la jarra —digo señalando con el dedo una especie de mutante—. ¿Qué es eso?

—Un sátiro: medio hombre, medio cabra —responde Miller.

Se me empieza a acelerar el corazón. La bulma no parece a disgusto con el sátiro. Es una de esas luchas infantiles que se convierten en una excusa para tocar al otro.

Miro a la derecha del cuadro: dos bulmas más, enseñando las tetas. Parecen tan dulces como las nubes de azúcar que venden en los caballitos. Debajo de ellas, dos niños les ofrecen guirnaldas, y aun debajo de estos, un tío sostiene a otro sátiro que parece haberse derrumbado de la taja que lleva.

Es todo muy raro.

—¿Cómo se llama el cuadro? —pregunto.

—*El triunfo de Pan*.

—¿Pan? ¿Quién diablos es Pan?

—Un dios. ¿No lo ves?

Miller señala con el dedo. El tal Pan está en el centro de la imagen, pero en un segundo plano, como dirigiendo la escena. Lleva cuernos y la cara embadurnada de rojo. No parece un angelito, la verdad.

—¿Por qué no tiene brazos? —pregunto.

—No seas tonto, Cacho. Es una estatua.

Resoplo.

—¿Y qué se supone que está haciendo toda esta gente?

—Una bacanal.

—¿Una bacanal?

—Una orgía, una fiesta, un pin-pan-pun en honor a Pan. Su espíritu está presente, su estilo. Es el invitado de honor, el inspirador y maestro de ceremonias. De ahí la estatua.

Hago un paso atrás.

Tiene razón, es una fiesta. Aparte de la trompeta, hay panderetas y flautas, y el nenuco y las danzas fluyen como una serpentina. Pero lo más raro de todo es esa mezcla entre lo humano y lo animal; o, más que una mezcla, un meneo, una confusión; lo animal por debajo, sosteniendo y alimentando la lujuria humana.

Se me dispara el cerebro.

Miller me da un codazo.

—Fíjate en la parte delantera, abajo, en el suelo. ¿Ves esas máscaras?

Tiene razón, hay tres máscaras esparcidas por encima de la hierba.

—¿Qué pasa cuando cesa la comedia de las convenciones, la comedia humana?

—¿Qué caen las máscaras? —aventuro.

—Que salen las bestias.

Silencio. Más que pasar un ángel, si ha pasado algo, habrá sido un sátiro.

—Este no está en la lista, ¿no?

Nos giramos. Es Daniela.

—Morrison —responde Miller—. Cierto.

—Sí que has tardado, ¿no?

—Había cola, ya sabes, lavabos de tías. Un rollo.

Miller se despide con un gesto.

—Os dejo. No olvidéis traer las respuestas el próximo día de clase.

—Claro.

—Bye.

Observamos cómo se aleja.

—Qué tipo.

—Ni que lo digas.

—¿Seguimos?

—Vale.

Nos lo curramos hasta que se hace la hora de comer.

Luego nos despedimos con un apretujón y me largo para la residencia: acaba de empezar oficialmente el fin de semana.

Como costillas de cerdo, puré de patatas y ensalada.

Luego me pego una siesta de campeonato. No sé cómo culebras he sobrevivido sin siesta durante tanto tiempo.

Después salgo a la calle y pillo el metro en Holborn. Son dos paradas de nada que aprovecho para meditar acerca de lo divertido que sería ser mosca.

Ya en Saint Paul's, las escaleras mecánicas me llevan hasta la calle. Son inhumanas, larguísimas, como serpientes mecánicas.

Cuando salgo está oscureciendo y una fina lluvia hace visible el espíritu de la ciudad.

A través de las brumas, veo a Issie y Rob apoyados en una verja, morreándose.

Colega, me quedo congelado. Ya sé que lo hicieron en la fiesta de la Rowlands, pero no los había visto nunca en plan cariñoso.

Me acerco sigilosamente hasta que estoy a un palmo de sus cabezas.

Carraspeo.

Rob dirige un ojo hacia mí.

—Cuidado —dice, señalando el suelo con la mirada.

En efecto, estoy a punto de tirar una de esas *birrotas* de medio litro que tanto molan. La cojo y pego un trago. Issie me dedica una tímida sonrisa.

—Hi.

—Hi.

—Hi, *lovely lovebirds* —digo, bobalicón.

¡Ah!

¡Issie me ha metido un rodillazo en los huevos! Está claro que lo de *tortolitos* no le ha gustado nada.

—Confiamos en tu discreción, Cacho —suelta el angelito.

—Vale, vale. No hacía falta darme.

—Eso ha sido flojo, créeme —dice Rob, y suelta un suspiro que contiene un resumen del dolor de todos los codazos en los riñones que le ha propinado

la inglesita.

—Supongo que es culpa mía por haber llegado tarde.

—Realmente, no —dice Issie—. No nos daba tiempo a pasar por casa, así que hemos llegado un poco antes.

—Estábamos muy a gusto —añade Rob mientras agarra la lata de cerveza y se la termina de un trago. —¿Vamos?

Nos ponemos en marcha. Como no tengo claro del todo dónde queda el antro, me dejo llevar un poco por la intuición.

Al cabo de un rato, Rob protesta.

—Por aquí ya hemos pasado.

—¿Seguro?

—Cacho, la orientación no es tu fuerte, ¿no?

Me ha descubierto, pero no me voy a rendir así como así.

Giro a la derecha y afinó los sentidos: nada que me llame la atención. Mierda.

Ahora, a la izquierda. Pestañeo. Eso sí me suena, pero ¿de qué?

Ya lo tengo, allí es donde Gina se resguardaba de la lluvia la noche que la encontré. Sí. Y por allí nos pusimos a correr como locos.

—Seguidme —digo.

Gambo como la otra noche. Es un flash que me inunda de adrenalina. Y, justo a la vuelta de la esquina, estoy a punto de volver a resbalar. Me detengo. Miro al suelo. Aquí fue donde Gina me pegó el morreo. Busco con la mirada las escaleritas de la otra vez. Bingo. Siguen en el mismo sitio.

—Vamos.

Descendemos los peldaños y nos plantamos delante de la maciza puerta de color negro.

—Las Flores del Mal —lee Issie.

—Es dónde queríais ir, ¿no?

—Sí —responde Rob.

—Espero que valga la pena —matiza Issie.

—Pues yo que no hayan cambiado la contraseña.

—¿Qué contraseña?

Miro a Rob.

—¿No se lo has dicho? —Luego de nuevo a Issie—. Es un local

clandestino.

—Oh, genial. Seguro que cumple toda la normativa de sanidad.

—Seguro que no —dice Rob—. Pero nos van a servir nenuco, ¿verdad, Cacho?

—Todavía no hemos entrado.

—Pues vamos.

Rob aporrea la puerta. Al poco, como la otra vez, se abre un par de centímetros y aparece la tocha puntiaguda.

Silencio.

—*Otros usarán la ternura / para ganar tu vida y tu dulzura.*

Issie y Rob me miran, y la tocha también.

Lo suelto de carrerilla:

—*Pero yo, yo quiero reinar por el terror.*

Pausa.

Ábrete Sésamo, pienso. Y la puerta se abre.

Bien.

Mis amigos sonrían mientras penetramos en el interior. El tipo nos conduce por el pasillo de la otra vez, hasta que llegamos a la segunda puerta. Antes de abrirla, se detiene y saca el mismo tampón de aquel día. Con la mirada nos indica que vayamos preparando las manos. Nos ponemos en fila mientras nos estampa el sello en el dorso.

Siento una punzada en la piel; qué bruto, el tío.

—Ahora ya podéis entrar —dice, y le da con los nudillos a la puerta.

¡Toc, toc!

—Gracias —musita Issie mientras se acaricia la mano.

Al poco, la puerta se abre. Esta vez, del interior sale una música mucho más penetrante, como de grupo psicodélico.

Entramos. En efecto, encima del escenario, unos tipos con la piel más pálida que una lionesa de nata y gafas de sol tocan sus instrumentos eléctricos. Su música parece celebrar nuestra llegada.

—¿Por qué está tan oscuro? —protesta Rob.

—Ni idea.

Nos apalancamos en un rincón, en una mesa para cuatro. Encima, una vela agoniza. Su luz le da un toque semanasantesco al asunto.

—*Nice* —murmura Rob.

Al poco, la camarera ciega de la otra vez entra por una puerta que da a la cocina. Mismos *shorts*, mismo escote generoso. No tarda en pegarse una buena hostia y aterrizar en el suelo. El culo le queda en pompa y, mientras se retuerce, la minifalda se le escurre hacia arriba dejando a la vista media nalga. Parece una viñeta de *El jueves*.

—*No way* —exclama Rob.

—Es una broma, ¿no? —Issie.

—¿Qué queréis decir?

—¿Es ciega?

—Si no lo es, es mejor que Buster Keaton —admito.

—¿Buster Keaton? —Rob desencaja la mandíbula.

—Sí, ya sabes, el actor.

—Ya sé quién es Buster Keaton, joder, solo me sorprende que lo conozcas.

—Oye, que en España tenemos videoclubs, ¿eh? Salimos de la edad media.

—¿Seguro?

Le doy un manotazo en todo el tarro.

—He visto todas sus pelis.

—¿No sabéis dónde os habéis metido, verdad capullos?

Es la camarera. Con todo, ha conseguido llegar hasta nosotros.

—¿Perdona? —Issie parece sorprendida por el trato.

—A ti te conozco, ¿verdad? —dice, señalándome con la punta de la nariz.

—Pero si no he abierto la boca.

—Por el olor, colega. ¿Dónde has dejado a tu amiguita?

—En casita, cuidando a los niños.

—Mal, muy mal. Molaba más que tú.

—Estoy de acuerdo.

—¿No nos vas a pedir qué queremos? —Issie empieza a perder la paciencia.

—No.

—¿Cómo?

La camarera resopla.

—Cuando veáis tocar a la Banda Pánica —dice, señalando el escenario—,

es que es noche de fiesta, noche de brujas, noche de magia, noche de sexo.

—Muy bonito. —Issie no parece nada convencida por la explicación—. Y, ¿qué se toma en una ocasión tan especial?

—Siringa.

—¿Y eso qué es?

—Néctar de dioses.

—¿Qué lleva?

—La fórmula es secreta.

—¡Muy bien! —Corto el tema—. ¡Pues que sean tres siringas!

La camarera sonríe y se va justo cuando el guitarrista comienza a desgranar con lentitud un profundo solo de su Les Paul. El local, poco a poco, se va llenando. Aun así, la camarera se las arregla para traernos el nenuco. Viene servido en un vaso que mola mucho. Es de metal y su forma me recuerda la desembocadura de una trompeta. En lugar de pajita, lleva un junco salvaje. Guay.

—Que lo disfrutéis.

Se va moviendo el culo.

Pego un sorbo. El brebaje sube por la caña y penetra en mi boca; es más bien denso y está ultra frío. Sabe a canela, leche y alcohol. Y algo de café, creo. Lo dejo deslizar. Entra en mi cuerpo dejando una sensación de relax y bienestar.

Issie y Rob también están tragando. Nos miramos. Los ojos nos brillan como las luces del árbol de Navidad. La Banda Pánica comienza una versión eléctrica de *I want someone to love me* de Tommy Johnson. Eso es estilo. Empezamos a ondular nuestras columnas vertebrales inducidos por la extraña melodía.

Colega, ¿sabes cuándo todo empieza a encajar? Pues eso.

—Me gusta la Banda Pánica —dice Rob—. ¿Qué diablos querrá decir?

—Pánico viene de Pan —dice Issie.

—Sigo sin pillarlo —Rob.

Issie nos coge las manos y las pone encima de la mesa. Luego añade la suya.

—¿Veis esto?

Ha quedado a la vista el sello que nos estamparon al entrar.

—¿Qué? —pregunta Rob.

—*Demonium meridianum*. Machen lo dijo.

—Pan —murmuro.

—¿Se puede saber que os pasa a vosotros dos?

—Es un dios —digo.

Rob frunce el ceño.

—¿Un dios con patas de cabra? Pero ¿qué mierda me estáis contando?

—Medio hombre, medio bestia —añado con voz de misterio.

—Un dios de la naturaleza. —Es Issie.

—Y un gran seductor, el dios del sexo, del desfase, de la fiesta.

—¿Cómo? ¿Y yo sin saberlo?

Rob se pone de pie y, con un gesto solemne, alza el brazo.

—¡Por Pan!

Nos levantamos con entusiasmo, dispuestos a brindar; pero se rompe algo en el ambiente y el coche se queda sin gasolina a unos metros de la meta.

La Banda Pánica deja de tocar.

El silencio es sepulcral.

Todo el local nos mira.

Es como cuando en las pelis se ve una gota de sudor que se desliza por el cuello del protagonista.

Entonces, un tipo más gordo que Bud Spencer se levanta, medio tambaleándose. Le cuelga un moco de la nariz.

—¡Por Pan! —grita con una voz más potente que el trueno. Y luego añade—: ¡Solo se muere una vez!

Lo que pasa a continuación es alucinante. Todo el garito se levanta y se une a nuestro brindis. Vaciamos los vasos a la vez, de un solo trago. Y luego la peña se lía a gritar de forma eufórica.

A-huahua.

La Banda Pánica arremete, de nuevo, con un tema arrollador.

—¡Eso ha estado bien! —exclama Issie.

—Ni que lo digas —añado.

—¡Algo me ha poseído! —Rob hace como si tuviera un tembleque. Nos partimos la caja. Al poco, llega la camarera con nuevas bebidas.

La miramos, sorprendidos.

—Invita la casa.

—¿Y eso?

—Ya sabéis, por animar el cotarro.

—¡Grande!

Nos deja los tres vasos de siringa. Van llenitos hasta arriba. No derrama ni una gota, así que la despedimos con palmadas.

Bebemos.

Rediós, qué bueno está esto.

Tocaría relajarse, pero Rob parece que trama algo más. Mientras deja su vaso, mira a derecha e izquierda, con misterio.

Luego, suelta:

—Tíos, he traído una cosa.

—¿Qué?

—Rob, no sé si... —Issie parece saber de qué va el tema.

Sin decir nada, Rob deja encima de la mesa tres bolitas hechas con papel de fumar. Dentro hay una especie de polvillo blanco.

—¿Y esto?

—Esto, amigo mío, me ha costado un *jodido mucho* conseguirlo, pero aquí está.

—¿Qué es?

—Ángel destructor.

Me cago.

—Es broma, claro. —La broma le cuesta un codazo en los riñones. Cuando se repone, continúa—: Es M —dice con un hilo de voz.

—¿Qué hace?

Rob se encoge de hombros.

—Que la vida sea más feliz. ¿Os atrevéis?

—¡Venga! —exclama Issie—. *¡Solo se muere una vez!*

A-huahua.

—¡Ese es el espíritu!

Colega, nos zampamos las bombetas.

Durante un par de minutos, silencio. Esperamos a que aparezca la Virgen. Pero no pasa nada.

—Quizás me tomaron el pelo —farfulla Rob.

—Quizás el efecto tarde un poco. —Issie tuerce la cabeza.

—Es curioso —digo—. Pan lleva persiguiéndome todo el día.

—¿Ah, sí?

—Lo vi esta mañana, en el museo.

—Pues, ¿quién sabe? A lo mejor te inspira y acabas acostándote con alguien hoy.

—¡Brindo por eso!

Pegamos un buen trago de nuestras seringas y el néctar de los dioses fluye por mis venas, mujer. Sí, tengo problemas de amor. Lo que me pasa es que estoy loco por flipar.

Otro trago.

Me sorprende el efecto del M en las puntas de los dedos. Es como una especie de cosquilleo mañanero o, más bien, como si alguien me estuviera acariciando y fuera la cosa más gust-osa panda del mundo. delante de mí, issie y rob sonrían. no es una sonrisa como la de, por ejemplo, cuando alguien explica un chiste. es más bien la cara que se te queda cuando un mago hace un truco inexpli-cable eléctrico.

a-huahua.

vaciamos nuestras seringas y pedimos otra ronda. no habamos mucho, la verdad. peo eso no nos crea ningún tipo de poblema; de hecho, es un alivio, como si, po fin, el entendimiento tácito fuese el único lenguae posible. a nuestro alrededor, la gente paece pasalo en grande. alunos han empezao a leantarse y a retirá las mesas a un lao de fresa. hacemos lo mimo. de ponto, las luce bajan y pieza antrar un humo infrenal: por arte de bilibi-loque de remate, el antro se ha convertio en una antástica pita de baile. no no hace faltaaa decir nada nel agua; partamos nuestra mesa y nos nimos a la festa. empieza un rimo tecno tronador. ha hexo falta tar drogao pa que vea claro el jodio tecno: mola que te caaagas. mp. mp. mp. m. m. p. tiene que se así. y spero que no cambie en toa la putaa noxe.

issie, rob y qui'l menda lerenda juntamos la puntitas de los deos mientas bailaos. oleadas de placé se conetan de mi brazos ta la columna vetebral y desciiendeen ta los pie. el guitaista de la Anda Pánica se sube an podio y pieza a toca ncima del tecno. el sonio, ultra distosionado, se depar-rama de olivo por el spacio y engo la sensación de levitar.

ailamos duante horas. no que puea se cociente del tempo n stos momento, peo los cuerpos piezan a su-dá y quitá. ja ja. y cuando las camiseta sempapan, lo cuerpos se marcan (un gol).

a-huahua.

noo un culo que me roza, que me stá rozando. y el niño lo mira mia, l niño lo tá miando. ess de la camaera ciega. issie me manda un pensamiento: «yeah, go fo it»: a po él. ncaro a la bulma. aún ciega, su ojo verdes brillan como lo faros de las barca que atraen a lo pece enel mar. aceco mi labios a lo suyos. me lo muerdee. zale zangre, ero no me duele naa. s la bebe. s quita la camiseta aluinógena. lo sosenes son calvin klein.

rob me tira e la manga, quinto levanta.

—tío, s horaaa de rse.

—¿cómo? —potesto.

—mira.

colega, caro que miro. ¡stia! la gente se stá pezando a denu-dar y prestar.

—¿onde stá issie? —preg-unto la tostá.

no stá por ningún lao-de-limón. ja ja.

ntramos nel baño de tías. stá repleto, peo naie nos dice na.

bucamos.

la vemo al ondo, ontra la paed. se retuece de place mientras una bulma roll-iza la bandera le pasaaa la lenga po loreja. rob larranca de un tirón. la bulma tata de seguinos, peo es terceptada por unos calzoncillos r-osa polar.

—¿ande tamos? —blabucea issie—. merda de M.

—n Dusseldorf.

—merda de siringa. —dis rob, creo—. hay que salí de aquí como sea.

dede la sala de baile, nos llega una voz atonadora. «arrodillaos ante el dios Pan». la música para y, duante uno segundos, no se oye na. luego peta de nuevo.

alimos a la pista. bucamos la salida, peo todo stá lleno de humo. hay cuerpo emidesnudos por toas partes. nos deorientamos. ¿dónde culebra stá la maldita salida? un traño oló ha mpezado a impregnarlo todo, como a queso cabra. detrás de mí oigo pisadas de pezuñas que se cercan.

me giro.

no puee ser, oh dios. no puee ser. uno locos disfrazaos de sátiros san colao

en la fiesta. son repunantes, y como facinantes. rob se desencajaaa. issie vomitaaa. ascooo. no s que sean medio bestia, edio hombre, lo que da mieo. es la sensaión de poderío sesual, dencanto, de sublimaci-on and off. las chicas cae rendidas a sus pie, litealmente locas por la pura potencia.

colega, no s lo que haga, ess lo que podría hacé.

issie, rob y yo nos coemos de la manos y tratamos de abrinos paso, peo es imposible. de aquí no nos vamos a escapa.

—eh, pardillo.

me giro. es la camaera ciega. me da una boetada.

la ideas se me aclaan un poco.

—por aquí —dice.

me coge de la mano que me quea libre y nos guia hasta la salida.

usto antes de que se sierre la puerta echo un última ojeada y me uelvo de sal.

haay una gigantesca statua, como la del cuadro de la nasional gayery.

un calofrío me gongela la médula. mieo no sería la palabra, la palabra s rroror.

la camaera nos empuja fuera.

—¡eh! —grito—. ¿po qué?

Me suurra al oío:

—porque si Pan se entera de que besaste a su novia, te come la cabeza.

trepamos po las escalera que dan a la calle y nos dejamos caé al suelo.

y empexamo a partirnos de la risa.

jo, qué noche.

colega, ni el garrafón de plataforma me había dao un tri tan bestia.

Chicken run

Me despierto con un solo pensamiento en la cabeza: hoy tengo la cita con Judy.

He dormido como un bendito durante doce horas, o al menos eso dice el Casio. Después de lo de ayer, lo necesitaba. Por suerte hoy es sábado y no toca ir a clase. Además, si me doy prisa, todavía tengo tiempo de ducharme y llegar a tiempo para el *lunch*.

De camino al comedor, me encuentro con Rob. Chocamos esos cinco.

—¿Cómo va la resaca? —me pregunta.

—¿Sabes una cosa? ¡Pues bastante bien! Y creo que, cuando me meta algo sólido en la panza, todavía estaré mejor. ¿Y tú?

—He dormido como un perro. —Suspira—. Vaya noche.

Me río.

—Yo, ni me acuerdo de cómo llegamos hasta aquí.

—Ni yo. He soñado un montón.

—Yo también —añado—. Muy raro. Qué cóctel de cosas.

Agarramos las bandejas de plástico y nos situamos en la cola.

—Si quieres que te diga la verdad —suspira Rob—, no recuerdo mucho de lo que pasó anoche.

—Ford Fiesta.

—Ya ves.

La comida no es especialmente apetecible —verduras y pescado—, pero cuando te mueres de hambre, todo entra. Disfruto el agua como si fuera un beso. Qué malo es estar deshidratado.

Después de unos bocados, Rob reanuda la conversación:

—Entonces, ¿preparado para esta tarde?

Hago una pausa.

—No lo sé tío, nunca he tenido una cita con una inglesa.

—En eso no te puedo ayudar, yo tampoco.

—¿I Issie? —No doy crédito.

—Issie es diferente.
—No me dirás que no estáis saliendo.
—Cacho, ¿en qué te has convertido ahora, en mi abuela?
—No, pero...
—Con Issie nunca hubo propiamente un cortejo, una primera cita. Ha sido siempre como si nos conociéramos de toda la vida.
—Dicho así, suena muy fácil.
—No te creas. Acuérdate de lo que nos costó dar el primer paso. Pego un bocado a un pedazo de brócoli color verde marihuana.
—Pero estáis liados, ¿no?
Yo también tengo mi espíritu de maruja, oye.
—Supongo —admite Rob.
Mastico ruidosamente.
—Issie es genial.
—Ni que lo digas.
Trago.
—Oye, y si la cosa sale bien, ¿qué hago?
—¿A qué te refieres?
—Ya sabes, a si se abre el jardín de las delicias.
—¿Me lo preguntas en serio?
—No. O sea, ya sé lo que hay que hacer. —Me ruborizo—. Al menos, en teoría. Me refiero a después. Si se hace tarde, la residencia estará cerrada.
—Has pensado en todo, ¿eh, Cacho? —dice Rob mientras me despeina. Lo aparto de un manotazo—. Puedo dejar la ventana abierta... ¿Te vale?
—Perfecto. Solo espero poder decir eso de «me encanta que los planes salgan bien».
—Amén, colega.

Voy a mi habitación y me sacudo la nutria. Es una táctica que me enseñó Rocker, un coleguita de Barcelona. La idea es que, si luego consigo meterla, podré durar algo más. No es cuestión de parecer un pardillo la primera vez.

Luego me pego otra ducha y me doy los últimos retoques: me peto un grano, me pongo desodorante y me vuelvo a peinar.

Me miro al espejo. No está mal.

Salgo a la calle; hace más frío de lo esperado, pero no me arrugo. Ensayo la *mirada Bruce Willis* en los cristales de un coche. Si has visto *Jungla de cristal*, sabes de qué te estoy hablando.

Soy irresistible.

Pillo el metro en Holborn hasta Liverpool Street. Luego cojo la línea que va por encima de tierra y que me lleva hasta Hackney Downs. Total: menos de cuarenta y cinco minutos.

Como he llegado un poquito pronto, aprovecho para estirar las piernas.

Colega, esto no es para nada lo que me esperaba. Ni de coña. Se trata de un barrio pobre de verdad. Los edificios son de cemento, feos y grises. La gente va vestida con ropa vieja y pasada de moda. Los coches aparcados en la calle están hechos polvo. No hay tiendas bonitas ni restaurantes caros. Nunca hubiera imaginado que, a poco más de media hora de Covent Garden, me encontraría con esto.

Decido volver a la estación, no sea que mi dudoso sentido de la orientación me juegue una mala pasada.

Allí, Judy me espera.

Observa cómo me acerco mientras me apunta con su naricita respingona. A pesar del frío, se ha puesto una minifalda azul y un jersey con estrellas. Me la podría comer entera, y no hablo en maldito sentido figurado.

—¿De dónde vienes? —pregunta.

—Me sobran cinco minutos, así que me he dado un rulo.

—¿Asustado?

—La verdad es que no es lo que me esperaba.

—Bienvenido a la realidad.

—Ni que lo digas, seguro que no nos tropezamos con Mary Poppins.

Ríe.

—Seguro.

—¿Dónde vamos?

—Podemos dar una vuelta, todavía falta un rato para que empiece la peli.

Echamos a andar.

—¿Vives cerca de la estación?

—Sí.

Las manos se rozan sin querer.

—¿Sola?

—¿No vas un poco rápido?

Me pongo más rojo que la punta de un cigarro.

—No, me refiero a... ¿No es peligroso?

Judy se parte.

—No, si vives aquí. O no más que en cualquier otro sitio.

Pasamos cerca de dos grandes edificios. A primera vista parecen abandonados. Pero hay gente en ellos.

Judy me lee el pensamiento:

—Todo esto acabará demolido, pero mientras...

—¿Por qué no los arreglan?

—¿Sabes lo que es el asbesto?

—Ni zorra.

—Un material de mierda. Están afectados; no se puede hacer nada. De hecho, no se debería vivir en ellos, es tóxico.

—Vaya.

—Les engañaron, y ahora no tienen a dónde ir.

—Qué jodido.

—Ni que lo digas. —Judy hace una pausa—. Pero la gente es cojonuda. En serio. Y yo soy la nieta de Becky, así que me tratan bien.

—Me lo creo.

—¿Has estado alguna vez en una casa okupa?

—Según mi padre son más peligrosas que una cárcel turca.

Judy vuelve a reír.

—¿Has estado?

—Sí... No.

—Aclárate.

—He estado. Por fuera.

Judy se parte.

—¿Te gustaría estar *por dentro*?

Pausa.

—Sí, claro.

Avanzamos por una calle sin farolas hasta un edificio hecho puré. De una de las ventanas cuelga una bandera con una «A» dentro de un círculo.

—¿Y eso?

—Creo que en este barrio hay la mayor concentración de anarquistas de todo Inglaterra.

Colega, con un poco de suerte, quizás encuentre a Rik Mayall.

Entramos al mal iluminado edificio. Huele a cerveza barata y mugre. Las paredes están llenas de grafitis. El suelo, medio levantado. Las bombillas, cubiertas por plásticos de colores. Un rabo y una titi, estirados en un colchón húmedo de vómito, duermen la mona mientras un perro sarnoso les lame la cara. Al fondo, un gordo con patillas toca la armónica. A un lado, alguien ha improvisado una barra con cajas de cerveza.

—*Judy is a punk* —dice una bulma mientras nos pone dos birras calientes.

—*Hi*, Sheena —responde Judy.

Miro bien a la tal Sheena: cresta de por lo menos un palmo, delgada a morir por la mala vida, ojeras a lo jugador de fútbol americano, mirada vidriosa, peste a sobaco, aliento a nenuco: sí, una punki en toda regla. No como esos que se ponen en Portobello y te cobran la foto de recuerdo a una libra. Incluso me eructa en toda la cara. Me emociono. ¡Sheena sí que es una punki de verdad!

Alucinado, voy a darle dos besos.

—¿Qué pasa, ¿quieres follarme?

Por suerte para mí, Judy aclara la situación.

—Cacho es de Barcelona, ya sabes, por ahí abajo aprovechan la mínima para besuquear.

No parece muy impresionada.

—¿Barcelona? —Otro eructo—. Nunca he estado. Si necesitas un sitio para dormir, te puedes quedar.

—Gracias, pero no hace falta.

El tipo de la armónica empieza una especie de melodía china.

—Si queréis chingar, en la sala de meditación creo que no hay nadie.

—Solo queríamos *charlar* un rato —dice Judy.

—Oh —suelta Sheena, decepcionada—. También se puede hacer eso, supongo.

—Gracias.

La sala de meditación resulta ser un cuartucho con el suelo atestado de

alfombras estilo indio. En un rincón también hay una pila de cojines llenos de manchas y los restos de un incienso que quemó Dios sabe cuándo. Solo lo ilumina un ventanuco medio abierto.

Construimos una especie de sillones con los cojines y nos apalancamos.

Mírame, colega. Parezco un rajá de la india.

Pego un buen trago de la birra caliente.

—Este sitio es acojonante —farfullo.

Judy no contesta. Parece concentrada en algo lejano que ve a través de la ventana.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Sí, solo que...

Le dejo tiempo.

—La última vez que estuve aquí fue con Gina.

—Gina.

Pausa.

—¿Te gusta?

—No es mi tipo —miento. Gina es cero positiva, como Marilyn. Le gusta a todo el mundo.

—Te estás esforzando mucho en demostrar que es inocente —dice Judy con una media sonrisa.

—Werber me metió. Y ahora es como una droga.

Judy sopla a través de la boca de la botella de cerveza. Una especie de sonido peruano retumba por las paredes. Se me calientan las manos.

—Me gusta lo que haces —dice—. No quiero ver a Gina en la cárcel.

La palabra *cárcel* me saca del encantamiento andino.

—Sois muy amigas, ¿no? — le pregunto.

—Sí.

—¿Cómo os conocisteis?

—De vacaciones, en seguida hubo mucha química.

—No me hables de química, que me recuerda a Ramírez. —Ríe—. Puto Ramírez —añado.

—Issie me contó tu teoría.

—Ya, y tú se la contaste a Gina.

—*Sorry*.

Se encoje de hombros.

—¿Y qué te parece? —resoplo.

—Que estás como una puta chota.

—Pero si fue culpa tuya.

—¿Cómo?

—Si no hubiésemos ido al despacho de Ramírez, nunca hubiese descubierto el veneno. Y, ¿quién insistió en ir?

—¡Fue para ayudarte! —exclama—. Aunque Ramírez siempre me ha parecido un poco siniestro, eso te lo concedo. Hay algo en la cabeza de ese tío que no está bien.

—Solo espero que Werber descubra algo pronto, y que esta mierda de las muertes se acabe.

Judy pone cara como de cagar.

—Pero ¿tragó con tu teoría?

—Sí. Al menos, de momento.

—Pues eso se merece un brindis.

De un trago, nos terminamos lo que queda de las birras y salimos al frío de la noche. Judy me coge de la mano y andamos en silencio por las calles desoladas. De vez en cuando, nos miramos y sonreímos.

Cuando llegamos delante del cine, Judy se detiene.

—Es aquí.

Me suelta la mano.

—En realidad no es una peli nueva —dice.

Levanto los ojos hasta el cartel luminoso: *Rebelde sin causa*.

—Ya lo sé.

—¿La has visto? —me pregunta.

—No.

—Te gustará. Es cojonuda, mi preferida.

Judy me enseña dos entradas, me coge de la mano y me lleva hasta el *hall*. Un señor más viejo que una tortuga nos corta los tiques.

Pasamos y nos detenemos delante del mar de butacas.

—Me gusta bastante cerca —dice Judy.

—A mí también.

Avanzamos hasta la fila cinco y nos sentamos, amparados en la

semioscuridad.

De pronto, Judy se gira hacia mí.

—¿Hacemos un *Annie Hall*?

—¿Y eso qué es?

—Besarse antes de empezar. Como en la película.

El corazón se me acelera.

—No la he visto.

—Si no, estaremos toda la peli pensando cuando podría ser un buen momento.

—¿Y no es un poco calculado?

—No tiene por qué.

—Es verdad. —¿Soy idiota o qué me pasa?—. ¿De quién es esa peli?

—De Woody Allen.

—Tendré que verla.

—Te gustará.

—No tanto como tú.

Judy se sonroja. Baja la vista. Acerca su frente hasta que toca con la mía. Noto como el pecho le sube y le baja. Poco a poco levantamos la cabeza hasta que las narices se frotan. Debo parecer *David, el gnomo*. Sonreímos. Luego nos besamos. Es un beso cálido, dulce, con lengua, distinto. Un beso... Sí, un beso de amor, diría.

Colega, borra eso último de tu mente.

Las luces se cierran del todo y las cortinas se abren dejando a la vista una raída pantalla, y empieza la película, sin más, sin anuncios, ni tráileres, ni nada.

Colega, si no has visto *Rebelde sin causa*, deja ahora mismo lo que estés haciendo, ve al Videoclub Vergara, o a Vídeo Instan, o a Monkey Business, o a cualquier videoclub decente que tengas a mano, y píllatela.

El momento que más me flipa es el del *chicken run*, la carrera de gallinas. Te lo cuento: dos coches se dirigen a toda pastilla hacia un acantilado. En uno de ellos va James Dean; en el otro, un idiota. Joder, hay que saltar de los coches antes de que caigan al abismo. Pero, el primero que salte *es un gallina*.

¿Que cómo acaba? Mejor que lo veas tú mismo.

Salimos extasiados del cine como solo puede extasiarte una buena peli.

Judy no se anda con rodeos:

—No sé tú, pero tengo un hambre que me muero.

—Yo también.

—Conozco una hamburguesería por aquí cerca, no es muy cara, y nos dejarán beber algo.

«Nos dejarán beber algo» fijo que se convierte en unas cuantas pintas por cabeza. Lo que más me flipa de este país es que cualquier bulma, por más retaquito que sea, aguanta el nenuco más que el menda.

El local es un antro regentado por dos italianos y decorado como una cafetería americana. Aun así, no te imagines nada *cool*; más bien parece que se hubiese librado en ella la tercera guerra mundial. Al menos el rollo yanqui pega con la peli que acabamos de ver y, la verdad sea dicha, las hamburguesas son ultra gansas y llevan un montón de queso.

Colega, acabamos chupándonos los dedos.

De postre, pedimos dos batidos gigantes de vainilla. Todavía no los hemos ni probado y el olor a azúcar ya me está colocando.

Mientras pego el primer sorbo, Judy suelta un diálogo de la peli:

—«Ella da la señal, nos dirigimos al abismo, y el primero que salte es un gallina».

—*Chicken run* —suelto sin pensarlo.

—*Yeah*. Una única vida, una única oportunidad, una única carrera. No hay que aflojar, Cacho.

—Amén.

Invito. La broma me sale por un ojo de la cara. Perdona que mencione el poco glamuroso detalle, pero, aparte de catalán, soy adolescente en apuros. Quizás me han visto cara de pardillo esos italianos.

Cuando salimos a la calle, hace un frío que te hiela la sangre, y eso que la nuestra lleva una considerable cantidad de anticongelante.

—En casa tengo vodka de color rojo —dice Judy a mi tercer escalofrío.

Se me escapa le risa. Estoy en ese punto en el que todo me hace gracia.

—¿Vamos? —digo como si nada.

—Primero tienes que demostrar que no eres un gallina.

—¿Cómo?

—Mm... —Judy se muerde el labio mientras piensa. De golpe se le ilumina la cara—. Ya lo tengo —dice mientras señala con el dedo una oxidada verja de hierro—. Nos pondremos uno en cada punta y andaremos por encima de la valla hasta encontrarnos en el centro. El primero que abandone es un gallina.

Miro la verja. Los barrotes acaban en punta, como si fueran lanzas. Lo primero que me viene a la mente es Madness Bacon. Fijo que, si la poli nos encuentra ensartados en una valla, no entenderá nada. Pagaría lo que fuera por ver como se le cae la mandíbula a Werber.

—Es imposible —digo.

—No lo es —replica Judy—. Puedes poner los pies entre barrote y barrote.

Es cierto, los barrotes se sostienen por unas barras horizontales que van de lado a lado. La más alta está a unos veinte centímetros de las puntas de lanza.

—Técnicamente, se puede —admito—. Pero vamos borrachos. Muy borrachos.

(Al menos, yo sí.)

—Piensa en la recompensa —dice Judy, que ya está encaramada a uno de los extremos.

—Espero que, como mínimo, lleves tanga.

—Me refiero al vodka rojo.

Empiezo a trepar. Cuando llego arriba, me cruje un espasmo. La hilera de lanzas que tengo delante es espantosa. Como la boca de un tiburón blanco.

Judy ya está encima de la barra horizontal.

—Se me olvidaba —dice—. ¡Sin manos!

Se me escapa un pedete. Por suerte está demasiado lejos como para oírlo. Me sitúo encima de la valla y me suelto.

Colega, *Chicken run*.

Los dos primeros pasos son inesperadamente fáciles. Así que doy otro y trato de no pensar en las consecuencias de un traspie. Delante de mí, Judy avanza mientras ríe; parece que lo haya hecho toda la vida. Me entra una especie de náusea. Es como si todo el nenuco que hemos bebido se hubiese mezclado con toda la bilis de mi estómago y hubiesen decidido visitarme la garganta.

Me paro unos segundos para recuperar el aliento.

—Cagueta —dice Judy mientras acelera.

Esto no puede acabar bien. *Efectiviwonder*. Lo veo un segundo antes de que pase, pero no puedo hacer nada: con el impulso ha perdido pie y está resbalando. Su cuerpecito desciende en dirección a las puntas. Grito como un demonio hasta que, en el último instante, consigue estirar el brazo y apoyarse en la barra horizontal. La boca le queda a medio centímetro de una lanza. Su respiración parece un fuelle de hinchar colchonetas.

—Quizás deberíamos dejarlo, ¿no? —farfullo.

—De ninguna *jodida* manera —responde mientras se incorpora.

No ha colado. Mierda. Si resbalo, no creo que tenga su agilidad. Extiendo los brazos a lo ancho, como un maldito funambulista y doy un par de pasos más. Se levanta un poco de aire, lo que faltaba. Judy, de subidón por haber salido del aprieto, llega al centro de la valla y empieza a animarme a que me deje de hostias y acelere. La cabeza me da vueltas. Estoy empapado de sudor frío. La cosa no está yendo como yo esperaba. Doy un par de pasos más. Si sigo así, al menos salvaré el pellejo. Cuento las lanzas que me quedan: siete. Decido echarle huevos, al fin y al cabo, se supone que debo impresionarla, ¿no? De eso trata toda esta mierda, ¿verdad? Acelero tratando de mantener mi centro, pero las Kickers me fallan. Qué putada. Resbalo hacia delante, a una velocidad tan grande que lo doy todo por perdido. Es solo una fracción de segundo, pero soy muy consciente de lo que está pasando: tengo la muerte a un palmo de la cara.

¡Ah!

Aterrizo en el suelo. Encima de mí cae Judy, que se está descojonando. No lloro porque no sé ni cómo me llamo. En el último segundo se las ha ingeniado para patearme fuera de la valla.

—Gracias —murmuro.

—Creo que te mereces ese vodka.

—¿En serio?

—No has aflojado, tío. Si no te llego a sacar de ahí, te comes la valla.

Que no he aflojado, dice. Colega, solo tengo ganas de llorar.

—¿Vamos? —Ya se está levantando.

—Vale.

Me ofrece una mano y la acepto. Me sacudo los pantalones y nos ponemos en marcha. Nos hemos quedado mudos. Todo el pedo se me ha pasado y tengo una sensación extraña en el cuerpo.

Después de andar un rato, se detiene.

—Es aquí —dice mientras abre una verja que había sido de color verde.

Penetramos en un edificio que no se diferencia en casi nada con el de al lado y el de al lado y el de al lado.

El ascensor no funciona, así que subimos por las escaleras hasta el segundo piso.

El interior del apartamento es simple y miserable. Un sofá, una tele de los años ochenta, una mesa y cuatro sillas.

—Siéntate —dice, empujándome suavemente al sofá—. Ahora vengo.

Desaparece por una abertura en la pared. Se enciende la luz de la nevera que acaba de abrir y entreveo una vieja, pero ordenada, cocina. Saca una botella de vidrio y dos vasos de chupito del congelador. Cierra la nevera, se quita los zapatos y se sienta a mi lado.

—¿Probamos esta delicia?

—La verdad es que lo necesito.

Nos tomamos un par de chupitos. Es vodka normal, no sé a qué viene lo del color rojo.

Me calmo un poco. Lo justo como para poder apreciar la bulma que tengo delante. Un ángel, pero con ojos manga y naricita respingona.

Colega, llega un momento en el que la situación manda.

Nos besamos como gatos y tal. Tiene el cuello sudado, pero no me parece asqueroso. Se lo lamo. Se quita el jersey de estrellas. Debajo, dos tetas perfectas se esconden en un pequeño sujetador negro.

—Vamos —dice, cogiéndome de la mano y arrastrándome hasta su habitación.

Enciende la luz de una vela y nos tumbamos encima de la cama. Mientras la desnudo, el corazón me va a mil. Luego me desnuda ella. Me da mucha vergüenza que me vea la nutria, más hinchada y pendulante que la globoflexia de un payaso; pero Judy no parece nada incomoda, así que me relajo.

Empezamos a revolcarnos como si no hubiera un mañana. Colega, que sensación la de dos cuerpos desnudos uno encima de otro, de aquí para allá,

jugando como niños. No pienso hacer nada más el resto de mi vida.

Decido bajar a inspeccionar..., según Rocker, cuanto antes haga los deberes, mejor.

Me aplico lo mejor que sé, pero los resultados son algo dudosillos. Hay gemido, pero no *in crescendo*. ¿Eso vale como orgasmo? Después de una media hora, subo hasta su boca. ¿Debería besarla? No sé si... Me besa ella. Luego me agarra el joystick, y yo le hago el dedo. Domina el tema que te cagas; al poco, ya me tiene más allá de todo control. No creo que ella esté yendo tan rápido como yo. Mierda. Trato de pensar en mi abuela, pero no funciona. Dios, me voy a correr en cero coma.

Me corro.

Por suerte me las ingenio para hacer un movimiento con la cadera, de tal modo que me libero de su mano y ella no se entera.

Es una explosión de placer y de pánico a la vez.

Silencio.

¿Qué culebras se supone que debo hacer?

La situación empeora.

—Ponte el condón —me dice.

¿El condón? Creo que ha interpretado mi movimiento de cadera como un deseo de pasar a mayores.

—Sí —murmuro.

¿Qué otra mierda de cosa puedo decir? Pero ¿cómo culebras me voy a poner el condón si me acabo de correr?

Se me acelera el pulso de mala manera, oye. Qué inoportuno todo.

—Me lo pongo en el baño —farfullo.

—Pero...

No le dejo terminar la frase. Cojo mi cartera y me encierro en el cagadero. Por suerte está al lado de su habitación.

Me miro al espejo. Mi aspecto es lamentable. Miro el condón. Miro la nutria. Busco desesperadamente al payaso para que la reviva con su arte, pero no aparece.

Me doy un poco con la mano. Nada. Me lavo la cara.

¡Toc, toc, toc!

—¿Estás bien?

Silencio.

—¿Puedo pasar?

Antes de que me vea así prefiero salir yo. Abro la puerta.

—¿Qué te pasa?

Me derrumbo en la cama.

—No lo sé.

El condón yace en el borde del catre. Parece que lo haya dibujado Dalí, cojones.

—No pasa nada.

Intento ordenar mis pensamientos, buscar una manera coherente de explicarle lo que me ha pasado, pero soy incapaz.

Judy se acerca a un extremo de la habitación. Saca un disco de una estantería y lo pone en un viejo Garrard[LMP4]. Al poco suena *Sultans of swing*.

—Me dijiste que era tu canción preferida, ¿no?

Me abraza.

Colega, aunque pueda parecer raro, su amabilidad y dulzura acaban de hundirme. Debería estar bebiendo sus mieles, y no mis lágrimas.

Me entra una especie de odio hacia el mundo.

—¿De dónde ha salido este disco? —murmuro—, pensaba que odiabas a los Straits.

Judy abre la boquita, sorprendida por mi pregunta.

—Era de mi tía...

De verdad, Dios mío, ¿es necesaria tanta crueldad? Caigo como el toro en la plaza. Colega, mi primera experiencia, qué desastre.

Retirada estratégica. Es lo único que puedo hacer. Me visto, salgo a la calle y echo a andar en dirección al metro. Judy ni siquiera trata de detenerme. Quiero ir a la estación, pero estoy tan destrozado que me pierdo. Joder, y este barrio no es que sea especialmente amable, y menos a estas horas.

Un grupo de tipos raros me señala con el dedo. Oigo como revientan una botella de cristal contra un árbol. Mierda. Echo a correr sin rumbo fijo, casi con los ojos cerrados.

Al poco, me giro. Siguen ahí detrás y, en el estado lamentable en el que me encuentro, supongo que no tardarán en alcanzarme. Espero que no me violen,

sería una ironía demasiado perra.

Giro por una callejuela y veo, al fondo, la casa okupa. Se me enciende una luz en el cerebro. Quizás todavía tenga una opción. Me apresuro a entrar antes de que mis perseguidores doblen la esquina.

Chicken run.

Me apoyo en la pared y veo el panorama: un grupo de punkis esparcidos por el suelo me mira con cara de asco, y, créeme, un punki puede expresar el asco como nadie.

Se abre una navaja automática. Mierda. Canté victoria demasiado pronto.

—Cacho.

Miro a un lado. La que ha hablado es Sheena. El de la navaja la utiliza para abrir una lata de atún.

—Sabía que vendrías. Pero nada de besos, ¿eh? Solo follar.

Risotada general.

Me desplomo en el suelo. Sheena me hace un hueco a su lado y me ofrece su cerveza. Mientras pego un buen trago, oigo como mis perseguidores pasan de largo. Buf.

Me dan un trozo de pan, atún y un queso anaranjado. Poco a poco, me voy recuperando.

El de la armónica ameniza el resopón con sus melodías chinas.

Cuando termino de comer, Sheena me coge de la mano.

—Vamos —dice, y me arrastra escaleras arriba—. Tengo un colchón solo para mí.

Nos desnudamos y nos metemos en bolas debajo de las sábanas. No hay ninguna lámpara, solo la luz que entra por la ventana.

Sheena se me pega como una lapa. Huele un poco agrio, pero no está mal del todo, como a mucho sexo. Su cuerpo está templado, y me da mucha calma. Enseguida trepa encima de mí y empezamos un 69.

Mi primer 69, madre mía.

Y la cosa funciona. Al contrario de con Judy, mi trabajo de prospección se ve recompensado con unos gemidos espectaculares, hasta el punto de que se corre en mi boca. El gusto es discutible, pero el que no quiera polvo, que no vaya a la era.

Me invade una felicidad infinita; como aquella vez que gané una carrera de

sacos delante de todo el pueblo. Además, he conseguido no correrme con el 69, supongo que, al fin y al cabo, la técnica Rocker funciona. Así que, pasando de condón y de todo —como un auténtico zahorí—, me monto encima de ella y zambullo la nutria en el lago oculto. Entro derrapando, como si diera gas a fondo y el Renalut Alpine sacara humo. La cosa está que arde.

«No te corras dentro», me susurra. Su voz es ronca y amable. El cielo existe y tiene puertas en la tierra.

Termino encima de su ombligo.

Caigo exhausto a su lado.

Sheena se limpia con un Kleenex.

Compartimos un porro.

Sheena, mi punki. Te quiero.

Nos quedamos dormidos.

Maldito Ramírez

—¿Qué diablos hiciste ayer? Estuve toda la noche esperando a que llegaras —Rob está cabreadísimo. Ni siquiera ha tocado su desayuno.

Le explico lo sucedido con pelos y señales. El fracaso con Judy, el éxito con Sheena; cómo me quedé dormido, y cómo esta mañana he tenido que esperar a que Smellor fuera al baño para colarme directamente al comedor; cómo me muerdo de hambre, cómo no he podido ni darme una ducha, y cómo apesto. A tu mejor amigo, no le ocultes nunca nada.

Poco a poco, se va relajando, hasta que acaba partiéndose de la risa.

—¿En serio te puso Dire Straits? Eso desempalma al mismísimo Siffredi.

—¿Qué mierdas os pasa a todos? Knopfler es el mejor guitarrista de todos los tiempos.

—La tía Becky estaría de acuerdo contigo.

—*Bastard* —resoplo—. La cuestión es que se portó superbién conmigo. Y va y me lo hago con su amiga.

—Estabas desesperado.

—Aun así.

Rob hace una mueca, luego abre mucho los ojos, pega un bote y casi se cae de la silla.

—¡Oye! Pero ¡claro! —exclama—. ¡Lo hiciste!

—Lo sé, colega, *home run*.

Nos abrazamos con entusiasmo, hasta que la mitad del comedor empieza a darse codazos y a mirarnos con curiosidad.

Nos importa un bledo.

—Bienvenido al club. —dice Rob mientras se sienta y ataca la comida.

—Gracias.

—¿Crees que la punki se lo dirá a Judy? —farfulla con la boca llena.

—No. Estoy seguro.

—Menos mal.

Volvemos a nuestros platos. Trato de concentrarme en el papeo, pero me

cuesta horrores; dentro de mi cabeza un mosquito me está amargando: aunque Sheena no se lo diga, no tengo muy claro que Judy quiera volver a verme jamás.

Hay que joderse. Las cosas son como son.

Rob acaba comiéndose la mitad de mi plato.

Cuando termina, hacemos un chupito de *bourbon* en su habitación para celebrar el *home run* con todos los honores.

Me animo de nuevo.

Colega, ya ves, si todavía no has mojado la nutria, no te rayes. Hace dos días, ¿quién hubiera dado un duro por mí?

Luego la cosa empeora: paso el resto del domingo en mi cuarto, tratando de ponerme al día con los deberes. Es un coñazo, pero, en el fondo, no me importa. Ya no. Hay una nueva estrella polar que guía mi humor. Una estrella polar que lleva por nombre *Ya no soy virgen*. Y, a todos los efectos, ya no lo seré nunca más. Así que, pringados pichas cortas, pasmarotes de mamá, tontolabas masturbadores, exploradores de la automamada, pajilleros del Plus, rellenacalcetines y adoradores de la teta de Sabrina; rendiros todos a mis pies. Me he follado una punki en Londres y eso me eleva por encima de vosotros. Me siento tentado de llamar a mis colegas de Barcelona para contárselo: Ana, David, Rut, Cati & Rocker, Amalia; a Dani, al Barbeta, a Luigi, a Jorcx... Cómo los echo de menos.

Ceno ligero.

Me meto en la cama con una sonrisa de oreja a oreja y un solo pensamiento en la cabeza: ya soy un tío.

Me despierto con energías renovadas. Es lunes y el loco fin de semana parece que queda ya muy lejos. Un poco de rutina me va a venir bien. Así que, como un buen niño, paso lunes y martes del *college* a la residencia y de la residencia al *college*. El miércoles quedo con Judy y Gina. Vamos al McDonald's porque es barato y anónimo (y está bueno, qué cojones). Está claro que el retaquito le ha contado mi numerito del condón a Gina. O quizás todo sea paranoia mía, pero las colegas tienen una nueva complicidad (que se

manifiesta en forma de risitas reprimidas) que antes no tenían. Vaya par.

Luego Gina nos deja a solas. La situación no es tensa, pero tampoco fluye como debería.

Al final nos morreamos en un banco, pero nadie dice nada de ir a ningún sitio. Así que nos despedimos sin más, y me largo a mi habitación.

El jueves, después de clase, me encuentro con Smellor, que me espera en la puerta de la residencia.

—Cacho —dice tratando de sonar amable.

—Buenas tardes, Mr. Mellor.

—¿Cómo te encuentras?

Se ha acercado para husmearme y su aliento a tabaco malo me desconcierta.

—Bien —musito.

—Hace tiempo que no bajas a la guarida. Mis pequeños te echan en falta.

—Quizás tenga que volver pronto...

—Ya sabes, cuando quieras.

—Gracias.

Smellor hace una pausa, como si estuviera tratando de percibir el éter.

—Por cierto, tengo un recado para ti.

—¿Una carta?

—No. Una llamada.

—¿De Barcelona?

—No. Un tal Werber. Que lo llames.

—Gracias.

Hago para irme, pero Smellor me detiene poniéndome una mano en el hombro.

—¿Quién es ese Werber?

—Un amigo.

—Su voz sonaba demasiado adulta como para eso. —Me encojo de hombros—. Cacho, no te estarás metiendo en ningún lío, ¿verdad?

—No.

—¿Seguro?

—Puede estar tranquilo, Mr. Mellor. Es un compañero de un curso

superior.

—No quiero problemas.

—Mr. Mellor, tengo que devolver esa llamada.

Smellor emite un gruñido y luego me suelta.

Salvado.

Me introduzco en el cubículo. Todavía guardo el número de Werber en la cartera. Agarro el auricular y marco.

Después de tres tonos, alguien descuelga:

—¿Diga? —Es Mary Jane.

—Cacho al habla —suelto como si estuviera en una peli americana.

—¿Cacho? —Pausa—. Muy bien, esta noche tengo un hueco. Sobre las ocho. ¿Te va bien?

—¿Cómo?

—¿Cacho?

—Sí.

—Queda anotado, cariño.

Pausa.

—Soy el amigo de Harry Werber.

Pausa.

—¿El niño?

Estoy tentado de decirle que el niño se ha convertido en Tarzán de los monos, pero igual no es el momento.

—Sí —concedo—, el niño.

—Oh.

Puede olerse la decepción.

—Entonces, ¿te borro?

—¿Está Harry?

—Te borro. —Pausa—. Un momento.

Oigo como lanza el teléfono encima de la cama.

Al poco lo recoge Werber.

—¿Ket?

—Sí.

—Novedades.

—¿De qué tipo?

—Prefiero no hablar por teléfono. ¿Te las podrías ingeniar para salir de la residencia?

—Supongo.

—¿Te hace una pinta?

Desde luego que voy a salir de este grandioso país más alcohólico que un taxista.

—Vale.

—¿Los Tres Salmones? ¿En media hora?

—Hecho.

—Bien.

Cuelgo el teléfono. Voy a mi cuarto y dejo la mochila con mis cuadernos y libros. Voy a la habitación de Rob. *Knock knock knocko* en la puerta del cielo o, al menos, la puerta de la libertad. «¿Qué pasa colega?», me pregunta. «Acabo de hablar con Werber. Promete novedades —le cuento—, pero necesito salir, y Smellor está demasiado atento a mis movimientos». «*No problem* —me dice señalando la ventana—, pero esta vez, vuelve».

Chocamos esos cinco y desaparezco en la oscuridad londinense.

Cacho a la aventura de nuevo. *Chicken run*.

Bajo andando, casi corriendo, en dirección al pub. Una espesa neblina lo impregna todo. Cada uno va a lo suyo. Soy un ser anónimo, y eso me gusta.

Tomo The Strand. Luego, Savoy Street. De ahí bordeo el río hasta el puente de Westminster. La brisa fresca del Támesis siempre viene bien para despejar la cocorota.

Cruzo al otro lado del puente y me apresuro hasta el extraño callejón que esconde Los Tres Salmones. Solo me detengo una vez; para hacerme el lazo de la Kicker derecha, que, con tanta prisa, se ha aflojado demasiado.

Cuando tuerzo por Blind Row, el aire se vuelve más denso, como si se estuviera carnificando; siempre pasa, es automático. ¿Qué diablos tendrá la maldita callejuela? Levanto la cabeza y ahí lo encuentro, espectral e iluminado por una tenue luz: Los Tres Salmones.

Entro empujando la puerta con fuerza, como si estuviera escapando de algo o fuera un maldito *cowboy* del Oeste.

Echo un vistazo: dos perdedores y una puta, y Werber, que me espera en nuestra mesa de siempre con dos pintas y una bolsa de patatas *chips*.

Me siento delante de él. Cojo una patata y me la meto en la boca.

La escupo.

—¿Qué mierdas lleva esto?

Werber coge la bolsa y lee:

—Sal y vinagre.

—¿Le metéis vinagre a las patatas *chips*?

—Sí —dice como si fuera la cosa más normal del mundo.

Colega, están locos.

Pego un sorbo de la pinta para hacer pasar el mal gusto. Casi lo consigo.

Al final, musito:

—¿Y bien?

Werber tamborilea los dedos encima de la mesa.

—Parece ser que tu teoría podría tener algún fundamento.

—¿Cómo?

Se me acelera el corazón.

—Tu teoría acerca de Ramírez, cojones.

Werber pega un trago. Creo que le da mucha rabia admitir que tenía razón.

Así que decido disfrutar de este momento.

—¿La teoría que según tú era una chorrada?

—Ket, no te pases ni un pelo —dice metiéndose una cantidad ingente de patatas avinagradas en la boca. Solo de verlo se me erizan los pelillos de la nuca.

—¿Qué has averiguado? —digo mansamente. El jodido siempre sabe cómo cortarme los humos.

Werber traga. Su nuez retráctil es como el pico de un buitre.

—Buscaba algo que me llevara hasta la primera muerte —dice—, hasta Lynch; al fin y al cabo, ese es mi caso. Si no puedo conectarlo a Ramírez, entonces, Ramírez, no me vale. —Voy a hablar, pero me corta—: Calla y mira —dice mientras me pasa un folleto.

Es de los campamentos de verano de Malvern. Lo observo, pero no veo nada en particular.

—Mira detrás, la letra pequeña.

Le doy la vuelta: un rollo de horarios, excursiones y actividades deportivas.

—Más abajo —dice, apuntando con el dedo.

Obedezco. Se ofrecen, también, sesiones de repaso lúdico para los participantes: Matemáticas, Literatura, Latín, Química... Se me pone la piel de gallina.

Miro a Werber a los ojos.

—¿Química?

—Exacto.

—Joder. ¿Ramírez?

—Sí.

El vaso de cristal se me resbala de entre los dedos y estoy a punto de causar un estropicio. Por suerte, lo pillo en el último momento.

—Pero ¿entonces? —farfallo.

—No te vuelvas loco. Eso solo nos dice que Ramírez coincidió con Adam Lynch. No prueba nada más.

—¿Ah, no? —No doy crédito—. Entonces, ¿sigues pensando que Ramírez es inocente?

—Hasta que no se demuestre lo contrario.

—¿De qué murió Lynch?

—Ya lo sé.

—¿Y no te parece demasiada casualidad?

—No.

—¡Pero Ramírez controla! ¡Y es la única persona que tiene el polvo venenoso!

—Para intoxicarte solo hace falta ir por el campo, encontrar la seta y comértela a la brasa. O que tu novia sea una hija de puta.

—¡Pero Ramírez también estuvo en contacto con Bacon! ¡Y con Costello!
—Estoy a punto de estallar.

—Baja la voz. —Me muerdo la lengua como puedo—. Es cierto, y por eso te he dicho al principio que tenías razón. La teoría se sostiene, y vale la pena seguir tirando de este hilo, pero no podemos dejar de lado las otras posibilidades. Ni precipitarnos sin ninguna prueba.

Me calmo un poco. En realidad, la situación ha mejorado bastante.

—Oye —murmuro—, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Me encanta cuando te pones misterioso.

—¿Puedo?

—Adelante, cojones.

Pausa.

—Creo que sabes algo más, algo que me estás ocultando, algo sobre Gina.

—¿Por?

—Tu obstinación en su contra.

Werber mira hacia el techo. Luego se rasca la nuca.

—Los padres de Lynch me dejaron ver una especie de notas que este y Gina se mandaban.

—¿Notas?

—Sí. Los enamorados lo hacen, ¿no?

—No lo sé.

—Te creo. —El cabrón se ríe. Tiene razón, nunca he tenido novia. Luego añade—: ¿Te gustaría verlas?

—Creo que no. —Pausa—. ¿Qué decían? ¿Le amenazaba de alguna manera?

—No.

—¿Entonces?

Werber chasca.

—Era más bien el tono. —Silencio—. Créeme, esa chica tiene una parte oscura, un diablo que se la come viva.

La luz del techo *fliquea* como un pez agónico fuera del agua.

—¿Y la policía?

Werber se dobla de la risa. Al parecer lo que he dicho es muy gracioso.

—Si la policía hiciera bien su trabajo, no habría privados.

Silencio.

—Oye —digo—, quiero llegar hasta el final de esta mierda.

Werber sonrío de oreja a oreja.

—Me gusta que digas eso, porque tengo un plan.

Me paso lo que queda de semana meditando acerca de ese *plan*. Callado como un puta. Ni siquiera Rob me saca nada, y eso que trata de tentarme con

un par de revistas guarras. El plan, ay, el plan. El plan tiene sus pros y sus contras; lo más jodido es que implica a mis amigos y, sobre todo, engañar a Gina de nuevo. Pero hay que hacerlo. Aunque sea horrible, debemos hacerlo; no hay alternativa. De todos modos, vuelve a ser lunes: no puedo hacer que el día sea más mierda.

En la entrada del Burton, convoco a mis amigos a las cinco y media en el Machen. Incluyo a Judy también. Si vamos a hacer lo que creo que vamos a hacer, necesitaremos su ayuda. Y, de todos modos, ya está enterada de todo.

Me paso el resto del día pensando en cómo voy a convencerles, pero no logro aclararme; así que las clases acaban siendo un desastre. En Biología, además, Ms. Low está afónica. Si juntamos esto con su voz de ratón, que habla en inglés y que no estoy por la labor; tenemos como resultado un excelente dibujo de un dragón con dos cabezas en mi cuaderno. En Química la cosa no mejora. No puedo dejar de ver a Ramírez como un maldito bastardo. Por lo menos, en esta ocasión, no me usa como blanco de ninguna de sus gracietas.

Luego me toca estudio autodirigido. Como sé que mis colegas me van a acribillar a preguntas, me escondo en lo más profundo de la biblioteca, al lado de Vincent.

A las cinco y cuarto, me doy cuenta de que aún no tengo ninguna estrategia para convencer a mis amigos. Qué peste.

Mientras me encamino hacia el Machen, trato de concretar algo. Cuando cruzo la puerta del café, el batido de lío que tengo en la cabeza me sale por las orejas. Y encima ya están todos. Esperándome.

Colega, estoy atrapado.

Los saludo con la cabeza y aparco al lado de Rob. Si las cosas se tuercen, puede que sea el único dispuesto a echarme una mano.

—¿Y bien? —Judy me mira.

—¿Y bien, qué? —eludo.

—Nos tienes en ascuas —Issie se pellizca la mejilla.

No digo nada.

—Vamos, Cacho —suelta Rob—. No aguanto ni un minuto más.

—Está bien...

—Un momento, querido —me interrumpe la voz de Ms. Machen. Salvado—. Antes de hablar, primero hay que comer. Y acaba de salir del

horno una estupenda tarta de limón. ¿Qué os parece si os sirvo un buen pedazo a cada uno?

La propuesta es recibida con vítores y aplausos. Pedimos también la bebida y esperamos a que llegue todo.

Las porciones de tarta son más que generosas. Su aspecto, más que celestial. Su gusto, orgásmico. Es dulce (creo que lleva merengue) y a la vez ácida, por el limón. Como una hostia y una caricia juntas. Sexo duro.

—Bien —digo, aclarándome la garganta con un sorbo de café humeante—. Empecemos por los hechos: tres chicos han muerto.

—¿Debo tomar notas? —Rob.

—Tres muertes con un común denominador.

—Ajá. —Issie.

—¿Y cuál es ese común denominador?

—Ahórrate las preguntas retóricas. —Judy.

—El común denominador, *my dear friends*, es que los tres se acostaron con Gina y que los tres estuvieron expuestos a Ramírez.

—Un momento —dice Issie—, eso son *dos* comunes denominadores.

Mierda. Suerte que Taylor, la de Mates, no me ha oído.

—Pero ¿entonces? —Judy explota—. ¿Los tres estuvieron expuestos a Ramírez?

—Exacto. Lo descubrió Werber. Ramírez era el profe de repaso de Química en los campamentos de verano.

Impactados, la emprenden a bocados con la tarta de limón.

—¿Y cuál es el plan de Werber, si puede saberse? —pregunta Rob.

—Esa es la parte chungu —digo con la boca llena.

Sus miradas convergen en mí, como si mi cara fuese el centro de un círculo.

Me tomo mi tiempo.

—La única manera de saber qué diablos pasa —digo a media voz—, es crear las condiciones para que pase de nuevo.

—¿Qué quieres decir? —Flipan.

—Debemos provocar a la bestia, sea quien sea esa bestia.

—¿Y cómo pretendes hacer eso? —Judy se ha puesto roja.

—Ford Fiesta.

—¿Ford Fiesta?

—Exacto. Con la esperanza de que Gina acabe liándose con alguien.

—¿Perdona? —Creo que Issie se está planteando abofetearme, así que me apresuro a continuar:

—Nosotros deberíamos vigilarla. Werber se ocuparía de no perder de vista a Ramírez.

—¿Estás diciendo que vamos a provocar a un asesino? —Rob ha levantado una ceja.

—Presunto asesino.

—Me parece muy arriesgado —musita—. Además, colega, es mucho más fácil vigilar a Ramírez que a Gina.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo vamos a saber qué diablos pasa cuando Gina se encierre en la habitación con su ligue?

—*Suponiendo* que ligue. —El cabreo de Issie estallará en cualquier momento.

—Gina siempre liga, es así —dice Judy con un deje de tristeza que no entiendo.

—Bueno —admito—, parto de la base de que el asesino es Ramírez y que, por tanto, Werber le va a pillar en algún momento u otro con el veneno. Da igual lo que haga Gina.

Mis amigos, enfurruñados, mastican tratando de procesar la información que acabo de darles.

Al final a Judy se le enciende una sonrisa en la cara.

—Es genial —dice mientras me coge de la mano—. ¿No lo veis? Si Ramírez es realmente el asesino, Werber podrá impedir que vuelva a matar, y tendremos la prueba definitiva que exculpará a Gina.

Issie no está de acuerdo:

—También puede pasar que Ramírez sea el asesino, pero que en esta ocasión no haga nada, con lo cual todo apuntará de nuevo hacia Gina. Por no hablar de lo que implica volver a engañarla otra vez.

—También puede ser que Gina sea la asesina —suelta Rob—. Y que mate a otra persona. Con lo cual su muerte recaerá en nuestras conciencias.

Lo miramos aterrados. Pero hay que reconocer que su idea tiene un punto.

Dejo que la nieve acabe de caer. Luego carraspeo.

—Como digo, partimos de la base de que nuestra amiga es inocente.

—Claro —suelta Issie.

Pausa.

—Entonces, ¿lo vamos a hacer?

El silencio podría rebanarse y untarse en pan.

—Necesitaríamos una buena excusa —dice Judy—, o sea, para montar el fiestón.

—Ya he pensado en eso.

—Estás en todo, ¿eh, Cacho? —Rob aplaude.

—Yo también tengo ganas de acabar con esto.

—¿La fiesta de fin de trimestre?

—Falta demasiado, no creo que Werber tenga tanta paciencia.

—¿Entonces? —Judy.

—El 16 de marzo es... —me coge un ataque de timidez.

—¿Sí?

—Mi cumpleaños.

Mis amigos se miran.

—¿Vas a cumplir... diecisiete? —dice Judy abriendo mucho los ojos.

—Sí —musito.

—Eso habrá que celebrarlo —me guiña un ojo.

La timidez me vence por completo y, perdido, levanto el brazo en un acto surrealista. Mis amigos lo toman como una propuesta de brindis, así que hacemos sonar los *mugs*.

Trato de recuperar el hilo.

—Lo más jodido será convencer a alguien para que nos deje su casa.

—Si estuviéramos en los States —resopla Rob.

—Creo que me puedo ocupar de eso —dice Issie.

—¿Baby? —Rob parece sorprendido.

—Mi casa.

—¿Y tus padres?

—A mediados de marzo estarán en Italia.

—¡Perfecto! —exclama Rob. Luego hace una pausa extraña, y suelta—:
Siempre y cuando no te importe que encontremos un cadáver en tu cuarto.

La patada en los huevos que recibe tiene como efecto un proceso de tres partes: primero se le queda la cara blanca; segundo le caen dos lagrimones, y tercero, se dobla y golpea la frente contra la mesa.

—Era broma —gimotea Rob. Issie le ignora—. Puede que tus futuros hijos salgan tarados. O que ya no podamos tenerlos nunca.

Lo que pasa a continuación es flipante. Issie se levanta, se abalanza encima de Rob y lo rodea con sus brazos. Rob, asustado, musita:

—¿Qué...?

—Yo también te quiero.

Judy y yo nos miramos.

—Pero... —Rob no entiende nada.

—¿De verdad has pensado en que tengamos hijos?

La mirada de Rob se vuelve estrábica. El acertijo es diabólico. Responda lo que responda, está perdido.

—Algún día —dice finalmente.

Issie le besa; ni Edipo en persona hubiese respondido mejor. Me abalanzo encima de Judy, creo que de puro nerviosismo.

Así que ahí estamos, morreándonos los cuatro. Vaya estampa.

Nos interrumpe un carraspeo.

—Chicos... —Ms. Machen parece escandalizada—. Seguro que un poco de aire fresco os va a venir bien.

Nos levantamos a toda prisa, pagamos y salimos a la calle.

De fondo, oímos a Ms. Machen, que habla consigo misma. «Esa receta lleva demasiado canela. No veía nada igual desde los sesenta. Dios santo, parecían conejos».

Nos reímos hasta caer al suelo.

Happy birthday, Cacho

Viernes, 16 de marzo de 1992. Y aquí el menda lerenda que cumple diecisiete años.

No te voy a engañar, hubiese preferido despertarme entre las piernas de una bulma; de Judy, por ejemplo, o de Sheena, Gina, Wendy, María, Cristina, Alejandra o Marta. Marta y sus enormes tetas. O montármelo a lo grande con Emma, o con Silvia, Mireia, Mariona o Andrea. Andrea y su lengua devoracucuruchos. O con Esther, o con Sarah, o con Núria o Ángela. Ángela, que me mandaba cartas de amor y a la que nunca besé.

Colega, ya ves, me falta criterio y me sobran hormonas.

Me pego una ducha y me planto, ansioso, delante del garito de Smellor.

¿Por qué?

Mi familia me va a llamar de un momento a otro y, la verdad, es que no puedo esperar a oír sus voces.

¡Por qué tardan tanto!

¿Se habrán confundido con la diferencia horaria? Culebras, ¡se lo dijo veinte veces!

Todos los otros estudiantes, incluido Rob, desayunan ya tranquilamente en el comedor, y yo aquí de mariachi debajo del balcón.

Smellor me observa por decimocuarta vez con un ojo, mientras con el otro controla como el humo de su cigarrillo se esfuma.

Finalmente, el teléfono suena.

Miro a Smellor, que me hace que sí con la cabeza. Entro dentro del cubículo y descuelgo el auricular.

—¿Hola?

—¡Martín!

—¡Sí!

Revienta un globo de confetis en mi pecho. Es Miranda, mi hermana.

—¡Felicidades, nene!

—¡Gracias!

—¿Cómo va todo?
—De puta madre, esta noche me han preparado una fiesta.
—¿En serio?
—Sí.
—¡Qué guay! Tengo un regalo para ti.
—¿Ah, sí? ¿Qué es?
—Unas Nike. Bueno, regalo mío y de papá.
—Gracias.
—Por Semana Santa te las damos.
—¡Vale! —Pausa—. Oye, y tú, ¿cómo vas?
—Bien. ¡Hemos adoptado un gatito!
—¿Un gato?
—Un gato no, un gatito.
—Ah.
—Lo encontró papá, en el parque de la Pegaso.
—¿Cómo se llama?
—Lindo. Es un poco arisco, pero nos hace compañía. Y tiene los bigotes muy largos.
—Me gustaría verlo.
—Ya te mandaré una foto, es negro. Oye, que papá me hace señas.
—Vale.
—Adiós.
—Te quiero.
—¿Seis peniques?
—No te flipes.
Me pasa al viejo.
—Hijo, felicidades.
—Gracias, papá.
—¿Cómo estás? ¿Cómo va todo?
—Bien.
—¿Te llega el dinero?
Un poco más no me haría ningún mal, pero no me atrevo.
—Sí, sin problemas. Gracias.
—Calla, calla. ¿Y los estudios?

—Bien.

—No descuides la Química.

—Cuenta con ello.

—¿Ya comes bien?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—Dicen que no se come bien por ahí. Quizás te podría mandar naranjas.

—¿Naranjas? Papá, aquí hay naranjas.

—No serán como las del árbol de tu tía.

—Papá, no seas pesado.

—Está bien, está bien. Cuídate mucho, ¿eh? ¿Me lo prometes?

—Sí. Tú también.

—Tengo que colgar, hijo, que esto vale un dineral.

—Claro, papá.

—Mándanos alguna postal, o alguna carta.

—Vale.

—Un beso.

—Un beso, papá. Adiós.

—Adiós, hijo, adiós.

Cuelgo el teléfono. Se me ha hecho corto. Y no hemos hablado de mamá. Las tripas me suenan. Hoy no es día para estar triste.

Entro al comedor. Agarro un café, unos huevos, unas alubias con salsa de tomate, un par de salchichas y un vaso de agua.

Rob lo flipa.

—Buenos días y... ¡Felicidades!

—Gracias.

—¿Cogiendo fuerzas para esta noche?

—*Indeed.*

Issie lleva varios días preparando mi fiesta de cumpleaños, así que, cuando terminemos las clases, nos espera una farra de las buenas.

Devoramos como zombis todo lo que se nos pone por delante y salimos a la calle más felices que un niño con tebeos nuevos.

Cuando estamos a unos metros del *college*, alguien me ataca por detrás, se

sube a mi espalda y me tapa los ojos con las manos.

—Pero ¿qué cojones...?

—¿Quién soy?

Un momento, ese olorcillo tan gustoso...

—Judy.

—¡Felicidades!

El retaquito hace una especie de voltereta por encima de mi cabeza y alcanza el suelo de un salto. Joder. No me extraña que me ganara el día de la *carrera de pollos*.

Antes de que pueda decir nada, me pega un largo y cálido beso.

—¿Cómo se presenta el día?

—Ahora, genial.

Tener novia debe ser algo así.

Entramos al *college*.

En las escaleras que llevan al aula de Matemáticas me encuentro con la profe, Katherine. Me sonrío a modo de saludo. Los ojos le brillan como piruletas.

—Cacho —me dice—, pareces feliz esta mañana.

—Es mi cumpleaños.

—Oh, entonces, felicidades.

—Gracias.

Llegamos al primer piso.

—¿Así que has decidido que la mejor manera de celebrarlo es viniendo a mi clase?

—Voy a por la A —le guiño el ojo.

—Tendrás que esforzarte mucho para que te ponga esa nota. De todos modos, gracias por no hacer novillos.

—No hay de qué.

—Era una ironía.

Colega, el noventa por ciento de lo que te diga un inglés es ironía; el diez por ciento restante, sarcasmo.

Entramos en clase y nos sentamos en lo que van siendo nuestros sitios habituales; Rob y el menda en la penúltima fila, Issie y Judy en la segunda.

—Abrid vuestros cuadernos por la página cincuenta y siete —dice

Katherine mientras se pone de espaldas y empieza a garabatear en la pizarra.

«Variables e incógnitas», escribe. Parece que hable de adolescentes, pero no, la cosa va de álgebra.

¿Quieres que te diga una cosa? Por una vez las matemáticas no me parecen un coñazo.

Lo que hace estar feliz.

Cuando termina la clase, me separo de mis amigos y subo hasta el segundo piso. A ver si la cosa sigue bien y Miller se regala con una clase facilona.

Justo cuando voy a entrar al aula, Mofeta Freud me corta el paso.

—Cacho, felicidades. ¿Puedo venir a la fiesta?

Pausa.

—¿Qué fiesta?

Pausa.

—La tuya.

—Oh, lo siento, se canceló.

Mofeta resopla.

—Qué mala suerte. —Se golpea la cabeza—. ¿Cómo espera mamá que ligue si no hay fiesta? —murmura.

Casi me apiado de él, pero al final decido seguir apostando por su complejo de Electra.

Mofeta entra en el aula y se sienta en el rincón más oscuro que encuentra.

—¿Es eso cierto?

Una cabeza aparece por encima de mi hombro. Es de Daniela.

—Ni de coña. La fiesta sigue en pie, y espero que vengas.

—Cuenta con ello.

Entramos al aula y nos sentamos juntos. Miller no se hace esperar mucho. Viene con un montón de VHS, así que supongo que estoy de suerte y será una clase díver.

—No os dejéis engañar por estas cintas —advierte mientras avanza hacia la pizarra—. Hoy no vamos a ver películas.

—¿Entonces? —suelta Mary, haciendo volar su pelo rizado y negro.

—Son anuncios.

—Qué coñazo —murmura.

—Fingiré que no he oído eso.

Mary se sonroja, Miller prosigue:

—Vamos a hablar de percepción, de cómo nuestros ojos y nuestros oídos decodifican la realidad. Y de cómo podemos engañarles. Veremos algunos mensajes subliminales o, mejor dicho, trataremos de verlos.

Acaba siendo una clase de lo más refrescante, y acabamos, también, todos, queriendo tomar Coca-Cola.

Lástima que nos meta deberes.

Me despido de Daniela y me reúno con mis amigos en la cantina. Lo que han preparado no es un festín de cumpleaños, pero al menos no es coliflor. Y, de postres, hay flan. Nada que ver con el de mi madre, pero está fresquito y entra la mar de bien.

Luego un pito a escondidas y...

¡Por fin, libres!

La fiesta no va a empezar oficialmente hasta dentro de un par de horas, así que tenemos tiempo de sobras para pasar por la residencia, cambiarnos de ropa y relajarnos un poco.

Cuando estoy listo, voy a la habitación de Rob e invocamos a los dioses del amor y del sexo para que nos ayuden esta noche.

Antes de salir, dejamos la ventana abierta, no vaya a ser que Smellor nos pillara, a estas alturas, entrando borrachos.

Luego vamos a nuestro súper de confianza a pillar el nenuco. Hemos quedado allí con Gina y Judy.

Las bulmas nos esperan fumando un cigarrillo. Están espectaculares. Mini roja, jersey dorado, chaqueta de cuero negro; Gina. Tejanos ajustados y jersey amarillo, Judy. Me gusta; el amarillo liga con sus ojos.

—¡Felicidades! —dicen los labios rojos de locomotora de Gina.

—¡Gracias!

—¿Y Issie? —pregunta Judy.

—En casa, acabando de prepararlo todo —dice Rob, resignado—. Yo me encargo de pillar lo suyo.

Nos hacemos con tanto nenuco que podríamos abastecer un coro ruso (técnicos de sonido y luces incluidos). Escondemos las botellas en bolsas opacas —no vaya a ser que levantemos sospechas por el camino—, y pillamos un bus que nos acerca a Camden.

Luego andamos hasta Rochester Road, donde vive la familia de Issie.

Rob nos hace de guía, como si fuera un *londoner* de toda la vida; debemos parecer una bonita comitiva.

La casa resulta ser una pequeña preciosidad de color blanco y azul cielo. Bonita, pero no ostentosa. Grande, pero no transatlántica. A juzgar por las ventanas, diría que tiene dos plantas y un sótano. Supongo que tampoco le faltará el jardín trasero.

Además, la puerta de entrada está separada de la calle por cuatro peldaños y resguardada por un techo (rollo griego) que se apoya en dos columnas.

Ole.

Subimos la escalerita y llamamos al timbre.

No tardamos mucho en oír los pasos de Issie. Obviamente, somos los primeros en llegar; de eso se trataba, de venir un poco antes para que la gente no se encontrara la casa desierta.

—Cerrad los ojos —nos dice desde detrás de la puerta.

Obedecemos como buenos corderitos y, a tientas, pasamos al interior. Issie nos conduce hasta lo que debe ser el comedor.

—Ya podéis mirar.

Uau. Lo ha decorado todo con un sinfín de pequeñas bombillas, como esas que se usan para iluminar el árbol de Navidad; pero estas son todas de color blanco. Ha quedado muy bien.

En un rincón ha puesto, también, una mesa con vasos de plástico, patatas, bocadillos, frutos secos, gominolas y demás mierdas.

Enfrente, un montón de sobres pegados en la pared. Cada uno tiene un número escrito con rotulador rojo. Debajo, una mesita con papelitos y bolis.

—¿Para qué diablos es eso?

—Para poder dejar mensajitos.

—¿Mensajitos?

—Sí —dice Issie, sacando una hoja llena de pegatinas—. Cada persona tiene un sobre y una pegatina con el mismo número.

—Y, ¿cómo funciona?

—Solo tienes que mirar el número de la persona que te interesa y dejarle tu notita en su sobre. Ya que es tu cumpleaños, tú serás el número uno.

Mientras me coloca la pegatina en el pecho, Rob carraspea.

—Pero ¿de dónde has sacado esta idea? —pregunta.

—Una buena fiestera nunca revela sus fuentes.

—¡Es genial! —exclama Gina—. ¿Qué número me toca?

—El dos.

Issie acaba de engancharnos las pegatinas.

—Pues yo no le veo la gracia —murmura Judy.

—La gracia —argumenta Issie— es que puedes dejar mensajes a la gente que te interesa.

—¿Y no es mejor decir lo que tengas que decir a la cara?

—Depende. —Issie me guiña un ojo.

—Además —añade Gina—, supongo que no siempre hace falta firmar los mensajes, ¿no?

—Exacto, solo debes asegurarte de que nadie te ve cuando le dejas *ese* mensaje secreto a *esa* persona tan especial.

—Puede ser divertido —admito.

—Pero ¡basta de cháchara!

Issie se aleja, feliz, y pone en marcha el estéreo. Por los altavoces suena el último de los Queen. Todavía no me saca de la cabeza lo de Mercury.

Nos ponemos cómodos y preparo unos calimochos. Colega, no hay nada mejor que empezar la noche con un refrescante calimochito; y debo decir que, gracias a mi sabia influencia, se han popularizado bastante por aquí.

Encendemos una primera ronda de cigarrillos y me siento en la gloria.

De la cocina, Issie sale con un paquete.

—Esto es de parte de todos —dice.

Ha dicho *todos*.

Todos que me miran, *todos* que son mis nuevos amigos, *todos* que están aquí conmigo. *Todos*.

Colega, se me cae una lagrimilla. Ya estamos de nuevo con el numerito de la hoja temblorosa.

—Gracias —murmuro como puedo.

Rasgo el envoltorio con las dos manos. Debajo aparece una chaqueta de lo más molona, de esas que llevan los *skins* y que tienen el forro rolo escocés.

—Es una Harrington —dice Judy—. ¿Te gusta?

Después de un rato luchando con mis mohínos, logro soltar:

—Es una pasada.

—¿No te la pruebas? —pregunta Rob.

Me la enfundo.

—Estás muy guapo —dice Gina mientras me pasa la mano por el pelo.

Me siento más *Special* que un John Player.

Suena el timbre. Alguien llega, por suerte.

—¡Que empiece la fiesta! —grita Issie, y se va a abrir.

Rob sube la música del estéreo, justo cuando empieza *The show must go on*.

Y, en medio del subidón, hace su aparición Wendy, vestida de un rosa horrendo y acompañada de un chicarrón con el pelo a lo Beatle.

—Feliz cumpleaños —me dice.

—Gracias.

—Te presento a Malone.

—¿Malone?

—Sí —dice el tipo—. Pero puedes llamarme Richard.

—Me gusta más Malone.

—Como quieras. Felicidades.

—Gracias.

Luego llega Daniela. Viene acompañada de una bulma con el pelo a lo chico. Van cogidas de la mano.

—¡Felicidades! —Me da un pequeño paquetito envuelto en papel azul.

Lo abro. Es una cinta de casete Sony Metal XR que ha grabado para mí.

—¡Gracias!

—Son canciones que me gustan. Ya la escucharás en casa, eh.

—Seguro.

La gente sigue llegando, pero ya no me saludan; así que pronto me olvido de que la fiesta es en mi honor. Además, la mitad de los que mueven el esqueleto no saben ni quién soy. Tampoco me importa. Se trataba de montar una Ford Fiesta. Y aquí estamos.

Me voy para la mesa, pillo unos cacahuetes, un poco de hielo y me sirvo un vodka Seven.

Veo los sobres pegados a la pared. Veamos. Meto la mano en el que lleva el número uno. Dos mensajes.

«Me gusta tu culo». El primero. No va firmado.

«No te emborraches mucho, recuerda lo que hemos venido a hacer». El segundo. Fijo que es Judy. Miro el número: el cuatro. No falla. Agarro uno de los papelitos y escribo: «Nunca subestimes a un catalán». Lo meto en su sobre y pego otro sorbo del copazo. Pero tiene razón, no podemos perderle el ojo a Gina.

En el centro del comedor, un tío feo con gafas mueve la cadera a lo Travolta, mientras una pelirroja con michelines agita el escote.

Vagabundeo.

En la cocina encuentro a Rob, Issie, Gina y Malone que discuten acerca de no sé qué equipo de *rugby*. Vaya mierda, y eso que se supone que es mi fiesta de cumpleaños.

Ya que estoy ahí, relleno el vodka Seven.

Salgo al jardín atraído por un grupo de gente que mira por la ventana de la caseta de las herramientas. Están completamente absortos. ¿Qué culebras habrá dentro?

Me acerco y alguien me pasa un *mai*.

—¿Qué hay ahí? —pregunto mientras pego una calada.

—Están follando —me dice una voz familiar—. O eso he oído.

Me giro. ¡Es Vincent! ¿Quién coño lo habrá invitado?

—Felicidades, Cacho.

Trata de darme un abrazo, pero logro esquivarlo.

Echo un vistazo al interior de la caseta. El cristal del ventanuco está empañado, pero la estampa que hay dentro es inequívoca: un tío rapado al cero —con los pantalones por los tobillos— bombea encima de Bailey, la cerdita escocesa de Biología. Parece estar disfrutando de lo lindo, ajena a los mirones asquerosos.

—¿Me haces un hueco? —pregunta Vincent.

—Todo tuyo —digo, alejándome.

Vuelvo al comedor. Pillo a Judy escribiendo notas en los sobres mientras sorbe de un líquido rojo.

Enciendo un cigarrillo y le doy una calada.

—¿Qué haces?

—La estoy liando parda. Mira.

Me enseña una notita que ha escrito: «¿Me das un beso?»

—Pero ¿qué? —Suelto el humo.

—Calla —me dice, tapándome la boca con la mano—. Mira.

Me enseña el número con el que ha firmado la nota. Es el doce.

—Pero si tú llevas el número cuatro.

—De eso se trata, tonto.

Pausa.

—Oh, no.

—Sí. —Me da un beso.

—¿Y quién es?

Me señala la pelirroja de los michelines.

—¿Y a quién le escribe?

—No tengo ni idea, ahí está lo mejor.

Mete el papelito en el primer sobre que encuentra.

—Pero...

—A ver si se lían todos con todos. —Está que se parte.

—¿Cuánto has bebido?

—Solo un poquito.

—Ya, y eso que teníamos que estar sobrios.

—Lo he pensado mejor. Si no queremos levantar sospechas, tenemos que integrarnos en la fiesta.

Qué culebras. Tiene razón.

—¿Qué bebes?

—Campari.

—¿Queda?

—*Of course* —dice, rescatando la botella de detrás de un marco enorme que contiene la familia de Issie.

Nos servimos dos copazos.

Por el estéreo empieza *Material girl*, de Madonna.

Judy se lanza a bailar como una loca.

Decido localizar a Gina, no vaya a ser que, de pronto, desaparezca escaleras arriba.

La encuentro en la cocina. Está con Rob y Malone. Me acerco.

—Un brindis por este tipo —dice Rob.

Los vasos chocan en el aire. Me dan palmaditas. Me llega una bolsa de Doritos. Luego Malone agarra a Gina por la cintura y le da un beso. Esta ríe, luego se escapa. Malone se va detrás de ella.

—¿Lo conoces? —le pregunto a Rob.

—¿Richard?

—Sí.

—Claro. Está en la residencia.

—¿En serio?

—¿No te habías fijado?

—No sé, hay un montón de peña.

—Es de treceavo.

—Se nota.

—No te menosprecies, Cacho, que ya tienes diecisiete.

—Puto pelo a lo Beatle.

—Pero ¿a ti quién te gusta, Gina, Judy o todo lo que se menea? No hace falta que respondas.

Nos pegamos una buena risotada.

—¿Tequila? —Nos lo ofrece un tipo con un casco de *rugby*.

—¡Qué cojones, venga!

Pegamos un trago directamente de la botella. Parece mata ratas.

—¡Otra! —grita el tipo, levantando la botella—. ¡Por Mutt Sanders!
—Parece sacado de la fiesta de *El club de los poetas muertos*.

—Vamos a ver los sobres —murmuro. Esa peli no acaba nada bien.

Rob pone cara de no entender, pero, de todos modos, escapamos al comedor. Por suerte, el loco no nos sigue.

En el centro, en medio de una nube de humo, un montón de gente baila sin cuartel.

A un lado, otro grupo lee y escribe notitas. La idea de Issie ha sido todo un éxito.

Nos acercamos y Rob abre su sobre.

«¿Me harás maullar?» No trae firma.

—Esto es la pera, te sube la autoestima que no veas —dice Rob—. Venga, abre el tuyo.

Meto la mano dentro y saco un mensaje.

Lo leo y me quedo congelado.

—¿Qué te pasa? —pregunta Rob.

Se lo enseño: «¿Quieres ser el siguiente en morir? Déjalo estar».

Pausa.

—Esto solo puede ser una broma.

—Pues no tiene puta gracia.

—Tranqui, colega.

—Alguien más sabe nuestro secreto.

Vincent se acerca hacia nosotros con una sonrisa en la cara. Voy a darle un puñetazo, pero Rob me detiene. El francés mete la mano en su sobre y saca cinco papelitos. Está exultante.

—Por una vez, ¡triumfo total! —exclama.

—¿Estás seguro, Vincent? —espeta Rob.

—*Oui, oui, oui*. Los franceses triunfamos, en el amor, por la pluma. ¿O es que no habéis leído el *Cyrano*?

Le dejamos marchar. Sea lo que sea, no nos conviene montar un numerito. Y ya la cagamos una vez con él.

—Creo que es el momento de pasar al *whisky* —dice Rob sacando una petaca—. Ya habrá tiempo para meditar sobre esto.

—Estoy de acuerdo.

Nos tomamos unos lingotazos y luego vamos a la pista a bailar. El movimiento me libera del acojone.

Al poco se nos une Judy.

—¡Cacho! —me tira de la manga.

—¡Judy!

—¿Vas borracho?

—Tú también.

—Joder.

Rob trata de iniciar una conga. Debemos huir de eso como de la peste. Rob está teniendo éxito. Agarro a Judy y nos escondemos debajo de la mesa.

—¿Qué pasa? —murmuro.

—Gina.

—No jodas.

—Sí, ha subido las escaleras. Adivina con quién.

—¿Malone?

—Tenemos que seguirles.

—¿Estás segura?

—No me jodas, este es tu maldito plan. ¿Te vas a rilar ahora?

Tiene razón.

—Vamos.

Aprovechando un momento de confusión generado por la conga, nos precipitamos hacia las escaleras. Subimos a trompicones, como perros de presa husmeando el delito. Cuando llegamos al último escalón, Judy tropieza, así que rodamos por encima de la moqueta, como si nos hubieran expulsado de un imaginario toro mecánico.

Judy suelta un eructo y nos partimos de la risa. Delante de nosotros hay tres puertas, dos de ellas abiertas. Nos acercamos a la que está cerrada.

—Esta es la cosa más rara que he hecho nunca —susurra Judy—. De lejos.

—Y yo.

Nos arremolinamos delante de la puerta, luchando por pegar el ojo al agujero de la cerradura. Soy el primero en conseguirlo.

—¿Ves algo?

—Más o menos.

—¿Qué hacen?

—Se fuman un porro.

Judy sonrío.

—Kali Mist —murmura.

—Lo que sea.

Me aparta y amorra el ojo.

Durante un rato no dice nada.

—¿Qué ves, joder?

—Todo normal —murmura—. Se acaban de beber las copas a *Sant Hilari*.

—Pausa—. Ahora se morrean. Espera. Empiezan a desnudarse.

Judy se aparta de la cerradura.

—No puedo.

—Tengo una idea.

La cojo de la mano y la arrastro al lavabo. Enciendo la luz. Es todo de color rosa, la cosa más cursi que hayas visto jamás. Debe ser el de los padres

de Issie.

—Cacho, no sé si es buena idea, no estoy nada excitada.

—Calla.

Agarro el vaso que contiene los cepillos de dientes y lo vacío en la pica.

—Pero...

—Ven.

La arrastro hasta la habitación que queda justo al lado de la de Gina y Malone. Cierro la puerta con cuidado y coloco el vaso contra la pared.

—Cacho.

—Shhh.

Con un dedo le hago entender que tiene que pegar la oreja al culo del vaso. A los pocos segundos, las pupilas de Judy se dilatan.

Me da un pellizco en el culo.

—¿De dónde has sacado la idea?

¿Mortadelo y Filemón?

—Lo vi en alguna película —farfullo.

Nos turnamos en esta extraña tarea de escuchar como Gina y Malone avanzan en sus escarceos.

—Empiezo a sentirme mal —dice Judy—. Si Gina se enterara de lo que estamos haciendo...

—Ya, esto es ridículo —murmuro—. E inútil. Nunca podremos saber si...

No puedo terminar la frase: Gina suelta un alarido. Judy y yo nos miramos. Estamos de acuerdo: ha sido de placer, no de dolor. Y la cosa sigue. Al poco, ni siquiera es necesario el vaso; los suspiros de Gina se oírían en medio de la jungla. Nos quedamos callados. Ninguno de los dos lo dice, pero esto empieza a ser incómodo de cojones. Y excitante, diría. ¿Soy un cerdo? ¿Pero qué pregunta es esa? Pues claro que lo soy, maldita sea. Miro a Judy a los ojos. Le brillan en la oscuridad. Bien. Ahora solo es cuestión de que alguien se atreva a dar el primer paso. Saboreo el momento como ese instante antes de tirarte de cabeza al mar. Al final, nos lanzamos los dos a la vez; los labios goteando de placer. Y nos desnudamos a lo loco. Y nos toqueteamos. Y me pone el condón con esas manitas tan dulces. Sus pulseras tintinean. Y la banda sonora, que llega de la habitación de al lado, nos anima. Pim-pam, pim-pam. Y esta vez estoy aguantando como un jabato; supongo que el efecto anestésico del nenuco

está de mi parte. Pim-pam, pim-pam. Judy empieza a gemir más que una soprano italiana. Yo no puedo dejar de emitir un sonido como de perro pisado. Los gemidos se mezclan con los de Gina y Malone. Pim-pam, pim-pam. Si cierro los ojos es casi como si mis embestidas dieran placer a la una y no a la otra. O como si estuviéramos en una orgía.

Solo diré una cosa: nos corremos los cuatro a la vez.

Judy acaba toda empapada, abrazada a mí, como un koala en celo.

Ah, la vida.

De golpe se abre la puerta.

—¿Estáis follando en mi habitación?! —Es Issie—. No puedo creerlo.
—Se va dando un portazo—. *Bastards*.

Pues sí, cumpleaños feliz.

El día después

Me despierto con un dolor de cabeza de campeonato, aturdido, como si me hubieran clavado el tornillo de una vía de cercanías. Trato de moverme, pero eso solo hace que empeoren las cosas. Forcejeo. Nada. Hasta que me doy cuenta de lo qué pasa. ¿Seré gilipueñas? ¡Voy vestido de pies a cabeza! Llevo hasta la Harrington puesta.

Cacho, tómatelo con calma.

Me concentro a lo André Agassi y, poco a poco, logro que mi cuerpo se incorpore *nosferatamente*. Una tremenda náusea me invade. Pego un salto y emito un tsunami en la pica de la habitación. El hedor que queda es tremendo. Enciendo el grifo y lo tengo media hora abierto para que trague la papilla.

Luego me arrastro en bolas hasta la ducha.

Por el pasillo, dos bulmas cuatro ojos gritan.

El desayuno, ni te lo cuento.

Decido salir para que me toque un poco el aire.

Cuando estoy cruzando la puerta del *college*, Smellor me detiene.

—Cacho.

Parece cabreado. Quizás haya descubierto que la mitad de la peña entra de noche a través de las ventanas. Me preparo para lo peor.

—Buenos días, Mr. Mellor.

—Alguien ha dejado esto para ti —dice pasándome un papelito plegado.

—Gracias, Mr. Mellor.

Me mira de arriba abajo.

—¿Qué te ha pasado esta noche?

—¿Por qué lo dice?

—Haces más mala cara que un ministro al final de una sesión parlamentaria. —Ríe de su propia ocurrencia.

—Ah, eso —me apresuro a decir—. Insomnio. Una mala noche.

Smellor resopla.

—Esto que te voy a decir, lo negaría delante del papa. —Se acerca con un

halo de misterio, haciendo ostensible su aliento putrefacto—. Yo también sufro de ese mal. —Hace una pausa—. A veces, un dedal de brandi antes de ir a la cama, ayuda. —Me guiña el ojo. Creo que empieza a considerarme su amigo. Qué peste.

—Muchas gracias por el consejo, Mr. Mellor. ¿Alguna marca en especial?

—¿Cómo?

—Nada, nada.

—Anda, pasa. Un poco de aire fresco te vendrá bien.

Salgo a la calle y despliego la nota.

¿Nos vemos e intercambiamos informaciones?

Creo que te va a interesar lo que he descubierto.

A la una en el Sherlock Holmes Pub.

H. W.

Se me anuda el estómago. Por un momento había olvidado que la fiesta de ayer tenía un propósito. Y, si ayer Werber no pilló a Ramírez con el culo al aire, estamos jodidos. Porque Gina pudo perfectamente envenenar a Malone. No hay manera de que pueda demostrar lo contrario. Si es que alguien envenenó a alguien, claro.

En fin. Si no me equivoco, el Sherlock está cerca de Trafalgar Square. Es una de las visitas obligadas que me señaló Ms. King durante las clases de verano. Qué lejos quedan ya.

Echo a andar. Como casi siempre aquí, cae una fina lluvia, pero ya he aprendido a ignorarla. Me debo estar volviendo un poco inglés.

El desgastado Nicholson de bolsillo me muestra diversas rutas. Al final me decanto por pasar por Covent Garden; me viene de camino y, culebras, sigo siendo un guiri.

Contemplo en un escaparate un surtido acojonante de Martens. Una voz resuena en mi cabeza: «¡Dr. Martens, botas!». Molan, pero valen un ojo de la cara. Anda que no fliparían los colegas de Barcelona con unas Martens compradas en Londres.

Me subo el cuello de la Harrington y sigo andando.

Cuando llego a la entrada del Sherlock, Werber me está esperando en la

puerta.

—¿A qué debo el honor? —pregunto.

—No te olvides de que eres un niño, Ketchup. Esto no es Los Tres Salmones; debes entrar acompañado de un adulto.

Tocado y hundido; no sé cómo voy a defender mis posiciones hoy.

Entramos.

Vaya, el local es muy molón. Todo decorado con objetos y pósters del famoso detective. Werber se acerca con aire misterioso a una vitrina.

—¿La ves? —dice señalando con el dedo—. Es la auténtica.

Miro. Entre varios objetos, destaca la mítica pipa de madera. Me meo encima.

—¡No jodas! ¡Qué pasada! Pero cómo... —Me muerdo la lengua, pero ya es demasiado tarde. Werber me mete un coscorrón.

—¿De verdad crees que Sherlock Holmes existió? —Se peta.

—*Bastard*.

Nos sentamos y ordena *Roast gammon*, cerveza y agua. La ley no me permite el nenuco. Por una vez, me alegro. De lo contrario, creo que hubiera potado de nuevo.

La comida no tarda en llegar. El olor es delicioso.

—¿Quién empieza? —pregunta Werber.

—¿No podemos comer los dos a la vez?

—Muy gracioso. ¿Quieres empezar?

—No.

—Está bien, no me importa ser el primero —dice sacando una libreta del bolsillo de la chaqueta—. Veamos.

Se tira un buen rato pasando páginas. De vez en cuando sonrío, o sube las cejas, o dice «Ajá». Me pone de los nervios. Luego le da un tiento a la comida. Luego pasa más páginas. Luego se suena.

Al final estallo.

—¿Pero es que no me lo vas a decir?!

Me mira.

—¿El qué?

—Si Ramírez envenenó a Malone.

Pausa.

—¿Malone? ¿Quién coño es Malone?

—El tío que se folló Gina.

—Gracias.

Apunta en la libreta. Cabrón. Voy a dar un puñetazo en la mesa, pero me detiene.

—Vayamos por partes. —Se aclara la voz—. Ramírez salió del instituto a las 5:30 p. m. Fue andando hasta el supermercado que hay al lado de su casa y se compró una botella de vino, un trozo de queso manchego y unas tostadas. Luego se fue al parque, se puso unos auriculares y empezó a pimplar. La música era espantosa. Pasodobles, o tangos, o algo español.

—¿Cómo lo sabes, si llevaba auriculares?

—Me senté a su lado. Tenía el volumen muy alto. Al cabo de una hora había vaciado la botella y había dado buena cuenta del queso. Entonces, se levantó y empezó a vagabundear por el parque. A eso de las 7:00 meó detrás de un roble y unas ardillas le tiraron una nuez en la cabeza.

—Vaya.

—Luego volvió al súper y se compró unas madalenas de chocolate y unas velas.

—¿Cómo?

—Déjame terminar. Entró en su casa. A la media hora, una puta llamaba a su timbre.

Me atraganto.

—¿Ramírez, putero?

—Los hay en todas partes.

—Pero, entonces, no podemos saber qué pasó a partir de ahí, ¿no?

—Sí, podemos. Hubo suerte. Mary Jane tiene muchos contactos, y no es la primera vez que me ayuda. La chica en cuestión se llama Candy.

—No jodas.

—Por delante y por detrás. Por unas cuantas libras, hemos obtenido un relato detallado de los hechos.

—¿Qué pasó? —Estoy que muerdo.

—Primero Ramírez le hizo que le cantara el cumpleaños feliz, a lo Marilyn.

—Pero ¿entonces?

—Sí, era su cumpleaños.

Mastico como un poseso. Esta información es alucinante.

—Luego se comieron las madalenas.

—¿Y luego?

—Ramírez le puso a Candy un vestido regional español. —Me atraganto—. Al parecer estuvieron bailando y bebiendo. Cuando Ramírez quiso hacer algo estaba tan borracho que no pudo. Acabó vomitando encima de Daisy...

—¿Daisy?

—Su iguana. Luego, entre lloriqueos, se encerró en el baño. Candy logró convencerle para que saliera al cabo de media hora. Le dejó semiinconsciente en la cama sobre las 2 a. m.

—¿Y no podría ser que se recuperara más tarde y saliera?

—Imposible, me quedé toda la noche haciendo guardia. Vengo de empalmada.

Terminamos lo que queda en los platos y Werber pide dos cafés.

—Ahora tú.

—Confiaba que no tuviéramos que llegar a mi crónica.

—Ya. Sigues creyendo en la pija, ¿no?

—Sí.

—Pero no puedes decir nada en su defensa, ¿verdad?

—No mucho —admito—. Como soy un bocazas, ya sabes la parte más interesante.

—Una nueva presa cayó en la tela de araña.

—Exacto.

—El tal Malone. —Se rasca la ceja—. Entonces, ¿se lo picó?

—A saco.

—Tu vida por un buen polvo... —Werber parece meditar—. No gracias. ¿Y después?

—Estuvieron un rato en la habitación, y luego se reincorporaron a la fiesta. Sin más.

—O sea que, perfectamente, le pudo echar algo en la bebida mientras estuvieron encerrados.

—Sí. Pero eso también pudo pasar en cualquier otro momento. Había

montones de peña en la fiesta.

—Ya, peña *sin ningún antecedente*.

Llegan los cafés y encendemos unos cigarrillos.

—En este caso, supongo que solo nos queda esperar —dice Werber.

—¿Esperar?

—Sí. Si Malone vive, reconsideraré mi postura con Gina, lo prometo; si muere, iré a la policía.

Noto un pinchazo en la barriga.

—¿No deberíamos advertir a Malone?

—¿No dices que Gina es inocente?

Supongo que tiene razón, así que me callo. Werber remueve el culo en la silla, como si le picara. Luego dice:

—En cualquier caso, si hay alguna novedad, llámame. Y, si te quieres quedar más tranquilo, échale un ojo a Malone de vez en cuando.

De golpe, me viene como un tiro:

—¡No estoy por Semana Santa!

—Cojones.

—Mierda.

—¿Cuándo te largas?

—El sábado que viene, ¡menos de siete días!

Werber apaga el cigarrillo.

—Oh, tranquilo; créeme, si Malone lleva la toxina dentro, lo sabremos antes.

Deja dinero encima de la mesa y se larga. Tacaño, al menos, no se puede decir que sea.

Me quedo con un regusto amargo en la boca. *Què hi farem*. Luego me levanto y, antes de salir, echo otra ojeada a la pipa de madera. Mira que soy lerdo.

Llego a la residencia y me voy directo a la habitación de Rob. Llamo a la puerta, pero no responde. Este es capaz de seguir durmiendo. Vuelvo a llamar, pero nada. Igual está en las duchas. Justo cuando ya me voy, aparece por el pasillo, envuelto en una toalla minúscula, enseñando el culo y dejando un reguero de agua.

Las cuatro ojos de la mañana pegan otro alarido. Estamos contribuyendo a

que esto parezca el pasaje del terror.

—Buenos días, Cacho.

—¿Buenos días?

—Ya, bueno, se ha hecho un poco tarde.

—Noticias.

—Cerebro frito.

Rob se viste y bajamos al comedor. Pillamos unos cafés de la máquina y nos sentamos en un rincón.

—He visto a Werber —susurro.

—Ya.

—Estamos jodidos, tío. Ramírez no ha hecho nada.

Rob remueve el café.

—¿Seguro?

Le hago un resumen del patético cumpleaños de nuestro profesor de Química.

—Vaya, vaya —murmura—, esta sí que es buena.

—¿Buena?

—Ramírez, marrano.

—Es una tragedia, colega. Y te digo una cosa: si le pasa algo a Malone, empezaré a pensar que Gina, realmente, pueda tener algo que ver.

Un trago del líquido negro.

—Relájate, macho. No le va a pasar nada.

—¿¿Cómo lo sabes?! —estallo—. ¿Cómo podemos saber que ayer no hizo nada malo? —Me derrumbo—. Nuestro plan hace cagar.

—No si Ramírez es el malo de la peli. Y yo sigo pensando que lo es. Si Werber no nos engaña, y estuvo toda la noche vigilándole, no va a morir nadie.

—Puede.

Terminamos el horrendo café de máquina. La seguridad de Rob me tranquiliza un poco.

—Aun así, mejor estar atentos —digo, levantándome.

—Hoy será difícil —responde Rob, bostezando—. ¿Dónde vas?

—A dar una vuelta.

Le dejo con la palabra en la boca y salgo a la calle. No tengo un plan previsto, solo una idea en la cabeza: hablar con Gina. Si las lecciones de Mr.

Miller valen para algo, debería ser capaz de ver si miente.

Como no tengo su teléfono, decido presentarme directamente en su casa. Paso de preguntarle a Judy. Así que salgo a la calle y me meto a andar en dirección a Holborn. Vuelve a hacer un frío que pela.

Encuentro poca gente en el metro, se nota que es domingo. Trato de distraerme pensando en qué le voy a decir, pero no me sale nada.

Salgo igual de vacío que he entrado. Enfilo por Haverstock Hill hasta la Lyndhurst Road, justo como la otra vez y, al poco, ya veo la gigantesca casa de los Moore.

Cuando me planto delante de la gruesa puerta de madera, la mano casi me tiembla. ¿Y si contesta Mr. Moore? A la mierda. Aprieto el botón.

Abre la puerta una chica del servicio.

—¿Sí?

—¿Está Gina?

—Miss Moore ha salido. —Me escanea de pies a cabeza—. Si quieres dejar alguna nota...

Me lo pienso unos segundos.

—No, es igual.

A la mierda. Me giro.

—Yani, déjale pasar. —La voz de Gina llega desde las escaleras.

Chicken run.

Me giro de nuevo y entro. Está en pijama. A juzgar por la cara que trae, también tiene una resaca del copón.

—Sube.

Obedezco.

Entramos en su habitación. Es acojonante. Tiene dos niveles separados por un escalón; en el superior destaca una imponente cama que, al menos, debe hacer metro noventa; en el inferior, un inmenso escritorio, dos armarios y un sofá fucsia delante de una chimenea. También tiene un televisor encima de una mesita y un estéreo con altavoces JBL. Suena música clásica. La monda.

—Lo siento, no quería ver a nadie —murmura—. Tengo un dolor de cabeza espantoso.

—Gracias por la excepción.

—De nada, bla, bla, bla. —No parece estar por hostias—. Te ofrecería

algo, pero...

—¿Tienes agua?

—Sí.

Me pasa una botella de Tesco.

—¿Qué es? —digo señalando el tocadiscos.

Resopla.

—¿Has venido para preguntarme qué coño de música escucho?

—No.

—¿Entonces?

Trato de decir alguna chorrada, pero no puedo.

—Cacho.

Me derrumbo.

—Yo... —Pausa—. Werber... —lloriqueo.

—¿Qué mierdas pasa con Werber? —Estoy viendo la peor versión de Gina.

—Sigue pensando que...

—¿Que me voy cargando a la peña?

La emprende a hostias con la botella. Luego me mira, rabiosa, esperando una explicación. Igual no ha sido una buena idea venir. A duras penas logro contarle lo que hicimos la noche pasada.

Cuando acabo, todavía se pasa un rato poniendo caras raras; como si estuviera procesando.

Luego enciende un cigarrillo.

—¿Así que los que estabais en la habitación de al lado erais tú y Judy?

—Sonríe—. Buen polvo.

—Gina, creo que no comprendes...

Me pone una mano en la boca.

—Comprendo perfectamente. Si Richard la palma, Werber irá a la policía con su teoría.

Nos miramos a los ojos. Le caen lágrimas grandotas.

—No quiero que me pase nada.

—Gina, solo te lo preguntaré una vez, pero te lo tengo que preguntar.

—Cacho —me corta—. No he hecho nada. No tengo ni idea de por qué murieron Lynch, Bacon y Costello. Te lo juro. Alguien me la está jugando.

—Pero...

—¿Cómo te sentirías si te acusaran de haber matado a Judy solo por haberte metido en la cama con ella?

Su desesperación es auténtica, casi la puedo tocar.

Nos abrazamos.

—¿Qué crees que debería hacer?

—Solo podemos esperar.

—¿Y Richard?

—Si el asesino es Ramírez, no le va a pasar nada.

—¿Y si no lo es?

Me quedo colgado, nunca pensé seriamente que el asesino pudiera ser una tercera persona.

—¿No deberíamos avisarle? —insiste Gina.

—¿Y qué le contamos?

Se muerde el labio.

—Mierda. —Saca una gran bocanada de humo.

—Podemos esperar, a ver si se pone peor. Al mínimo síntoma nos las ingeniamos para que vaya al hospital.

Gina se seca las lágrimas, parece que la idea la calma un poco.

—Todo esto es horrible.

—Lo siento.

Me coge de la mano.

—No es culpa tuya —dice—. Soy yo. Es como si atrajera los problemas.

—No es culpa tuya —repito—. Ya verás, esta vez tendremos suerte.

Se acerca y me da un pico con gusto a tabaco.

—¿Por qué eres tan mono?

Nos quedamos mudos. Solo se oye la música y el cre-crec del vinilo.

Colega, es un momento mágico.

Nos devuelve a la realidad el brazo automático retornando a la posición original.

Gina sonrío.

—Chaikovski.

—¿Cómo?

—La música, es el concierto para violín de Chaikovski. Le gustaba a mi

madre. —Pausa—. Murió, pero eso supongo que ya lo sabes.

—Sí.

No digo nada de lo mío, aunque es curioso que tengamos eso en común.

—Mis abuelos tienen una colección de discos de música clásica. A veces escucho algo. Más que nada para hacerles compañía. Pero este no lo conocía.

Gina enfunda con cariño el viejo disco.

—Pues vale la pena.

Luego salimos de la habitación y me acompaña hasta la puerta de entrada.

—Toreador.

—¿Qué?

—Gracias.

—De nada.

Salgo y la puerta se cierra con un clac.

Me giro. Se ha levantado una destripadora bruma. Me subo la cremallera de la Harrington y me largo para la residencia. Pagaría lo que fuera por estar en *Star Trek* y poder teletransportarme.

Solo quiero meterme en la cama y leer un cuento de Lovecraft.

Mañana será otro día.

Ay, Malone

Lunes, última semana de clases y, después, *bye-bye* segundo trimestre: *kaput*.

Pasé el domingo haciendo el perro, así que me levanto fresco y de buen humor. Al fin y al cabo, quizás las cosas todavía puedan salir bien. Y, además, las vacaciones están a la vuelta de la esquina.

Me enrolló la toalla alrededor del cuello, cojo ropa limpia y me voy para las duchas. Silbo por el pasillo. La luz mañanera se cuele por las ventanas. Hasta los pájaros cantan y las nubes se levantan.

Entro en los baños. Dos cosas. Primera: Rob está ahí en medio, inmóvil, como una estatua de sal. Segunda: una peste terrible lo inunda todo.

—¿Qué pasa, colega? —murmuro.

—El hedor.

—Sí, lo noto, es horrible.

—No, es peor.

Hay algo en la expresión de Rob que no me gusta nada.

De golpe, suena el agua cayendo de la cisterna del váter. Al poco, se abre la puerta y aparece Malone, con el flequillo Beatle ladeado, la piel más pálida que el culo de una monja y el pijama sudado.

—Lo siento por el regalito —musita, y se larga hacia el pasillo.

Rob y yo nos miramos. Alguien tiene que decirlo, así que lo digo yo.

—Segunda fase: náuseas, vómitos y diarrea.

Rob sacude la cabeza.

—¿Qué hacemos?

—Tenemos que hablar con él. Tiene que ir al hospital. Ya.

—Pero no podemos decirle...

No le dejo terminar. Me lanzo al pasillo, detrás de Malone. Rob me sigue. Lo alcanzamos justo cuando está entrando en su habitación. Nos colamos dentro.

—Tíos, no es un buen momento.

—Richard —dice Rob—, tenemos que explicarte una cosa.

—¿Qué cosa? —El tío está flipando.

Rob me mira.

—Cacho, díselo tú.

—¿Yo?

—Sí.

—Tíos, si no os importa, estoy hecho polvo.

—De eso se trata —mascullo—. Tenemos razones para pensar que estás... empachado.

Malone tuerce el gesto, luego desencaja la boca, luego se parte.

—¿Estáis de tripi o qué os pasa?

—Richard. —Rob trata de sonar serio—. No va de coña.

Malone suelta otra risotada.

—Empachado, sí. Sin ninguna duda. Y, ¿sabéis lo mejor? Lo hice yo solito.

—¿Tú solo? —pregunto.

—Claro. Siempre me pasa.

—¿Siempre?

—Sí, siempre que mezclo vodka con cerveza caliente.

Uf. Miro a Rob; tampoco le convence.

—Oye, mira, tienes que ir al hospital.

—¿Estás de coña?

—Cacho tiene razón. —Rob avanza un paso en dirección a Malone.

—¿Queréis que vaya al hospital por una cagalera? —Malone mueve la cabeza de lado a lado—. Ni hablar.

—Ya te lo hemos dicho —insisto—, podrías estar... empachado.

—Iros a cagar —suelta Malone.

—¿Después de lo tuyo? —Se me escapa.

—Muy gracioso.

—Malone. —Rob.

—Fuera de mi cuarto.

—Pero.

Nos empuja hasta la puerta.

—Gilipollas —suelta.

Portazo.

Me dejo caer contra la pared del pasillo.

—Mierda.

—Ni que lo digas —Rob se pone a mi lado.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Vigilarlo.

—No servirá de nada.

—¿Por qué?

—¿No te acuerdas? La segunda fase del envenenamiento consiste en una mejora aparente. Si luego hace buena cara, no podremos saber si tuvo una simple cagalera o si, en realidad, la toxina sigue destruyéndole por dentro.

—Joder. —Rob se incorpora.

—Tenemos que pensar en algo. —Le imito.

—La cabeza no me furula.

—La mía parece el bombo de Extremoduro.

—¿Cómo?

—Déjalo.

Decidimos meditarlo un rato, cada cual por su lado: ducha refrescante y lo hablamos delante de un buen desayuno.

El plan funciona. O, al menos, el agua fría me desinflama la obsesión. Y, dejar de oler a sobaco no está mal.

Nos pillamos una mesa apartada, en un rincón del comedor, debajo de una de las ventanas. Dos bandejas rebosantes de comida y dos cafés gigantes como único atrezo.

—Se me ha ocurrido una idea —susurra Rob.

—Habla.

—No es muy buena, pero lograría nuestro objetivo.

Pego un sorbo al café y me quemo los labios.

—Explícate.

—Richard no va a ir al hospital voluntariamente.

—Correcto.

—Entonces, tenemos que crear una necesidad.

—¿Una necesidad?

—Sí. Que *tenga* que ir. Que sea su única opción.

—No veo por dónde vas.

Rob tamborilea encima de la mesa.

—Tío, tenemos que pegarle una paliza.

Sacudo la cabeza.

—¿Cómo?

—Metafórica, claro.

—Pero...

—O sea, la paliza tiene que ser real; metafóricamente real.

Trago el café, abrasándome la garganta.

—Si le vamos a patear los huevos —suelto—, no veo la metáfora por ningún lado.

Rob suspira.

—Quizás tengas razón.

—Ya.

Masticamos el desayuno con ferocidad: tostadas con mantequilla y mucha mermelada.

—Puede que sea una buena idea —admito—. Pero me gustaría consultarlo con las chicas.

—¿Estás loco?

—No lo sé, estoy considerando darle una tunda a un tío y, precisamente por eso, creo que necesito la opinión de alguien con un poco de cabeza.

Rob se lo piensa un rato.

—Vale —dice finalmente. Y luego añade—: Por cierto, si no queremos llegar tarde a clase, tenemos que salir cagando leches.

Agarramos las mochilas y salimos al galope. Por el camino nos da por recordar los *greatest hits* de la Ford Fiesta. El lío de los sobres, Mutt Sanders, el polvo a cuatro voces. Qué bien lo pasamos, mi madre. Colega, supera la resaca y solo recordarás la diversión. Garantizado.

Entramos en clase por los pelos, un segundo antes de que Porcelana Low cierre la puerta.

Como está casi todo ocupado, nos toca sentarnos en primera fila.

Porcelana arremete sin apiadarse de nadie. Trato de concentrarme en las explicaciones, pero, a los pocos minutos, desconecto. Aun así, no creo que corra ningún peligro; aunque a veces el pensamiento pueda estar a mil kilómetros del cerebro, también es cierto que es invisible.

A menos, claro, que estés delante de una profesora experimentada.

—Cacho, ¿podrías recordarnos las partes de la mitocondria? —Ms. Low entorna los ojos.

—¿La mitocondria?

—Exacto.

—La mitocondria... —Usa la lógica, tío—. Está formada por la mito y la condria.

La clase se viene abajo de la risa. Incluso Rob se parte.

—Muy gracioso, Cacho —farfulla la vocecita de ratón de Porcelana.

—Lo siento, Ms. Low, no me encuentro muy bien esta mañana.

—¿En serio? No lo hubiese dicho nunca. —Porcelana se sienta en su mesa—. Que conste que esto es una advertencia para todos. Esta semana termina el segundo trimestre. Algunos os tomaréis las vacaciones como una excusa para no hacer nada. Otros, los más listos, como un tiempo precioso para poneros al día o avanzar más. Antes de marcharos, no olvidéis recoger esta hoja. Contiene los deberes que repasaremos a la vuelta. Una para cada uno.

Nos levantamos pesadamente y hacemos cola para recoger la condena.

Salimos de clase arrastrando los pies, sin atrevernos a mirar lo que nos ha caído.

Por lo menos ahora nos toca estudio autodirigido. Alguien diseñó bien el horario de los lunes.

Issie y Judy nos persiguen a Rob y a mí por el pasillo, acribillándonos a preguntas. Ni cabe decir que están locas por saber qué pasó con Ramírez, pero Rob decide que es mejor no hablar en el *college*. Al final quedamos, después de clase, en el Machen.

Comemos en la cantina: pollo al horno con verduras. Para beber, un *priorat*. Es broma. Como las mesas de cuatro están ocupadas, nos juntamos con Gina, Wendy y otra gente de treceavo. Malone papea con sus colegas en otra mesa.

Cuando llego a su altura, me pone su plato delante de los morros, impidiéndome el paso. Mis amigos continúan avanzando, así que me quedo solo.

—¿Quieres darle el visto bueno? —dice, levantando la voz.

—No, gracias.

—¿Seguro? No tendrás miedo de que me empache, ¿no?

Sus amigos ríen.

—Calla la puta boca. —Me sale una voz de ultratumba.

Creo que me sorprende más a mí que a él, pero, de algún modo, el truco funciona. Malone deja el plato en la mesa, me dedica un «nerd» y vuelve a lo suyo con sus amigos. Menos mal. No tendríamos que haberle dicho nada.

Me siento al lado de Wendy.

—Gran Fiesta, Cacho. Claro que, por lo que sé, todo el mérito fue de Issie.

—Gracias —dice esta—, por fin un poco de crédito. —Y levanta las manos como si agradeciera algo a los cielos.

—Última semana, ¿eh, chicos? —Rob parece animado. La comida siempre lo anima.

—Pues sí —resopla Gina—, creo que un descanso nos vendrá bien a todos.

Tratamos de que el *lunch* transcurra de la forma más normal posible. De vez en cuando pillo a Gina mirando de reojo a Malone. Realmente, no parece que se encuentre enfermo. Quizás su maleficio se haya roto. Quizás toda esta pesadilla esté por terminar.

Dejamos las bandejas de plástico en los carros y nos fumamos unos pitos en los lavabos. Malone no aparece por aquí. Mejor.

Luego nos toca laboratorio con Ramírez.

Colega, no te lo creerás, pero gracias a Judy he mejorado bastante con el tema; aunque la química nunca va a ser mi fuerte, eso está claro.

Cuando entramos al aula, Ramírez ya nos espera enfundado en su bata blanca y concentrado en un punto invisible. No nos apetece tenerle cerca, así que nos apalancamos en una mesa pegada a la pared.

Judy se me acerca.

—¿No me puedes hacer una avanzadilla? —susurra.

—¿De qué?

—Ya sabes.

Colega, ¿cómo no ceder?

—Son malas noticias.

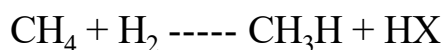
—Oh.

Por suerte, no da tiempo para más. Ramírez nos corta con su grandilocuente voz:

—Buenos días, ¿cómo están? No hace falta que contesten. —Se ríe. Luego añade—: Hoy veremos una de las halogenaciones más simples: la halogenación de alcanos.

Unos cuantos culos se reposicionan en los taburetes.

—En dichas reacciones —prosigue Ramírez—, los átomos de [hidrógeno](#) de los alcanos se sustituyen, total o parcialmente, por átomos del grupo de los halógenos. Si llamamos a este, X, y consideramos al alcano como metano, tendremos esto:



Apunto la fórmula como si se tratara de un jeroglífico egipcio. Ramírez prosigue sin piedad.

—Dependiendo del halógeno que utilicemos, necesitaremos unas u otras condiciones específicas para que se produzca la reacción. —Se le rompe la tiza—. Si abren su libro de texto por la página 57 verán los dos ejemplos que experimentaremos hoy: la cloración y la bromación. Dejaremos de lado la reacción con el flúor, no sea que Cacho vuelva a hacer de las suyas.

Los más empollones de la clase ríen.

—La reacción con el flúor es explosiva —me aclara Judy.

Decido que voy a dejarle toda la iniciativa. Y con mucho gusto.

Después de clase voy a la biblioteca a estudiar un poco (Judy ha quedado con alguien). Me siento delante de los libros y lo intento, de verdad que lo intento, pero acabo leyendo un cómic que me pasa Daniela. Según ella es la obra maestra del siglo xx. Va de unos superhéroes viejunos. No está mal.

Luego, para el Machen.

En esta ocasión, Janet nos obsequia con una fuente llena de galletas de mantequilla, la mitad de ellas recubiertas de chocolate. Celestiales.

Las bebidas humeantes, imposibles de beber, impacientan a mis amigos. Así que no me hago de rogar.

—La situación es la siguiente —digo con la boca llena—. Tal como previmos, Gina se lio con alguien en la fiesta: Malone.

—La víctima —dice Issie.

—Exacto. Por otro lado, Werber estuvo detrás de Ramírez toda la noche y asegura que en ningún momento se acercó a nadie del *college*.

—Lo que deja con el culo al aire a Gina —suelta Rob.

Pegamos un sorbo de nuestros cafés. Caras de dolor.

—Eso suponiendo que alguien haya envenenado a Richard —dice Judy.

Otro sorbo masoquista.

—No podemos esperar a que se muera para averiguarlo, ¿no? —Issie peta.

—Ese es el punto —digo—: ¿qué hacer?

Nos lanzamos a por más galletas.

—La cuestión es que... —Rob casi no se atreve a decirlo—. Esta mañana, Malone tenía diarrea.

—No jodas —Judy.

—Pero ¿entonces? —Issie.

—Ya, ya lo sé. —Trato de aplacarlas—. Es el primer síntoma. Aunque él asegura que siempre se caga después de una Ford Fiesta. Y ya lo habéis visto en el comedor, parecía recuperado.

—Sí —larga Judy.

—Uf. —Issie no parece convencida.

Silencio. Solo se oye el crunch-crunch de las galletas.

—Lo que pensamos este y yo —miro a Rob—, es que tendríamos que hacer que fuera al hospital.

—Claro, muy bonito —salta Judy—. Y, ¿cómo vamos a lograr eso? Si no te importa que te lo pregunte.

Rob y yo nos miramos.

—Lo único que se nos ha ocurrido, por el momento, bueno, se le ha ocurrido a este... —Señalo a Rob; soy un traidor.

—¿Qué? —Issie se teme lo peor.

Rob abre las manos.

—Cacho, pero si estabas de acuerdo.

Me miran.

—Sí —admito. Lo único que se nos ha ocurrido es...

—Pegarle una paliza —completa Rob.

Silencio espectral. Encima se han acabado las galletas.

—¿En serio? —Issie está flipando.

—Sí.

—Pero ¿alguien aquí sabe pegar?

Nos quedaos más mudos que un muerto: está claro que nadie ha matado nunca una mosca. Al final, es Judy la que habla:

—¿Tenéis algún plan?

Colega, improviso:

—¿Podrías convencer a Gina para que tenga una cita con Malone?

Se muerde el labio.

—Supongo que sí. ¿Una cita *trampa*?

—Exacto.

—Pero, entonces, tendría que contárselo todo, ¿no?

Me miran.

—De todos modos —confieso—, ya sabe que la estuvimos vigilando en la fiesta.

—¿Se lo has dicho? —Judy abre la boca de par en par—. ¿Cuándo?

—Ayer. Fui a su casa y se lo conté todo.

Issie le da un codazo a Rob.

—¿Tú lo sabías?

—Te juro que no.

—Chicos, necesitaba oírlo de ella.

—¿Oír qué? —pregunta Judy.

—Que es inocente.

—¿Lo es? —pregunta Issie y, acto seguido, se tapa la boca con las manos.

Pausa.

—Sí. No tengo ninguna duda.

Nadie dice nada más, así que prosigo con el plan.

—Judy, tienes que convencer a Gina para que quede con Malone en Los Tres Salmones.

—¿Y eso qué es?

—Un pub, luego te explico.

—¿Y después? —pregunta Issie.

—Gina deberá convencer a Malone, cosa que no le costará mucho.

—Y luego la paliza —apuntilla Rob.

—Exacto.

—Pan comido, ¿no?

Dedico a mis amigos una sonrisa bobalicona con la intención de darles confianza. Issie y Judy me responden con una mirada lanzallamas. Solo añado algunos detalles más al plan, cosas secundarias como qué armas vamos a utilizar o cómo llegar hasta Los Tres Salmones.

Luego, la sesión se levanta. Nos largamos del Machen con el estómago hinchado; demasiado chocolate, creo. Y demasiadas emociones.

No ceno mucho en la residencia. Ni duermo una mierda, la verdad sea dicha. Al menos me da para acabar el libro de Lovecraft.

Por la mañana, a la puerta del *college*, Gina nos comunica que ha quedado con Malone a las ocho de la noche en Los Tres Salmones.

Chicken run.

No elegí Los Tres Salmones por fetichismo, lo elegí porque Blind Row no tiene cámaras de vigilancia y, además, a esas horas hay muy poca luz; y eso nos vendrá de perlas.

Nos reunimos en el puente de Westminster a la hora acordada. Estamos la panda al completo: Gina, Rob, Issie, Judy y aquí el menda. Debemos parecer los putos *cinco* de Enid Blyton, pero en versión sicario.

En silencio, emprendemos la marcha. Creo que todos tenemos ganas de que esto acabe lo más rápido posible.

Nos detenemos en la entrada sur de Blind Row, donde me encontré por primera vez con Harry. Mis compañeros arrugan la frente; este pasaje tiene algo que te pone los pelos de punta.

—¿Cómo diste con *esto*? —pregunta Issie.

—Werber.

—Debí imaginarlo.

—Parece que no estemos en Londres —murmura Judy.

—¿Los Tres Salmones es eso de ahí? —pregunta Gina, señalando el cartel al final de la callejuela.

—Sí. Otro día lo vemos. Tenemos que darnos prisa.

Mientras nos probamos unos pasamontañas de segunda mano, Gina nos observa con cara de jaque mate. Ya no te digo cuando Issie y Rob sacan de su

mochila un bate de béisbol, unos palos y una barra de hierro.

—Chicos, ¿seguro que no se puede hacer de otra manera? —pregunta la rubia.

—No. —Prefiero ser firme, no nos vayamos a rilar ahora.

—Entonces, ¿qué hago?

—Nada, solo esperar —respondo mientras agarro la barra de hierro.

—¿Tengo que ver cómo le dais una paliza a Richard?

—Si quieres, me quedo contigo —dice Rob.

—Y una mierda —salta Issie—. Aquí, o pringamos todos, o no pringa nadie.

—Repasemos el plan —digo—. Esperaremos escondidos. Tú, Gina, detrás de esos cubos de basura. Malone no puede verte por nada del mundo. Nosotros en grupos de dos, uno a cada lado de la calle. Cuando llegue, esperad a mi señal y, entonces, nos lanzamos encima de él y le rompemos una pierna o un brazo o lo que se pueda.

—Muy profesional —Issie suelta una risita nerviosa.

—Luego sales tú, Gina. Te lo encuentras por sorpresa, lo asistes y llamas a una ambulancia. Cuando llegue la policía, les cuentas que habíais quedado en Los Tres Salmones y que llegabas tarde; que te lo has encontrado tirado en medio de la calle. O sea, la pura verdad.

—Entendido.

—¿Y nosotros? —pregunta Judy.

—¿Nosotros? Una vez esté el trabajo hecho, nos quitamos los pasamontañas y salimos a toda hostia.

—¿Y si nos pillan?

—Somos menores, no debería...

—Déjalo.

Miro mi reloj, son las ocho menos cinco. Malone llegará en nada.

—Empieza el juego.

Nos tapamos las caras y nos escondemos en la semioscuridad de los portales. Judy y yo a un lado de la calle, Issie y Rob en el otro. Gina se agazapa detrás de los cubos de basura.

Una fina niebla empieza a difuminarlo todo, como si estuviéramos en un cuadro de Da *fucking* Vinci.

Permanecemos quietos un buen rato. Pero Malone no llega. La puntualidad británica nunca está cuando la necesitas. Mientras, la humedad y el frío me van calando. Hasta que se me escapa un estornudo.

Judy me pellizca.

—Shh.

—Vale, vale, lo siento.

A lo lejos se oyen los ladridos de un perro.

—Oye —me susurra—, ¿tú te has visto en alguna situación remotamente parecida a esto?

—No.

—Estoy cagada —confiesa—. Ni siquiera soy muy fuerte.

Puedo oír como le castañetean los dientes.

—No te preocupes. Ponte detrás de mí y todo saldrá bien.

De golpe, unos pasos empiezan a resonar por los adoquines. Mientras aprieto la barra de hierro con fuerza, se tensan todos los músculos de mi cuerpo. Un momento. Hay algo raro: la silueta en cuestión también lleva un palo. Mierda, ¿habrá advertido alguien a Malone? Es imposible, los únicos que sabemos el plan somos los que lo estamos ejecutando.

—¿Qué pasa? —me susurra Judy al oído.

—Está ahí, viene armado.

—Y, ¿a qué esperamos?

Del otro lado de la calle, Issie y Rob me observan, atentos a mi señal.

Pero, justo cuando voy a darla, me percató de lo que está pasando. Joder. Ni es Malone ni va armado. Es un señor mayor con bastón. Culebras, he estado a punto de meter la pata.

El viejo nos pasa por delante dejando un potente olor a *whisky*. Creo que no nos ve. Menos mal.

Un nuevo sonido de pasos comienza a resonar. Miro a Gina, agazapada detrás de los cubos de basura. Asiente con la cabeza. Esta vez sí es Malone. Noto en el cogote la respiración acelerada de Judy. Rob se incorpora unos centímetros. Le hago una señal para que se detenga. Debemos esperar a que desaparezca el viejo. Pero, qué lento va el desgraciado. Y Malone ya ha recorrido un tercio de la calle. No lo vamos a lograr.

—¡Vamos! —susurra Judy.

—Todavía no.

Rob está ya medio incorporado, no sé si voy a poder retenerlo mucho más. Y, justo en ese momento, el viejo hace un quiebro y se mete en Los Tres Salmones.

Chicken run.

Hago la señal y, como perros de presa, nos abalanzamos encima de Malone. Con tan mala suerte que resbalo (la maldita neblina ha humedecido los adoquines) y me doy de bruces contra el suelo. Judy, que venía detrás de mí, tropieza con mi cuerpo y sale proyectada hacia delante, impactando contra el pecho de Malone. Este, desorientado, trata de reaccionar lanzando un derechazo al aire mientras Rob le batea la cabeza.

Malone cae inconsciente al suelo.

—Joder —farfullo.

—Duele —suelta Judy tocándose la frente.

—Venga, hay que terminar esto —dice Issie.

—Vale, vale —resoplo—, dejadme concentrar.

—Dale en la rodilla —le digo a Rob.

—Y, ¿por qué tengo que ser yo? Ya le he dado una vez.

—Yo también —dice Judy.

Todos me miran.

—Está bien —musito.

Agarro la barra de hierro y la elevo por encima de la cabeza. Las piernas me temblequean como hielos en una copa.

—Vamos —me jalea Judy.

Una gota de sudor me cae por la mejilla. Bajo la barra.

—No puedo.

—Lo haré yo.

Nos giramos. Gina ha aparecido de entre las sombras, su pelo rubio a contraluz.

—Al fin y al cabo, todo este lío es por mí, ¿no?

Agarra la barra de entre mis dedos y le pega un leñazo en la pierna a Malone. Su tobillo emite un chasquido y se hincha como una berenjena. La barra de hierro cae al suelo.

Gina se echa el flequillo a un lado.

—Y ahora, largaos cagando leches.

Scotland Yard

Me despierta un «¡toc, toc!» en la puerta de la habitación.

—Cacho. —Es Smellor—. Teléfono —dice.

Me cago de miedo. Ayer se nos fue la olla, y de qué manera. Esta noche he tenido unas pesadillas terribles y, supongo, que ahora empiezan a cumplirse. Alguien nos debió ver y se ha chivado a la bofia. Mierda. Iré a la cárcel, y luego me deportarán. Estoy perdido.

—Cacho.

Joder. ¿Qué hago? Qué pena no ser un avestruz.

—¡Cacho!

—Ya salgo.

—Eso espero.

Un gruñido y los pasos de Smellor que se alejan.

Culebras.

Me pongo los pantalones y una sudadera.

Allá vamos, supongo.

Desciendo las escaleras y me meto en el cubículo del teléfono. Huele a sudor. El auricular ya está descolgado.

Me aclaro la garganta.

—¿Diga?

—Dime que no has tenido nada que ver con la hospitalización de Malone.

Pausa.

—¿Cómo?

—¿Qué me digas que no has tenido nada que ver con la hospitalización de Malone!

—¿Werber?

—Sí, cojones.

Estoy salvado. Estoy salvado. Dios es bueno y me quiere, me quiere mucho.

—Harry —farfullo con ojos llorosos.

—Gracias por recordarme el nombre, y, ahora, contesta a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Me tomas el pelo?

—¿Lo de Malone?

—Sí.

Pausa.

—No sé a qué te refieres.

—Ket.

Puedo oír como sus mandíbulas masacran un inocente chicle.

—¿Te refieres a la paliza? —musito.

—Eso ya me gusta más.

—Corrió la voz por la residencia. El conserje llamó a sus padres al ver que no venía a dormir.

—Ya. —Pausa—. Pero tú no tuviste nada que ver, ¿eh?

—Nada, nada.

Silencio.

—No me lo trago.

Pausa.

—¿Me crees capaz de darle una paliza a alguien?

Werber estalla.

—Tu quizás no; la pija, sí. Cojones.

—Pero...

—Si al menos hubierais elegido otro sitio... Pero ¿Blind Row? No nació ayer, tío.

Tiro la toalla.

—Funcionó; tienes que reconocerlo.

Werber escupe el chicle.

—No ha servido para nada.

Colega, se me hiela la sangre. Me quedo mudo. Werber prosigue:

—Aunque, sí, debo admitir que fue un buen movimiento; poco ortodoxo, pero bueno.

—¿Por qué dices que no sirvió de nada?

—Le han detectado la toxina. En estos momentos está luchando por su vida. Aunque tú y yo sabemos que ya es demasiado tarde.

Me quedo más helado que un Burmar Flax. No puede ser. No. Mierda.

Werber prosigue:

—Sabes lo que eso significa, ¿verdad? Esa cría es el demonio.

Agarro el teléfono con tanta fuerza que el plástico cruje.

—No vayas a la policía, te lo pido como un favor personal.

—Me debo a mis clientes.

—¿Y si Malone no muere?

—Sería lo mismo. Además, los milagros no existen.

Tiene razón; sea quien sea, *alguien* envenenó a Malone. Y él ya tiene su teoría más que confirmada.

Werber carraspea.

—Tengo que colgar —dice.

—De acuerdo. —Pausa—. De todos modos, gracias por la llamada.

—De nada. Pensé que debías saberlo.

Se produce un silencio incómodo. Creo que los dos nos hemos dado cuenta de que esta puede ser la última vez que hablamos.

—Ket.

—¿Qué?

—Que tengas suerte.

Werber cuelga el teléfono. No tengo tiempo ni de decirle adiós. Inmediatamente, me invade una terrible soledad. Como si estuviera en la canción de la Pausini, o en medio de los Monegros. Y Harry tiene razón; *los milagros no existen*.

Me desplomo. Las manos me tiemblan. Estoy tan nervioso que no sé ni qué hacer ni a quién contarle qué. Por suerte el cristal del cubículo solo llega a media altura, así que quedo escondido, como un conejo en su madriguera.

Cierro los ojos. Por unos instantes pierdo la noción del tiempo.

Vuelvo a abrirlos: el mundo sigue ahí. Maldición. Me largo; imposible ir a clase hoy.

Ando sin rumbo durante horas por la ciudad hasta que ya no puedo más.

Papeo en un McDonald's. Miro los carteles de las obras de teatro. Me subo a un par de autobuses.

Al final, acabo en un parque extraño, bastante al norte. Se llama Hampstead Heath. Es más salvaje que los otros, y tiene una gigantesca explanada con un edificio blanco al fondo. Allí me tumbo y me tomo un par de cervezas de lata. Observo algunas parejas que hablan y se besan. Quién pudiera ser ellos.

Vuelvo a la residencia igual de hecho un lío. Al menos el cansancio ha frenado mi cerebro.

Espero a que Smellor salga de su garita y me cuelo como una rata. No tengo ganas de dar explicaciones. Mañana me tocará dárselas a mi tutor, Mr. Miller. Al menos, a él, no le huele el aliento.

Subo las escaleras como un cazador furtivo y entro en mi habitación.

Me pego un susto de muerte.

—Aquí le tenemos —Es Rob.

—Tío.

—¿Dónde te habías metido?

—La tiene.

—¿Qué?

—Malone. La toxina.

Rob desencaja la mandíbula.

—No jodas.

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Esta mañana me llamó Werber.

Se queda pasmado. Lo zarandeo.

—¿Qué hacemos, tío?

—Por lo menos está en el hospital —murmura.

—Sí, tuviste una buena idea, eso seguro.

—Pero si la palma...

—Ni lo pienses.

Pausa.

—¿Se puede sobrevivir?

Me miro las Kickers.

—Es casi imposible.

—Mierda —dice, arrugando la frente.

—¿Crees que deberíamos contárselo? —pregunto.

—¿A quién? ¿A Gina?

—Sí.

—No. —Rob parece razonablemente seguro—. Si Malone sobrevive, todo eso que se ahorra. ¿No crees?

Me dejo caer contra la pared.

—Tienes razón.

Nos miramos.

—Y ahora, ¿qué coño hacemos?

—Esperar.

Colega, qué marrón.

Nos despedimos como dos almas en pena.

Me meto en la cama y trato de dormir, pero no lo consigo. Ya van dos días seguidos.

Quién tuviera un Valium a mano.

Por la mañana nos encontramos en el comedor. A juzgar por el careto que lleva, Rob tampoco ha dormido nada. La incertidumbre nos está matando, pero, para bien o para mal, no tardamos mucho en saber qué ha pasado: tan pronto como llegamos al *college*, John Cummings, el director, nos reúne en la sala de actos. Como es el último día de clase, estamos todos los alumnos al completo. También mis colegas, claro. Tengo a Issie y Judy a mi izquierda, Rob a mi derecha. Ya sabemos lo que Cummings va a decir, pero eso no nos hace sentir mejor.

El bueno de John no escatima en pompa y se lo toma con calma; espera a que todo el equipo de profesores ocupe su sitio en el estrado y luego avanza hasta el atril que hay en medio.

—Apreciados estudiantes. Nunca pensé que la desgracia pudiera cebarse con tanta saña.

Se oye un rumor generalizado.

—En esta ocasión seré breve: Richard Malone, su apreciado compañero de treceavo, ha fallecido esta madrugada a causa de una intoxicación.

Por una vez, nadie dice nada. Nadie grita, nadie llora. Nada. Uno se acostumbra hasta a la muerte.

Solo una afrancesada voz rompe el silencio.

—¿Intoxicado? Pero ¿no le habían dado una paliza? Al menos eso es lo que han dicho en las noticias...

—El dato es correcto, Aleixandre. —Vincent se hincha como un pavo real—. Pero, al parecer, los golpes nunca fueron lo bastante fuertes como para matarlo.

Cummings prosigue:

—La policía está investigando las casusas de un posible envenenamiento.

Ahora sí, un rumor de voces se apodera del espacio. Cummings consigue recobrar el silencio con un solo gesto de su mano. Igual es un caballero Jedi.

—En señal de respeto a Richard Malone y a sus familiares —prosigue—, se suspenden las clases. Disfruten de la Semana Santa y no abandonen sus deberes. Que Dios les bendiga.

Cummings se retira y todos nos levantamos a una. En unos segundos, la sala de actos se convierte en un caos de gente arriba y abajo.

—Tres muertes, no puede ser casualidad —murmura alguien.

Me abro paso a codazos. Busco a Gina desesperadamente. No paro hasta que la encuentro. Está en un rincón, apoyada en la pared. Con la ayuda de Judy, logro sacarla fuera del *college* sin que se note demasiado que está en estado de *shock*. No sé dónde se han metido Issie Y Rob, pero no hay tiempo que perder.

Con un silbido a lo Llanero Solitario, detengo uno de esos taxis negro tan molones y la metemos dentro.

Es inmenso.

—¿Está borracha? —pregunta el conductor.

—No —responde Issie, visiblemente cabreada—. Ocúpese de sus asuntos.

—Si está borracha, es asunto mío.

—No está borracha —intervengo—. Se lo aseguro. Son solo malas noticias.

—De acuerdo —dice el taxista, y arranca—. ¿A dónde vamos?

—Lyndhurst Road —dice Judy.

—¿Estás segura? —murmuro.

—¿A dónde, si no? ¿O quieres que nos demos a la fuga?

El taxista nos mira de reojo, pero no dice nada. Judy tiene razón. Que sea lo que Dios quiera.

Gina se pasa todo el trayecto temblando. Tratamos de consolarla, pero es inútil. A veces, todo es inútil.

Cuando enfilamos Lyndhurst Road la cosa todavía empeora más: un coche de la policía está aparcado en la puerta de su casa. Dos agentes hablan en la puerta con Mr. Moore.

—Gire en redondo —le digo al taxista.

—No. —Son las primeras palabras que suelta Gina.

—¿Estás segura? —pregunta Judy.

—Sí.

—Pero se te van a llevar —musito.

—Me da igual.

—No podrán probar nada —dice Judy—. No has hecho nada.

El taxista se detiene a unos metros de la puerta.

—No quiero problemas —murmura.

Gina nos coge de la mano.

—A la vuelta de las vacaciones nos reiremos de todo esto —dice.

Trata de parecer animada, pero no lo consigue.

Luego baja del coche.

—Hasta pronto —susurro—. No sé si me oye.

Mientras se acerca a su casa, todavía tiene tiempo de girarse una última vez. Diría que sonrío.

Cuando su viejo la ve, los ojos se le salen literalmente de las orbitas. Supongo que trataba de ganar tiempo, y de ahorrarse un escándalo. Ahora todo se ha ido al traste. Los polis, alertados por el careto de Moore, se giran. Para su sorpresa, la sospechosa se acerca a la jaula con docilidad. Hay un intercambio de palabras que no podemos oír. Uno de ellos, el más fortachón, agarra a Gina del brazo. El otro abre la puerta del coche. Tiene una mancha en la cara. Se la llevan. Todo pasa en un momento, como si fuera el tráiler de una película barata.

Judy y yo nos quedamos a solas.

—¿A dónde vamos? —pregunta el taxista con impaciencia, ajeno a nuestra mierda.

Miro a Judy.

—¿A dónde quieres ir?

—A casa, supongo. ¿Y tú?

—Quizás debería ir a ordenar mis cosas. Mi avión sale mañana, y no he preparado nada.

Lo sé, ni proponiéndomelo hubiera dicho algo menos sexi; pero estoy de bajón total. No hay ganas.

—Déjenos en el metro —dice Judy.

Una fina lluvia empieza a caer. El taxi nos lleva hasta Belsize Park. Pagamos la cuenta a medias y bajamos del coche. El contacto con la lluvia me hace pensar en Barcelona. Allí casi nunca llueve, y muchos días brilla el sol.

Judy se acerca y nos cogemos de las manos.

—Me hubiese gustado una despedida más romántica —digo.

—¿Más romántica que un beso debajo de la lluvia?

—Pero si no...

Morreo. Hay que reconocer que tiene un cierto talento para la cosa teatral.

—Cuídate —me dice.

—Lo haré. —El suelo empieza a brillar, como en una peli americana—. Tú también. Y cuida de Gina.

—Claro. Ya sabes cómo nos queremos.

Nos damos otro beso. Luego, se gira y empieza a andar. Observo como se aleja. Es como una de esas naves espaciales que se van haciendo pequeñas en medio del cosmos. Hasta que son solo un puntito.

Y luego, ni eso.

En la residencia me esperan Rob e Issie. Nos juntamos en mi habitación. Durante un rato no decimos nada. Luego me ayudan a hacer la maleta.

Al final, Issie estalla.

—Esto parece un funeral.

—En cierto modo lo es, ¿no? —Cierro los puños—. Yo propuse lo de la fiesta. Soy responsable de lo que pasó.

—Colega —Rob me coge de los hombros—. Tarde o temprano, Gina se hubiese liado con alguien. No eres responsable de nada. Además, fue idea de Werber; si hay algún culpable aquí, es él.

—¿De verdad pensáis eso?

—Sí —responden mis amigos.

—Y, al menos, hemos descartado a Ramírez —añade Issie.

—Otro que cae de la lista —dice Rob—. Ni Vincent ni Ramírez.

—Tío, os propongo una cosa. Esto no puede acabar así.

—¿En qué estás pensando?

—¿Hacemos un Machen?

Nos miramos. No nos hace falta decir nada.

Janet nos obsequia con una gran cantidad de pasteles de carne y un extraño refresco con gusto a cereza; dulce de la muerte, pero bien. Los pasteles son crujientes por fuera y se deshacen por dentro. Un delirio celestial.

Después, se sienta con nosotros mientras nos observa devorar en silencio.

No dejamos ni una miga.

—Chicos, me empezáis a preocupar.

Nos miramos. No hace falta ni ponernos de acuerdo. Al minuto, ya le estamos vomitando nuestra historia.

Janet escucha pacientemente, luego suelta:

—No me extraña que tuvierais hambre. El estrés cansa mucho.

Issie resopla.

—El problema es, Janet, que, si Ramírez no es el asesino, entonces, ¿quién diablos es el asesino?

—Buena pregunta —responde Ms. Machen—, pero me temo que no tengo la respuesta.

—¿Quién sería tan malo como para matar a cuatro personas? —se me escapa.

—¿Cuatro? —Rob parece sorprendido.

—Sí, si contamos a Lynch, el tío de los campamentos.

—Bacon, Costello, Malone y Lynch —murmura Issie.

Pegamos un trago del refresco de cereza. Nadie se atreve a contestar a la pregunta.

SUMMER TERM
(Tercer trimestre)

Un respiro

La Semana Santa es un coñazo. Si no fuera porque no hay clase, sería para cortarse las venas. Lo peor es la mierda que dan en la tele. ¿Habrá algo más falso que la barba postiza de Charlton Heston en *Los diez putos mandamientos*?

La parte positiva es que he podido estar con mi familia; o, al menos, lo que queda de ella. La parte negativa es que hemos pensado mucho en mamá. A ella sí que le gustaba la Semana Santa, por el pueblo y todo ese rollo.

Què hi farem.

También salí a muerte con los colegas el miércoles, ya sabes, el Barça se clasificó para la final de la copa de Europa. Y ayer, sábado, fue la despedida: qué gloria; me tajé tanto que esta mañana ha sido como renacer. Suerte que Clara me metió los dedos hasta la faringe para hacerme vomitar.

He tratado de no pensar mucho en el marrón que se quedó en Londres. Aunque a cada milímetro que avanza el avión, me siento más acojonado. Tengo además otra sensación rara: empieza el tercer trimestre y es la última vez que cojo este vuelo. Al menos durante mucho tiempo.

Cuando pongo los pies en suelo inglés, toda la mierda que dejé abandonada me pide matrimonio. Decido echar una meada antes de recoger la maleta; no quiero agobiarme.

Cuando cruzo la puerta de «Llegadas», hay una sorpresa esperándome.

—Toreador.

Levanto la cabeza y veo a Gina, como un ángel caído del cielo. Está espectacular: pantalones ajustados, polo Fred Perry y sonrisa Profidén. Mis dudas van a solucionarse antes de lo esperado, supongo.

Dejo caer la maleta, emocionado. Dos grandes lagrimones surfean mis mejillas.

—Gina... —Es todo lo que puedo decir.

Nos abrazamos. Alguien aplaude. Me pongo rojo. Gina le enseña el dedo corazón.

—Larguémonos —resopla.

Me agarra de la mano y me saca del aeropuerto.

—¿No pillamos el tren? —pregunto.

—Y una mierda.

Me sube a un Mercedes negro con los cristales tintados.

—Uau.

—Ya ves, invita papá.

El chofer se gira.

—¿A dónde os llevo?

—¿Dónde te apetece comer? Yo invito.

No me lo pienso ni un segundo.

—Planet Hollywood.

—No jodas.

—¿Es muy cutre?

—Es para turistas.

—Le prometí a mi hermana una foto de la chupa de Danny Zuko.

—¿Tienen eso?

—Sí, y el guante de Freddy Krueger.

Gina hace un gesto con la mano.

—Está bien, como quieras —dice, y desvía la mirada hacia la ventana del Mercedes.

El coche arranca.

—Joder, ¿no vas a explicarme qué pasó?

—Después.

—Pero...

Gina me indica por señas que no quiere hablar de eso delante del chofer. Qué rollo. Giro la cabeza y dejo que la mirada vagabundee a través de la ventana hasta que entramos en el centro de Londres. Entonces, el tráfico se intensifica y, hartos de tanto silencio, nos da por marujear un poco; Gina coincide conmigo sobre la barba de Charlton Heston. Lo importante es que, al final, vale la pena el viajecito. Caray si vale la pena: ¡conseguimos una mesa cerca de Han Solo congelado en carbonita! ¿Qué más se puede pedir? Ah, sí: dos hamburguesas completas y dos Coca-Colas gigantes.

Las bebidas llegan en un santiamén.

Después de dar un sorbo largo, me suelto.

—Quiero que me lo cuentes todo.

—Bueno, aquí me tienes, ¿no? Más libre que un colibrí.

—Pero, entonces, ¿no te acusan de nada? ¿No habrá ningún juicio?

—No. Fuimos unos pardillos. Nos precipitamos. Esos polis solo querían charlar conmigo, ver qué impresión les daba. Ni siquiera tenían la orden de un juez. Su actitud era de buena voluntad; incluso podría haberme negado a hablar.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Mi padre me dijo que colaborara.

—¿En serio?

—Dijo que, si no hay nada que esconder, siempre es mejor cooperar. Y tenía razón.

Llegan las hamburguesas, humeantes, en un plato rebosante de patatas. Oh, Dios mío, voy a tener un orgasmo.

—¿Sabes? Es la primera vez que le he visto mojarse por mí.

—No será verdad.

—En serio. —Gina pega un bocado de su *burger*. Inmediatamente, levanta una ceja—. Pues sí, está buena. Quién lo hubiera dicho.

Ataco la mía.

—Mi hermana se las sabe todas —digo mientras la hamburguesa se deshace en mi boca—. Buf —suspiro.

Gina da un largo sorbo de su Coca.

—Oye, ¿y, a tu padre, no le daba mal rollo como te pudieran tratar?

—Confió en su apellido, supongo.

—Aun así...

—Lo más importante es que... —Se detiene y me mira a los ojos—, confió en mí. Creyó en mi inocencia.

Pausa.

—Eso es guay.

Sonríe.

—Cacho, tu sí que eres guay. Como me has defendido siempre... Simplemente, no tengo palabras.

—Considera la deuda saldada —digo, señalando la hamburguesa.

—En serio, si no hubiese sido por tu empeño, no sé si los otros se hubiesen mojado tanto.

—Sí, soy un poco terco.

—Gracias a Dios por eso.

—Oye, pero entonces, ¿han cerrado el caso?

—A mí no me dijeron mucho, claro. Si creen que todas esas muertes pudieron ser causadas por la misma persona, supongo que seguirán investigando. Y bien que hacen. Soy la primera interesada en que esto se arregle. Pero a mí no me van a tocar más las tetas, eso está claro. Entiéndeme, no fue nada agradable.

—Me lo supongo.

—El tipo que me hizo las preguntas era repugnante. Tenía una mancha en la cara con forma de cerdo.

—¿Un tatuaje?

—No, algo de nacimiento. No pudo conmigo. Aunque... —Gina hace una pausa—. Nada, eso, que una comisaría es un sitio horrible. Por suerte, la cosa terminó bien.

—Me alegro.

Brindamos con Coca-Cola. No es lo ideal, pero, en fin...

Antes de irnos del Planet hago la foto que le prometí a Miranda. Luego echamos una ojeada al resto de objetos famosos. Disfruto como un camello. Tienen un montón de cosas de 007, y las botas de *Rocky III*. ¡Dios!

Salimos a la calle felices y llenos. Para variar, llueve.

—¿Te acompaño a la residencia?

—¿No te importa mojararte?

—*Na*.

Andamos ligeros como el viento. El peso del pasado se ha esfumado. Y eso mola mucho.

Ya en la vieja residencia nos encontramos con Issie y con Rob. Caray, qué abrazadas. Creía que el latino era yo.

—Cacho, qué gusto verte —suelta Rob.

—Lo mismo digo.

—¿Cómo han ido las vacaciones? —pregunta Issie.

—Bastante bien.

—¿Y vosotros?

—Entretenidos con el serial —dice Rob, señalando a Gina.

—¿Salió en la tele?

—No —se apresura a decir esta—, y eso es importante. Nadie debe saberlo. La discreción por parte de la policía fue una de las condiciones de la colaboración que pactó mi padre.

—¡Seremos tumbas! —digo lanzándome a la cama—. Mataría por una birra.

—Te conozco más que tu madre —dice Rob, sacando una bolsa. Por el clinc-clinc ya me imagino qué hay dentro.

—No te hagas ilusiones —murmura Issie—, es Stella.

—Stella servirá, Ms. Graham.

—No me llames eso. —Me da un pisotón.

—Vale, vale.

Abrimos las botellas y nos sentamos en círculo en el suelo.

—Voy a llamar a Judy —suelto.

Los otros se miran.

—Ya la invité —dice Gina—, pero no podía venir.

—Ah. Qué pena. He pensado mucho en ella.

—Mañana ya hablaréis —dice Issie—. ¿Un cigarro?

Nos acercamos a la ventana para fumar. Rob trucó mi alarma anti incendios, pero, aun así...

—¿Y vosotros? —le pregunto a Issie, mientras señalo a Rob con los ojos.

—¿Qué?

—Se quedó en tu casa por fiestas, ¿no?

—Sí.

—¿Y?

Issie suelta una bocanada de humo.

—Raro.

—¿Raro bien, o raro mal?

—Raro normal, supongo.

Me cuenta algunas anécdotas de Rob y su viejo, y ella tratando de poner paz. Rob y su viejo yendo a misa. Rob y su viejo viendo un partido de fútbol. Rob y su viejo en la cocina. Creo que la entiendo. Supongo que la cosa podría

resumirse como *Aventuras de un americano en la corte de Mr. Graham*.

Estamos un rato de jarana, charlando, riendo, bebiendo. Luego se largan.

Rob y yo comemos algo ligero en el comedor.

Me meto prontito en la cama; quiero estar fresco para mañana.

Me envuelvo en el *duvet* calentito y, enseguida, el sueño se me lleva y me voy, me voy, por el barranquillo.

Cuando despierto, el día sonrío a través de la ventana; soleado y helado a la vez.

Ducha y desayuno con Rob. La vieja residencia bulle con la emoción de los estudiantes que se reencuentran. Hasta me hace ilusión saludar a Vincent.

Salimos a la calle enrollados en las bufandas. Incluso estoy contento de ir a clase. Al fin y al cabo, este es el primer día del último trimestre. Nada dura para siempre.

Enfilamos Bloomsbury Square y el *college* aparece en escena, imponente y acogedor a la vez. Estoy empezando a quererlo.

Cummings, el director, nos recibe en la sala de actos con un discurso muy bien calculado. Supongo que después de lo que pasó, se siente obligado a motivarnos para que pasemos página y demos lo mejor de nosotros. De eso depende nuestro éxito. Y el suyo, claro.

Después, Biología.

Cuando entramos al aula, Ms. Low sigue donde la dejamos, como si no se hubiera movido en todas las vacaciones. Ya no me acordaba de la somnolencia extrema que provoca su vocecita de ratón.

Aguanto como puedo.

Luego nos toca estudio autodirigido. Después, papeo. La rutina del college nos absorbe en nada.

Después de comer, me lavo la cara con agua fría en el lavabo. Luego, como siempre, me miro en el espejo. No está mal. Aunque será mejor que salga cagando leches. Llegar tarde a Química sería empezar con muy mal pie. Y no quiero ponérselo fácil a Ramírez.

En la puerta del aula, me encuentro con Judy.

—Cacho.

—Hey.

Nos besamos.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Bien —dice con una sonrisa. Luego, bajando el tono de voz, añade—: Supongo que ya sabes las buenas noticias.

—*Indeed*.

—El juego se acabó, por suerte. Ahora solo queda sacar unas buenas notas.

—Si saco algo de Química, tendré que hacerte un regalo.

—Qué mono.

Entramos en clase y nos sentamos juntos en la primera fila; lo que acaba siendo un error. En el juego de trincheras, es mejor no estar en primera línea de fuego.

Esperamos, pero Ramírez no llega.

Cuando Issie está por ir a preguntar a secretaría si pasa algo, portazo: Ramírez aparece, todo sudado, con una greña pegada a la frente.

—Siento el retraso —dice mientras avanza por el pasillo central—. La fotocopiadora se había atascado. —Me plantifica una torre de hojas calientes delante de la cara—. Cacho, reparta esto.

Se debe pensar que soy su esclavo.

—Cacho.

Me levanto y reparto lo más lento que puedo.

—Velocidad clásica de gusano. —Ramírez se ríe de su propio chiste—. Debí de haberlo pensado —añade.

Acabo de repartir y me siento, arrastrando la silla todo lo ruidosamente que puedo.

—¿Qué es esto? —pregunta alguien des del fondo.

—Ampliación del temario —responde Ramírez, satisfecho.

Se levanta una ola de protestas.

—Silencio. Si pretenden sacar una buena nota en mi asignatura, ya pueden empezar a emplearse a fondo.

Odio a los profesores que se refieren a la asignatura como a «su asignatura». ¿Acaso la han parido ellos? ¿Se acuestan con ella? ¿Le cortan las uñas?

La ampliación resulta ser un coñazo sobre los enlaces, las reacciones y

otras mierdas. El sopor iniciado en Biología me cae encima, de nuevo, como una manta de lana. Pierdo la conciencia del tiempo un rato indefinido, hasta que me despierta un manotazo encima de la mesa.

¡Bang!

—Buenos días, Cacho.

Trato de abrir unos ojillos pegados con Super Glue. Maldita primera fila.

—Buenos días.

—¿Necesita algo?

—¿Un café?

La clase ríe.

—¡Expulsado!

—Pero...

—Fuera de mi clase.

Y dale con el «mi».

Me levanto y encamino el pasillo con aire dramático, como si estuviera en *El verdugo*.

Antes de salir, todavía le oigo:

—Y, después de este querido *clásico*, prosigamos.

Por el pasillo me encuentro con Katherine Taylor, la profesora de Matemáticas.

—Cacho, ¿no deberías estar en clase?

—Me han expulsado.

—Pues, al menos, aprovecha el tiempo.

—El tiempo es infinito, ¿no?

Katherine resopla.

—Muy gracioso. No para los mortales.

Me da unas palmaditas en la espalda y se esfuma.

¿Dónde voy? Se supone que tendría que estudiar, pero no me apetece.

Me meto en los lavabos que hay al final del pasillo, en la primera planta. Escapo por la ventana. A la mierda.

Fuera hace un frío que pela.

¿Qué hago? Uno no puede estar borracho las veinticuatro horas del día.

De golpe, se me enciende una luz. ¡Todavía no le he restregado mi victoria a Werber!

Decido llamarlo.

Me meto en la cabina que hay en el parque, saco el número de teléfono de la cartera, meto una libra y marco el número de teléfono.

Contesta una voz femenina.

—¿Hola?

—¿Mary Jane? ¿Estás sola?

—Está a punto de llegar un cliente, cariño; pero si puedes venir en una hora redefiniremos Sodoma y Gomorra.

—Me refería a...

—¿Un trío? Lo podríamos arreglar. ¿Cómo te gustaría que fuera la otra chica?

—Mary Jane.

—Dime, cielo.

—Soy Cacho.

—Ah. —La decepción le cae a raudales—. Cuando llames, podrías empezar identificándote; ahorraríamos un montón de tiempo.

—Lo intenté. ¿Está Werber?

—Un momento.

Trato de liarme un cigarrillo mientras sostengo el auricular entre la mejilla y el hombro. Me sale un churro bastante curioso.

—Ket.

—Werber, ¿cómo va todo?

—¿Me llamas para preguntarme eso?

Suelto una bocanada de humo.

—Yo tenía razón.

—Así que estamos con esas, ¿eh?

—Ya lo ves, el niño se ha salido con la suya.

—¿Eso crees?

—Gina está libre, ¿no? Ni siquiera la detuvieron.

—La policía está bastante segura de que fue una misma persona quién mato a todos esos chicos.

—¿El caso no se ha cerrado?

—Pues claro que no. Cojones.

—¿Y por qué nadie habla de ello?

—Mr. Moore ha conseguido que la cosa no salte a la prensa.

—¿Tanto poder tiene?

—Y más. Pero al final la pelota acabará por estallar.

—¿Qué mierda de metáfora es esa?

—Me la acabo de inventar.

Aplasto el cigarrillo contra el suelo de la cabina.

—Gina es inocente.

—Ya. Entonces, si Gina es inocente y Ramírez es inocente, ¿quién mató a todos esos chicos? ¿No te pica la curiosidad?

—No.

—Ya. ¿Y no crees que volverá a matar?

Me muerdo el labio.

—Supongo...

Reconozco que ahí me ha pillado.

—Mejor que tengas los ojos bien abiertos, Ket. El cuento todavía no ha terminado.

Werber cuelga.

Me quedo con un regusto a cerdo agridulce en la garganta. Otra vez me la ha vuelto a jugar, no hay quién pueda con este tío.

Salgo de la cabina y me siento en un banco a esperar a que salgan de Química. Tengo ganas de estar a solas con Judy. A ver si hay suerte y le apetece ir a su casa.

Como no tengo nada que hacer, me fumo un par de cigarrillos. Los hago durar. Siete minutos y medio el primero, ocho el segundo. Me estoy volviendo bueno en esto.

Al final, salen todos en tromba.

Espero a que Rob e Issie se hayan ido y me pongo a seguir a Judy.

Como no me ve, le hago un silbidito. Se para, se gira, me sonrío.

—Cacho.

—¿Te apetece pasar un buen rato?

—Parece la proposición de una puta. —Se ríe.

—Eso es lo que soy. —Pausa—. Podemos ir a pillar priva, y luego a tu casa; si quieres.

—No puedo. Ya he quedado.

—Ah.

—Otro día, ¿vale?

—¿Con quién has quedado?

Judy exhala.

—Cacho, no quiero mentirte. No he quedado con nadie. Simplemente no tengo ganas.

Me encojo de hombros. Eso es todavía peor.

—Vale, otro día, entonces.

—Sí.

—Adiós.

Se gira y se mete a andar. Su ritmo tiene algo de gallináceo, como un contoneo. No lo había pensado nunca.

Espero hasta que dobla la esquina. Y vuelvo a la realidad.

Coño, que frío.

Traición

Hasta hoy, no consigo quedar con Judy.

Después de dos días insistiendo, ha accedido a quedar para desayunar.

A nivel moral, me preparo para lo peor. A nivel físico me pongo lo más chachi que puedo. Si va a cortar conmigo, al menos que le cueste un poco.

Debo decir, además, que ella quería quedar en el Machen, pero me negué; me gusta demasiado como para asociarlo a un mal recuerdo. Al final me citó en un café que conozco solo de pasada, no muy lejos de Barter Street.

Llego deliberadamente tarde y con aire despreocupado. Colega, ya ves, estoy utilizando las tácticas estándar para tratar de posicionarme lo mejor posible.

El antro es diminuto, tiene las paredes pintadas de rojo y una foto de un negro muy molón soplando una trompeta. Son apenas cuatro mesas, pero, por suerte, una apestosa música de *jazz* suena lo suficientemente alta como para darnos intimidad.

La veo en un rincón, agarrando una humeante taza con las dos manos. Cierto que el día se ha levantado polar.

—Hola —digo mientras me siento.

—Hola.

—Si no te importa, me pido un café.

—Adelante.

Mi giro hacia la barra y le señalo a la bulma que prepara las bebidas la taza de Judy. Luego hago redondas horizontales con el índice para darle a entender que quiero otro. Lo pilla a la primera. Ni el puto Marcel Marceau lo hubiera hecho mejor.

—Estoy un poco nerviosa —dice Judy.

—Yo también. —Pausa. Decido soltarlo—: ¿Por qué me has estado evitando?

—No te he estado evitando.

—¿Ah, no?

—Solo quería encontrar el momento adecuado.

—¿Adecuado para qué?

—Para... contarte una cosa.

—¿Quieres cortar conmigo? —Lo suelto de sopetón. Luego tartamudeo—:
En el caso de que consideraras que estábamos saliendo, claro.

—No es tan sencillo. Me gustas mucho, Cacho. Pero...

—Pero ¿qué?

La bulma llega con el café y me lo plantifica delante. Le echo un poco de azúcar de un cacito que hay en el centro de la mesa. Un solo de batería absurdamente largo me martillea la cabeza. Al menos el café es decente.

Judy me mira de reojo.

—Me enrollé con tres chicos.

—¡¿Cómo?!

—Eso.

Lo suelta así, de golpe. ¿Te lo puedes creer?

Bebo para ganar algo de tiempo.

—¿Qué quiere decir que *te enrollaste*?

—Besos.

—¿Con lengua?

—Sí. Lo siento.

Me entran ganas de chillar «puta» como Tom Hanks en *Esta casa es una ruina*. Pero me contengo.

—¿Cómo sé que no hiciste nada más?

—No te estoy engañando. Si no, ¿no te parecería raro que te hubiera dicho que fueron tres?

—No te sigo.

—Pues que, si te quisiera engañar, no te hubiese dicho nada, o te hubiese dicho que me había liado con uno.

—¿Quieres decir que el hecho de que hayas admitido que te morreaste con tres pavos es la prueba de que dices la verdad?

—Sí.

El solo de batería termina. Menos mal. Oh, no. Empieza el contrabajo. ¿En serio? Que cada uno se tire los pedos en su casa, por Dios.

—Y, ¿qué quieres hacer? —pregunto.

—No lo sé. Quería que lo supieras. O sea, pensaba que tenías derecho a saberlo.

Pego un trago del café.

—Pero ¿por qué lo hiciste?

—Fueron tres fiestas locas. Nos caíamos por el suelo, no sé. Y una vez lo había hecho una vez, supongo que ya no importaba el número.

—Importaba, cojones.

Judy no dice nada, solo fija los ojos en el café.

Esto es insoportable.

—Si no salimos ya —murmuro—, llegaremos tarde a clase.

—Cacho, me gusta lo que tenemos.

—Ya.

—¿La he cagado?

—Diría que sí.

—¿Por qué no vamos a dar una vuelta?

—No quiero perderme la clase de Miller. Si quieres, nos vemos para el *lunch*.

—Vale.

Me levanto, dejo un billete arrugado encima de la mesa y me largo.

(Ya lo sé, ya lo sé, estoy sobreactuando).

Mientras salgo por la puerta, los puños se me cierran. Joder, se picó a tres rabos. No uno, ni dos, sino tres. Se me agolpan las preguntas. ¿Cómo fue? ¿Dónde fue? ¿Estaba ella sentada en las piernas de alguno de ellos? ¿O fue contra la pared? ¿O en un sofá, ya medio estirados? ¿Dónde estaban sus manos? ¿Le tocaron las tetas? ¿Hicieron la curva que lleva a la cueva?

Sin darme cuenta me he puesto a llorar. Como si mi orgullo fuera un pajarillo estrangulado.

Entro en el *college* y voy al lavabo a limpiarme la cara.

Colega, qué mal, tengo los ojos tan rojos que parezco el maldito conde Drácula. Oh, no, y me ha salido un grano en la punta de la nariz. Es como para dimitir. En fin, trato de arreglar el cuadro de Picasso; con poco éxito.

En la puerta del aula de Psicología me encuentro con Daniela.

—¿Qué te pasa, Cacho?

—Nada.

—¿Estás seguro?

Pausa.

—Judy se ha liado con tres pavos.

—¿Tres pavos? No jodas.

—Solo morreos, pero, aun así...

Pone morritos de pensar. Luego dice:

—Qué idiota, dejar escapar a alguien como tú.

—Ya ves. —Silencio—. ¿Crees que debo pasar de ella?

—¿Qué te ha dicho?

—No mucho, creo que ha lanzado la bola a mi tejado.

Nos interrumpe la llegada de Miller.

Entramos en tromba al aula y nos sentamos codo con codo. No sé si voy a poder concentrarme.

—Buenos días. —Los labios grandotes le tiemblan como si estuviera tocando el saxo.

—Buenos días —respondemos.

—Hoy hablaremos del estrés.

—Creo que te va a venir bien —me murmura Daniela.

—Más que estresado, estoy cabreado.

—El cabreo no es una emoción tan negativa —suelta Miller.

¿Qué pasa, tiene telepatía? ¿O es que es el hombre biónico?

—¿Por qué? —se me escapa en voz alta.

—El cabreo puede ser un buen motor, ¿no estás de acuerdo? Son mucho peores la apatía o la depresión. El cabreo, si está bien fundado, incluso diría que es bueno; una reacción natural que nos llevará a tomar una decisión; decisión que, a su vez, provocará una acción. Entonces, si la acción es justa, la fuente que originaba el cabreo se verá modificada; de modo que el cabreo ya no tendrá más razón de existir y desaparecerá.

Vaya, tendré que meditarlo.

—¿Y el estrés? —pregunta Mofeta Freud.

—El estrés aparece cuando percibimos algo como una amenaza, o tenemos la impresión de que nos desborda, o de que no vamos a saberlo gestionar. —Miller se sienta encima de la mesa—. ¿Alguien se atreve a dar un ejemplo de situación que pueda provocar estrés?

—¿Perder el trabajo? —responde Mofeta.

—Sí.

—Pero también un ascenso, ¿no?

—Bravo, Daniela.

Mi amiga se sonroja.

—¿Un ascenso? —pregunta alguien.

—Sí —responde Miller—. Un mismo suceso puede resultar estresante o no, dependiendo de las capacidades del sujeto que se enfrente a él. Un ascenso puede ser interpretado como un reto positivo, o como una fuente de estrés si el incremento de responsabilidad se percibe por encima de nuestras posibilidades.

—Y también la pérdida de trabajo, ¿no? —añado.

—Exacto. Incluso la pérdida del trabajo puede ser una fuente de motivación. —Miller hace una pausa—. Entonces, ¿cómo identificar el estrés? —Se gira hacia la pizarra y escribe mientras habla—: Existen tres tipos de indicadores: neuroendocrinos, psicofisiológicos y psicológicos.

Tomo apuntes como un poseso hasta el final de la clase. Como siempre, el bueno de Miller se nos mete en el bolsillo y nos vende la moto mejor que una gitana vieja.

Cuando suena la campana, me llama a su mesa.

—Tengo una cosa para ti, Cacho.

Me entrega un sobre amarillo.

—¿Y esto?

—Deberás abrirlo tú, no lleva mi nombre.

Me lo meto en el bolsillo.

—Gracias.

—¿Todo bien?

—De perlas.

Doy media vuelta y me largo, no tengo ganas de dar explicaciones.

Daniela me acompaña escaleras abajo.

—¿Qué tal? —me pregunta.

—Bien. Creo que lo tango claro.

Mi amiga chasca la lengua.

—Cacho, no te precipites.

—No, no; estoy bien, en serio. Solo que lo que ha dicho Miller sobre el cabreo, me ha hecho pensar.

Daniela se detiene.

—¿Has tomado una decisión?

—Sí.

Pausa.

—Podemos ir a algún lado si quieres. Hablar.

—He quedado.

Me coge del brazo.

—Cacho, ¿estás seguro?

—Seguro.

—En fin, como quieras.

Daniela empieza a alejarse.

—Y, ¿no vas a preguntarme qué voy a hacer? —digo levantando la voz.

—No —responde, y luego se va.

Igual tiene razón, igual la estoy cagando y me voy a arrepentir el resto de mi vida. Pero el corazón me pide que haga esto.

Encuentro a Judy en la puerta de la cantina. Pillamos algo de papeo y nos escaqueamos al parque para poder tener un poco de intimidad.

Nos sentamos en un banco, abrimos unos refrescos de cereza y pegamos un trago. Esta vez el brebaje me parece irritantemente dulce. Pego un bocado a un sándwich de pollo y queso, y mastico. Trato de tragar, pero me cuesta horrores.

—Cacho —murmura Judy—, ¿qué te pasa?

Escupo el engrudo de pollo y pan.

—Estoy muy dolido.

Silencio.

Se le humedecen los ojos.

Una ardilla, feliz, se lleva el engrudo.

Se me parte el corazón.

—De verdad que no fue nada —solloza Judy.

Silencio.

El tiempo se detiene y las preguntas se me disparan como triples de Larry Bird. ¿Me quiere o no me quiere? Creo que me quiere o, al menos, eso parece

ahora. Pero ¡nunca me lo dijo! Entonces, ¿corto o no corto? Y, ¿por qué culebras tuvo que morrearse con todo cristo? Dios, ¡demasiado complicado! Colega, me cago en todo.

Judy me hace bajar de la nube.

—Lo mejor es que nos separemos —dice, y se levanta—. Si todo esto ha pasado, debe ser por algo. Y, además, es lo que habías venido a hacer, ¿no? A cortar.

Me quedo más mudo que una momia.

—Cacho... —Me acaricia el pelo de una manera muy triste—. ¿Podemos ser amigos? Porque te tengo un cariño así de grande. —Pone las manos como si agarrara una gran caja imaginaria.

—Sí —respondo—. Yo también... O sea, que me gustas mucho, solo que...

—Cacho, la he cagado, ya lo sé. No te agobies. Si fuera tú, haría lo mismo. Es mejor que me vaya. —Se levanta—. Nos veremos por el *college*. Lo siento. Se gira.

Estoy a punto de cogerle la mano, pero no lo hago.

Mientras observo como se aleja, la ardilla me roba el sándwich.

Colega, cuando vienen mal dadas, solo se puede confiar en un amigo. Así que me largo derecho a la residencia; y de ahí a la habitación de Rob.

Llamo con un «¡toc, toc!» desesperado.

—¿Quién es?

—Yo.

—Pasa, está abierto.

Entro y me desplomo encima de la cama. Rob está en la mesa con el libro de Química abierto.

Me mira.

—¿Es el fin del mundo y yo no me he enterado?

—Peor, he cortado con Judy... O ella ha cortado conmigo, ya no lo sé.

—Por lo de los morreos, supongo.

—¿Lo sabías?

—Pasé aquí las vacaciones.

—Así que todos estabais enterados, ¿no? Muy bonito, y no me dijisteis nada.

—Pensamos que era mejor que lo hablarais.

—Pues, vaya mierda.

—Tío, pensaba que la perdonarías. —Empieza a ponerse las Nike.

—Y, ¿por qué tendría que hacer una cosa así?

—Pensaba que te gustaba mucho.

—Me gusta mucho, sí, pero a la que me giré se morreó con lengua, no con uno, ni con dos, ¡sino con tres tíos!

—Al menos tuvo el valor de decírtelo. ¿Vamos?

—¿De decírmelo? ¿A dónde quieres ir?

—Tú también la engañaste, ¿no? A Las Flores del Mal.

—¿Con quién?

—Con la punki apestosa, ¿o ya no te acuerdas?

—Pero eso es distinto. ¡De algún modo tenía que remontar la peor noche de mi vida!

Rob me coge de la mano y me levanta de la cama.

—Da igual, la cosa ha ido como ha ido, y la única manera de lidiar con esto es tomando nenuco.

—Por fin un poco de coherencia.

Salimos.

Aunque Las Flores del Mal pasaría más desapercibido que el hombre invisible, esta vez no tengo tantos problemas para orientarme.

Cuando llegamos, la calle está desierta. Mejor.

Descendemos, a toda prisa, las escaleras que dan acceso a la puerta de entrada, como si fuéramos yonquis con el mono. No me lo pienso dos veces y la aporreo. Como siempre, se abre un par de centímetros y aparece el tipo narigudo.

Silencio.

—*Otros usarán la ternura / para ganar tu vida y tu dulzura.*

Tiene la voz más rasposa que una lija.

—*Pero yo, yo quiero reinar por el terror.*

Se abre la puerta.

—Seguidme.

Hacemos como nos dice. Avanza por el oscuro pasillo hasta la otra puerta. Con un dedo nos señala el dorso de las manos. Toca el numerito del sello.

Pero, antes de ponérselo, nos escruta un buen rato.

—¿Cuántas veces habéis venido? —pregunta.

—Esta será la tercera —respondo.

—¿Quién os invitó?

Mierda, no esperaba un interrogatorio.

—¿Quién?

—Mi amiga Gina.

El tipo se rasca la cabeza.

—¿Os gustaría afiliaros?

—¿Afiliarnos a qué?

—Al Círculo.

Rob y yo nos miramos.

—¿El Círculo? —digo—. Suena bien.

—¿En qué consiste? —suelta Rob.

El narizotas declama:

—Ser un amante de Pan, beber la vida como si fuera vino, conquistar el lado oscuro.

Rob suelta una risita.

—Genial, siempre he sido más de Vader que de Skywalker.

Le pego un codazo a mi amigo, que se calla al instante. El tipo nos agarra la mano y nos mete el sello de la figura mitad tío, mitad cabra. Joder, ¿por qué duele tanto?

—En fin —gruñe el narigudo—, más pronto o más tarde, sentiréis la llamada. Solo trataba de facilitar las cosas.

Da con los nudillos a la puerta y espera a que se abra. Nos empuja al interior y la puerta se cierra como por arte de magia.

Avanzamos hasta nuestra mesa habitual envueltos en un fino olor a opio o a ambientador barato. El ambiente está muy tranquilo hoy. Nada que ver con la locura de la última vez. Espero que las cosas no se desmadren demasiado.

La camarera ciega no tarda en venir. Ya sabes: *shorts*, escote generoso y bastón.

—Hola cielos —dice—, ¿qué os pongo?

—Algo para olvidar —respondo.

—¿Mal de amores?

—Más o menos.

—Tengo justo lo que necesitas. —Pausa—. ¿Y tú?

Rob no se lo piensa:

—Tomaré lo mismo que él.

—*Okey-dokey* —dice, y se va.

Encendemos unos cigarrillos.

—Está buena, ¿eh? —digo.

—¿Te follarías a una ciega?

—¿Por qué no?

—¿No sería raro?

—¿Diferente?

—Tienes razón, supongo. —Rob hace una pausa—. Podría ser interesante. De hecho, tú ahora puedes —me guiña un ojo—, vuelves a estar en el mercado.

—No estoy de humor. Es curioso, ahora que hemos cortado, todo el mundo está de acuerdo en que tenía algo guay con Judy; antes, nadie. Encima no puedo decirle que ya no quiero cortar con ella porque, de hecho, es ella la que ha cortado conmigo.

—Cacho, necesitas un trago más que el aire que respiras.

—Supongo.

Por suerte, la camarera no tarda en llegar con dos cócteles gigantes.

—Aquí tenéis —dice mientras los deja en la mesa—, dos vodka-ring-a-ding.

—¿Qué llevan? —pregunto.

—Vodka.

—Claro. ¿Qué más?

—La fórmula es secreta. Te gustará.

Pego un trago. Aparte del vodka hay algo de mango y algo ácido y como ¿pimienta? No sé, colega.

—Bueno que te cagas —murmuro.

—Bien. —La camarera parece complacida.

—Oye, ¿cómo te llamas? —suelta Rob.

Silencio.

—¿Por qué debería decírtelo, niño?

—Después de lo que pasamos la última vez...

—¿Qué última vez?

—Con la Banda Pánica.

La camarera pone boquita de piñón.

—Ah, eso.

Rob pone su mejor sonrisa, no debe recordar que la bulma no ve nada.

—Este es Cacho; yo, Rob.

La camarera tuerce la cabeza, como si fuéramos cucarachas.

Luego ríe.

—Me llamo Strip, Steri Strip. —Se gira, y antes de largarse, suelta—: Y no te hagas ilusiones, no soy ninguna asaltacunas.

—Joder —murmuro—, me oyó. Qué vergüenza.

—Tendríamos que haberlo supuesto, los ciegos agudizan los otros sentidos.

—Mierda.

Bebemos un par de tragos de los cócteles y las luces empiezan a bajar. Rob y yo nos miramos. Algo se cuece.

De pronto, una voz sensual:

—Estimados amigos, demos la bienvenida al inefable, inmortal y genio maldito, Opicinus. —Los sonidos flotan un rato por un aire que ha empezado a viciarse, como si estuvieran en pausa.

Luego, silencio.

Después, se enciende un foco que ilumina dos palos metálicos, como esos que utilizan las bailarinas de estriptis.

Al poco, oímos un sonido inquietante. Sssss. Pausa. Y una lengua bífida que sale de las bambalinas. ¡Y luego, una cabeza de serpiente! ¡Y luego, su cuerpo inmenso! Se me pone la piel de gallina. Es preciosa y horrible a la vez.

La serpiente reptaba hasta el centro del escenario.

Entonces pasa la cosa más sorprendente que yo haya visto jamás. Empieza a sonar el tema *Limbo rock* y la serpiente trepa por uno de los palos. Cuando está más o menos a metro y medio metro del suelo, se estira hasta alcanzar el otro palo.

Rob y yo observamos la inquietante figura; luego nos miramos.

—¿Tú entiendes algo?

—No.

La gente de la sala se ha levantado y comienza a formar una cola delante de la barra-serpiente. Mientras esperan, canturrean la letra de la canción:

*Every limbo boy and girl
All around the limbo world
Gonna do the limbo rock
All around the limbo clock.*

Strip se ha puesto a un lado y nos jalea.

La fila empieza a pasar por debajo de la serpiente echando el cuerpo hacia atrás, seguro que has jugado al *limbo rock* alguna vez.

Me toca el turno. Tengo la cabeza un poco bailonga, pero la serpiente está bastante alta, así que no tengo problemas. Lo mismo con Rob.

Al terminar, la serpiente disminuye su distancia con el suelo.

Ssss.

Comienza la segunda ronda y la parroquia se arranca a pasar por debajo del reptil, pero, esta vez, bailando. Del entusiasmo, el tipo que tengo delante, un viejo barbudo con gorra de Motörhead, cae de culo al suelo. En un segundo, los otros lo rodean y empiezan a chillar «Limbo, limbo». La serpiente baja de las barras de hierro y, sin hacer ruido, se acerca a su víctima. Ssss. Le pega un mordisco en el brazo. Ssss. El viejo suelta un alarido de dolor y se le cae la dentadura postiza al suelo. Un gordo se la pisa y ríe. Todo el mundo aplaude.

—Qué putada —farfullo.

—No creas —me dice Strip al oído—. Es el mordisco de Opicinus; bendita locura.

—¿Alguien se va a salvar? —pregunto.

—El último en caer.

—No jodas —interviene Rob.

—¡Y se lleva la serpiente! —añade Strip, entusiasmada.

Rob y yo nos miramos. No hace falta decir nada. No podemos llegar a la residencia con una serpiente gigante.

Así que, en la siguiente ronda, cierro los ojos y me dejo caer.

Cuando los abro, ya tengo el círculo de locos a mi alrededor. «¡Limbo,

limbo!». La serpiente se acerca lenta, sin prisa, casi con dulzura. Me observa con sus ojos rasgados, tratando de adivinar el bocado más tierno. «Limbo, limbo». Se decide por mi muslo. Mientras se aproxima, cierro de nuevo los ojos. «¡Limbo, limbo!». Ssss. Noto como los colmillos penetran en mi piel. Duele, pero a la vez es liberador. Luego noto algo caliente, como si me estuviera inoculando el veneno, pero no puede ser. No pueden estar tan locos. Luego me suelta y la gente aplaude.

Me arrastro hasta nuestra mesa mientras el bicho hace lo propio con Rob. Si no fuera porque es mi amigo, diría que es todo un mal teatro.

Rob llega a la mesa cojeando.

—Recuérdame que no volvamos nunca más por aquí —murmura.

Nos terminamos los cócteles mientras el espectáculo acaba.

Una bulma con tatuajes tiene el honor de quedarse con Opicinus.

Por suerte, después del *show*, ponen música y todo vuelve a la normalidad. Aunque, en Las Flores del Mal, la normalidad no existe y estamos, además, bastante alterados. Pero ya me entiendes.

Después del cóctel, decidimos pasar a birras, por mayor seguridad. No sé qué les meten, pero son demasiado peligrosos.

De todos modos, la mordedura ha sido como un antes y un después; es lo que tiene pasar el límite, que luego todo se relativiza.

Lo pasamos en grande: exaltación de la amistad, cánticos emocionados e insultos a los enemigos. El *pack* completo.

Nos dan las tantas entre canción, birra y canción.

En la última ronda, se une a nosotros Strip y brindamos por el amor libre.

Al final, acabamos los tres arrastrándonos por la calle, apoyados como podemos los unos en los otros. Imposible discernir quién está más ciego de todos.

Ya no me siento triste ni nada. Quizás solo un poco perdido. La vida está llena de maravillas. Lástima que no sean para siempre.

Teófilo de Adana

—¡Cacho! —grita Smellor mientras aporrea la puerta.

—¿Qué pasa?

—Tu cita con el director.

—¿Yo?

Mierda, me expulsan, esta vez no me libro.

—¿No te dieron la notificación?

¿Notificación? ¿Qué notificación? Joder, el sobre que me pasó Miller. Me abalanzo al cajón del escritorio. Ahí está. Lo rasgo y leo.

Apreciado M. Cacho:

Es un gran placer invitarte, junto con los otros estudiantes de intercambio, el próximo día 20 de mayo a mi casa.

Será un encuentro informal para tomar el *lunch*.

Espero que te sea posible venir.

Deseoso de verte,

John Cummings

P. D.: En la hoja anexa encontrarás mi dirección e instrucciones precisas para llegar.

Mierda. Abro la puerta de la habitación.

—¿No tengo que ir al *college*?

Smellor tuerce la boca.

—¿Eso es lo único que te interesa?

—No, pero no quiero que me caiga una bronca.

—Estás de suerte, chaval. Después de la primera clase, te puedes largar. Pero tienes que confirmármelo.

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? —Chasca la lengua—. Qué vas al *lunch*.

—Confirmo.

—Muy bien.

Smellor se va dejando un oloroso rastro a humo. Igual la he cagado. Igual comer con el director del *college* es mucho peor que ir a clase. Veremos.

Desayuno con Rob y nos largamos a toda pastilla. Por el camino le cuento las buenas nuevas.

—Qué suerte —murmura.

—Oye, pero tú también tendrías que ir, ¿no?

—No. Aunque sea americano, soy estudiante regular.

—¿Regular?

—O sea, que no he venido solo para un curso. El año que viene, sigo.

—Qué pena, hubiese sido divertido.

—Ya me contarás.

—*Sure*.

Antes de entrar a clase, me informan en secretaría que, a la salida, los estudiantes invitados nos encontraremos en la puerta del *college* para ir juntos a casa del director. Mejor, así seguro que no me pierdo.

Por el pasillo nos juntamos con Issie y Judy. Todavía se me hace un poco raro verla y actuar con normalidad, pero, por lo menos, ya no es un problema.

Entramos juntos al aula.

Katherine Taylor, la profe de Mates, nos recibe con una hermosa sonrisa. La mayoría de profes, aquí, suele estar de buen humor, no como en mi insti. Les debe gustar más lo que hacen; o les deben pagar mejor.

—¡Hoy empezamos tema nuevo! —dice Katherine mientras nos sentamos.

—No sé por qué, pero me parece que no va a ser más entretenido que el anterior —murmura Rob.

—Fijo.

—Logaritmos —suelta la Taylor.

—Vaya.

Agarra una tiza y empieza a garabatear.

—El logaritmo de un número, en una base dada, es el exponente al cual se debe elevar esa base para obtener el número.

Rob me pega una patada por debajo de la mesa. Sí, las matemáticas son

duras, pero, al menos, mientras escribe, el culito le tiembla como si fuera el ala de un ángel.

Katherine prosigue:

—Por ejemplo; si la base es 2, ¿a qué potencia tendremos que elevarla para que nos dé 4?

—2 —contesta Judy.

—Exacto, entonces, el logaritmo en base 2 de 4 es 2.

No sé cómo cojones lo ha hecho, pero lo he entendido. A lo mejor es que no soy tan lerdo como pensaba.

La Taylor se sumerge en sus explicaciones, con el entusiasmo de un locutor de fútbol. A ratos me pierdo, pero enseguida vuelvo a retomar el hilo. Y si tengo alguna duda, pregunto. Eso es otra cosa que me gusta de aquí, que la gente no se corta en preguntar. No son nada pasmarotes.

Al acabar la clase, me despido de mis amigos y voy a la entrada del *college*.

Para mi sorpresa, solo hay dos estudiantes esperando, un bulma de pelo negro y rizado, muy mona; y un tipo alto y delgado.

—Creo que ya estamos todos —dice la bulma cuando me ve.

—¿No viene nadie más? —pregunto.

—Había más estudiantes invitados, pero han declinado —dice el larguirucho.

—Vaya.

—Soy Verónica —dice ella, alargándome la mano.

—Cacho. —Se la estrecho.

—Josh.

—Cacho.

Nuevo apretón de manos.

—¿Sabéis cómo ir? —Bajo la cabeza—. No he tenido tiempo de mirar las instrucciones.

Verónica saca el mismo sobre que me dieron.

—Creo que sí.

—Menos mal —dice Josh—. Yo tampoco hice los deberes.

—Tenemos que coger un tren —murmura ricitos, sin apartar la vista de la hoja.

—¿En serio? —musito. «Sí», intercala ella—. Qué palo.

—En marcha —suelta el larguirucho—. Me muero de hambre.

Pillamos el metro hasta Trafalgar Square. Y allí el tren de los cojones. El billete me cuesta 20 libras. Espero que el bueno de Cummings, como mínimo, nos dé de comer caviar.

Nos apalancamos en un cubículo de cuatro.

—¿De dónde eres? —me pregunta Josh.

—España.

—Ah, sí, conozco la tortita.

—¿Tortilla?

—Eso.

—¿De patatas?

Josh se encoge de hombros.

—Creo que no hablamos de la misma cosa.

Verónica resopla.

—Una cosa es la tortita mejicana, y la otra la que hacéis vosotros, ¿no? Que es como la *omelette* francesa.

—Sí, bueno, pero la nuestra lleva patatas, y cebolla.

El tren arranca.

—¿De dónde sois?

—Tejas —Verónica.

—Tennessee —Josh.

Pausa.

—Vaya follón que tenéis montado, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—A la guerra y tal.

Silencio.

—¿Os gusta Bush?

Se miran. Responde Verónica:

—Es nuestro presidente, tenemos que darle apoyo.

Decido no profundizar más en el tema.

—Mucha gente no bebe té, ¿no? —dice Josh.

—¿Cómo?

—Quiero decir, pensaba que sería una obsesión nacional.

—Ya —murmuro.

—He conocido muchos que toman café.

Hasta que no encontramos el filón de los profes, la conversación no progresa mucho más. Josh y Verónica están en treceavo, así que saben algunos cotilleos de los buenos. Al parecer, Miller estuvo liado con la Taylor. Qué cabrón.

Ya en la estación, Verónica saca las instrucciones de nuevo y nos guía por un laberinto de calles que me parecen todas iguales. Andamos sin prisa. Se trata de un barrio limpio y tranquilo, y el aire es fresco y refrescante.

Llegamos a casa del director sin problemas. Es bonita, sin pretensiones, cosa que me sorprende. Esperaba algo más operístico.

Llamo al timbre. Ding-dong.

Se abre la puerta. Es el dire en persona.

—Bienvenidos a mi humilde *cottage*.

—Gracias —respondemos.

—Adelante, adelante.

Entramos y Cummings cierra la puerta.

Echo un vistazo. El interior es exquisito. Nada que ver con el envoltorio. Pocas cosas y muy bien puestas. Las luces empotradas por todas partes, lanzando un globo de luz. Como en una película intimista.

—¿Qué queréis tomar? ¿Un poco de champán?

Nos miramos, alucinados.

—Vale —dice Josh.

Cummings agarra una botella de la cubitera y, antes de descorcharla, nos la enseña.

Colega, cuando decía champán, se refería a champán del de verdad.

—Krug Grand Cuvée —murmura—, mi preferido, seguro que lo sabréis apreciar.

Seguro que no.

Nos llena las copas con el amor de un camarero del Ritz. No es que haya estado en el Ritz, pero, ostras, me esfuerzo para que comprendas.

—Sentaros —dice señalando los sofás que hay delante de la chimenea.

Ha preparado unos aperitivos que descansan en una mesita baja. Tostadas con salmón ahumado, fresas frescas, olivas, quesos pijos y mermelada casera.

Los estudiantes que no han venido son imbéciles.

—Las olivas son de Sicilia; probad, probad.

Son muy grandes y de un verde más eléctrico de lo que estoy acostumbrado. Me echo una a la boca. Es carnosa y deliciosa.

Empezamos a papear como cerdos bajo la complacida mirada de Cummings.

—¿Cómo va todo? —nos pregunta—. ¿Os sentís bien en el Burton?

—Muy bien —dice Verónica—. Solo echo un poquito de menos a mi novio, pero supongo que es normal.

—Claro que sí —dice Cummings—. ¿Sabes? Cuando tenía tu edad, mis padres me enviaron a Japón, en esa época no era nada normal.

—¿Japón? —Me quedo con la boca abierta.

—Mi padre era una persona bastante excéntrica. Pensaba que podría sucederle en sus negocios de importación.

—Debió ser duro.

—Al principio fue horrible. Vivía con una familia que no hablaba nada de inglés. Cuando llegaba a casa, me encerraba en mi habitación y me pasaba la noche llorando hasta la mañana siguiente. Me adelgacé diez kilos.

—Madre mía —murmura Verónica.

—Y, ¿qué pasó? —pregunta Josh.

—Que me adapté. Nadie muere de añoranza. Y luego fue lo mejor que me haya pasado nunca. Por eso soy un arduo defensor de los intercambios entre estudiantes.

Mientras habla, acabamos con los aperitivos.

—Veo que tenéis apetito, ¿os parece que pasemos a la mesa?

Asentimos con furor.

Entramos al *dining room* y nos sentamos en una robusta mesa redonda; el servicio diría que es de plata, o, por lo menos, brilla mucho. Las copas, inmensas.

—En seguida vuelvo.

Cummings desaparece por una puerta que da a la cocina. Al poco, entra con una fuente humeante.

—*Shepherd's pie* —dice satisfecho—. Receta de mi abuela. Y para acompañar, un *penedès*.

Pego un respingo.

—¿Ha dicho *penedès*?

—Soy un apasionado del vino catalán, y la ocasión lo merece.

Saca una botella de Torres, nos llena las copas con esmero y nos sirve una generosa ración del pastel de carne.

Voy primero a por el vino. Me acerco la copa a los labios y una melé de aromas se me cuele por la tocha. Luego un sorbito. Mmm. Me transporto a los domingos de mi vida. El domingo es el día en que mi padre abre vino, el día en que mi madre cocinaba algo especial. Me cae una lágrima. Tengo que hacer ver que estornudo.

Luego voy a por el pastel. Corto un trozo generoso y me lo meto en la boca. Se deshace como la mantequilla. Delicioso.

—¿Qué tal, chicos? —pregunta Cummings.

—Espectacular —exclama Verónica.

—Muy bueno —Josh.

Mientras comemos, Cummings me hace un pequeño interrogatorio sobre vino español. No tengo ni idea, la verdad, pero trato de no quedar como un palurdo.

Cuando terminamos, una asistenta sale de la cocina y retira los platos.

—Gracias —decimos.

—De nada.

—Delicioso —dice Verónica.

—No os dejéis engañar, cocinó Mr. Cummings —dice la chica—. Le encanta.

—Con tu inestimable ayuda, Beryl.

La tal Beryl sonrío. Parece que se llevan bien.

El segundo plato no desmerece en nada el primero. Es un guiso de ternera acompañado de verduras. *Stew*, creo que se llama. Entre bocado y bocado, nos pimplamos el vino en un santiamén.

De postre nos saca queso y un vino que se llama Porto. Es una combinación rara, pero podría llegar a acostumbrarme.

—¿Fumáis? —dice Cummings ofreciéndonos un paquete de cigarrillos.

Nos convertimos en estatuas de cera por un segundo.

—¿Chicos?

—Sí —respondemos Josh y yo a la vez.

—Bien.

—¿Se puede fumar aquí dentro? —farfulto.

—Pues claro —dice.

Nos enciende los cigarrillos. Lo más fuerte es que él no fuma, lo hace por buen anfitrión.

Mientras terminamos la copa de oporto, suena el teléfono.

—Perdón.

Cummings se retira a su despacho (creo) para atender la llamada.

—Quién lo iba a pensar, ¿eh? —suelta Josh.

—Increíble —dice Verónica—, me voy a acordar de esta comida toda mi vida.

—Esto, en España, sería impensable —murmuro—. Que el director te invite a su casa y te trate como a un rey.

—¿Crees que le importará si pillo un poco más de algo? —pregunta Josh.

—Seguro que está encantado —respondo—. Y de paso... —Le enseño mi copa.

—Y la casa —exhala Verónica—, qué preciosidad.

Josh se acerca hasta el mueble bar y empieza a examinar las botellas. Verónica se aleja hacia los sofás con cara de «he comido demasiado». Me quedo solo en el *dining room*.

Apuro mi copa y la dejo encima de la mesa. Justo cuando voy a sentarme, Cummings vuelve frotándose las manos.

—Bien, bien, bien, parece que esta noche el destino está de tu parte —susurra—. Eso, si es que eres del Barça.

—¿Del Barça? —Casi me siento ofendido—. Pues claro.

Cummings me alcanza un papelajo. Lo examino. Al lado de un feo logo puedo leer: *European Champions Clubs Cup Final. Wednesday 20th May 1992. £12*[\[LMP5\]](#).

—¿Qué es esto? —digo temblando.

—¿Te lo tengo que explicar?

—¿Es para mí?

—Era para la esposa del coronel, pero se encuentra indispuesta.

—No puedo pagarla.

—Oh, no te preocupe por eso, ya está pagada.

Me quedo callado como un gilipueñas. Totalmente colapsado. Cummings insiste:

—¿Quieres venir?

—¿Que si quiero venir? ¡Pues claro que quiero venir!

—Te va a encantar Branson.

—¿Branson?

—El coronel. Retirado, claro. De la marina.

El tum-tum de mi corazón suena a los botes de Magic antes de un tiro libre. Colega, ¡voy a ir a la final de la copa de Europa!

Chicken run.

—Solo te pido un poco de discreción con tus compañeros, se podría entender como *favoritismo*. —Me guiña el ojo.

Lo que pasa a continuación es bastante rápido. Cummings saca un grueso volumen sobre la elaboración del vino, nos apalancamos en los sofás y empezamos a discutir los procesos químicos de la fermentación, los diferentes tipos de barrica y su acción en el retrogusto, y el arte del *coupage*. Digo más tonterías que el papa en Semana Santa. Pero el truco funciona. Josh y Verónica recuerdan que tienen que terminar unos deberes para mañana y se largan.

Cummings cierra el libro de golpe y lo arroja a la estantería. En menos de cinco minutos suena una bocina y salimos a la calle. Nos espera un Jaguar negro de la hostia. Al volante, el coronel Branson.

—Arriba, chicos —suelta con entusiasmo.

—Espero que Judith no esté muy fastidiada —dice Cummings mientras entramos en el coche.

—Oh, ya sabes, el fútbol le interesa tanto como a un mono los sonetos de Shakespeare.

Nos acomodamos en los mullidos asientos de cuero negro y salimos a todo gas.

—Y este jovencito, ¿cómo se llama? —pregunta Branson.

—Cacho.

—Muy bien, Cacho. Iremos con el Barça en tu honor, ¿verdad, John?

—Pues claro.

—¿Cuál es vuestro equipo? —pregunto.

—Arsenal —responden al unísono.

—Teníamos la esperanza de que llegara a la final —añade Branson. Luego ríe—. En realidad, no.

—No era imposible —declara Cummings.

—John, caímos en octavos —Branson.

—Ya sabes, mí optimismo.

—Tu optimismo también decía que la Thatcher nunca saldría reelegida, y salió dos veces.

Los dos viejos se miran y ríen.

Accedemos a un *parking* en las dependencias del estadio. A juzgar por el nivel de los coches que alberga, no debe estar al alcance de cualquiera. Supongo que el viejo coronel tiene sus contactos.

A través de un laberinto de largos corredores, llegamos al pasillo que da a la grada. Es oscuro, con una luz al final, como la que dicen que ves cuando te mueres. Branson y Cummings avanzan lentos, como gladiadores viejos hacia su combate final. Voy a su paso. Ya empiezo a sentir un gusano de nervios que me come por dentro.

Al final, asomo la cabeza y es como si se abriera una ventana al mundo: un rectángulo de césped verde eléctrico que te deslumbra, rebotando la luz de la tarde.

Nos acomodamos y, al poco, los jugadores salen al campo a calentar. Van de naranja. Cruyff, traje negro, camisa blanca y corbata negra. La gente chilla. El ambiente es espectacular. Por suerte, estamos en la zona de los seguidores del Barça. Me emociona oír a mis compatriotas catalanes.

—*Qui és l'arbitru?*

—*Un tal Schmidhuber.*

—*Collons.*

—*Ja veurem.*

Pita el árbitro y el Barça pone la pelota en movimiento. Pim-pam-pum, estilo Johan.

Primera oportunidad del partido, minuto once. Falta directa. Chuta Koeman. Para el portero.

Mierda.

Branson enciende un puro.

—¿Te molesta?

—No.

El humo me atosiga por lo menos durante media hora. O quizás no es el humo lo que me ahoga, sino la tensión. El Barça no juega mal del todo, pero la pelota no entra. Y los italianos también quieren ganar.

El puro se termina con la oportunidad más clara del Barça: un remate de cabeza de Stoichkov.

Luego, la media parte. Estoy tan histérico que tengo que ir al lavabo dos veces.

A la vuelta, Branson ha comprado perritos calientes para todos, y cerveza a tutiplén. Viva la marina inglesa.

Empiezo a comer como un perro, valga la repugnancia.

—Es de esas ocasiones en que lo darías todo por ganar —murmuro con la boca llena.

—Un deseo peligroso. —Branson me da un codazo.

Me giro hacia él.

—¿Por qué?

—Si lo das todo, te puede pasar como a Teófilo.

—¿Quién?

—Teófilo de Adana. ¿No has oído hablar de él?

—No.

—Su historia puede verse en los relieves de *Notre Dame*. —Lo dice como si *Notre Dame* fuera el Lecturas—. ¿No has estado? —añade.

—No.

—Vale la pena; por eso y por otras cosas, claro.

Cummings interviene:

—Ralph, vas a dejar que el chico vea la segunda parte, ¿verdad?

—Todavía no ha empezado —protesta Branson.

—¿Qué pasa con el tal pedófilo? —pregunto.

—Teófilo. —Ralph se aclara la garganta—. Era archidiácono. Al morir el obispo, el papa le ofrece el puesto vacante; pero este renuncia por humildad.

—Vaya.

Nos interrumpe el pito del árbitro: comienza la segunda parte. Fijamos la mirada en el campo: sacan los italianos.

Branson prosigue:

—Entonces, el nuevo obispo expulsa a Teófilo de la iglesia.

—Qué injusto, ¿no?

—Sí. El pobre Teófilo se desespera. No sabe cómo recuperar su antiguo puesto; él, que era la pura humildad. Así que va a visitar a un mago para que le ayude.

—Un poco de magia, eso es lo que necesitamos —murmuro.

—A las doce de la noche, el mago lleva a Teófilo a una encrucijada.

—Fuera de juego, ¡joder!

—Y allí invoca a Satanás.

Me giro hacia Branson.

—¿Satanás?

—El mismo.

—Y, ¿qué pasa?

—El demonio llega envuelto en un manto de brumas. Es una noche oscura.

Noche de sombras.

Guardiola intenta un pase que se estrella contra Baquero.

—*Pep, collons!* —grita un forofo.

—¿Y Teófilo?

—Se postra a sus pies y firma un pacto con él; con su propia sangre.

—Un momento, ¿cómo en la peli de *Crossroads*?

—*Arbitruchu, pallassu!* —grita otro, desorientado.

—Sí.

—¿Un pacto para qué?

—Para entregarle su alma. A cambio, la gloria y el reconocimiento perdidos.

La peña empieza a cantar el himno del Barça. Me uno a ellos:

—*¡Blaugrana al vent, un crit valent!*

Y Baquero que se la pasa a Salinas dentro del área. Salinas que se va de tres, Salinas que dispara. Pagliuca que la para. ¡Qué ocasión, Dios! Muerdo con tanta fuerza el perrito caliente que un chorretón de ketchup casi me mancha los pantalones.

—Y luego, ¿qué pasa? —digo, temblando.

—Al principio la cosa va bien, el obispo se retracta, le devuelve su puesto

y Teófilo recupera su fama. Pero, con el tiempo, se da cuenta de que, sin su esencia, la gloria de este mundo ya no le importa.

—Pero ya es demasiado tarde, ¿no? El trato ya está hecho.

—Tal como se cuenta la historia, al final la Virgen María se apiada del arrepentido Teófilo, rompe el contrato con el maligno y le restituye el alma.

Stoichkov avanza solo en dirección al portero. Branson se calla. Nos ponemos de pie. El campo ruje. Esta puede ser la ocasión definitiva. Stoichkov apunta. Stoichkov dispara.

¡Al palo! ¡Al palo! ¡Al palo!

Caemos exhaustos en nuestros asientos.

—¿Tal como se cuenta la historia? —escupo, deseoso de acabar ya con el rollo—. ¿Vino o no vino la Virgen a salvarle el culo?

—Claro que no, eso solo es un cuento para beatas.

Doy una patada a la silla de delante.

—Pues qué mierda.

—No se puede borrar lo que se ha hecho. Teófilo tiene que aprender a vivir sin su alma.

Los gritos de los culés apagan las últimas palabras de Branson y puedo ver el final de la segunda parte en paz. Pero aquí no marca ni el tato.

Cuando termina, salgo, de nuevo, disparado hacia los lavabos. Pego una meada descomunal. La cerveza, tal como entra, sale. Deberían reembolsarnos, es un timo de bebida.

Empieza la jodida prórroga.

La cosa no varía mucho. Comienzo a temerme los penaltis, y no creo que pueda resistirlos.

Una falta a Eusebio y los italianos que protestan como locos. Me levanto a chillar como un energúmeno. Se coloca la barrera. La tensión se puede palpar en el ambiente, como cuando estás cerca de una central eléctrica.

Es una falta indirecta.

Schmidhuber pita.

Toca Stoichkov, para Baquero, chuta Koeman.

Gol.

Gooooool.

Siento una experiencia comparable a unas tetas. Koeman corre ladeado, su

pelo rubio al vuelo. Johan salta al campo. Todo el mundo chilla. Los jugadores hacen una piña. Se detiene el tiempo. Parece el fin del mundo.

Chicken run.

Y comienza la cuenta atrás.

Árbitro, la hora. Árbitro, la hora.

Y la hora llega: final.

Los jugadores enloquecen.

Doy saltos de alegría, me abrazo al coronel, me abrazo a Cummings.

—No tan fuerte, hijo.

De golpe me acuerdo de su enfermedad, y veo su cuerpecito pateado por la química.

—Gracias —digo con los ojos llorosos—, gracias por esto.

—*My pleasure.*

Del revés

«Los átomos X, Y y Z corresponden a los tres primeros elementos consecutivos del grupo de los anfígenos. Se sabe que los hidruros que forman estos elementos tienen temperaturas de ebullición de 373, 213 y 232 K, respectivamente. Explique el carácter anfótero del hidruro del elemento X».

Lo jodido de una pregunta no es no saber la respuesta, lo realmente jodido de una pregunta es no tener ni idea de lo que te están preguntando. Sobre todo, cuando los exámenes finales ya están aquí.

Intento llegar con la mirada al examen de Judy. Ramírez está enfermo y nos vigila el cegato de Prior, el profe de Latín. Judy está sentada delante de mí y parece que lo lleva bien. Pero no hay suerte, me queda demasiado lejos.

¡Toc, toc, toc!

Me giro hacia la puerta.

Ramírez, Cummings y dos polis.

Qué raro.

—Adelante —dice Prior, con solemnidad.

La puerta se abre y Cummings da un paso adelante.

—Cacho.

Todo el mundo me mira.

—Sí... —murmuro.

—Sal de clase, por favor.

—¿Y el examen?

Cummings mira a los policías. Hay uno que parece un jugador de *rugby*. El otro es delgado, casi cadavérico, y tiene una mancha en la cara con forma de cerdo. Como diría Werber, cojones.

Los polis se miran.

—Podemos esperar —suelta el grandullón—. Sin problemas.

—Gracias —dice Cummings, y me hace una señal con la cara.

Se vuelve a cerrar la puerta. ¿Qué cojones hacía Ramírez allí? ¿No se

supone que estaba enfermo? Mis compañeros empiezan a hablar. Rob se levanta, Issie protesta, Judy tiene la mandíbula tan desencajada que parece que vaya pasada de anfetas.

—Orden. —Prior se impone—. Os quedan diez minutos para terminar el examen. Yo de vosotros los aprovecharía al máximo.

¿De qué culebras va todo esto?

Mis compañeros terminan como pueden, yo soy incapaz de mover un dedo.

A medida que van entregando los exámenes, Mr. Prior los ahuyenta de clase.

—Ánimo, tío —me dice Rob cuando pasa por mi lado—. Nos vemos en el Machen, ¿vale? Seguro que es una tontería.

—Espero.

Issie y Judy también me dedican miradas de apoyo. Aleixandre, ricitos ondeando al viento, sonrío como un imbécil.

Me levanto y entrego el examen. Me giro: la clase está vacía. Han huido todos como si tuviera la peste.

—Gracias, Cacho —dice Prior.

Me sorprende la amabilidad.

—De nada.

Detrás de mí se abre la puerta y entran los policías. Cummings y Ramírez van detrás. Cuando llegan a mi altura, se detienen. El de la mancha se gira hacia Ramírez.

—¿Es este?

Ramírez asiente.

Me suelto:

—¿Se puede saber que significa todo esto? ¿Es una broma?

—¿Eres Martín Cacho? —me pregunta el poli.

—Sí —respondo, dando un paso atrás.

—Mejor que colabores. —Cummings me pone una mano en el hombro—.

Ya veremos cómo lo arreglamos.

El de la mancha saca unas esposas.

—¿Es necesario? —pregunta Cummings.

—Supongo que no —responde el tipo. Luego me mira con desprecio—. Quedas arrestado bajo la sospecha de los asesinatos de Jonathan Costello y

Richard Malone. Te informo de que tienes derecho a permanecer en silencio, pero eso podría ser tomado en consideración por el juez en el momento de determinar si eres culpable o inocente. Cualquier cosa que digas puede ser usada en tu contra. ¿Lo entiendes?

Me quedo mudo.

De toda esa mierda solo he pillado una cosa: me acusan de asesinato.

—¿Lo entiendes? —repite el de la mancha.

—Sí —respondo.

Me tiemblan las piernas.

—No he hecho nada.

—Eso ya lo veremos.

Me registran y me quitan la cartera Adidas que llevo desde hace cinco años. Maldición.

Mientras me empujan por el pasillo oigo la voz entrecortada de Ramírez.

—Lo siento, Cacho.

Me giro y le escupo a la cara. Todavía no sé lo que les ha dicho, pero está claro que nada bonito.

Me llevan hasta la calle y me suben a un coche de policía. Es un mierda Škoda, qué ironía, pensaba que la pasma inglesa tendría carros más molones. El fortachón se sienta al volante y nos ponemos en marcha mientras el de la mancha consulta sus notas. Tengo muchas ganas de mear, pero me callo. Ellos tampoco dicen nada.

Aparcamos delante de la comisaría de Holborn. Es un edificio alto a rayas azules y blancas, muy inapropiadas. El grandote me coge del brazo y me llevan hacia dentro. El sitio no tiene nada de bonito. Contrachapado asqueroso, luz de fluorescente, gente esperando.

Rellenan el papeleo. Luego, se quedan la Harrington, la cartera, el cinturón y los cordones de los zapatos. No quieren que me suicide, qué detalle.

Me conducen por un pasillo que lleva a unas escaleritas. Bajamos medio piso y avanzamos por un corredor oscuro, larguísimo, repleto de puertas. Casi al final, nos paramos. Me acojona la idea de que me metan con alguien chungo, pero tampoco digo nada. El de la mancha abre la puerta de la celda y me empuja dentro. Es pequeña y gris. Más gris no puede ser, culebras. Y más vacía no puede estar. Solo hay un cagadero (cubierto con una bolsa de basura)

y una cama de hormigón. El colchón es más fino que un regate de Laudrup. Ni una maldita tubería. Nada. Al menos, voy a estar solo.

Respiro, aliviado. El fortachón se parte.

—Míralo —le dice al de la mancha—, está temblando. Se pensaba que lo íbamos a meter con los malos.

—Tranquilo, tío. Si colaboras, no tienes por qué preocuparte —dice el de la mancha. Trata de sonar amable, pero su voz no me tranquiliza.

—¿Funciona? —Con la cabeza señalo la taza.

Míster músculos suelta otra risotada.

—Te lo dije, se caga.

El otro arruga la cara más que un Shar Pei. Luego se miran. Me desespero.

—¿Las otras celdas? —murmura el fortachón.

—Ocupadas.

—Ya veo —dice el primero mientras me agarra de la nuca—. Qué mierda, y nunca mejor dicho. Ven.

Me conducen otra vez por el pasillo hasta una puerta normal.

—Vamos —dice el de la mancha mientras la abre.

Entro. Es un cubículoapestoso; con un cagadero y una pica; sin espejo; solo un ventanuco que da al exterior. Me acerco; está protegido por una reja con una cerradura gordísima. Por unos segundos escucho como cae la lluvia.

Antes de bajarme los pantalones, busco el pestillo de la puerta de entrada, pero no tiene. Así que hago un río y planto un pino mientras con un pie aguanto la puerta, qué desastre. Me limpio. El papel de váter es una puta lija, pero algo es algo. Ya me siento mejor.

Luego me devuelven a la celda.

Cierran la puerta y, para mi sorpresa, se largan.

Ya vendrán.

Pasa un rato largo. Al menos dos horas. Dos horas interminables, en silencio total. Solos yo y mi puto cerebro, haciendo conjeturas.

Trato de dormir, pero me es imposible; no sabía que en estos sitios nunca cierran la luz.

Me da por hacer flexiones.

Ya lo sé, debo parecer un imbécil, pero ¿qué quieres que te diga? Le doy hasta que caigo al suelo, retorciéndome de dolor.

Me quedo ahí otro rato.

Saco la nutria y me la miro. Podría sacudírmela, pero ¿y si me pillan a mitad? ¿Llamarán a la puerta antes de entrar? No, no es una buena idea.

Justo cuando estoy enfundando el sable, oigo unos pasos. Alguien se acerca.

La puerta se abre de golpe. Es el fortachón.

—En pie —me dice.

—Tengo hambre.

—Luego.

—¿A dónde vamos?

—A la sala de interrogatorios.

La sala de interrogatorios resulta ser un cuartucho con falso techo, mesa atornillada al suelo y dos sillas. También hay una cámara que, supongo, nos debe estar grabando.

El fortachón me sienta en una de las sillas. Cierra la puerta y desaparece. Espero como un cuarto de hora, quizás es más, no lo sé, no llevo reloj. El único ritmo que me acompaña es el de mi corazón.

Finalmente, se abra le puerta y entra el de la mancha.

Se sienta delante de mí y me observa a conciencia.

Estoy tan cansado que es como si estuviera borracho.

—Gracias por esperar —dice—. Ray Byrne, DI.

—Cacho, estudiante.

—Muy gracioso.

—¿Cuándo puedo irme?

—Eso depende.

Me paso la lengua por los labios resecos.

—Soy menor —murmuro.

—Lo sabemos. —Ray hace una pausa—. Te informo de que podemos retenerte hasta veinticuatro horas. Te informo, también, de que tienes derecho a comunicar a alguien tu arresto. ¿Lo entiendes?

Asiento.

—Un momento, entonces, ¿puedo hacer una llamada?

—Sí.

Mi cerebro empieza a calcular. ¿Quién me puede sacar de esta? Papá. Claro, papá. Un momento. Cacho, no seas crío. No puedes llamar a papá para decirle que estás en la cárcel. Se moriría del susto. Joder. ¿Gina? ¿Werber? Oh, mierda, qué lío.

Se me enciende una luz:

—¿Puedo llamar a mi embajada?

—Sí. Pero informarán a tu familia. ¿Es eso lo que quieres?

—No.

—Tío, todo esto puede acabar muy rápido.

Ray sonríe.

Claro, qué tonto, solo quieren hacerme cuatro preguntas rutinarias, como a Gina, y luego me soltarán. Relájate, Cacho. Esto va a ser la anécdota del siglo. Ya verás.

—Estoy dispuesto a colaborar.

—Muy bien. Si todo esto se aclara, te dejaremos ir pronto. Hasta puede que acabes cenando en el McDonald's esta noche, ¿qué te parecería eso?

Me rugen las tripas.

—Soy más de Burger King.

—Donde sea.

—¿Qué queréis saber?

El tipo saca una libreta y la hojea.

—¿Conocías a Jonathan Costello?

—Sí.

—¿Conocías a Richard Malone?

—Sí.

—Bien.

Escribe con una letra horrible.

—¿Te colaste en el despacho de tu profesor de Química, Mr. Ramón Ramírez, la mañana del viernes...?

—No me colé.

—¿Entraste?

—Sí.

—¿Tenías autorización para entrar?

—No.

—¿Entonces?

No le puedo contar lo del intento de morreo con Judy.

—Me apoyé en la puerta y cedió. Caí dentro del despacho y, cuando quise salir, la puerta se había atascado.

—Aun así, Ramírez ha declarado que «el posterior examen de la cerradura no reveló ningún funcionamiento anómalo».

Parece que el cerdo de la mancha me está tendiendo una trampa. Empiezo a morderme las uñas. No hacía eso desde octavo de EGB.

—¿Podrías contarme qué hiciste dentro del despacho de Ramírez?

—Mr. Byrne, yo no cogí el veneno.

Ray se aprieta el puente de la nariz, parece que se está impacientando. Luego suelta:

—¿No te sorprendió Ramírez con el frasco de ángel destructor en la mano? Esto no me gusta nada.

—Me acojo a mi derecho de permanecer en silencio —tartamudeo.

Ray me atraviesa con su mirada de coyote.

—Si no colaboras, le pediremos al juez que prorrogue la orden de detención. Te podemos tener aquí hasta noventa y seis horas.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? —Byrne me mira con desprecio—. No podemos devolverte a la calle sin estar seguros de que no eres un peligro para nadie.

Se me ponen los cojones como canicas.

Byrne ataca de nuevo:

—¿Conocías a Francis Bacon?

—¿Bacon?

—Sí.

—Muy poco.

—El juez está considerando la posibilidad de exhumar el cadáver. Eso añadiría una tercera muerte a tu lista.

—Pero si murió antes de que yo entrara en el despacho de Ramírez —murmuro—, ¿cómo pude haberle envenenado?

Byrne explota.

—¿Te crees que soy idiota? Entraste más de una vez, ¿cierto? —No digo nada—. ¡Eres un tarado! —Golpea la mesa con el puño—. Y me estás

haciendo perder la paciencia, carajo.

Se me mojan los ojos.

—Yo no he hecho nada.

—Pues ayúdame a que te ayude.

Empiezo a sorber como cuando a Miranda le cogía una rabieta.

—Quiero una Whopper —farfullo—. Doble de patatas con doble de mayonesa y una Coca-Cola gigante.

—Los cojones.

—Por favor —lloriqueo.

—¿Actuaste en connivencia con Gina Moore?

—¿Qué es connivencia?

—Si lo planeasteis juntos.

—No.

Ray se levanta y para la cámara.

—Tenemos la sospecha de que esa niña está desequilibrada. De momento no le hemos podido poner las manos encima. Por su viejo, ya sabes. De momento. Si colaboras, puedo hacer que quedes como la víctima.

—Gina es inocente.

Ray se gira de golpe y me da un puñetazo en la cara. Salgo despedido hacia atrás, aterrizo en el suelo, me deslizo por él y choco contra la pared.

La tocha me chorrea.

—¿La quieres proteger? —Escupe al suelo—. ¿Por qué? ¿Porque te gusta? ¿Porque te gustaría comerle el donut? Eso no va a pasar, tío.

—No tienes derecho. Quiero llamar a mi embajada. Quiero un abogado.

Ray se acerca.

—¿Quieres ver de lo que tengo derecho?

Me tapo la cara con las manos.

Ray se acerca y me agarra del pelo. Me hace daño. El aliento le huele a mierda.

—Haremos lo siguiente. Te voy a dejar aquí un ratito. Solo. El rato que yo considere. El rato que yo quiera. Y cuando vuelva me vas a contar algo. ¿Me has entendido?

Asiento.

—Y luego, si te has portado bien, llamarás a tu puta embajada.

Sale y cierra la puerta.

Saco un viejo pañuelo de papel y me taponó la sangre que me sale de la nariz. Me duele un montón.

De pura desesperación, empiezo a dar círculos por el cuartucho. Mierda. Tengo que pensar un plan.

No se me ocurre nada. Y estoy exhausto. Y me vuelvo a mear. Si salgo de esta, prometo rezar un padre nuestro cada noche, y no lo digo en coña.

Más círculos, como la orca Ulises, como una noria.

Mierda; la vejiga me está a punto de estallar.

Me voy a un rincón del tugurio y meo. Se forma un charco humeante en el suelo. Colega, me has visto en situaciones mejores.

Me siento en la silla. Al menos, ahora, estoy aliviado. Pero sigo estando solo. Y no sé cuándo van a volver. Eso es lo peor de todo. No saber qué va a pasar.

Cierro los ojos y apoyo el tronco encima de la mesa. No es lo más cómodo, pero al menos me permite relajarme un poco.

Estoy así un rato indefinido. Puede ser que en algún momento se me cierren los ojos.

Al final, la puerta vuelve a abrirse.

Poco a poco, me incorporo. Me duele mucho la nariz y la parte de atrás de la cabeza. Me toco. Me ha salido un chichón, culebras.

Echo un vistazo: durante mi ausencia las cosas han ido a peor; la sala de interrogatorios huele tanto a mi meada que el aire es casi irrespirable.

—Hola.

No es la voz de Ray. Miro. Es el fortachón. Tiene una sonrisa de oreja a oreja y agarra una bolsa del Burger King; repleta.

—¿Hambre?

Mi nariz se olvida del pis y empieza a olisquear el aroma grasiento, comida de dioses jóvenes. Comienzo a salivar como un perro.

—¿Quieres? —Me acerca la bolsa.

Oh no, vamos tío, no puedes caer en un truco tan barato. Poli bueno, poli malo; joder, salía en *Arma letal*. Voy a darle una patada a la bolsa, pero el estómago me vuelve a rugir y, entonces, lo entiendo. Por hambre te dejarías violar.

—¿A cambio de qué? —tartamudeo.

—¿Qué te ha pasado en la cara? Las escaleras, supongo; tienen que venir a arreglar el pasamanos. —Hace una pausa para estudiar mi reacción; luego levanta la bolsa—. Esto empieza a enfriarse.

Colega, a tomar por culo, me muero de hambre. Agarro la bolsa como un moro de Las Ramblas y la rajo de arriba abajo. ¡Aparte de la hamburguesa, hay tres raciones de patatas y una Coca-Cola de medio litro! ¡Y mayonesa a tutiplén! Joder, lloro y engullo con más ganas que Gordi. Qué malo es pasar hambre; qué chungo debía ser eso de la posguerra que me contó mi abuelo.

Como tan rápido que me gano la admiración del fortachón. No le da ni tiempo a fumarse un pitillo.

Para terminar, apuro lo que queda de la Coca y se me escapa un eructo que podría arrancarle el peluquín a mi tío. El poli ni se inmuta. Supongo que ha visto cosas peores.

—¿Mejor? —me pregunta.

—Sí, gracias.

—Si querías mear, nos podrías haber avisado.

—Pensaba que no había nadie.

—Oh, siempre hay alguien.

Tamborilea los dedos encima de la mesa.

—Por cierto, me llamo Charles.

Se pasa la lengua por las encías.

—Supongo que te das cuenta de que no nos lo estás poniendo nada fácil, ¿verdad, amigo?

—No he hecho nada.

—Ya llegaremos a eso, no hay prisa.

—Tengo sueño.

—Si respondes a un par de preguntas, te podrás ir en un rato. ¿No te gustaría dormir en tu cama?

No respondo.

—¿Cómo supiste que Ramírez tenía el veneno en su despacho?

—Quizás el asesino sea él, ¿no?

Charles tensa los músculos de la cara.

—Esa sería la primera hipótesis, ¿verdad? Pero tú mismo te encargaste de

tírarla por los suelos.

Mierda. Tienen que haber hablado con Werber. Claro, qué imbécil. Werber ha permitido esto. Qué mamonazo. Y todo por inculpar a la pija. Si salgo de aquí, lo mato.

—¿No dices nada? —Charles sonrío.

—Ramírez no estuvo en la fiesta donde Malone tomó el veneno, ya lo sé. Ni siquiera se acercó por allí.

—¿Lo ves? Cuando quieres eres un encanto.

Me viene un retortijón. Charles prosigue:

—Lo cual nos deja con dos posibilidades. Posibilidad número uno: robaste el veneno por iniciativa propia y se lo metiste en la bebida al pobre Malone. Posibilidad número dos: alguien te encargó que lo robaras a cambio de algo, algo succulento, supongo, porque lo hiciste, como mínimo, tres veces.

—¿Tres veces?

—¿Ya nos hemos olvidado de Costello y Bacon?

—Ni siquiera...

Charles me corta.

—¿Fue por sexo?

Pausa.

—No niego que, si esa oferta se hubiera puesto encima de la mesa, la hubiera considerado.

Charles se ríe, al menos tiene sentido de humor.

—¿Es una confesión?

—Podría ser cualquiera. ¿No lo habéis pensado? ¡Estoy seguro de que cualquiera puede conseguir ángel destructor en Londres!

—Puede, pero da la casualidad de que las tres víctimas son del Burton College, y de que murieron después de pasar por el *muffin* de Miss Moore. ¿Puedo ser más claro? Se los folla y luego los mata. —Hace una pausa—. Si solo eres cómplice, podemos conseguir un buen trato para ti.

—¿Un trato?

—Un trato.

—¿Qué tipo de trato?

—Una reducción de la condena. Seguro que el juez valora tu buena voluntad. Y luego se da el caso de que eres menor. Si consigues un buen

abogado, todo esto puede quedar en casi nada. Pero...

—Os tengo que entregar el cuello de Gina.

Charles sacude la cabeza.

—No hace falta hablar así. No estamos en una película americana. Solo tienes que cumplir con la ley. Decir la verdad. Nada más.

—¿Y si no?

—Entonces lo tienes jodido.

Otro retortijón.

—Me estoy cagando.

—¿Es una amenaza?

Charles se ríe de su propio chiste.

Se me escapa un pedo.

—Levanta.

Me agarra del brazo y abre la puerta.

Salimos al pasillo.

El aire es más fresco, y no huele a pis. Ya es algo.

Me conduce al lavabo de la otra vez.

—No tardes mucho.

Entro y cierro la puerta detrás de mí. Sigue sin pestillo, claro, pero, aun así, me siento un poco más a salvo.

Colega, te ahorro los detalles de la cagada; solo diré que el tamaño y el hedor son de elefante.

Acerco el careto al ventanuco, a ver si puedo esnifar un poco de aire fresco.

Nada, no llego.

Bajo la tapa y me subo encima. Mejor.

Apoyo las manos en la reja. Pienso en Harry Lime tratando de salir de la alcantarilla. Es uno de mis personajes favoritos. Me relajo y dejo caer el peso. Pasan unos segundos y, de pronto, es como si mis dedos se separaran de mí. La reja se mueve. Joder, la puta reja se ha movido. Empujo más fuerte, pero no pasa nada. Quizás las bisagras tienen algo de juego. Qué culebras, más vale intentarlo. Contengo el aire y aprieto con todas mis fuerzas. La reja se desplaza unos centímetros con un chirrido. Paro en seco. ¿Lo habrá oído Charles?

Parece que no.

Fuera, llueve. Es de noche y la calle está prácticamente desierta.

Vuelvo a apretar y la reja se abre del todo haciendo un ruido infernal. No me molesto en mirar atrás. Si Charles me ha oído, pronto lo sabré.

A duras penas, saco la cabeza. Colega, no sé si voy a caber por aquí. Lo peor será si me encuentra con el culo en pompa. Lo mínimo, me rompe las piernas.

Me agarro al marco y hago fuerza. Me cuesta un montón, pero consigo hacer pasar mi cuerpo hasta el estómago. El corazón me va a mil. Miro a derecha e izquierda. Nadie. Repto como un gusano. Cuando el culo ha pasado por el agujero, me pongo a cuatro patas y acabo de salir.

Buf.

Me subo el cuello de la camisa y pongo las manos en los bolsillos.

Colega, soy, oficialmente, un forajido.

Chicken run.

En la boca del lobo

Nubes negras como zepelines a punto de reventar. Y yo que corro. Corro por la calle con los ojos enrojecidos, desesperado, tropezando, muerto de frío, sin rumbo, sin dinero, sin poder coger un taxi, ni el metro, sin poder hacer una llamada, corro, corro con todas mis fuerzas, desesperado, feroz, como un perro del infierno, corro hasta que me invade la náusea, hasta que vomito, hasta que las piernas me fallan y ruedo por el suelo.

Joder, qué daño. Me he dado en toda la rodilla.

Respiro hondo. Un zorro me enseña los dientes. Luego se larga. Estoy en un parque. Y hay una fuente. Una jodida fuente. Es como una flor que hubiese nacido de la mierda. Me amorro y bebo como un can. Agua bendita. Luego, me tumbo.

Cierro los ojos.

Pero ¿qué culebras hago? Tengo que seguir corriendo, maldición. La pasma puede aparecer en cualquier momento. Cuanto más me aleje, más difícil lo van a tener.

Me levanto. Miro a derecha e izquierda, pero no identifico nada. Estoy perdido, sin remisión. Lo único que sé es que no puedo detenerme.

Aunque me duele todo, aunque ya no puedo más; reemprendo la marcha. Seguiré hasta que el corazón me reviente. La perspectiva de volver al calabozo con esos tarados y de que me juzguen por asesinato múltiple es mucho peor. Creo.

Un relámpago. Oh, no; lo que faltaba. En pocos segundos, una cortina de agua congelada me cubre de pies a cabeza. Si Dios existe, seguro que se está descojonando en este momento mientras remueve el *whisky* de su copa. Casi puedo oír el ruido de los hielos entrechocando. Clinc, clinc, clinc.

Sonido de sirenas.

Hoy no es mi día de suerte. Me giro. No logro ver de donde provienen. Aprieto el paso, pero no sirve para nada. El ruido se acerca. Giro el cuello: ahí están, a menos de quinientos metros. Piensa algo, Cacho. Trescientos

metros. Veo un cubo de basura; tamaño industrial. ¿Me entrego? Doscientos metros. Oh, no, a la mierda. Como si estuviera en el borde de una piscina, pego un salto y me meto de cabeza en el cubo. Las bolsas amortiguan el golpe. Cierro los ojos. Las sirenas continúan acercándose. Se detienen. Oigo pasaos. La sangre se amontona en mi cabeza. Y voces. Creo que discuten, «¿a la derecha o a la izquierda?». Luego se vuelven a subir al coche. Y las sirenas se alejan. Salvado, de momento. Inspiro profundamente. Gran error. Aquí huele a muerto. Además, me he pringado de algo que no sé qué es. Salgo del cubo, iba a decir sigilosamente (adverbios de mierda), pero no, no salgo *jodidamente sigilosamente*; me caigo de culo al suelo en medio de un estruendo wagneriano y ruedo unos metros. La mierda se esparce por todas partes. Lo flipo. Son ratas muertas, reventadas a palos, sus tripas colgándome de las orejas.

Colega, yo dimito.

Me pongo de rodillas y empiezo a insultar a un cielo cabrón que me escupe agua congelada. No responde nadie. Solo la lluvia. Me dejo caer al suelo. Escapar no ha servido para nada. Me encontrarán y se me llevarán de nuevo. No me importa. Ya no.

Me levanto y me coloco en el centro de la calle. Cuanto antes den conmigo, mejor.

Estoy así un rato.

Un momento. Esto me suena. ¿Pero qué mierdas...? ¡Claro! Haverstock Hill. Estoy en Haverstock Hill. He hecho una pateada colosal, joder. De golpe, todo encaja. Como la moneda en la maquineta. Solo tengo que ir hasta Lyndhurst Road y entrar en casa de Gina. Por su culpa estoy así. Por su puta culpa, ¡mierda! Tiene que confesar, entregarse. Solo así puedo salvarme.

La idea me da confianza.

A la pata coja, enfilo esta mierda de calle pija, tratando de evitar las cámaras de seguridad de las mansiones; aunque, entre la lluvia y la pinta que llevo, no creo que sea muy reconocible. Más bien debo parecer un muerto viviente. De todos modos, el coche de policía podría reaparecer en cualquier momento, así que intento darme vida. Las Kickers rebosantes de agua no me lo ponen nada fácil, y encima me quitaron los cordones en comisaría.

Al final tengo que detenerme debajo de una farola para vaciarlas. Las

manos me tiemblan y tengo los pies amoratados, así que no es nada fácil.

Qué desastre.

Cuando me las estoy poniendo de nuevo, un perrazo negro empieza a ladrar. Se enciende una luz en la casa de enfrente y puedo ver la silueta de una mujer. La saludo con la mano, tratando de parecer amable. Coge un teléfono y empieza a marcar.

Me largo cagando leches. No me detengo hasta que llego a la puerta que da acceso al jardín de los Moore. Esta vez, está cerrada. Me apoyo en los barrotes y levanto los ojos. La casa me parece el barco del Corsario Negro, oscura y amenazadora. Supongo que la tormenta contribuye al dramatismo.

¿Qué hago? No puedo llamar al timbre. Podría salir cualquiera. Tampoco sé cómo se fuerza una cerradura y, además, esta tiene pinta de ser a prueba de bombas.

A tomar por culo.

Me alejo unos metros de la puerta y trepo por la verja del jardín. Al llegar arriba, resbalo. Joder, me pego un leñazo de padre y muy señor mío, pero al menos caigo del lado correcto. Tengo que reprimir un grito de dolor. Creo que me he jodido las costillas, pero da igual, estoy al otro lado.

Perfecto, Cacho; allanamiento de morada, otro delito más a la lista. Debo estar batiendo algún récord.

Me arrastro como un gusano por el césped y rodeo la entrada principal. Mientras avanzo, se me mete barro por los ojos y por las bolas, provocándome ceguera y un escozor insoportable; pero aguanto, colega, aguanto.

Si no me equivoco, la habitación de Gina queda en la parte trasera de la casa. Doy gracias al demonio de que los Moore no tengan perro. Gina tiene que pagar por todo esto. Maldita asesina.

Continúo hasta que, a duras penas, logro agazaparme detrás de un castaño inmenso que queda en la parte trasera. Descanso unos segundos. Si logro encontrar su habitación, estaré salvado.

Como un ladrón de mierda, estudio las ventanas. Por lo menos hay doce, distribuidas en tres pisos. No se ve ninguna luz. ¿Cómo culebras voy a saber cuál es la suya?

Espero un rato. Al poco, algo me llama la atención. En una de las ventanas de la parte más oriental, se ha producido un movimiento. Aguzo la mirada. Sí,

es una silueta recostada en un sofá. Una luz azulada e intermitente, muy tenue, le ilumina la cara. Es ella. *Chicken run*. Creo que está viendo la tele. Como si no pasara nada. Pasando de mí como de la mierda. Qué cojones.

Me levanto y corro hasta debajo de la ventana. Tiro una piedrecita contra el cristal. Nada. Tiro otra piedra y espero; espero debajo de la maldita lluvia que continúa calándome los huesos. Venga. Vamos, Gina, vamos.

Nada.

Supongo que con todo este ruido no debe oír un pijo.

Tengo que trepar.

Elijo una tubería que sirve para expulsar la lluvia del tejado. Es gordota y parece resistente. Me agarro con todas mis fuerzas y empiezo a trepar. El primer par de metros me va bien, pero, enseguida, los brazos comienzan a temblarme. Me detengo para descansar, pero la cosa no mejora mucho y, además, me clavo en los dedos las abrazaderas metálicas que sujetan la tubería a la pared. Subo medio metro más. Un calambre en el bíceps. Joder, soy peor que un Romeo de tercera regional; pero ya queda un poco menos. Aprieto el estómago y consigo subir un metro, y otro más, lo justo para que mi careto se enmarque en la ventana. Y, entonces, un milagro; un rayo bestial parte el cielo en dos, inundándolo todo de luz. Gina se gira, descubriendo mi careto remojado, y suelta un terrorífico alarido. Al mismo tiempo, estalla un terrible Capitán Trueno. Barrum. Trato de gesticular para que se calme, pero solo consigo resbalar y pegarme un leñazo descomunal.

Me quedo en el suelo, gimiendo de dolor, sin saber qué hacer. Esta vez es el coxis el que ha pagado el pato.

Por suerte no tarda mucho en abrirse una portezuela.

Veo un reflejo dorado.

—Toreador. —La voz se escucha atenuada por la lluvia.

—Sí —gruño.

—Muy glamuroso.

—He toreado en mejores plazas.

—Ven.

Me levanto a duras penas y entro por la portezuela. En el momento en que la cierra, me siento un poquito mejor.

—Apesta.

—Es una larga historia.

—Sígueme.

Avanzamos por un pasillo. Y luego por unas escaleras que nos llevan hasta la planta donde, supongo, está su habitación.

Gina comprueba que no haya nadie.

Limpio.

Me coge de la mano y corremos hasta una de las puertas. Sí, es su habitación. Entramos y cierra el pestillo.

Salvados.

Pausa.

Me observa, pero soy incapaz de decirle nada. Tengo tanta rabia en el estómago y estoy tan hecho polvo, que no sé ni por dónde empezar. La miro. Vestida de estar por casa, tiene un aspecto muy raro. Lleva un pijama de algodón, de color rosa pálido, y unas pantuflas a juego. El pijama se lo marca todo, pero, a la vez, le da un aire aññado.

Se da la vuelta y avanza hasta el sofá fucsia de la otra vez. Se deja caer.

Mi mirada se abre a la habitación. Ya estuve aquí, pero, ahora, con tan poca luz, parece otra cosa. Además, está calentita y huele a leña. Oh, sí, delante del sofá, un fuego precioso danza como una bailarina oriental. Su dulce crepitar me entra por las orejas y me invita a olvidarme de la existencia.

Me acerco y me caliento las manos. Voy sintiéndome mejor. Solo faltaría un Malibú con piña y un cigarro.

Gina me observa, en silencio. A un lado, la nieve de la tele.

—¿Qué veías? —pregunto.

—*Le llaman Bodhi*, acaba de salir en VHS.

—¿Está bien?

—Es mi película preferida. —Pausa. Me vuelve a mirar de arriba abajo—. Toma. —Me lanza una toalla—. ¿Pero qué diablos te ha pasado, Cacho? —No respondo. Mi único objetivo en este momento es secarme a conciencia. Gina insiste—: ¿Te soltó la policía?

—No.

Aprieto los dientes.

—Me he escapado.

—No jodas.

Le lanzo una mirada corrosiva.

—¿Te parece que estoy como para mentir?

Se queda callada, pero, por sus ojos, puedo ver que la cabeza le va a mil.

—¿Qué te han hecho? —pregunta.

—Interrogarme.

Aprieta los labios sin maquillar.

—¿Te han pegado?

—Sí. Querían que confesara que robé el veneno para dártelo.

Se le congelan las manos. Se le congela la cara. Luego los ojos, luego la mirada.

Prosigo:

—¿Lo hiciste?

—¿Si hice qué?

—Matarlos.

—¿Estás loco?

Avanzo un paso.

—¿Lo hiciste?

No contesta.

¿Qué fue lo que dijo Miller acerca del mentiroso? Que no fluye. Que es lento porque tiene que construir la mentira. Que trata de no titubear para que no se note. Que sustituye ese titubeo con pausas. Pausas como esta.

—Gina.

Silencio.

—No. Yo no he matado a nadie.

—¿Puedes demostrarlo?

Otra vez la nada. Es como si se hubiera convertido en una estatua de Madame Tussauds. Pero, de golpe, algo se activa. Los ojos le brillan. El corazón se le acelera como una moto. Bum-bum. Puedo oírlo. Y esa mirada que antes no estaba. Bum-bum. Ahora es más afilada que el cuchillo de Rambo.

—En realidad, sí que puedo demostrarlo —dice—. Si es que tienes cojones.

Ahora soy yo el que se queda sin palabras.

—¿Puedes?

—Seguro. Pero necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda...?

No puedo terminar. Gina se levanta del sofá y se quita la parte superior del pijama. Dos tetas dulces y perfectas me saludan como dos gatos perezosos.

—Fóllame.

Se me paran los pulsos.

—¿Perdona?

—Fóllame y saldrás de dudas.

Mi mente se colapsa. Debería valorar el ofrecimiento y tal, ¿no? Solo me acerco; tan cerca como para oírla respirar. Gina mete la radio y Van Morrison explota, rabioso, desde los JBL. Gloria. G.L.O.R.I.A. Me arranca el jersey y me araña el pecho. Shhh. Un hilo de sangre me baja hasta el ombligo. Coge una gota con el dedo y se la bebe.

—¿Lo ves? Yo no tengo miedo.

Luego se acerca a mi oído y me susurra:

—¿Sabes qué es lo verdaderamente diabólico? —Los ojos le brillan—. Que nos quieran separar.

Me empuja y caigo al suelo. Se lanza encima de mí y me observa, como un felino antes de atacar. Estallamos a la vez y la embestida se convierte en un morreo brutal. La cosa está que arde. No me estoy por hostias y, con una habilidad digna de número de circo, le bajo el pantalón del pijama con los pies. No lleva bragas. Madre de Dios. Me desabrocha el pantalón y me saca la nutria; es como una brújula que marca el norte sexual; un bastón de mando, una barra de hierro; la nave Enterprise. Me quito lo que me queda de ropa. Estamos en bolas. Mola. Poco a poco, nos juntamos de nuevo. Huele muy dulce; no se puede decir lo mismo de mí, pero parece no importarle del todo. Nos restregamos, piel con piel, mientras otro beso infinito varía como el jodido de Bach. Nos damos la vuelta y me doy un segundo para verla. El fuego juguetea con sus cabellos dorados. Sus ojos, inmensos, me miran con miedo y deseo. Es como estar con una diosa.

Con un golpe experto de cadera, vuelve a ponerse encima de mí. Me agarra la nutria y se la mete en la gruta de las maravillas. Un huracán de placer, me toma. Es algo así como desnudarse del cuerpo. Como ponerse el anillo de poder. Un placer que no viene de los sentidos y que me inunda el

pecho. Me dejo llevar. Quiero tomármelo con calma, pero ella acelera. Parece que tiene prisa; con este ritmo, no voy a durar mucho.

Trato de ponerme encima para recuperar el control, pero no me deja. Me agarra por las muñecas y me inmoviliza. Su pelvis se dispara adelante y atrás, como una lanzadora de tejer. Es una montaña rusa imposible de parar. Un Fórmula 1 en la recta de Monza. Un Concorde a velocidad supersónica. Y yo que, mierda, empiezo a salirme del carril. Y la luz del placer que va llegando al centro de mi cabeza. Trato de hacerle entender. Si quiere correrse, qué frene. Pero parece que no le importa. Mierda, ya estoy a un tris de pasar el Rubicón. Oh, no. Oh, sí. Allá vamos.

Justo cuando estoy a punto de terminar, se hace a un lado, me la coge con la mano y, con un experto movimiento, termina la agonía que me libera.

Silencio.

Se limpia la mano con un Kleenex.

Me siento culpable, pero no sé muy bien de qué.

—¿Has disfrutado eso? —murmuro.

Pausa.

—No. Pero no será ningún trauma, no te preocupes.

Todavía me siento peor que antes.

Tengo que reunir el valor necesario para soltarlo:

—Lo siento. Siento haber dudado de ti.

—Te perdono.

Gina vuelve a ponerse el pijama. Luego se huele.

—Cacho, ¿qué mierdas has hecho esta noche?

—Vine corriendo desde Holborn.

Ahora soy yo el que se viste. La ropa todavía está húmeda. Tengo un escalofrío.

—Lo siento —repito.

—Ya tienes lo que querías, ¿no? Tu maldita prueba.

—Supongo. —Arrugo la frente—. Pero con la poli no funcionará.

Gina se muerde el labio con fuerza.

—Me importa lo que pienses tú.

Nos abrazamos. Colega, sale así, sin más; no me preguntes por qué.

—Tenemos que ganar tiempo —digo.

—¿Tiempo para qué?

—Para dar con el asesino.

Sonido de sirenas. Vaya, qué oportuno. Aunque, estaba cantado. Las miradas se cruzan con fuerza, como si hubiera líneas de ojo a ojo.

—Tengo que irme.

—Sí. Encontrarte aquí solo reforzaría su teoría. —Gina hace una pausa. Luego añade—: Me alegro de que hayas venido, Cacho.

—Yo también.

—Espero que no sea la última vez.

Enciende un cigarrillo. El humo se escapa hacia el techo. Siento un escalofrío.

—Claro.

Me voy para la puerta, pero su voz me detiene:

—¿Dónde está la Harrington?

—Me la requisaron en comisaría.

—Espera.

Abre el armario y saca una chaqueta.

—Toma, ya no la uso.

Me la pongo. Me viene pequeña y es de color rosa. Debo parecer un cruce entre Lou Reed y Janis Joplin. Doy una vuelta sobre mí y Gina deja escapar una risa. Las sirenas se detienen delante de la casa. No hay tiempo que perder. Salimos al pasillo y bajamos por las escaleras hasta la salida trasera. Se escucha el timbre de la puerta principal.

—Mierda —farfallo.

Voy a abrir la puerta, pero me detengo.

—Date prisa, Cacho.

—No tengo a donde ir.

Pausa.

Gina pone cara de David de Michelangelo.

—A casa de Werber.

—¿Estás loca? Werber está en tu contra. Werber no ha hecho nada para impedir todo esto.

—Por eso.

—Por eso, ¿qué?

—Es el último sitio donde te van a buscar.

Tiene razón. Otra cosa será convencerlo para que no llame a los malos, pero bueno.

Abro la puerta. Fuera ha dejado de llover. Menos mal.

Me cierro el abrigo y cruzo el jardín en dirección opuesta a la puerta de entrada. Salto la verja (por suerte no me la pego) y aprieto a correr.

Chicken run.

El escondite

Me planto en Clarendon Road en cuatro horas. Sí, ya lo sé, casi podría haber ido y venido dos veces, pero ten en cuenta que no soy de Londres, que me oriento fatal, que sigo sin comer, que no puedo coger ningún transporte público, que voy sin cordones (y con un abrigo de bulma) y que, sobre todo, sigo apestando a rata muerta.

Cuando llego al número 24, me detengo delante de la puerta que da al jardín. La casa sigue pintada de ese color blanco caca tan raro. Sin mucho éxito, echo un vistazo al interior. Las ventanas tienen las cortinas corridas. Por detrás, empiezan a salir los primeros rayos de sol. Me quedo embobado observando como todo se tiñe de dorado. Como es sábado, no hay nadie en la calle. Por un momento no pienso en nada.

Luego, me viene a la cabeza Werber. ¿Qué culebras le voy a decir? Ya se me ocurrirá algo.

Abro la portezuela del jardín y avanzo por encima de la hierba seca hasta la puerta. Llamo con los nudillos; siguen sin tener timbre. Me tiembla la mano.

La puerta se abre despacio. Detrás aparece Mary Jane con su eterno piti en la boca.

—Cacho.

Por lo menos esta vez me ha reconocido.

Me echa una ojeada.

—Si eres gay, lo podrías haber dicho. No hay nada malo en ello, no tienes por qué esconderte.

—No soy gay.

Me echa una bocanada de humo en la cara.

—Pues cambia de estilista. —Me observa—. ¿Vienes de fiesta? Apesta.

—¿Está Werber?

—Sí.

—¿Puedo pasar?

—Pasa.

Penetramos en el interior. La inmensa cama redonda sigue estando en la penumbra, al fondo; pero, esta vez, está hecha. Tampoco veo restos de droga, y no apesta nada a alcohol ni a humo. A decir verdad, la casa huele bien, a flores. En un rincón, encima de una mesita, veo un jarro lleno de rosas frescas. Quizás sea su día libre y ha aprovechado para hacer sábado.

—¿Un café? —me ofrece. Dudo—. Harry duerme. Mejor no despertarlo.

—Vale.

Me conduce por una puerta que queda a mano derecha, bien camuflada, difícil de ver entre las sombras. Aparecemos en una acogedora y bien iluminada cocina. A un lado, hay una pequeña mesa con dos sillas.

—Siéntate.

Todavía con el cigarrillo en la boca, me prepara uno de esos cafés que se hacen en una especie de jarra con émbolo. El émbolo es para aplastar el café hacia abajo. Arriba queda el agua teñida de negro. ¿Sabes de lo que te hablo? Muy raro.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

Me prepara un sándwich con queso, huevo duro, lechuga, tomate y mayonesa. Coño, qué bueno está. Me chupo hasta los dedos. Mary Jane me observa comer en silencio. Luego, suelta:

—¿Te ha dejado la novia?

La pregunta me sorprende a medio trago de café. Me atraganto.

—No.

—Pues, ¿qué te pasa? Parece que vuelvas de las Maldivas.

—Ha sido una noche muy dura.

—¿Te han robado?

—No.

—Entonces, ¿dónde está tu abrigo?

Voy a contestar, pero la puerta se abre con un estruendo.

Es Werber.

—Lo que pasa es que este se va a largar.

Me agarra de la oreja.

—Ahora mismo.

Pego un grito.

—Suéltalo —Mary Jane se ha levantado. Werber se detiene—. Tú, siéntate. Y tú, también —ordena la bulma.

Obedecemos.

—Y ahora me vais a explicar, de una forma civilizada, qué diablos os traéis entre manos.

Werber y yo nos miramos.

—Estaba detenido. —Se me avanza—. Con lo cual, deduzco que se ha escapado.

Mary Jane me mira.

—¿Es eso cierto?

Bajo los ojos.

—¿Te la quieres jugar por él? —Werber no afloja.

Mary Jane aplasta el cigarrillo en mi plato.

—Le han pegado —dice señalando mi nariz.

—Qué se joda.

—¿No te estás pasando de la raya? Puedo ver a un desgraciado a la legua, me dedico a complacerlos. Y este angelito no es un bastardo.

Werber se rasca la barba. Mary Jane insiste:

—Sabes que tengo razón.

El detective pateo la mesa. Las cucharillas del café rebotan dentro de las *mugs*.

—Tenemos que hablar.

Me agarra del codo y se me lleva escaleras arriba. Mary Jane me hace un gesto con la cara: «Al menos, sigues dentro».

El piso superior se ha convertido en una pocilga apestosa. Por todos lados, hay restos de periódicos viejos, ropa sucia y platos sin lavar. Debe hacer un mes que Werber no limpia. De una patada, aparta una silla que hay en medio del camino, y me lanza contra el sofá de ante.

—Así que te has escapado de la policía, ¿eh? Hay que reconocer que tienes cojones.

—Harry...

—¿Qué vas a decirme, que no has hecho nada?

—No, o sea, sí.

Suelta una risotada.

—¿No robaste el veneno?

—No. —Pausa—. Tío, pensaba que éramos amigos.

Durante unos segundos, Harry no dice nada.

—¿Sabes que por tenerte aquí me convierto en cómplice de un asesino?

—Se le dilatan las pupilas.

—Colega, no he hecho nada.

—Ya.

—Te lo puedo demostrar.

—¿Puedes?

—Sí.

Se pasa la lengua por las encías.

—Solo necesito un poco de tiempo.

—Tienes diez minutos.

—Más.

—¿Cuánto?

—Cuatro, cinco días a lo sumo.

—¿Estás loco?

—Es lo que tarda en hacer efecto, ¿no?

Silencio.

A Werber comienzan a temblarle los labios.

—Ket, ¿qué mierdas has hecho?

—Liarme con Gina.

El viejo detective se vuelve del color del *porridge*.

—Loco, no. Loco de remate —dice.

—¿Me crees ahora?

—¿Creerte? Vas a morir, chaval.

Silencio.

Werber se sienta en uno de los brazos del sofá.

—Pero, Ket, que has hecho —murmura—. No tienes ni idea...

—Si muero, me tiras a un contenedor. Si no muero, podrás reactivar tu investigación, ponerte en la pista correcta. Yo te ayudaré.

—Tío, si estás haciendo esto por la pija, es que estás muy mal, o más enchochado de lo que pensaba. O las dos cosas.

—¿Puedo quedarme aquí?

A través de la ventana, Werber mira un punto inconcreto. Luego, sin un parpadeo, empieza a hablar.

—Es posible que todavía estés a tiempo. El problema de la intoxicación por ángel destructor es que los síntomas tardan demasiado en aparecer, pero tú *ya sabes* que estás intoxicado. No estoy de coña, tío; llevo mucho tiempo con este tema. Si se pilla enseguida, hay alguna posibilidad. Te puedo acompañar al hospital. Prometo que hablaré con la policía.

—No me fio de esos hijos de puta.

Werber enciende un cigarrillo. Luego me ofrece otro. Fumamos en silencio.

—Ket, te das cuenta de que esto no es un juego, ¿verdad?

De golpe, me entran sudores fríos. ¿Y si Werber tiene razón? ¿Y si Gina...? Eso querría decir que llevo un veneno dentro que me está matando.

—¿Te sedujo? —me pregunta.

—No.

—¿Fue idea suya lo de hacerlo?

—Sí.

A Werber le sale una sonrisa maliciosa.

—¿Y todavía dudas?

No digo nada.

—Es la forma que tiene para acabar con los problemas —concluye—. ¿Por qué tendría que engañarte? Le llevo siguiendo la pista desde hace casi un año.

Silencio.

Se me calienta el pecho y me empiezan a sudar las manos. Me siento triste y pequeño.

Me pongo a llorar.

Werber está tan sorprendido que no le salen las palabras. Al final, me pone una mano en el hombro.

—No quiero morir —murmuro.

—Vamos al hospital.

—No.

—¿Cómo puedes ser tan tozudo? Aquí no puedes quedarte, ¿no lo ves?

Ahora, es la puerta de Harry la que se abre.

Mary Jane.

—¿Qué pasa? —Werber se gira—. Es una conversación privada.

—¿Te has olvidado? Dijiste que me pagarías hoy. —Harry aprieta los labios—. Me debes nueve semanas.

—Dije «seguramente».

—Si no tienes la pasta, puerta.

Werber se levanta.

— Mary Jane.

— Eso o Cacho se queda.

Pausa.

—Estáis locos —resopla.

Y se larga dando un portazo.

Respiro aliviado. Mary Jane me sonrío.

—Lo mejor será que te pegues una ducha, te subiré una toalla.

Asiento. Se gira y la veo desaparecer escaleras abajo. Entro en el baño. Me desnudo y observo mi cuerpo. Está sucio y magullado. Qué desastre. Regulo los grifos y me meto debajo del chorro. Dejo que el agua caliente, poco a poco, me devuelva a mí mismo. Me enjabono y aclaro dos veces. Luego, cierro los ojos y no me muevo ni un milímetro hasta que oigo la voz de Mary Jane.

—La toalla —grita a través de la puerta entreabierta mientras cuele la mano—. Y un pijama. Es del curro. De tío, ya sabes, eso os pone. No te preocupes, está limpio, y, mejor que un disfraz de colegiala, ¿no?

—Sí —grito desde detrás de la cortina.

—Me llevo la ropa sucia.

—Gracias.

—De nada.

Se va. Saco la cabeza. El cuarto se ha llenado de vapor de agua y no se ve nada. Podría aparecer Jack el Destripador en cualquier momento. Solo que aquí me siento bien, caliente, y seguro. Estar en el útero debe ser algo parecido.

Después de un par de minutos, cierro los grifos y salgo. El baño se ha caldeado a saco, así que me tomo un montón de tiempo para secarme. Después, me pongo el pijama. No está mal. Es de seda. También me ha dejado

unas pantuflas en las que se puede leer «Hotel Mallorca».

Salgo y vagabundo por el espacio. No hay nada que hacer, así que me siento en el sofá.

Vale, ya tengo un sitio donde quedarme, pero la conversación con Werber me ha dejado hecho polvo. ¿Y si tiene razón? Repaso las fases del veneno. Uno. Ningún síntoma. Dos. Náuseas, vómitos y diarrea. Tres. Mejora aparente. Cuatro. La caída del imperio romano. Estoy en la fase uno. O no. Soy dos cosas al mismo tiempo. Una puta paradoja con patas. La respiración se me frena. El baño me ha dejado tan relajado que el cansancio me entra por la banda. No he dormido desde Dios sabe cuándo. Me recuesto en el sofá y mi mente empieza a vagabundear. Entre visiones y especulaciones de mi funeral, me quedo dormido.

Me despierta Harry con un bofetón en la cara.

—Ket, a comer.

Es decirlo y mi estómago empieza a hacer ruidos. De un salto, me pongo de pie y sigo a Werber escaleras abajo. En la cocina, nos espera Mary Jane. Harry ha preparado espaguetis *alla puttanesca* y queso rallado. Me pido ración doble. También hay pan recién hecho, olivas enormes y vino tinto.

—Qué mediterráneo, ¿no? —murmuro.

—Tuvo una novia italiana —dice Mary Jane.

—Y un mal rollo con la mafia. Dejémoslo ahí.

No digo nada más. Comemos los tres juntos, en silencio. Casi parecemos una familia.

De postre, pudin casero.

—Joder, qué bueno está esto —murmuro, mientras me meto un pedazo bañado que no veas en salsa de caramelo.

—Si no cocinara así, ya estaría en la calle —dice Mary Jane.

Werber suelta un gruñido.

—En cuanto me vaya bien me largo, ya te lo dije. Le tengo echado el ojo a un despacho con vistas al Támesis.

—Claro, claro.

Después de comer, subimos y Werber me indica donde puedo dormir. Se

trata de una especie de trastero, al lado del baño, del tamaño de la caseta del perro. Mary Jane me da un viejo colchón que pongo directamente en el suelo. Como el cuartucho es de Pinypon, tengo que doblarlo por la parte de los pies, de manera que trepa por la pared y se enrolla como si fuera un burrito. Werber me deja, también, un *duvet* y una almohada; ambos, sucios y sin funda. Después me tira un fajo de ropa vieja.

—Ya no la uso, haz con ella lo que te salga de los cojones.

—Gracias —murmuro.

Luego se larga y me vuelve a entrar la ansiedad. Mary Jane me consuela un rato. Está convencida de que no va a pasarme nada. Por unos minutos, me tranquilizo; pero al final, también se va a atender a un cliente y me quedo solo. Me gustaría salir a tomar el aire, pero no es posible; así que aprovecho para husmear entre las cosas de Harry. Aparte de la ropa sucia y de los periódicos viejos, no hay mucha cosa con la que distraerse. Después de un examen rápido, concluyo que no tiene tele, que va corto de cerillas y que tiene la cuchilla de afeitar desafilada. Encima de un armario bajo del comedor hay unas pilas de libros. Cojo uno al azar y leo la primera página: «Una vez que has entregado el alma, lo demás sigue con absoluta certeza, incluso en pleno caos». De un tal H. Miller. Me gusta. Me quedo toda la tarde leyendo, enganchado.

Por la noche, Werber me da de cenar ginebra y patatas chips. Ponemos la radio para no oír el festival que está pasando en el piso de abajo y jugamos al Scrabble en inglés. Me pega una paliza descomunal. La turca que pillo es considerable.

Ya en mi refugio, me duermo como un esquimal en un iglú rodeado por una tormenta de hielo.

Me levanto más torcido que la torre de Pisa. Se trata del colchón y la resaca de ginebra. He soñado que mi padre se peleaba con Margaret Thatcher. ¿Se habrá enterado ya de lo mío? ¿Y Miranda? Mierda. Mejor no pensar en cosas tristes. Sigo vivo; todo lo demás, tiene solución.

Salgo del cuartucho y echo un vistazo. La puerta de la habitación de Werber está abierta de par en par. La cama desierta. Miro en el lavabo.

Tampoco hay nadie. Al parecer, me ha dejado solo otra vez.

Cojo el montón de ropa que me dio ayer y la examino. Hay un pantalón de pana desgastado, una camisa marca no te fijes, un jersey Fred Perry, un par de gayumbos y unos calcetines de los años ochenta. Lo huelo, está todo limpio. Aunque no me gusta la idea de meter mis pelotas en el mismo sitio en que estuvieron las de Werber, hago de tripas corazón y me visto. El pantalón me va un poco ajustado, pero no es nada grave. Uf. Vuelvo a ser una persona humana. Me enfundo las pantuflas del Hotel Mallorca y bajo por las escaleras. Me da por silbar *Suprecalifragilisticoespialidoso*. Debo parecer una mezcla entre artista tarado y *skin*.

La puerta de la cocina está abierta y sale un estupendo olor a café. Así que entro. Mary Jane, de espaldas, prepara el brebaje.

—Buenos días.

—Buenos días.

Me siento a la mesa.

—¿Café?

—Por favor.

Se sienta conmigo.

—¿Has podido descansar?

—Sí. ¿Qué hora es?

—Las once.

Encima de la mesa hay un paquete de tabaco de liar.

—¿Puedo?

—Adelante.

Me lío un cigarro fino. Lo observo. El primer pito del día siempre es especial. Lo enciendo y aspiro. Es suave y perfumado, no como el Ducados que, a veces, le mango a mi padre. Se me encoge el estómago.

—¿Te pasa algo?

—Estoy un poco preocupado —admito.

—Es normal, la policía te busca.

—No es eso.

—¿Entonces?

—Mi familia. ¿Crees que los habrán avisado ya?

Mary Jane coge el paquete de tabaco y empieza a liar también.

—Es probable.

—Qué mierda.

Se lo enciende. Da una calada, y suelta el humo.

—¿Quieres llamarlos?

—Sí.

—Tendrá que ser corto.

—Vale.

—El teléfono está al lado de la cama.

Termino el café y salgo de la cocina.

Encuentro el teléfono debajo de la mesita de noche. Me siento encima de la cama y marco el prefijo y el número de casa.

Después de cinco tonos, alguien descuelga.

—¿Sí?

—¿Miranda?

—¿Martín?

Pausa.

—¿Estás bien? Papá está como loco.

—Estoy bien.

—¿Dónde paras? Has salido en las noticias.

Mierda. Esto es mucho peor de lo que imaginaba.

—Estoy bien. Quería que lo supierais. Tengo que colgar.

—¿Te va a pasar algo?

—No. Es todo un malentendido. Estoy tratando de solucionarlo.

Se le entrecorta la voz.

—¿Por qué no vuelves?

—No te preocupes, te voy a estar incordiando antes de lo que te piensas.

—Vale.

Pausa.

—¿Tres peniques? —suelto.

Silencio.

—No te flipes —responde.

Cuelgo. No lo ha dicho con mucho entusiasmo. Pero al menos, ahora, ya saben que estoy vivo.

Me tumbo en la cama.

Mary Jane aparece en el marco de la puerta de la cocina. Se acerca y se tumba a mi lado. Nos terminamos los cigarrillos en silencio.

—¿Es muy guapa?

—¿Quién?

—Gina.

—Sí.

—Y, ¿cómo fue?

—¿El qué?

—Ya sabes, el tema.

—No muy bien.

—¿Con cuántas chicas has estado?

—Tres. Sheena, Judy y Gina.

—No está mal. Por tu edad, claro.

Nos ponemos de lado, cara a cara. Las tetas se le comprimen y luchan por salirse del escote del camisón. Mmm. Si estoy infectado por el virus, esta podría ser mi última oportunidad. Nuestros pies se tocan. Sonreímos. Como oso pardo después de hibernar, la nutria empieza a despertarse. Sexo y muerte, qué gran cóctel.

—¿Sigue en pie la oferta? —pregunto.

—¿Qué oferta?

—Ya sabes.

—No tienes ni un duro —suelta.

—Eso es verdad.

Me acaricia el pelo.

—Si no puedes pagar, nada.

—Pues vaya mierda.

—A menos que...

—¿Qué?

Mira hacia el techo.

—Que no fuera en plan profesional.

—¿Qué quieres decir?

—Tendría que pasármelo bien.

—Eso está hecho.

Me lanzo encima de ella, pero me despide con un rodillazo.

—Aquí no.

Se levanta y me coge de la mano.

—Sígueme.

Vamos hacia la puerta que da a la cocina ¿Querrá hacerlo encima de la mesa? En el último instante se gira y quedamos de cara a la pared de madera que hay enfrente. Empuja con los dedos el plafón. Este hace un clac y se hunde. Luego sale proyectado hacia afuera. ¿Qué cojones?

Entramos dentro.

Es un dormitorio, su dormitorio privado. Es pequeño. Solo una cama de matrimonio, con las sábanas color púrpura, un armario ropero y una ventana que debe dar al lateral de la casa, porque nunca la vi. Ha pegado en las paredes dibujos de mariposas, como si fuera el cuarto de una niña.

Me empuja al catre.

—¿O te creías que dormía en la cama del curro? —dice subiendo la ceja derecha.

No respondo. Me arranca la ropa y se quita el camisón. Durante unos segundos, no hacemos nada, solo nos miramos, desnudos, tocados por la luz que entra de la ventana. Los ojos le brillan, oscuros, pequeños, como dos arándanos maduros. La acaricio. Tiene el cuerpo viejo, suave, amistoso. Le recorro las tetas con los dedos. Son grandes, las más grandes que yo haya tenido entre manos. Y se mantienen en un ángulo decente. Me coge de las muñecas. Nos besamos. Tiene los labios carnosos, delicados; la lengua, caliente.

Colega, la nutria se llena tanto de vida que empieza a hacer pequeños movimientos arriba y abajo al ritmo de mi pulso. Está más llena de sangre que una morcilla de Jumilla. Creo que, si no hago algo, va a estallar.

Me pongo encima de Mary Jane y le abro las piernas.

Me detiene al momento.

—¿Qué haces? —pregunta.

—¿Follar? ¿No?

—Quedamos en que yo también tenía que pasármelo bien. ¿No? —dice imitando mi entonación.

Me quedo en blanco. Mary Jane ataca:

—No tienes ni idea, ¿eh? De follar, digo.

Nunca lo había pensado. La verdad es que lo único que sé es lo que he visto en las revistas, en alguna peli guarra y lo que aprendí de Rocker.

—En fin. —Mary Jane se encoge de hombros—. No espero que tomes apuntes. Pero abre bien las orejas. Lo que te voy a enseñar, te puede dar muchos dividendos.

—¿Dividendos?

—Las chicas que se lo pasen bien contigo, querrán repetir.

Saca un paquete de Camel de la mesita de noche y, con un mechero dorado, se enciende un cigarrillo.

—Te lo diré en rima, a ver si lo pillas: *si no estamos mojadas, no estamos excitadas*.

Pausa.

—Vale.

—Prueba.

Se abre de piernas y entreveo una raja más profunda que Minas Moria. Silencio. Está esperando que haga algo. Veamos, así a bote pronto, no se me ocurre nada muy original... ¿Le meto el dedo? Sí, será lo mejor, eso les gusta.

Estiro el índice y procedo.

Me pega una hostia en la cabeza.

—¿Qué haces, niño?

—Excitarte.

—Así no. —Pausa—. ¿No os enseñan nada en España? Tendré que empezar por lo más básico —dice para ella. Luego añade—: El *clit*. ¿Has oído hablar él?

—Claro.

—Ah, ¿sí? A ver, señálamelo.

—*Valeee*. —La voz me vibra a lo Serrat.

Y tengo mis dudas. Tiene que estar por ahí, eso está claro, pero, exactamente, ¿dónde? Empiezo a tocar, un poco a saco, lo reconozco.

Me pega otro leño.

—Aquí. —Me agarra la punta del índice y lo coloca arriba, encima de una capa de pelo fina como el tabaco de liar—. Esto es el monte de Venus. Mola, ¿eh?

Asiento mientras, poco a poco, va bajando. Se detiene cuando llega a una especie de bultito.

—*Eccolo qua* —susurra.

Palpo; es como un botón minúsculo. No veo que tenga nada de especial. Empiezo a acariciar, pero me retiene la mano.

—Para aproximarse, primero hay que alejarse. Solo quería que vieras el objetivo final. Vete para abajo, anda. —Desciendo hasta las rodillas—. Más. Así. Muy bien. Bésame los pies. —Me amorro—. Espera, tonto, más lento.

Los miro. Son preciosos. Las uñas, de rojo; y huelen a melocotón. Buen truco. Empiezo a besarlos y lamerlos, uno a uno, sin prisas. Me entrego en cuerpo y alma... Al poco murmura:

—Ahora ves subiendo, lentamente, centímetro a centímetro.

Sigo sus instrucciones. La respiración se le acelera. Supero la rodilla.

—Juguetea con la lengua. Así. Ahora la parte interna del muslo, con cuidado. Siente lo delicada que es. Explórala con tus labios. Mímalala. Sube y baja. Succiona. Chuperreteo. Crea una expectativa.

Me entretengo un buen rato queriendo esos muslos delicados. Al poco, Mary Jane deja caer la cabeza hacia atrás y, entre suspiros, dice:

—Ahora la ingiere. Acaríciala con cariño, así, como si fuera algo muy delicado. Y vete acercando la lengua hacia los labios.

Obedezco. Ah, los labios. Su olor me emborracha y puedo notar como mi sangre se carga de sexo. Los trabajo con la lengua, incluso me atrevo a mordisquearlos. Funciona. La respiración se le empieza a entrecortar y casi no le salen las palabras.

—Ahora —murmura—, el soneto de amor.

Me detengo y la miro.

—Méteme la punta del dedo dentro, solo un poquito, como si fuera un tintero. ¿Lo pillas? Así, muy bien. ¿Notas la humedad? Ahora sácalo y escribe en el *clit*: frases, circulitos, lo que quieras, muy, muy suave.

Experimento un rato, hasta que gano fluidez. Mary Jane ha empezado a suspirar. Meto el dedo, de nuevo, dentro de su cuerpo y me viene a la cabeza la canción de Los Suaves: «lo tiene más caliente, que las puertas del infierno». Continúo escribiendo. El dedo se desliza como una patinadora sobre hielo. Los suspiros se convierten en gemidos. Lo vuelvo a mojar, divina gramática,

mientras las piernas se le abren de par en par, con esa elasticidad de bulma. Es mía y soy su esclavo.

—Ahora la lengua —susurra—. Sin entrar. Vuélveme loca.

No puede ni acabar de hablar; la pelvis se le levanta, desesperada, y se aplasta contra mi boca. Como puedo, le separo los labios y empiezo a chuparle el clítoris. Lametazos, arriba y abajo, círculos, zigzag. Ahora, todo vale. Me premia con gemidos pitagóricos. Incluso le meto la lengua dentro mientras le froto a saco con la nariz. Se deshace.

—Añádele el dedo —murmura como puede.

La combinación explota como la nitroglicerina y Mari Jane empieza a tener espasmos. Al principio me asusto, luego lo disfruto. El *clit* está más salido que nunca, así que le voy dando latigazos con la lengua. Cada golpe, un grito de placer. Me pega tanto la pelvis a la boca que casi me hace daño. Se corre con un maullido largo y definitivo.

Silencio.

Me pasa un Kleenex. Tengo la cara tan mojada, que parece que acabe de salir de la ducha.

Se enciende un cigarro.

—Primera lección —dice—, aprendida.

Oi! Oi! Oi!

Al mediodía, Werber llega con un pollo asado. Está de buen humor. Creo que ha ganado algo en las apuestas de caballos. Eso, unido al buen rollo que nos ha quedado a Mary Jane y, aquí, el menda, después del fornicio, no puede crear un ambiente mejor. Nos sentamos a comer en la cocina. Devoramos y charlamos como si fuéramos amigos de toda la vida. Luego Mary Jane prepara café y cae una ronda de cigarrillos. Justo cuando estoy aplastando la colilla, mi estómago empieza a rugir.

Nos miramos.

Subo corriendo al baño del primer piso y suelto una mierda con tanta fuerza que casi salgo despedido hacia el techo.

Me pongo a llorar.

¡Toc, toc, toc!

No respondo.

—¿Estás bien, Ket? —Werber.

—No.

Se me escapa un pedo. Trato de apretar el culo, pero no sirve para nada. Sale otro, y otro más. Werber ríe.

—Para —le dice Mary Jane.

Un pedo larguísimo.

Ahora es Mary Jane la que ríe.

—¿Os podéis ir, por favor? —suplico.

—Oh, ¿y perdernos el final del concierto? —Werber sigue partiéndose.

—No hace puta gracia.

Un retortijón enorme me hace gritar. Es como si me estuvieran removiendo el puñal de *Acorralado* por el intestino. Aprieto y sale un monstruo de mi culo. Me levanto y miro, casi con temor. Una plasta enorme decora el váter de negro. El olor es mortal, incluso para mí, que soy el autor de tan insigne obra. Parece un cuadro de Tàpies. Me limpio el culo a conciencia. Luego me lavo las manos con mucha agua y jabón. Parece que lo peor ha pasado.

Cuando salgo del baño, Werber y Mary Jane me esperan sentados en el sofá. A juzgar por su expresión, debo de tener un aspecto terrible. Me siento en medio de los dos. Estamos de cara a la ventana.

No dicen nada.

—¿Qué hago? —pregunto.

—¿Qué quieres hacer? —responde Werber. No hay agresividad en su tono, solo realismo—. Es demasiado tarde para ir al hospital. Solo puedes esperar.

Me empiezan a temblar las piernas. ¿Esperar a qué? No me atrevo a contestar a la pregunta.

—Cacho —es Mary Jane—, has estado comiendo fuerte, y bebiendo más. Y has pasado por un montón de situaciones extremas. Puede ser que tu organismo esté reaccionando. Puede que solo sea eso.

Pausa.

—Eso —murmuro—, o el ángel me destruye por dentro.

Después de la frasecita, no dicen nada más. No les culpo. Solo nos dedicamos a ver cómo, afuera, un pájaro negro se limpia las plumas. Parece que, en este momento, eso es lo único para él.

Al final, es Harry quien rompe el silencio.

—Me largo, me espera un cliente.

—Lo mismo digo —se apresura a añadir la jefa.

Casi nadie quiere estar cerca de un moribundo.

—No olvides beber mucha agua —dice Mary Jane antes de desaparecer escaleras abajo—. Por la hidratación.

—Ah.

Vuelvo a estar solo. Eso, a veces, es lo más difícil. Vale. Tengo que conseguir no pensar. Pero ¿cómo culebras se hace eso? Necesito una distracción. La pila de libros. Eso. Husmeo un rato, pero estoy demasiado alterado como para leer. Una idea. Limpieza. Puede funcionar. Me lanzo al armario de debajo de la pica. Encuentro estropajos y botellas de jabones de marcas raras. Y una aspiradora. Me arremango y me pongo manos a la obra. La verdad es que no tengo ningún método, aparte de ir quitando toda la mierda que se me pone por delante. Estoy dos horas dale que te pego. La moqueta es lo que más me cuesta, ahí había mierda de cuando Jesús perdió la alpargata.

Cuando acabo, he llenado tres bolsas de basura. Las dejo al lado de la escalera, no puedo salir a la calle; soy un forajido de la ley.

Después, voy al baño y suelto líquido marrón por el culo. Y luego dicen que Dios nos creó a su imagen y semejanza. Me pego una ducha y salgo. Todo sigue igual de vacío que antes.

¿Y ahora?

Me siento en el suelo, delante del mueble que Werber utiliza para dejar sus libros y mierdas varias; y apoyo la cabeza en el lateral del sofá. La ventana me queda a la izquierda. Observo el mueble. Es alargado y bajo, no llegará al medio metro. El centro está cerrado por dos puertas correderas, pero tiene los extremos abiertos. Los examino: contienen un par de altavoces Bose. Muy molones. Esto promete. Deslizo las puertas correderas. Uau. Un precioso equipo de alta fidelidad sale a la luz: ampli, pletina, radio y un tocata Technics. Y, al lado, una colección de discos. Quizás la tarde no vaya a ser tan aburrida. Examino las fundas. Los grupos no me suenan de nada. Sham 69, Cockney Rejects, The 4-Skins, Blitz. Y muchos más. Qué raro. Lo mejor será probar. Cojo un disco de Sham 69 y miro la funda. Un dedo señala a cuatro tipos que parecen cabreados. *Tell us the truth*, leo. ‘Dinos la verdad’. Lo saco de la funda. Está lleno de polvo, debe hacer tiempo que no se usa. Lo meto en el Technics y lo pincho. Inmediatamente, un huracán de música pura arrastra mi alma a otra dimensión. Son como los Ramones, pero más descarnados. Me dejo llevar. Es un viaje a ninguna parte. Los mejores viajes nunca van a ningún lado.

Cuando termino el elepé por las dos caras, pongo un single: *If the kids are united*. Otra bomba. En pocos segundos, me veo bailando por la habitación.

Luego *Hersham boys*. Brutal. Después, *Oi! oi! oi!*, de los Cockney [\[LMP6\]](#)Rejects. La caña. Doy saltos como un grillo. Y ya no paro en toda la bendita tarde. Hasta que ruedo por el suelo y me quedo dormido.

Me despierta la punta de un zapato. Abro los ojos. Es Werber que me da en el costado.

—Vaya bofetada de pasado —dice mientras coloca la aguja del Technics en posición de descanso. El disco, que se había quedado girando Dios sabe cuánto rato, se detiene. Bostezo. Werber empieza a mirar las fundas

esparcidas—. Joder —se le escapa.

—Qué pasada —murmuro.

—¿La música Oi! no llegó a tu pueblo?

—No. —Pausa—. ¿De qué va la movida?

—Botas Martens, cabezas rapadas, clase obrera.

—¿Fuiste *skin*?

—Algo así. Antifascista, claro. Has oído la canción *Harry up Harry*.

—Rebusco entre los discos.

—Sí, de Sham 69, ¿verdad?

—Exacto. Ese Harry soy yo. Era colega de Jimmy, el cantante.

—¿Me lo puedes presentar?

—De momento céntrate en sobrevivir. ¿Cómo va ese estómago?

—Igual.

—Mary Jane te ha preparado arroz hervido. ¿Tienes hambre?

—Mucha.

—Eso es buena señal. —Abre la mirada—. Por cierto, gracias por la limpieza.

—No hay de qué.

Cenamos en la cocina y luego me voy directo para arriba. Me pongo el pijama y me lavo los dientes. Werber ha tenido el detalle de traerme un cepillo nuevo, así que no puedo pedir nada más. Me meto directo en la cama y cierro los ojos. Estoy exhausto. Todo lo que necesito es descansar.

Y descanso, oh, Dios, si descanso.

Toda la noche.

Me levanto con los pies empotrados en la pared, de un humor excelente y con hambre de Obélix. Ya estamos a lunes. ¿Qué deben estar haciendo mis amigos? En clase, supongo. Seguro que están preocupados. Me gustaría llamar a Rob, pero no puede ser. Podría tener el teléfono pinchado. Si salgo vivo de esta, nos pondremos de nenuco hasta arriba.

Me rugen las tripas.

Me visto y salgo de la habitación a toda pastilla. Para variar, Werber no está. No se puede decir que no se busque la vida, eso sí.

Por la luz que entra de la ventana deduzco que es bastante tarde. He dormido como un lobo. Encima no he cagado en toda la noche; y tengo un hambre canina. Esto tiene que ser una buena señal, seguro.

Me precipito escaleras abajo.

Por suerte, Mary Jane no está con ningún cliente. La encuentro en la cocina, terminando el desayuno.

—Buenos días.

—Buenos días.

Me quedo pasmado, mirando la comida.

—¿Te apetece? —me pregunta.

—Sí.

—¿Crees que será prudente?

—Solo hay una manera de saberlo.

Se levanta y me sirve un bol con cereales y un vaso de zumo de naranja.

—Yo no me arriesgaría con el café —dice.

—Vale.

Devoro el bol como si fuera jamón de bellota, y eso que no soy nada fan de estas mezclas. Mary Jane espera a que acabe sin decir nada.

—Gracias —digo, limpiándome la boca.

—De nada. —Ahora me observa, curiosa. Luego suelta—: Entonces, ¿te encuentras mejor?

—De fábula. Tenías razón. Lo más probable es que solo fuera una simple diarrea. No es que haya estado comiendo fruta y verdura desde que llegué.

Mary Jane arruga la frente.

—Esperemos que solo sea eso, sí.

—¿«Esperemos»?

Se produce un silencio terrible, apabullante, casi doloroso. Y, de golpe, me pica todo.

—¿Has cambiado de opinión? —eyaculo.

—No —responde Mary Jane, suave, alargando mucho la «o».

—¿Cómo podría estar enfermo si me siento tan bien?

—Pronto lo sabremos.

—Ya. —Pausa—. ¿Qué haríais? —suelto, cabreado.

—¿Qué haríamos respecto a qué?

—Si me muero.

Se le escapa una risita.

—Ni idea. Harry es capaz de deshacerte en ácido.

—No jodas.

—Una vez muerto, claro.

—Ya, ya.

Observo una mariquita que trepa por la ventana.

—¿No tienes ningún cliente esta mañana? —digo, tratando de sonar indiferente.

—No.

Me muerdo el labio.

—¿Podríamos continuar con las clases?

—¿Qué clases? —Mary Jane abre mucho los ojos—. ¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Te sientes con fuerzas?

—Absolutamente. Y, si voy a morir, quiero que mi epitafio diga que follaba bien.

Se ríe.

—Entonces, mejor que nos apresuremos. Todavía tengo que enseñarte muchas cosas.

Me coge de la mano y me lleva hasta su habitación privada.

Solo entrar, tengo la misma agradable sensación de la otra vez; pero, esta mañana, huele raro.

Arrugo la nariz.

—Lavanda —me dice—. Relaja un montón, ya verás.

—Bien. ¿Por dónde te la meto?

Se parte.

—¿Qué pasa?

—Qué prisa.

—Por si las moscas. Podría palmarla en cualquier momento.

Me bajo la bragueta.

—Cacho, ¿no te acuerdas de nada de lo que te enseñé ayer?

Resoplo.

—¿No nos podemos saltar los preliminares?

—Nunca.

—Vale —digo con resignación.

Y nos metemos al lío.

Empiezo por abajo, tal como me enseñó, y voy subiendo. Colega, no me salto ni un solo paso, que conste. Y parece agradecerlo. Cuando llego a la altura de los muslos, las turbinas de su sexo estallan. Esto se anima. Me meto el caramelo en la boca. Ella gime. Y entro en una especie de limbo. Sin dolor, sin pasado, sin futuro; hecho solo de placer.

Me saca de ahí un empujón que me deja tumbado a un lado de la cama. Mary Jane saca un condón de la mesita de noche, se monta encima de mí y me lo pone con la boca. Madre mía. Nos chupamos un rato. *69 is the number*. Luego, se gira y se sienta encima de la nutria, que desaparece en una zambullida cósmica. Mueve la pelvis. Adelante y atrás. Círculos. Adelante y atrás. Oh, Dios, haz que esto dure para siempre. Que esta danza árabe no pare. Que no pare.

O quizás sí, que se detenga. Porque si sigue de esta manera, me voy a ir en nada.

—Mary —digo, poniéndole una mano en la cadera.

Detiene la marcha.

—¿Ya?

—Sí.

—Joder.

—Lo siento.

—No pasa nada. Respira.

—¡Estoy respirando!

—Más lento. Aquieta la respiración. Así.

Mary Jane inspira poco a poco, contando hasta diez con los dedos. Luego, retiene el aire el mismo tiempo. Después, lo suelta.

La imito y, lentamente, me voy calmando.

Lo hago por tres veces. Luego, sonrío.

Mary Jane, satisfecha, acelera de nuevo con la pelvis. Vuelve el placer, pero, esta vez, más atenuado. Todo va bien. *Chicken run*.

No. Mierda. Ya vuelvo a estar como antes. Y no han pasado ni dos

minutos.

—Mary Jane...

Resopla.

—Nada, déjalo, disfruta.

—Pero...

—Disfruta.

Ya con todos los permisos en regla, me lanzo por el tobogán del placer. Es un viaje corto pero intenso. Un viaje que termina en un éxtasis de colores.

Buf.

Ruedo a un costado. Colega, esta tía es mucha bulma para mí.

—Lo siento —musito.

—No pasa nada. Un mundial no se gana en un día.

—Ni en cien, si eres español. —Se ríe. Luego, suelto—: Entonces, ¿qué hago?

—Si te pasa esto, siempre puedes empezar de nuevo. Si a la chica le apetece, claro. En el segundo intento, como mínimo, durarás el doble que en el primero. En el tercero, el triple.

—No hay trucos mágicos.

—No. Practica con la respiración, el autocontrol se logra practicando.

Nos fumamos un cigarrillo. Luego, empezamos de nuevo. Por suerte, tenía razón y mi actuación es un poco mejor. Y aprendo la técnica del doble lazo.

Después nos partimos un yogur.

Probamos una tercera vez. Glorioso. Me descubre las maravillas de la doble penetración profunda, las coordenadas del punto G y sus habilidades con la musculatura interna.

Colega, estamos como dos horas. Cuando me levanto de la cama, tengo las piernas como flanes. En serio, es ridículo, casi no puedo ni andar sin hacer eses.

Preparamos un gran plato de pasta con salsa de tomate para recuperar las fuerzas, y nos lo comemos en la cama.

Cuando empieza a oscurecer, Mary Jane me despide.

—Lo siento cariño, tengo un cliente en media hora.

El castillo se deshace en la arena.

—Y, ¿no te da palo?

—Lo hago porque quiero.

Bebo un trago de agua.

—¿No estás cansada?

—No. Además, es un cliente fácil. Un abuelo. No se le levanta, solo quiere meterme cosas de plástico.

La idea de un viejo sarnoso con las manos peludas abusando de ella, me repugna.

—Me apetece dar una vuelta —suelto.

—Ni hablar, ya sabes lo que te podría pasar.

—Pues qué palo.

Vuelvo al piso de arriba. Pongo música para no oír nada de nada de lo que pase abajo. Cuando me canso, paso a la radio. Dan un culebrón. Las voces me hipnotizan. Lo escucho sin entender un pijo de la complicada trama.

Al cabo de un par de horas, llega Werber. Nos preparamos unos bocatas en su cocina y comemos en silencio.

De postre, una manzana. Nada de nenuco.

Luego, los cigarrillos.

—Oye, cuando está con un cliente, ¿cómo lo haces para entrar? —Echo el humo hacia el techo.

—Por la ventana. Hay que joderse.

—Oi.

—Oi.

Werber da una calada.

—¿Así que te encuentras mejor?

—Sí.

—Me alegro, pero debemos esperar a mañana. Ya sabes las fases. Mañana es el día D.

—Ya.

Nos vamos pronto a la piltra y me duermo enseguida. Un sueño plácido de marmota. Como solo se duerme cuando se va bien chingado.

Malaje, lo interrumpe un ruido.

Permanezco en silencio, a la escucha.

Otra vez. Es como un silbido.

A duras penas, abro unos ojos soldados de legañas. No me lo puedo creer. Tengo a los polis metidos en la habitación. Joder. Ray y Charles. Mancha de cerdo y fortachón. Los hijos de puta que me apalearon. Ray sonríe. Sus dientes brillan como la nieve iluminada por los faros de un coche. Como la mirada de Milady en *D'Artacán*. Ray saca una cuchilla de afeitar, gira el dedo índice hacia arriba, lo extiende, y se hace un corte. Una espesa gota de sangre le sale del dedo y cae al suelo. Plop. Me mira. Charles se acerca y me agarra de las muñecas. Duele. Ray da un paso adelante y me baja los pantalones del pijama. La nutria y el saco de nueces me quedan al aire, indefensos, como cachorrillos de perro.

—Eres un cobarde —dice Ray—. Y los cobardes no tienen pelotas. —Me agarra los compañeros con una mano de plomo.

Me meo. Le cae el pis por encima. Sonríe y se chupa los dedos. Es asqueroso. Luego, levanta la cuchilla. Siempre puedo ganarme la vida como castrato de la corte, seguro que la reina lo sabrá apreciar. Lástima que no tengo ninguna dote para el canto. La mano que sostiene la cuchilla empieza a bajar, con toda la fuerza del mundo, pero por detrás aparece un perro negro, sombrío, gigante, como salido del infierno. Ray se detiene. Entre sus fauces, el perro aguanta la cabeza de Bacon. Es imposible. Alucino. Lo cual significa que estoy en la última y definitiva fase del envenenamiento. Y que Gina me la ha jugado. Y que ya nada importa puesto que voy a morir. El perro abre la boca. El tarro cae al suelo y rueda como si estuviera en la bolera. Va a estrellarse con las botas de Ray.

—*Strike* —dice la cabeza, desanimada. Luego ríe. El timbre de la voz es espantoso.

Charles le da una patada y el bolo desaparece a través de la pared emitiendo un terrible chillido. Yo también grito. Mucho. Y pego un bote. Y me doy cuenta de que puedo volar. Y atravesar paredes. Soy más ligero que una canción de Marta Sánchez. Así que salgo volando rumbo a la noche, como en *Peter Pan*.

Fiu.

Por el rabillo del ojo veo a Ray y a Charles que me siguen. Acelero. El

viento me azota la cara y me despeina, pero no tengo frío. Debajo de mí, la ciudad es como la bella durmiente del cuento.

Aterrizo en la punta del Big Ben y me lio a golpearme el pecho justo en el momento preciso en el que empiezan a dar las tres. Dong. Soy el puto King Kong. Dong. La ciudad es mía. Dong. La rubia, también. (Bueno, eso no).

Mis perseguidores no tardan en llegar. Salgo a su encuentro sin temor —la venganza está servida— y nos enzarzamos en una lucha aérea de dimensiones épicas. Los brazos se me vuelven como los de Superman. Las piernas, como las de He-Man. Alternativamente, empiezo a meterles puñetazos y patadas en la cara. Y por todo el cuerpo. Soy como un arma de repetición. Saco rabia de debajo de las piedras. No me da miedo matar. Y Ray cada vez está más débil, así que lo agarro de la cabeza y lo lanzo contra las Casas del Parlamento. Se espachurra como una butifarra de Vic. Chof. Observo la papilla de huesos, sangre y carne deslizarse hacia abajo dejando un rastro de caracol. Me empano demasiado. Charles me agarra por detrás y me inmoviliza. Mierda. Trato de revolverme, pero no puedo; sus brazos se han convertido en poderosos tentáculos. Me asegura y se lanza al vacío, en dirección al Támesis. Intento zafarme, pero los tentáculos son como cables de acero. El agua cada vez está más cerca. Me giro y le veo la cara. Solo que ya no existe; en su lugar, la cabeza del perro infernal. Nos zambullimos hasta el fondo y me inmoviliza. El agua está helada. Quiere ahogarme. El también morirá, pero no le importa. Aguanto dos minutos. Aguanto hasta que ya no puedo más. Luego abro la boca y dejo que el agua entre dentro de mí. Me diluyo en el líquido como azúcar en té.

Desde lo más profundo, una voz.

—Ket.

Una voz que me resulta familiar.

—¿Estoy muerto? —murmuro.

—No.

—¿Por qué estoy mojado?

Alguien me zarandea.

—Tenías una pesadilla, se te oía hasta en Westminster.

Abro los ojos. Werber está al lado de mi colchón. Sostiene una botella de

agua de un litro y medio. Vacía.

—Manda huevos —suelto.

—A la ducha, colega. —Está de buen humor—. Parece que te has recuperado —dice—, y eso son excelentes noticias.

Tiene razón. Solo ha sido una puta pesadilla.

Me levanto de un salto y me meto en el baño. Me pego una buena ducha de agua caliente mientras repaso todos los éxitos de los Hombres G.

Cuando salgo, Werber me espera con una tetera humeante, una fuente repleta de *crumpets*, mermelada y mantequilla. Como la primera vez. Genial.

—Ya sé lo que voy a hacer —digo agarrando la mermelada.

—¿Qué?

—Ir a ver a Gina.

Segundo acto

Werber sonríe.

—Supongo que no servirá de nada que trate de disuadirte, ¿no? —dice.

Extiendo la mermelada y pego un bocado al *crumpet*.

—No.

—Ya.

Lleno dos *mugs* hasta arriba de té y me siento a la mesa. Sé que, a pesar de mi proeza, sigue dudando de la inocencia de Gina, pero me da igual.

—Gracias —dice Werber, cogiendo la taza.

—De nada. —Aspiro el aroma del English Breakfast. Es un té fuerte y oscuro. Me gusta.

De golpe, se abre la puerta que da a las escaleras.

—¿De celebración y no pensabais invitarme?

Mary Jane asoma la cabeza.

—Coño, la jefa —dice Werber.

—Eres muy bienvenida —suelto.

—Claro —añade Harry.

Mary Jane se acerca hasta nosotros.

—Así que, ya no vas a morirme —dice mientras me desordena el pelo.

—No.

Le paso un plato y una *mug*.

—Me alegro.

Se sienta a la mesa. Ya volvemos a parecer la familia feliz.

—Todavía no sé cómo voy a agradeceros esto —digo.

—Nada, nada —farfulla Werber.

Mary Jane se mete un *crumpet* entero en la boca y empieza a masticar. La proeza es que puede seguir hablando.

—Y, ahora que sabes que Gina es inocente, ¿qué vas a hacer?

Werber resopla.

—Quiere ir a su casa. ¿Te lo puedes creer? —dice, desesperado—. Y no

es seguro que la pija sea inocente.

—Solo sé que es lo que tengo que hacer.

—Eres más terco que una mula.

—Tú tampoco te quedas corto.

Mary Jane suspira.

— ¿No os dais cuenta? Sois tal para cual. ¿Por qué no hacéis el esfuerzo de poner os uno en lugar del otro?

Pausa.

—Eso sería como decir que Gina es una asesina —balbuceo.

—Eso sería como decir que Gina es inocente —musita Werber.

De golpe, nos miramos a los ojos y se produce una especie de conexión mental.

—Cojones —decimos a la vez.

—¿Podría ser que fuera asesina...

—... e inocente a la vez?

—Sí, si alguien la estuviera utilizando. —A Werber le tiemblan las manos—. Tiene que ser eso. Pero ¿quién? Y, ¿cómo?

—Tengo que salir —murmuro—. Ya.

—Sabes el riesgo que corres marchándote de aquí, ¿verdad?

—No puedo quedarme para siempre.

El viejo detective sonrío.

—Lástima, estaba considerando contratarte como chica de la limpieza. Te hubiera descontado los *crumpets* del sueldo.

De golpe, toda la tensión acumulada se disuelve en una dulce risa.

Sirvo otra ronda de té.

—Lo mejor será que te lleve en coche cuando haya anochecido —dice Werber entre sorbo y sorbo.

—Puedo ir solo.

—Te llevo, cojones.

—Vale.

—Tendrás que colarte en su habitación.

—No será un problema, ya lo hice una vez.

—Pero, entonces, ¿cuál es el plan? —pregunta Mary Jane.

—Me doy esta noche. Si no saco nada en claro, mañana por la mañana me

entregaré.

Me miran.

—¿Estás seguro? —Harry aprieta la mandíbula.

—Sí.

—Con suerte, todavía los podrías convencer de que eres inocente. —Mary Jane trata de animarme—. Al fin y al cabo, has estado con Gina y no te ha pasado nada.

—La poli creerá que es una invención —interrumpe Werber—. Ket no tiene manera de demostrarlo.

—Ya —musito.

De golpe, me doy cuenta de lo jodido de mi situación. Solo recordar lo que pasó en el calabozo, me entran escalofríos.

—No pensemos en eso —dice Mary Jane levantando su *mug*—. Por Cacho, ¡el tío más valiente al norte del Támesis! —suelta de golpe.

La miramos con sorpresa.

—¡Por Ket! —exclama Harry, eufórico.

Brindamos.

Luego Werber se levanta y entra en su habitación.

Al poco, sale con una bolsa de papel marrón cerrada con un pedazo de celo. Dentro hay algo voluminoso.

—Toma —dice alargando la mano—. No son nuevas, pero vivieron la movida en primera persona.

—¿Qué es?

—Abre la bolsa.

—Pero ¿qué es?

—Qué la abras, cojones.

Rasgo el papel con violencia. Debajo aparecen un par de Martens. La puta caña.

—Creo que son de tu número.

—Gracias —musito, mientras una jodida lágrima salta por el trampolín.

Por la noche, Mary Jane sale a despedirme al jardín de entrada. Se queda a

mi lado, silenciosa, mientras Werber va a por el coche. La miro de reojo. Minifalda de cuero, medias rojas y top a juego. Es posible que espere algún cliente. O quizás se ha puesto guapa por mí. Quién sabe. El pelo le brilla a la luz de las farolas como si fuera una actriz de Hollywood. Soy un tío con suerte.

Werber no tarda en aparecer. Conduce un viejo Opel Astra, solo que aquí los llaman Vauxhall, que es un nombre mucho más feo. Se detiene delante de nosotros y me indica con la mano que suba.

La puerta chirria.

Me siento y Mary Jane se acerca a la ventanilla.

—Ten mucho cuidado, ¿vale?

Asiento.

—Y tú, no te dejes ver —le dice a Werber.

—¿Me vas a enseñar el oficio?

—Calla.

Mary Jane me da un beso tierno en la boca, a modo de despedida.

—Lo sabía —murmura Werber—. Este crío se está follando a media Inglaterra.

—Largo —suelta Mary Jane.

Werber le da a la llave de contacto. El carro se lo piensa un buen rato antes de arrancar, pero lo acaba consiguiendo. Brooom. Una humareda más negra que el hocico de un bóxer. Mary Jane se aparta. Werber acelera y nos alejamos de la casa en la que he pasado estas últimas tres noches.

Hacemos el trayecto en un silencio de lanzamiento de penalti. Solo lo interrumpen unas inoportunas gotas que empiezan a resbalar por el parabrisas.

—Mierda de tiempo —murmura Werber, y conecta los limpias.

No funcionan. Le pega una hostia al mando, pero nada. En pocos segundos, el cristal parece un tobogán de La Isla Fantasía. Los conductores de los otros coches empiezan a señalarnos y a hacer luces. Como nos crucemos con la bofia, estamos perdidos.

Harry mantiene la calma y se desvía por una callejuela. Luego tuerce a la derecha y seguimos por otra calle, casi vacía. Se las sabe todas. Avanzamos lentamente durante un buen rato. No me suena nada de lo que veo.

—¿Falta mucho? —pregunto.

—No. Si no se pone a llover en serio, llegaremos sin problemas.

Es decir la frase y empezar a diluviar.

—No sabía que tuvieras poderes —digo.

Su respuesta es un gruñido de jabalí.

Luego aminora la marcha, pero no sirve para nada: la capa de agua se ha convertido en una marea densa y oscura. Tenemos que parar.

—No te muevas —dice Werber.

Antes de que pueda contestar, se baja del coche.

Me quedo solo con el ruido de la lluvia... Y empiezan a aparecer fantasmas por mi cabeza.

¿Me la estará jugando? Igual han puesto una recompensa por mi cabeza... Vivo o muerto.

Lo espío. Está en medio de la calle, observándolo todo a su alrededor, como si esperara algo. Más quieto que un espantapájaros.

De pronto, se pone en movimiento. Se acerca a un coche. Desde donde estoy no consigo ver si hay alguien dentro. Pero ¿qué culebras hace? Se dobla por encima del capó y comienza a estirar de los limpiaparabrisas.

¡Los está robando!

A los pocos segundos ya está de vuelta, triunfal, con su presa. Me los enseña como si fueran un trofeo.

Trata de ponerlos en el Opel, pero no encajan.

—Mierda —grita. ¿Por qué me jugaría el Alfa Romeo a las cartas? —Se acerca a la ventanilla—. En la guantera —ordena—, cinta americana.

Se la paso. Hace una chapuza digna de Pepe Gotera y Otilio. Pero funciona.

Nos ponemos en marcha, esta vez sin más incidentes.

Cuando llegamos a Lyndhurst Road se me comprime el estómago. Ya son unas cuantas aventurillas que he vivido en este barrio. Por suerte, no hay nadie a la vista.

Werber pasa por delante de la casa de Gina y aparca unos doscientos metros más allá.

Voy a salir.

—Espera —dice—. Quiero asegurarme de que no hay nada raro.

Nos quedamos dentro del coche un buen rato. Me entretengo rehaciendo los nudos de las Martens. Werber observa disimuladamente a través de los espejos retrovisores.

No hay ni el Tato.

—Adelante —dice.

Me ofrece la mano.

—Gracias por todo —Se la estrecho.

Alargo mi mano hasta la manecilla que abre la puerta, pero me detiene de nuevo.

—Espera.

Me da un paquete de Mayfair King Size, un mechero y un billete de veinte libras.

—¿Y esto?

—Para cubrir las necesidades básicas. Qué tengas suerte.

Asiento.

Bajo del coche. La lluvia me moja el pelo. Mejor que me mueva rápido, no quiero que Gina me vea de nuevo hecho un cromo.

Salto la valla. Esta vez, por la parte trasera de la casa. No tengo ningunas ganas de arrastrarme como un gusano por la hierba mojada.

Me escondo detrás del enorme castaño de la otra vez y me dedico a observar las luces de las ventanas. Están todas apagadas. Quizás es demasiado pronto para que Gina esté en su habitación. Quizás haya decidido pasar la noche en casa de alguien. Tendría que haber pensado un plan b.

En el lateral de la casa, se enciende una luz. Hay alguien. Me toca esperar. Por suerte el castaño es lo suficientemente denso como para protegerme de la lluvia.

Enciendo un cigarrillo. Luego otro y otro. Cuando voy a por el cuarto, destella una luz en la parte trasera del caserón. Creo que es la del pasillo. Al poco, se apaga. Unos instantes más y la luz de la habitación de Gina se enciende.

Chicken run.

Veo como su silueta entra y desaparece hacia el fondo.

No tarda mucho en llegar la bailarina luz del hogar. Lo ha encendido en

nada. Seguro que el servicio se lo deja preparado. Mama, yo quiero.

Avanzo con cuidado hasta debajo de la ventana y, como la otra vez, tiro una piedrecita. Por suerte me oye a la primera. Se acerca y mira abajo. Cuando me ve, sonrío. Por señas, me dice que espere.

Unos minutos después, se abre la puerta trasera.

—Toreador, llegas en mal momento.

—¿Por qué?

—¿No te has enterado? Marlene Dietrich ha muerto, lo han dicho en las noticias.

—¿Quién?

—Déjalo.

Me coge de la mano y subimos hasta su habitación.

—¿Está tu padre?

—No. Llegará más tarde, pero no te preocupes; duermo en la otra punta de la casa, y el Valium lo deja KO antes de que pueda ponerse ni el pijama.

—Y la calle, ¿está vigilada?

—Lo estuvo, un par de días. Luego se largaron.

—¿Seguro?

—Creo que piensan que intentas salir del país.

—¿Yo? Pero si una vez hasta me perdí en El Corte Inglés. No sabría ni cómo llegar a la frontera.

—¿El Corte Inglés?

—Un sitio espantoso, créeme.

Sonríe.

—Por cierto, sigues vivo.

—Ya ves.

—Me alegro. —Hace una larga pausa—. Pero... ¿Cómo que has vuelto? —suelta—. ¿No es peligroso?

Me muerdo el labio.

—Gina, la otra vez... Tuvimos que hacer algo mal. Por eso he venido.

—¿Qué quieres decir? —Se sienta en el sofá y se tapa con una mantita de lana—. Follamos. Era eso, ¿no?

—Creo que Werber tiene razón. —Gina levanta la mirada, asqueada—. Pero no como él creía.

—¿Entonces?

—Alguien te está utilizando, seguro. Si... Si fuera posible volver a hacerlo, con más atención, quizás podríamos descubrir...

—Cacho, si es una táctica... —me corta.

—No lo es —suelto, ofendido.

Me mira a la cara.

—Iba a decir que no es necesaria.

—¿No?

—Pensaba que habías venido para estar conmigo.

—Ah.

Pasa un demonio.

—¿Te apetece? —tartamudeo.

—¿Por qué no?

Porque soy un tarado feo y petagranos.

—Gina, tú me gustas, ¿lo sabes? Me gustas desde que chocamos aquel día en el lavabo de chicas. ¿Te acuerdas?

—Pues claro. Ven.

Me meto debajo de la manta. Junto a ella.

—Oye, —murmura—, ¿de verdad crees que alguien me está utilizando?

—Sí.

—Pero ¿cómo?

—No lo sé.

Nos quedamos callados, mirando el fuego.

Al final, tengo que soltarlo.

—¿Hiciste lo mismo conmigo que con los muertos?

Se lo piensa.

—No —dice—. Contigo me limité al lío, sin florituras. Solo me importaba que dejaras de verme como a una asesina.

—Ya.

—Normalmente soy un poco más tranquilo. ¿Sabes? Me gusta empezar fumando. Un poco de Kali Mist, para abrir la mente y el espíritu.

—¿Te queda?

—Sí.

—¿Probamos?

Se levanta, va hacia la mesita de noche y regresa con la cajita que contiene la droga.

—¿La has probado alguna vez? —me pregunta.

—No.

—Es la bomba, ya verás.

—¿Lo preparo?

—Por favor. Ya sabes, sigo sin saber liar.

Abro la tapa y saco la marihuana. Tiene un olor profundo y pegajoso. Luego un papel de fumar. Es de color rojo, muy guay; no conozco la marca.

—Qué bonito.

—Sí, pero no pega demasiado.

Coloco la mandanga en el papel. Lo enrosco y pego un buen lametón. No hay nada que odie más que un porro que tira la toalla antes de tiempo.

El pegamento me deja un regusto amargo en la lengua. Por suerte, Gina ha sacado una botella de *bourbon* de debajo del sofá. Pego un buen trago mientras termino de liar el porro.

—Listo.

—Bien.

Se pone de rodillas y lo enciende en la lumbre.

En pocos segundos, un perfume dulzón y embriagador se apodera del aire. Gina da un par de calos y me lo pasa. Le doy una buena chupada. El gusto me parece demasiado suave, pero eso siempre me pasa cuando no mezclo la maría con tabaco. Tendré que ir con cuidado.

Gina se levanta y pone un disco viejo. Echo un vistazo a la portada: *Marlene Dietrich at the Café de París*.

—O sea que es una cantante —digo.

—Y actriz.

Nos sentamos en el suelo y, apoyados en el sofá, con los pies casi tocando el fuego, escuchamos tranquilamente. De los altavoces sale una densa y cálida voz que nos envuelve como una manta.

—Parecemos *mordedores de carbón* —dice Gina.

—¿Qué diablos es eso?

—Una expresión, para la gente a la que le gusta acercarse mucho al fuego.

El mismo fuego que ahora danza reflejado en sus pupilas. Verlo me relaja.

Creo que a ella le pasa lo mismo. Es como si no existiera ninguna preocupación. De hecho, ya no me importa nada. Gina da un trago de la botella. Ni los muertos, ni los vivos ni los del más allá; nada. Gina ríe y el *bourbon* le resbala por el cuello. En el tiempo de un parpadeo, se ha quitado la camiseta. Le lamo los pezones embadurnados de alcohol. Se ríe. Me arranca la ropa. Me derrama la botella por encima. Me lame. Tengo la sensación de ser más ligero que una cometa. De moverme por placer. Y tengo una erección más potente que el láser de Obi-Wan. Nos besamos. Oh, sí, nos besamos. Y puedo sentirlo todo, sentir como le late el corazón con violencia, como la sangre circula por sus venas a toda pastilla, como la respiración se le ha intoxicado, sentir el olor de su sexo bañado en aceite, que me invita. No me precipito. Soy dueño del ritmo y del placer. Nuwanda reencarnado.

Le quito la poca ropa que le queda, lentamente, y hago el amor con sus pies, tal como me enseñó Mary Jane. Primero se ríe, luego se deja hacer, luego se relaja, luego suspira. Poco a poco, subo. Cada centímetro de su piel, cada maldita célula, son adorables. El tiempo se para, y yo sigo con mi concierto para lengua y bulma. Sus muslos me reciben, empapados por gotas de sudor y de sexo. Nos hacemos amigos y los recorro innumerables veces hasta que llego al *clit*. Mi lengua se convierte en complemento directo de placer. Al poco, Gina me pide que se la meta. Obedezco. Su sexo desprende tanto calor que casi me quemo. Entonces, me coge la cabeza y se la restriega ahí abajo. Mis labios confundidos. Colega, como mola.

Luego me arrastra hacia arriba. Nos volvemos a besar. Temblamos juntos. La nutria no necesita ninguna instrucción más. Encuentra la guarida y se mete de cabeza. Está tan mojada que el acople es total. Ella enrosca sus piernas en mí. No pienso en nada. La diosa Kali me ha anestesiado y el placer ya no es un punzón, sino una larga caricia. Empieza a sonar *Lili Marleen* por el estéreo; esa sí que la conozco. Es triste y dulce. Nos lleva a otro estado y nos pasamos un rato muy largo en él. Creo que vamos a llegar al orgasmo. Juntos.

Me muerde la oreja.

—Si quieres, córrete dentro de mí.

No sé porque lo dice, ni si es una puta locura. Pero parece la cosa más natural del mundo. Me echa hacia atrás y se incorpora. Quedamos cara a cara, empapados, mientras nuestros sexos se quieren. Me besa con lengua y eso me

hace volar. Ella está igual. Y nuestras pelvis como dos locomotoras.

Un choque de trenes que nos lleva al orgasmo.

Acabamos abrazados, sudados, exhaustos y felices.

Colega, es la primera vez que termino a la vez con alguien. Esto es la repera.

Nos quedamos mucho rato sin movernos, sin decir nada, calmando la respiración. Luego Gina se separa.

—Voy un momento al baño.

—Vale.

—Oye.

—No te preocupes, tomo la pastilla.

—Buf.

Desaparece por la puerta que da al lavabo que tiene dentro de la habitación.

Me envuelvo en la manta y contemplo el fuego. Me siento divino. Supongo que el hombre de las cavernas debió sentir algo igual. Tanta cultura y tanta tontería, y al final se reduce todo a cosas así.

Por un momento, mi mirada se desvía hacia algunas fotos que Gina tiene en la repisa de la lumbre. Me levanto y las miro. Básicamente, es ella pasándolo bien con sus amigas. También está la foto de los campamentos de Malvern, esa que salió en los periódicos. Pero es la original, sin el truco que encuadraba a Lynch dejando a los demás estudiantes en penumbra. La cojo. Gina está agarrada de la mano del muerto. Siento una pequeña punzada de celos.

Recorro el resto de la foto con la mirada. Solo son un montón de estudiantes petagranos como yo.

De golpe, se me congelan los huevos.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Gina desde la puerta del baño—. Se te ha quedado cara de muerto.

—Esa de ahí detrás —digo con voz temblorosa—, ¿es Judy?

Se acerca.

—Claro.

—¿Cómo puede ser?

—Ahí la conocí.

—Nunca me lo dijo.

—Supongo que prefirió olvidarlo.

—¿Por qué?

—Fue un poco raro. Antes de que pasara lo de Lynch, nos liamos. Estábamos muy fumadas. A mí no me gustan las tías, solo lo hice para divertirme. Pero ella se quedó pillada y no le sentó nada bien que pasara del tema.

—¿Judy es lesbiana?

—Eso creía yo.

—¿Y luego?

—A los pocos días, hicimos las paces.

—¿Y no hubo mal rollo?

—Nunca más.

Voy para dejar la foto en la repisa, pero mis pies tropiezan con algo. Bajo la mirada: es la cajita que contiene la marihuana. La cajita con la diosa azul y la lengua fuera que Judy le regaló por su cumpleaños.

Me giro.

—¿La marihuana también te la regaló Judy?

Gina está blanca.

—La noche que hicimos las paces.

—No me jodas.

El corazón me va tan deprisa que casi me perfora el pecho.

—¿Crees que...? —pregunta Gina, con la voz temblorosa.

—No puede ser, tú también estarías muerta.

—Claro. Joder, por un momento...

Examino la caja. No hay nada más, solo el librito de papel de fumar.

Se lo enseño.

—¿También te lo regaló?

—Sí.

Me cae una gota de sudor frío por la sien.

Abro el librito. Saco un papel y lo examino. No veo nada raro.

—¿Puedes abrir la luz?

Gina le da al interruptor del techo. Miro el papelito a contraluz. Por encima de la goma hay unas pequeñas bolitas. Podrían ser del propio

pegamento, pero no creo que sea el caso. Es justo la zona por la que pasé mi lengua hace un rato.

—¿Qué pasa? —me pregunta Gina—. ¿Estás más pálido que un fiambre?

—Mira.

Agarra el papel y lo examina.

—Cacho —murmura—, creo que has resuelto el misterio.

—Gina —susurro—, creo que voy a morir. Joder, ¡voy a morir!

De entre los muertos

—Has tenido mucha suerte, Cacho.

Me despierta una voz poco familiar. Abro los ojos. Tracy, la doctora que se ha ocupado de mí estas últimas veinticuatro horas, me observa. Se parece a la mujer de Bob Marley. Sin el rollo rastafari.

—Supongo —musito.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, pero me duele un poco la cabeza.

—Te dimos un sedante. Llegaste muy alterado.

—Lo siento.

—Es normal.

—Entonces, ¿no voy a morir?

Sonríe.

—Por suerte pasó poco más de una hora entre la ingesta y tu ingreso. Eres un chico listo. Además, el lavado de estómago y el carbón activo funcionaron.

—¿Carbón activo?

—El batido de color negro.

—Ah.

Ríe.

—Sí.

—Y, ¿todo esto? —digo, señalando unos cachivaches eléctricos y un cable de plástico que me entra por el brazo.

—Te quedarás un poquito más, claro; para asegurarnos de que todo va bien y de que tu hígado no esté dañado. La penicilina es parte del tratamiento —dice señalando una cosa que gotea—. Y tampoco queremos que te deshidrates.

—Gracias.

—Es nuestro trabajo.

Se oye un golpe en la puerta. Tracy se gira.

—Creo que tus amigos ya no aguantan más. Han pasado la noche en el

hospital.

Abre la puerta y entran, de golpe, Issie, Rob y Gina. Es como si hubiesen estado metidos en uno de esos juguetes en los que al abrir la tapa sale un muñeco impulsado por un muelle.

—Vaya —dice Tracy, apartándose—, adelante, chicos.

Mis amigos se posicionan a mi alrededor, como si tuvieran que protegerme de algo.

—Cualquier cosa que necesites, nos lo pides —dice Tracey, y luego hace por salir.

De golpe, me asaltan mil dudas.

—Pero ¿cómo voy a pagar por todo esto? —digo, desesperado—. No tengo nada.

Tracy se ríe.

—No te preocupes, no hay que *pagar nada*; es solo un tema de papeleo y el *college* ya lo está gestionando.

—Ah... ¿Y mi familia? ¿Les puedo llamar?

—En cuanto te levantes. De todos modos, tengo entendido que el profesor de Español ha telefoneado a tu padre para ponerle al corriente de la situación y decirle que estás bien.

—Caray.

—Un héroe no merece menos.

Tracy cierra la puerta. ¿Héroe?

Mis amigos se abalanzan sobre mí en un abrazo colectivo.

—Cacho —suelta Issie, emocionada—, ¿estás bien?

—Eso creo.

—Estuvimos muy preocupados.

—Eres una máquina —suelta Rob—. Resolviste el caso. Tu careto ha salido en las noticias.

Espero que no cogieran la foto de mi pasaporte, Dios.

—Pero ¿entonces...?

—Sí —responde Gina—. Judy está detenida.

De golpe, es como si llegara el invierno. Y el verano, también. No puedo decir que me alegre, pero la pesadilla ha terminado. Me gustaba. Lo pasé bien con ella. También es un monstruo. O quizás solo quería que la quisieran.

—Todavía no me lo puedo creer —musita Issie.

Resoplo.

—Dímelo a mí, que salí con ella.

—Y pensar que nos engañó todo el rato —dice Rob—. Parecía inofensiva.

—¿Qué le pasará? —pregunto.

—No tengo ni idea —masculla mi amigo—, pero con cuatro asesinatos colgándole de las orejas... Ni que sea menor, no se va a librar de una buena.

—Es que no lo entiendo —digo—, nunca me pareció una mentirosa. Y lo pasamos tan bien...

—Ya —dice Gina—. Yo tampoco pensé que fuera a utilizarme de esta manera. Si lo piensas, es una puta locura. Por mí, que se pudra en el infierno. Yo misma hubiese podido probar de liarme un porro con uno de esos papeles de mierda.

—Chicos, chicos, chicos —interrumpe Rob—, ya tendremos tiempo para poner ladrillos en el muro de las lamentaciones. Por el momento, habrá que celebrar que Cacho está bien, ¿no?

Saca una petaca del bolsillo interior de su chaqueta y cuatro vasos de chupito convenientemente escondidos en los bolsillos exteriores. Los llena y nos da uno a cada uno.

—No sé si debería... —protesto—. Mi hígado...

—Tonterías. ¿Desde cuándo un chupito de Russian Standard no lo cura todo?

Gina levanta el vaso.

—*Sant Hilari, Sant Hilari, fill de puta qui no se l'acabi!*

Qué se le va a hacer, si he llegado hasta aquí, supongo que todavía puedo ir un poco más lejos. Adentro va.

—Por cierto —dice Gina—, en cuanto puedas salir, tienes una cita.

—Parece que tenemos dos tortolitos —dice Rob.

Me pongo rojo más rojo que la luz de *rec*.

—No. —Gina frunce el ceño—. Mi padre quiere conocerte. Te ha invitado a cenar a casa.

—¡Uau! —exclama Rob—. Vas a conocer al omnipotente Mr. Moore en persona.

—No sé si merezco el honor —murmuro.

—Pues claro que sí, te pinchaste a su hijita.

Issie le propina uno de sus codazos a Rob. Este se vuelve de color blanco, después amarillo y, luego, se dobla hacia delante.

—¿Qué quieres —farfulla—, que me asignen su cama en cuanto se levante?

Nos partimos la caja.

Cuando se van me doy cuenta de que nadie se ha acordado de traerme nada para leer. Así que no me queda más remedio que mirar el cielo a través de la ventana. No sé ni en qué hospital estoy. No me importa. Sigo vivo.

Duermo un rato hasta que me despierta la voz de Mr. Cummings.

—¿Cómo va eso, chico?

Abro los ojos. Ahí está, vestido con traje y pajarita. Un auténtico caballero. Me tapo con la sabana hasta la nariz. Se me hace raro estar medio en bolas delante del director del *college*.

—Estoy bien, gracias —musito.

—Quería asegurarme.

Deja unas flores en la mesita.

—Espero que no lo encuentres inapropiado. Es un arreglo japonés.

—Me gusta —digo. Y es verdad.

—Los hace una amiga.

Se sienta en la silla que hay al lado de la cama.

—¿Todo bien?

—Sí, pero me gustaría hablar con mi familia.

—Me encargaré de que te traigan un teléfono a la habitación, no te preocupes.

—¿Dónde estoy?

—En el Royal Free.

—¿Y eso qué es?

—Un hospital.

—¿Para pobres?

Se ríe.

—Solo en su origen, ya no.

—Pensaba que merecía algo más glamuroso —suelto.

—Por supuesto —dice—, pero considerando la gravedad del caso, se antepuso la necesidad de tratarte enseguida. Deberías estar contento.

Tiene razón. Tracy me salvó la vida, ¿qué más puedo pedir?

—¿He salido en los periódicos?

—Como debes imaginarte —dice el director del Burton—, la familia Moore ha tratado por todos los medios, y, créeme si te digo que no son pocos, de que esto no sea un escándalo.

—Ya.

—Claro que se ha hablado del caso, pero mucho menos de lo que cabría esperar.

—Mejor.

—Te has librado de un pequeño infierno.

Sonrío. Que no sea para caer en las brasas.

—Espero estar listo para el viernes —digo, tratando de sonar animado—, tengo el billete de vuelta por la noche; y no me gustaría perderme el último día de clase.

—Oh, no te preocupes ahora por eso. Solo ponte bien.

Cummings se levanta y me da unas palmaditas amistosas.

—Gracias por la visita —digo.

—Tonterías —farfulla.

Y se va.

Lo bueno de la gente como Mr. Cummings es que cumplen sus promesas: a la media hora de haberse ido, entra una enfermera con un teléfono, lo enchufa y lo deja encima de la mesita de noche. Me dice que, cuando termine, apriete el botón de emergencia que está conectado con su centralita.

Bien.

Descuelgo el teléfono. Me detengo. ¿Qué culebras le voy a contar a mi padre? ¿Que me follé a una bulma para probar que era inocente y que luego lo volví a hacer para averiguar que una asesina mataba a través de ella? ¿Que encima me he enamorado de esa bulma? ¿Que la asesina ha resultado ser mi anterior ligue?

Colega, a veces te sorprenden tus propios pensamientos. Ah, *l'amour*. Gina, Gina, Gina. Gina, ¿qué me has hecho?

Cuelgo el teléfono. Ya saben que estoy bien. El viernes terminan las clases

y, por la noche, vuelo a Barcelona. Eso son solo dos días. Ya tendremos tiempo para hablar largo y tendido.

Un momento.

Joder, ¡vuelvo pasado mañana! ¡Me había olvidado por completo! Y queda tan poco... Tan poco... Me entra una profunda melancolía. Aprieto el botoncito y la enfermera aparece. Que si ha ido bien la llamada. De cojones. Que si se puede llevar el teléfono. Sí. Que si me puede dar un opiáceo. Ni de coña. ¿Un beso? Que si estoy loco. ¿Un abrazo? Tampoco. Hay que joderse.

Antes de la cena, se vuelve a abrir la puerta. Esto empieza a parecer una comedia de situación; aunque, lo que veo ahora, no tiene puta gracia. Son Ray y Charles. Joder, todavía me duele donde me pegaron. Hago para presionar el botón de emergencia.

—Un momento, por favor —dice Ray—. Venimos a disculparnos.

—Y a traerte esto. —Charles levanta una bolsa transparente con mis cosas—. ¿Cómo te encuentras? —añade.

—Iros a la puta mierda.

—No hace falta ser maleducado —suelta Ray—. Cometimos un error, por suerte todo ha acabado bien.

—Podría denunciaros.

Se miran.

—Venimos en son de paz.

—Ya, pero podría.

Ray hace que no con la cabeza.

—También te podríamos complicar la vida.

—Lo dudo, ahora soy un héroe.

Charles se acerca y me deja la bolsa en la mesita. Me entrega unos papeles.

—Este es el recibo —firma y nos vamos.

Estampo mi autógrafo y observo como se largan. Espero no volver a verlos nunca más en mi vida.

Por suerte, puedo cenar y dormir tranquilo.

Me dan el alta el día siguiente a media mañana.

Issie, Rob y Gina me vienen a buscar, así que soy la persona más feliz del mundo.

Me ducho, me visto y me enfundo la Harrington. Ya vuelvo a ser yo.

Salimos a la calle. El aire es frío, pero hace un sol radiante que me deslumbra. Visto desde fuera, el Royal Free es de lo más feo que haya visto nunca, y, créeme, he estado en Bellvitge. Pero es cierto que está a un tiro de piedra de la casa de Gina. Y se lo han currado que te cagas.

Nos acercamos a Belsize Park y pillamos el metro hasta Holborn. El largo trayecto, con transbordo incluido, me sirve para contarles lo que me pasó en comisaría, mi posterior huida, y cómo Werber me salvó la vida.

Alucinan.

Cuando Smellor nos sale al paso, delante de la residencia, el relato se detiene.

—Cacho —dice con la voz temblorosa—. ¿Puedo?

Me enseña una cámara de fotos.

—¡Claro! —suelta Rob.

—Soy un fan de la crónica negra —aclara Smellor—, y además, creo que quizás puse mi pequeño grano de arena en todo este asunto, ¿verdad? —Me guiña el ojo—. No te preocupes, nuestro secretito está a salvo.

Nos hacemos la foto. Poso lo mejor que sé mientras Rob le pone los cuernos; suerte que Smellor no se dará cuenta hasta que revele el carrete.

Superado el atraco, subimos a mi habitación.

Abro la puerta con inquietud y echo un vistazo. Sigue igual que la dejé; los gayumbos del Barça todavía colgando de la silla. Me emociono de estar de nuevo en mi guarida.

—Gracias por acompañarme —les digo a mis amigos.

—De nada —suelta Issie.

Nos sentamos por ahí y acaban de acribillarme a preguntas. Trato de responder lo mejor que sé.

Cuando ya no puedo más, me levanto.

—Os ofrecería algo para beber —suelto, tratando de no sonar borde—, pero no tengo nada.

—No te preocupes —dice Issie—. Ya te dejamos tranqui—. ¿Desayunamos mañana en el Machen? Podríamos hablar con calma, y sería una buena despedida.

—Me parece una idea cojonuda.

Me tumbo en la cama y respiro hondo.

—Eh —suelta Gina—, no te olvides de la cita de esta noche, ¿estamos?

—Es verdad. ¿En tu casa?

—Sí. Te vendrá a recoger la limusina de mi padre. A las seis en punto.

—Vale.

Las bulmas se levantan. Me da corte darle un beso a Gina como si fuera mi novia. Así que, nos despedimos sin más.

Salen y me quedo a solas con Rob. Mientras las voces se alejan por el pasillo, no decimos nada. Luego le cuento a mi colega los detalles escabrosos que escondí delante de las chicas: mi rollete con Mary Jane y todo lo que pasó con Gina.

Primero aplaude, luego, se queda con la boca abierta.

—Pero, entonces, ¿Gina y tú...?

—No lo sé.

—¿Te gusta?

—¿Estás de coña? Me vuelve loco.

—¿Piensas decírselo?

Me tiro en la cama.

—Creo que ya lo sabe.

Rob no insiste. Se tumba en el suelo y empieza a liar un cigarrillo. Cuando saca el papel de fumar siento un espasmo en el estómago.

—Tranquilo —dice enseñándome el librito—, es un Swam.

Me lo lanza. Es verdad, el típico de color verde. Empiezo a liarme uno yo también.

—Y mañana, a clase —murmuro—, qué palo. Parece que haya pasado una eternidad.

—No te creas, si descontamos el fin de semana, solo has faltado cuatro días.

—¿Qué habéis hecho?

—Corregir los exámenes.

—¿He aprobado?

—No nos lo dijeron. Secreto de sumario.

—Qué mierda.

—Mañana lo sabrás. —Se levanta—. Te dejo tranquilo, si me necesitas estaré en mi habitación.

—Vale.

Me preparo para la gran cena con mis mejores arreos. O sea, unos tejanos Levi's, el jersey Fred Perry que me dio Werber y las Kickers. Descarto las Martens porque me parecen demasiado agresivas. No vaya a ser que Mr. Moore se asuste y no me dé la mano de su hija.

A las seis menos un minuto ya estoy en la puerta de la residencia, peinado y perfumado; es un decir.

A las seis en punto aparece, más que una limusina, un transatlántico negro. Se detiene delante de mí. Es como el doble del Mercedes que me recogió en el aeropuerto. ¿Cuántos coches tendrá Mr. Moore? El chofer, un tipo con aire asiático, pero muy alto y vestido con traje, me da la bienvenida y me abre la puerta.

Penetro al interior del cochazo. Hay tanto espacio que casi se podría bailar *ska*. Todo es negro, para no desentonar, supongo. Hay un motón de mandos que no sé para qué sirven. También un televisor con las noticias internacionales y un compartimento con hielo. Dentro, una botella de champán francés me mira sensualmente. Sin encomendarme ni a Dios ni al diablo, la descorcho y me sirvo una copa. Sus burbujitas descienden por mi esófago haciendo pequeñas explosiones. Se me aclara el cerebro.

Colega, no hay nada como tener dinero.

Con la tontería me pimplo casi media botella.

Cuando llegamos, el chofer me abre la puerta y me indica que vaya hacia la puerta. Avanzo por el camino, más feliz que una perdiz, pero con un pequeño nudo en el estómago. Esto ha empezado bien, pero puede acabar siendo una puta mierda.

Llamo al timbre.

Al poco, se abre la puerta. Para mi sorpresa no es Gina la que me recibe, sino un tipo de unos cuarenta, bien plantado, con el pelo negro, rizado y ligera

cara de setter irlandés. Viste esmoquin y pajarita.

—Cacho, supongo. —Me ofrece la mano.

—¿Mr. Moore? —Encajamos.

—Llámame Brian.

—De acuerdo.

—Llegas en un buen momento. Estaba encendiendo el fuego. Pasa.

Alguien del servicio me recoge el abrigo. Entramos en el comedor donde, a principios de curso, Gina dio su fiesta de cumpleaños. Con los muebles en su sitio, sin el olor a humo y con música clásica de fondo; esto parece otro sitio completamente diferente.

Mr. Moore se acerca a la lumbre y reaviva el fuego.

Se gira.

—Hay dos cosas que ningún tipo debería permitir nunca que nadie las hiciera por él.

Lo miro sin decir nada.

—Encender su propia lumbre; atarse sus propios cordones. Siéntate.

Nos aposentamos en dos butacas de cuero delante del fuego. Moore agarra una extraña botella de cristal de un mueble bar que tiene al lado y sirve dos vasos de *whisky*. Sin hielo.

—Prueba esto.

Me pasa el vaso.

Pego un sorbo. Es como beberse una chimenea.

—Uf —musito.

—Lo sé, la virtud del ahumado. No lo encontrarás en las tiendas. Por suerte. Hay placeres que tienen que ser prohibidos, si no, se pierde toda la gracia.

Asiento. Unas Corominas no estarían mal para acompañar el trago, o unos cacahuets. Pero no digo nada, no quiero parecer maleducado.

—¿Y Gina? —pregunto.

—Debe estar a punto de bajar, creo que quería vestirse para la ocasión.

Pego otro trago. Me voy acostumbrando al nuevo placer.

—Creo que vas a disfrutar de la cena —dice Mr. Moore.

—Seguro. Aunque... —En la chimenea, crepita un tronco—. No sé si sabré seguir la etiqueta —digo, avergonzado.

—No te preocupes, se trata de algo informal. De todos modos, ya no vivimos en los tiempos de *Arriba y abajo*.

—Me alegra oírlo.

Sonríe. Una maliciosa sonrisa iluminada por el fuego. Luego, gira la cabeza hacia mí.

—Ahora que estamos solos, no quiero dejar pasar la ocasión para darte las gracias. —Voy a decir algo, pero me interrumpes con un gesto—. Estoy en deuda contigo. Más tarde o más temprano, entenderás qué significa eso.

Voy a decir algo, pero se abren las puertas del comedor y nos giramos.

Gina, enfundada en un sexy vestido oro, saca una bocanada de humo.

—Toreador. ¿Te gustó el champán?

—Mucho.

—Me alegro. Es mi preferido.

Se acerca en nuestra dirección. Me parece distinta. Lleva los pendientes de su madre. El zafiro concuerda con sus ojos.

—Bonito vestido —digo.

—Pantone 871. —Me guiña el ojo—. ¿Vamos a la mesa?

—¿No deberíamos esperar? —dice Mr. Moore.

—Claro.

—¿Falta alguien? —pregunto.

Durante uno segundos, se produce un silencio incómodo.

—¿No se lo has dicho? —pregunta Gina.

—Todavía no.

Suena el timbre de la puerta.

—Entonces, ¿vamos a ser cuatro? —insisto.

Padre e hija se miran.

—Sí —responden a la vez.

Me estoy empezando a inquietar.

Ding-dong. Vuelve a sonar.

— *Just in time* — murmura Mr. Moore.

Puedo oír cómo se abre la puerta de entrada a la casa. Y como alguien avanza hasta el comedor.

—Estáis empezando a asustarme —digo con voz de gnomo.

—No hay nada que temer —murmura Gina.

—Mi hija tiene razón.

¿Por qué eso no me tranquiliza?

La puerta del comedor se abre. Gina se aparta. Echo un vistazo, pero no veo a nadie; solo el espacio vacío. Los violines del hilo musical se quedan colgados en una nota que no se acaba nunca. Una gota de sudor empieza a resbalarme por la mejilla. Se me contractura el cuello. Si esto sigue así, acabaré por desmayarme.

Pero, de pronto, un tipo traspasa el umbral.

No. No me lo puedo creer.

Es Werber. Recién afeitado y vestido con traje. Me dedica una de sus sonrisas.

—Ket —dice—, eres un puto genio.

Abre los brazos en un gesto muy teatral. Mis piernas cobran vida y me abalanzan hacia mi salvador.

El abrazo del oso.

—Pero —musito— ¿qué culebras haces aquí? —Miro a Gina—. ¿Os conocéis?

— No.

— No.

Mr. Moore resopla.

— Gina, Werber. Werber, Gina.

Se dan la mano.

—Encantada.

—Encantado.

—Bien —dice Moore—, y, ahora, a comer.

Nadie cuestiona la orden. Así que nos sentamos en la elegante y redonda mesa, debajo de la gran lámpara de cristal. Todos parecen relajados y seguros de sí mismos. Como si fuéramos amigos de toda la vida.

Colega, todo esto es demasiado inglés para mí.

Mr. Moore se aclara la garganta.

—Caviar de San Petersburgo, vodka ruso. Fuagrás de oca, Sauternes. Ostras, Riesling de Alsacia. —Va señalando los respectivos platos y botellas—. Espero que podáis disfrutar de estos pequeños entrantes.

No sé tú, colega, pero siempre he querido probar el caviar auténtico. Así

que me lanzo como una alimaña. Me enseñan que se come a cucharadas, y que hay que ir combinándolo con el vodka para potenciar el sabor. Acojonante es poco. Solo hay un problema con la comida demasiado chachi: que te impide pensar. Es como una buena canción. Así que, por unos segundos, me olvido de que quien ha sido el gran perseguidor de Gina, está ahora sentado a su lado, codo con codo, papeando la manduca de su viejo. De hecho, todos parecen estar en el limbo: la rubia se ha entregado a las ostras y el vino blanco; Harry se deleita con el fuagrás; y, aquí, Mr. Moore y el menda pelean por quién se mete la cucharada más grande de manjar negro.

Si nos hicieran una foto, seguro que parecería todo muy indecente.

Necesito un buen rato antes de poder volver a hablar.

—¿Alguien me va a contar qué culebras sucede aquí? —digo, lamentablemente, proyectando huevos de caviar.

—Muy sencillo —dice Mr. Moore mientras ordena con un dedo que me sirvan una copa de Sauternes—. Werber ha estado trabajando para mí durante el último año.

La música se detiene y los cojones me rebotan por el suelo como pelotas de pimpón.

—Y tú, ¿no lo sabías? —le pregunto a Gina.

—No.

—¿Esperas que me lo crea?

—Te lo juro.

—No lo sabía. —La voz de Mr. Moore zanja el asunto—: No se lo dije.

—Pero ¿entonces? No entiendo nada.

—Mis contactos me hicieron llegar los expedientes policiales de Lynch y Bacon. Tuve que tomar la iniciativa. No podía quedarme de brazos cruzados.

—¿Y por qué me metisteis en el lío? —pregunto, un poco cabreado.

—Eso fue idea de Harry. Prueba el fuagrás.

Miro a Werber.

—Pruébalo —me dice.

Me da un poco de asco, pero extendiendo un pedazo de la cosa esa en una tostada y me la introduzco en la boca.

—Te metiste tu solito —dice el detective—, ¿o ya no te acuerdas?

Mierda, tiene razón; fui yo quien empezó con la teoría Alexandre.

Mastico.

—¿Y lo de hacerse pasar por poli? —pregunto con la boca llena.

— Lo fui; solo era una mentira a medias.

Colega, el fuagrás de oca es droga dura.

—Lo siento —dice Harry.

—Sigo sin entender por qué tenías que complicarme la vida de esa manera.

Werber pega un sorbo de su copa. Claramente, el gusto del vino le sorprende. Cuando se recupera de la impresión, suelta:

—Necesitaba un infiltrado, y era demasiado complicado reclutarte. Nunca lo hubieras hecho. Y no podía contarte todo lo que estaba en juego.

—Pues vaya mierda.

El detective achina los ojos.

—Dale al vino —dice, y hace una pausa—. El objetivo final siempre fue demostrar la inocencia de Gina. No te obligué a hacer nada que fuera en contra de tus deseos.

Pego un trago.

—Pues lo pasé fatal... —Voy a decir algo más, pero el líquido se apodera de mi lengua con un sabor inesperado—. Hostia, es dulce —se me escapa.

—Tenía que mantenerte motivado.

—El Sauternes es así —interviene Gina—. Viene de la uva podrida. Ya verás cómo te mola.

—¿Uva podrida?

—Preferimos llamarlo *podredumbre noble* —aclara Mr. Moore.

Mientras trato de asimilar todo lo que me están diciendo, pego otro sorbo y, al mismo tiempo, me meto una tostada repleta hasta arriba. Chachi piruli.

—A veces, es necesario que alguien saque lo mejor de nosotros —dice Mr. Moore—. Es así.

Después de la frase lapidaria, nos entregamos a la comida por un rato.

Empiezo terminando con lo que queda del *Puturrú de Fuá*. Luego, me lanzo a las ostras. Gina no ha dejado muchas, pero logro arramblar cinco o seis; suficiente, tampoco quiero morir esta noche.

En una copa nueva, me sirven el Riesling. La combinación resulta ser una refrescante maravilla. Esta gentuza sabe cómo vivir, caray. En Barcelona, voy

a estar insoportable.

Cuando acabamos con todo, el servicio retira los platos y, durante unos segundos, nos recobramos en silencio del primer asalto.

Entonces, Mr. Moore da unas teatrales palmadas y entra una gran bandeja de plata montada en un carro con ruedas. Una enorme tapa impide ver su contenido. El servicio la arrastra hasta un lateral de la mesa y una camarera la abre. Debajo de una nube de humo, aparece una especie de ave.

—¿Pollo? —pregunta Werber.

—Pintada —responde Gina, y suelta una risita.

Suerte que no he abierto la boca.

—El vino —ordena Moore.

En lugar de una botella, aparece una especie de porrón. *What the fuck.*

—Es un decantador —aclara Mr. Moore—. El vino viejo necesita airearse.

—¿Qué es? —pregunta Gina.

—Un Richebourg. Del 80.

Mi amorcito sonrío.

Nos sirven el pollo pijo con gran delicadeza. Lleva una salsa de color ocre. El olor es increíble. Y el gusto también. Lástima que aquí no se estile rebañar con pan, porque el jugo lo merece.

Mr. Moore observa el color del vino poniéndolo contra una servilleta blanca.

—Queremos probarlo —protesta Gina.

Papaíto pega un respingo y nos sirve, en persona, el preciado líquido.

Lo probamos. Es suave, delicado, más delicado de lo que yo pueda apreciar. Me pregunto cómo quedaría un calimocho con esto. Gina vacía su copa. Parece feliz. Me gusta verla así; todavía recuerdo el día en que se la llevó la pasma. Las hemos pasado putas.

Por cierto, la pasma.

Miro a Werber y a Mr. Moore.

—Cuando la detuvieron —digo, señalando a Gina—, ¿no teníais miedo de que...?

Harry deja de masticar.

—Las cosas no estaban tan mal en ese momento. Confiábamos en que Gina

sabría apañárselas; y en que, por ser quién es, no le tocarían ni un pelo.

Cierro los puños.

—En cambio no os importó una mierda que me machacaran.

—No es verdad.

—Me usasteis y me abandonasteis.

Werber pega un trago de la copa.

—¿Quién crees que te ayudó a salir del calabozo?

—¿Cómo? —Me atraganto.

—Harry tiene un afortunado contacto en esa comisaría —dice Mr. Moore, sin dejar de comer—. Un contacto que le debía un favor. ¿Comprendes? Saboteó el retrete y se aseguró de que la reja del baño auxiliar quedara abierta. Eso es todo.

—Yo flipé tanto como tú cuando me lo contaron —dice Gina.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo fue eso? —le reprocho a mi amiga—. ¿Cuándo te lo contaron?

—Horas después de que te ingresaran en el hospital.

—Ah.

Pausa.

—¿Estás cabreado? —me pregunta.

—No. Pero me duele que me utilizarais —respondo, mirando a Werber.

—Ket, tienes que entenderlo.

—¿Y si llega a salir mal? ¿Y si me hubiese envenenado? ¿Cómo sé que lo único que buscabais no era utilizarme de conejito de indias para comprobar si Gina era la asesina?

Silencio.

—¿Vas a contestar a mi pregunta, maldita sea? —digo, mirando a Mr. Moore.

—Declino —responde este con parsimonia.

—Genial, papá.

Mr. Moore levanta una ceja.

—Ahora, lo único importante es que todo esto quede bien resuelto.

—Ya —digo, terminándome la copa de vino—, no más problemas para el clan Moore.

Sus ojos se convierten en lanzallamas.

—Solo mantén a raya tu especial talento para meterte en líos. ¿De acuerdo?

Asiento. Cuando no vale la pena, no vale la pena. Mr. Moore me rellena la copa y terminamos de comer en paz. No dejo ni una miga de pan.

Mientras nos retiran los platos, Gina golpea su copa de cristal con la cucharita del postre.

Tin, tin, tin.

—Lo que viene ahora, lo he hecho yo —dice mirándome—. En honor tuyo.

—¿Ah, sí? —Me emociono.

Mr. Moore da dos palmadas y entran cinco raciones de tiramisú. No son perfectas en su diseño, pero huelen bien.

Nos metemos una cucharada en la boca. Es una mezcla insuperable de café, galleta, huevo y azúcar.

Repetimos.

—¿Es la receta de mamá? —murmura Mr. Moore.

—Sí.

—No sabía que...

—Me enseñó.

—Ya.

Se produce un silencio incómodo; por suerte, Werber lo rompe.

—Por cierto —me dice—, recuerdos de Mary Jane.

—¿Mary Jane? —pregunta Gina.

—Mi compañera de piso —dice Werber guiñándome un ojo.

Se me escapa una risita.

—¿Vives ahí realmente?

—Sí. Aunque tengo un despacho decente en el centro.

Claro. Por eso pasaba tanto rato fuera. Puto Werber. Tampoco me imagino a Mr. Moore yéndolo a ver a casa de una puta; aunque sea una de las tías más geniales que he conocido.

—Por cierto, esto es para ti —dice Mr. Moore, sacando un cheque del bolsillo interior de su chaqueta.

Werber lo coge con una mano temblorosa y se lo acerca. No puede evitar mirarlo de reojo antes de guardárselo. Se le desencaja la mandíbula.

—Gracias —murmura. Creo que por fin podré ponerme al día del alquiler.

—Mary Jane se alegrará.

—Y cambiarme el coche, Jesús.

Risas y más tiramisú.

Cuando terminamos, Werber y Mr. Moore se encienden dos Romeo y Julieta. Al parecer, son la bomba. Nos ofrecen, pero Gina y aquí el menda preferimos cigarrillos. Luego, se alejan hacia el otro extremo del comedor. Brian le quiere mostrar a Harry su colección de *whiskies*. Vaya par más raro de colegotas.

Gina y yo nos aposentamos en las butacas frente al fuego.

—Espero que no esté siendo demasiado duro —me dice, poniéndome una mano encima del hombro.

—Me ayudaría mucho cambiar este fuego por el de tu habitación —suelto, a saco.

—Cacho —susurra Gina—, baja la voz.

—Quiero hacerte el amor.

—No podrá ser.

—El tiempo se acaba. Me voy mañana.

—Mi padre no lo tolerará.

—¿Desde cuándo te dice tu viejo lo que tienes que hacer?

Se muerde el labio. Eso le ha dolido.

—¿Y si me cuelo por detrás?

—¿Te crees que es idiota?

—Cacho, ¡tienes que probar esto! —La voz de Werber nos interrumpe.

—Como quieras —le digo a Gina, y me levanto.

—No creo. —Me acerco hasta Harry—. Todavía estoy convaleciente. Por esta noche, ya es suficiente.

—Oh, qué lástima.

—Brian, ¿sería posible que me llevaran de vuelta a casa? —le pregunto a Mr. Moore.

—Sin problema.

Salen a despedirme al jardín.

—Ket, esta vez sí que creo que es la definitiva —me dice Werber con los ojos mojados—. Ha sido un puto placer, amigo. Espero que te dediques al

tema. Si no tienes talento, que me corten los cojones.

—Gracias.

Nos abrazamos.

Mr. Moore me estrecha la mano.

Gina hace un gesto.

—Nos vemos mañana en clase.

—Vale.

Subo a la limusina y dejo que me aleje de todo. Me siento la persona más miserable de la capa de la tierra. Encontré el amor de mi vida. Pero no puede ser.

Final de partida

El Machen Coffee House me recibe con un abrazo caliente que me empapa. Echo un vistazo: todo sigue en su sitio, como si no hubiese pasado ni un minuto desde la última vez; el olor a cosas buenas, las mesas verdes, las fotos de paisajes misteriosos, la moqueta limpia.

Y, como siempre, Issie y Rob sentados ya a la mesa.

Aposento mi esqueleto y suelto un suspiro.

—Cacho, ¿qué te pasa? —me pregunta Rob—. Tienes un aspecto horrible.

—No he podido pegar ojo en toda la noche.

—¿Cómo fue ayer? —pregunta Issie. Supongo que Rob la puso al corriente de mis expectativas.

Me desmorono.

—Fatal.

Irrumpe Ms. Machen.

—Queridos, ¿qué os pongo?

—Un vodka, doble.

—Tonterías —dice—. Eso solo empeoraría la resaca que llevas. No te molestes en negarlo. Ahora mismo te traigo un buen *english breakfast*—. ¿Para tres?

Issie y Rob se miran.

—Vale —dice este último.

Ms. Machen asiente y desaparece por detrás de la barra.

—¿Tan mal fue? —me pregunta Issie.

—Sí.

—Pero ¿qué te dijo? —pregunta Rob.

—Ese es el problema, no pudimos ni hablar a solas más de un minuto.

—Qué putada.

—¿Y no tenía que venir? —pregunto.

—Ups, lo siento —dice Issie—. Me llamó para decir que no se encontraba bien.

—¿Y no le preguntaste nada?

—No me dio pie.

—Cacho, ánimo. Tendrías que estar animado, joder. Te la follaste, y eso es mucho más de lo que habías soñado. Por favor, Issie, no me pegues —se apresura a añadir Rob.

Issie baja el brazo.

—Los tíos sois patéticos. No lo ves, se ha enamorado.

—No me la puedo sacar de la cabeza —admito.

Ms. Machen llega con tres platos rebosantes y humeantes, y tres vasos de agua. Salchichas, alubias, champiñones, *scrambled eggs* y beicon. Madre mía, esto animaría hasta a un muerto.

Nos ponemos manos a la obra. La ingesta del platizo requiere de toda nuestra atención, así que, durante un buen rato, no decimos nada. Flota en el aire una tristeza dulce como una peladilla. En el último día, todo es *lo último*. El último desayuno, el último paseo hasta el *college*, el último cigarrillo.

Cuando acabamos, Ms. Machen nos sirve un café delicioso.

—Excelente —digo.

—Chicos —murmura—, qué terrible lo que pasó. —Sonríe—. Y bravo por nuestro héroe.

No me acostumbro a que me llamen eso.

—Es todo tan terrible —murmuro—. ¿Por qué alguien querría hacer lo que hizo Judy?

—Oh... —musita Ms. Machen, y se sienta a mi lado.

—Aunque quieras hacer una cosa así, ¿cómo tienes la sangre fría para llevarla a cabo? ¿De dónde sacas el veneno? ¡¿Cómo diablos lo preparas?!

Se produce un silencio extraño, como de medianoche. Machen me coge la mano y le da la vuelta. Allí, casi borrada, todavía se intuye la marca de Pan que nos pusieron en Las Flores del Mal.

—¿No habéis leído los periódicos? —nos pregunta.

—No.

—Ellos le pasaron el ángel destructor y le enseñaron como prepararlo.

Issie, Rob y aquí el menda nos quedamos más mudos que la estatua de Colón. Ms. Machen prosigue:

—Un sitio muy peligroso, Las Flores del Mal. *Indeed*. Lo han

desmantelado, claro. Pero la mala hierba nunca muere. Mi padre, en paz descanse, ya tuvo problemas con ellos. Solo que entonces tenían otro nombre. Pero adoraban al mismo dios.

Nos hemos quedado en estado de *shock*.

—Se os va a enfriar el café, chicos.

Bebemos, pero como autómatas.

—Con lo bien que lo pasamos allí —dice Rob—. Pensaba que solo era un club clandestino. Un antro de gente desfasada en busca de emociones extremas.

—Yo no lo habría definido mejor —dice Ms. Machen, como si hubiera estado en el sitio—. Pero a veces el límite es demasiado fino. Y uno acaba encontrando lo que busca. —Hace una pausa—. Esa marca que os ponían en la mano, ¿no os dolía?

—Sí —murmuro.

—El sello llevaba un pequeño punzón. Os inocularon un cóctel de alucinógenos.

—No puede ser.

—Es lo que ha dicho la policía.

—Pero eso es ilegal, ¿no? —pregunta Issie.

—Pues claro, querida.

—Entonces, ¿todo lo que vimos allí...? —farfulla Rob.

Alguien hace señas a Ms. Machen desde otra mesa.

—Si lo visteis, lo visteis —dice, levantándose—. Hasta en lo más oscuro hay un poco de luz.

Ms. Machen se va y nos quedamos solos. Cada uno a su olla, asimilando toda esa mierda.

Al poco, Rob rompe el silencio.

—Pero ¿no fue Gina la que te llevó por primera vez a Las Flores del Mal?

—Sí, pero el sitio se lo descubrió Judy.

—Qué locura —musita Issie.

Nos terminamos los cafés.

—Aun así —digo—, se me hace tan raro pensar que Judy está en la cárcel. No hace tanto estaba sentada aquí mismo.

—Tío, déjate de hostias —suelta Rob—. Podrías haber muerto.

Supongo que tiene razón. Me utilizó. Todo fue una gran mentira.

Se ha hecho tarde, así que vamos a pagar.

Esta vez, Ms. Machen nos invita.

—Graciaaas —cantamos a coro.

—De nada, chicos —dice—. Y hasta el año que viene.

Hago un gesto con la mano.

—¿No sigues en el Burton? —me pregunta.

—No.

—Pues hasta la vista, hijo. No tardes mucho en volver por aquí, no me quedan muchos años.

Nos reímos con la broma, pero es una risa triste.

Salgo todavía más apesadumbrado, aunque con el estómago lleno y un poco más de energía.

Andamos a toda prisa por la calle, casi ansiosos por llegar.

Oh, mierda. Cuando cruzamos el umbral del *college*, todo el mundo me señala. Es raro esto de ser el centro de atención. Nos refugiamos en el aula de Matemáticas a toda prisa.

Katherine, la profe, no tarda mucho en llegar. Por suerte, se enrolla y no me hace sufrir mucho.

—Cacho —dice nada más entrar—. Acércate.

Me levanto delante de toda la clase y voy hasta su mesa. Me pasa el examen. Echo un vistazo rápido. Una B. No está nada mal teniendo en cuenta que las mates nunca han sido lo mío.

Luego nos pasa un cuestionario personal, que no tendremos que firmar, acerca de lo que nos ha gustado más de la asignatura, lo que menos, y como la mejoraríamos. Flipante. ¿Desde cuándo cuenta nuestra opinión?

Issie tarda tres horas en rellenarlo. Así que me despido de Rob para ir a Psicología. Quedamos en encontrarnos en la cantina.

Subo hasta la segunda planta, tratando de taparme la cara con un pañuelo para que la gente no me reconozca. Para que cuele, tengo que simular varios estornudos; así que el efecto se vuelve en mi contra y acabo llamando la atención más que otra cosa.

Qué peste.

En la puerta de entrada al aula me encuentro con Daniela. Un gusto ver una

cara amiga.

—Cacho. —Me da un abrazo—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Cuando te vi en las noticias, flipé.

—Ha sido una locura. Y ahora más. ¿Qué le pasa a la gente?

—Ayer Cummings dio una charla de despedida en el auditorio. Todo el mundo está al corriente de lo sucedido.

—Pues se la podría haber ahorrado.

—Cacho. —La voz de Miller me sorprende por detrás—. Mira que tengo aquí.

Me enseña el examen. Pero cuando voy a cogerlo, me lo aleja. Hago un nuevo intento, y lo mismo. Así que nos pasamos un ratito jugando al gato y el ratón.

Finalmente, logro agarrarlo.

Me ha puesto una A. *Chicken run*.

—Gracias —digo.

—¿Gracias? ¿Desde cuándo se dan las gracias por un mérito propio? Adentro. He traído un pastel.

Miller. El puto amo.

Comemos y reímos y, durante un rato, me olvido de mis penas.

A la salida, Daniela se me acerca.

—¿Cuándo te vas?

—Esta noche.

Silencio. Odio las despedidas.

—Así que te vas a librar de la campana que me debes.

Me había olvidado, que mal me porté aquel día en Hyde Park.

—Lo siento.

—Era broma. De hecho, fue divertido. Toma. —Me da un pedacito de papel doblado.

—¿Qué es esto?

—Mi dirección. He pensado que sería guay mantener el contacto. Nos podemos enviar alguna carta de vez en cuando, ¿no?

—Me parece genial.

Cuando llegué aquí, nunca pensé que haría tantos amigos. Eso de que los

ingleses son fríos, qué mentira.

Nos despedimos con un tembloroso abrazo.

Luego tengo que correr al lavabo. Creo que el desayuno inglés, el pastel y los nervios, me están pasando factura.

Por suerte no hay nadie y puedo hacer lo mío con tranquilidad.

Me lavo la cara. Ánimo, Cacho. Si has llegado hasta aquí, seguro que puedes alcanzar el asiento del maldito avión que se te va a llevar de vuelta.

Salgo al pasillo y choco contra un bulto carnoso. Caemos a suelo con un estrépito del copón. Es Ramírez.

—¡Qué diablos! —estalla.

—Joder —digo, llevándome una mano al culo.

—¿Cacho? —Se le salen los ojos de las órbitas.

—Lo siento.

Me observa detenidamente.

—No —dice Ramírez, levantándose—. Creo que soy yo quien le debe una disculpa. ¿Me acompaña a mi despacho?

Lo ha dicho en un tono tan sincero, que no puedo menos que asentir.

Subimos en silencio hasta la tercera planta.

Cuando entramos, se me acelera el corazón. El mismo olor a azufre de la última vez; la misma sensación de farmacia; pero, por encima de todo, el recuerdo de Judy y el buen rollo que teníamos. O, al menos, yo lo viví así.

Me acerco al armario que contenía el ángel destructor. Ya no contiene frascos con calaveras.

—Aquí está su examen —dice Ramírez desde su mesa—. Por cierto, ya no encontrará nada interesante ahí.

Me acerco al despacho y me siento. Me plantifica el examen delante.

No me lo puedo creer; me ha puesto la máxima puntuación.

—No lo merezco —digo.

Ramírez tamborilea los dedos en la mesa.

—El primer día de clase le pregunté que quién era. ¿Se acuerda?

—Sí —miento.

—Quizás no sea quien sabe más de química, pero, ciertamente, es quien ha progresado más. Y eso para mí es lo más importante. —Hace una pausa—. Siento haber apoyado la teoría de la policía.

—Supongo que parecía creíble. —Doblo el examen y me lo guardo en el bolsillo—. Ya está olvidado. Por cierto, gracias por llamar a mi familia.

—¿Yo?

—¿Quién, si no? En el *college* no hay profesor de Español.

Me ofrece una mano sudada.

Se la aprieto.

—En paces, ¿entonces? —me dice.

—Seguro.

—¿Cuándo se va?

—Hoy mismo.

Suelta un silbidito.

—Quédese. Esta ciudad le sienta bien. Quizás acabe descubriendo quién es en realidad.

—No puede ser.

—En fin. *C'est la vie*. Al menos, podrá disfrutar de las olimpiadas.

—¿Las olimpiadas? ¿Qué olimpiadas?

—¿En qué mundo vive? Son este verano.

—Claro, claro.

Me meo en las olimpiadas.

Bajo hasta el sótano, donde está la cantina. Mis amigos están acabando de comer. Sus caras no son muy animadas. Esto, más bien, parece un entierro.

No tengo hambre, así que observo cómo papean.

Una mano, me toca por la espalda.

—Cacho.

Me giro. Igual tendré que acabar firmando autógrafos.

Es Alexandre.

—Vincent.

Me levanto.

—¿Cómo estás?

—Como una rosa. ¿Y tú?

—Bien. —Se aclara la garganta—. Hemos tenido nuestras diferencias, pero nunca olvidaré la noche del Pastis.

Sonrío.

—Es verdad, eso estuvo bien.

Aleixandre levanta la mano.

—Si alguna vez vienes por París, avísame.

—Lo mismo digo si te dejas caer por Barcelona.

—Adiós, chicos —dice mirando a Issie y Rob—. Nos vemos el curso que viene.

—Pórtate bien —dice Rob.

—Y tú.

—Adiós, Vincent —dice Issie.

Aleixandre se colapsa. Luego se le acerca, se echa los ricitos para atrás, hinca la rodilla y le besa la mano.

—*Enchanté, mademoiselle.*

Rob empieza a gruñir, pero Issie le echa una mirada de «ahora no».

Vincent, ignorante de la somanta de hostias que ha estado a punto de caerle, se va más feliz que un niño con Converse nuevas.

Lástima que la última clase de todas sea Biología.

Miss Low aparece emocionada, pero, a diferencia de Miller, no hace ningún esfuerzo para que la lección pase rápido.

—Aquí está mi tierna manada —dice mientras se le humedecen los ojos. Luego se suena y añade—: Ah, pero no perdamos tiempo con sentimentalismos baratos—. Y se sumerge en unas interminables «consideraciones finales».

Luego, nos pasa un montón de bibliografía con la esperanza de que sigamos estudiando por nuestra cuenta en verano. Los cojones.

Cuando acaba la clase, me llama.

—Cacho, acércate, por favor.

Avanzo hasta su mesa en plan Moon Walker; no tengo muchas ganas de ver ese examen.

Cuando llego, lo saca de una carpeta.

—Desafortunadamente, no puedo aprobarte —dice.

Me lo pasa. Está lleno de rayas rojas.

—Oh —se me escapa.

—Ya sé que ha sido un curso muy intenso para ti, pero debo ceñirme a lo que respondiste.

—Claro, no se preocupe.

—De todos modos, tengo entendido que no será un problema para pasar de curso en tu país.

—Eso creo.

—¿Nos echaras en falta?

—Mucho.

—Oh, qué chico tan encantador.

Recojo el examen y me largo de la clase. La vieja horripilante me ha cateado. En fin, que le den.

Me detengo un segundo en el pasillo. Mis amigos me esperan en la calle, pero antes de largarme definitivamente, me atraviesa una necesidad.

Subo las escaleras de dos en dos, como empujado por una fuerza sobrenatural. Atravieso la gente que me encuentro por el camino, sin saludar a nadie. No paro hasta que me planto en la puerta del despacho de Mr. Cummings.

Le doy con los nudillos. ¡Toc, toc!

Al poco, suena una voz desde el interior.

—Adelante.

Asomo la cabeza.

—Ah, Cacho, qué agradable sorpresa.

Cummings está en la penumbra, delante de la chimenea, rodeado de cajas de cartón llenas de los objetos que antes había por el despacho.

—Acérquese al fuego —me dice—. No es que el frío lo justifique hoy, pero me apetecía verlo encendido una última vez.

Las llamas bailan para nosotros durante un rato.

Luego, Cummings rompe el silencio.

—¿Venía a...?

—Darle las gracias...

—No hay de qué —me interrumpe.

—... por esta fantástica experiencia.

—No soy el único responsable.

Tiene razón, pero sentía la necesidad de ponerle cara al asunto.

—¿Qué hará? —digo, señalando las cajas de cartón.

—Me voy a Japón, parece ser que hay un cementerio de elefantes que vale la pena.

—No sabía que hubiera paquidermos en Japón.

—Oh, los hay en todas partes. —Cummings se seca el sudor de la frente con un pañuelo de hilo—. Que tengas suerte *my dear boy*.

Encajamos las manos.

—¿Necesita ayuda con eso? —digo señalando las cajas con la mirada.

—No, gracias. Me las apañaré.

Salgo del despacho y cierro la puerta con suavidad. Tengo un nudo en el estómago.

Bajo hasta la calle y me encuentro con mis amigos.

Nos vamos a fumar un último cigarrillo en nuestro árbol preferido de Bloomsbury Park. Por suerte, no llueve.

—Cacho —dice Rob—, no te podré acompañar a la residencia. Nos vamos con su familia de fin de semana. Sus padres nos están esperando. Te lo quería decir antes, pero...

—Lo siento —se apresura a decir Issie.

—No os preocupéis. Así está bien.

Nos abrazamos. Lloramos.

—Tíos, solo puedo decir una cosa —farfullo—. Os quiero.

—Esto no acabará aquí, eh —murmura Issie—. Nos volveremos a encontrar.

—Claro —digo—. Por mis muertos.

Rob se mantiene en silencio, tratando de contenerse.

—Adiós —digo.

Hacemos un último abrazo a tres. Y me largo.

Colega, qué bonito y qué triste es estar vivo.

Luego voy a mi habitación en la destartada residencia de estudiantes. Recojo todo y hago la maleta. En un cajón encuentro el casete que me regaló Daniela por mi cumpleaños. Joder. Lo había olvidado por completo. Lo meto en el *walkman* y salgo a la calle: todavía es temprano para ir al aeropuerto. Le doy al *play* y suena *Death of a party*. No sé de qué grupo es, pero me flipa. Y ando. Ando sin rumbo fijo. Empieza a hacerse de noche, pero no me importa. Ando, solo ando. Y fumo; fumo hasta que me quedo sin cerillas ni tabaco. No paro hasta que llego a Las Flores del Mal. Supongo que estaba cantado. Una

cinta policial y un sello han precintado la entrada. Mejor. Empieza a caer una fina lluvia, así que me resguardo en un portal. La calle está desierta. Tengo un escalofrío. El viento aúlla como en un cuento al lado de la chimenea. Al fondo, aparece una sombra. Detrás de esta, una chica. Silba una extraña melodía. Salgo a la luz de las farolas.

—Gina —digo.

Me sonrío.

—Toreador, sabía que te encontraría aquí.

Se baja la capucha de un chubasquero de color verde.

—No has venido a clase.

— Fui a ver a Judy.

Nos miramos a los ojos. Empiezo a temblar.

—¿Te dejaron?

—Ya sabes, mi padre...

—¿Te dijo por qué? —pregunto.

Le tiritan los labios.

—Por amor. Si no podía tenerme, nadie me tendría.

El sonido de la lluvia mata las palabras.

—Me dio esto para ti —añade.

Me pasa un papelito doblado.

—¿Para mí?

—Sí.

Me lo guardo.

Gina se acerca. El agua de la lluvia le gotea por la cara. Los ojos azules le brillan como estrellas. Saca un cigarro y se lo mete en la boca.

—¿Tienes fuego?

Voy a decir que no, pero mi mano se mete instintivamente en el bolsillo interior de la chaqueta y topa, al fondo, con un objeto metálico. Lo saco. Es el mechero que se dejó Clark en La Cueva de los Perros. Culebras. Ha estado ahí todo el tiempo. Lo levanto. Brilla como un cuchillo.

Le enciendo el cigarro. Gina echa una bocanada de humo.

—Cacho —dice—, lo siento.

—Yo también me enamoré un poco —murmuro.

—Lo sé.

—No pasa nada.

Me subo el cuello de la Harrington. Levanto la nariz. Sonrío. Un perrazo negro cruza de un lado a otro de la calle. Tiene los ojos amarillos. Pasa por delante de nosotros sin inmutarse. Parece satisfecho. Como si se hubiera tragado a un niño.

Agarro la mano de Gina. Diría que está llorando, pero podría ser la lluvia.

—Cuidate —me dice.

—Descuida.

Nos damos un beso. Es corto, pero en los labios. El último deseo del condenado a muerte.

Se despide con un gesto.

No me muevo. Observo como se aleja, como se hace pequeña, como desaparece.

Me quedo solo, con la nota de Judy en la mano.

La abro y miro como su preciosa letra se va diluyendo con el agua: «Ella da la señal, nos dirigimos al abismo, y el primero que salte es un gallina».

Sostengo la nota hasta que la lluvia la deshace por completo. Me alegro de haber saltado a tiempo.

O casi.

[LMP1]¿Y el viernes?

[LMP2]L'expressió «sabe como a» en aquest cas no em sembla correcta. Aquest ús del *como* amb valor aproximatiu es fa servir només davant d'expressions de quantitat. Ex: «Esa calle está como a tres cuadras de aquí».

[LMP3]Compte, s'ha d'evitar partir paraules d'altres llengües o fer-ho seguint les normes de partició de paraules de la llengua en qüestió.

[LMP4]D'això... Desconec el tema, però només trobo

Garrard.

[\[LMP5\]](#) Només?

[\[LMP6\]](#) Millor no partir paraules d'altres llengües a final de línia. Si s'ha de fer, ha de ser amb les normes de partició de la llengua en qüestió: Cock-ney.